# ORACIONES PANEGIRICAS

POR

LUIS LOPEZ DE MESA

EDITORIAL EL GRAFICO

BOGOTA, OCTUBRE 12 DE 1945


Manuel Vega
Bogota. febrero 5/46.

# ORACIONES PANEGIRICAS

POR

LUIS LOPEZ DE MESA

DON MATÍAS (ANT.) = 12 OCTUBRE de 1884
MEDELLÍN (ANT.) = 19 OCTUBRE de 1.967.

EDITORIAL EL GRAFICO
BOGOTA, OCTUBRE 12 DE 1945



LUIS LOPEZ DE MESA—1945

BREVE ESCOLIO CONCEPTUAL DE ESTE LIBRO

El hombre es un mensaje;
el individuo es un mensaje social;
la nación es un mensaje de cultura;
la humanidad es un mensaje de Dios.

# SIMON BOLIVAR Y LA CULTURA IBEROAMERICANA

SIMON BOLIVAR —en cuanto héroe de la historia de América— nació en Cartagena del Caribe en 1812 y murió en Lima hacia 1826. Comparando esos catorce años de prodigiosa actividad pública con el promedio de "realizaciones" que en el decurso de su vida lleva a cabo el hombre común, resultaría de longevidad casi milenaria: prueba de ello es que su pensamiento actúa aún en el Continente Americano, y que sus obras siguen creciendo a la faz del mundo.

De haber muerto antes de los treinta años de edad, su nombre habría pasado inadvertido para los fastos políticos de América, y el psicólogo que por exótica pesquisa hubiese escarmenado un poco la trayectoria visible de sus inanes labores, probablemente le calificaría de mozo indisciplinado y turbulento, vanidoso y egoísta, un poco atrabiliario y desleal, un mucho sensual e incierto, y tal vez le hubiera clasificado en el amplísimo género de aquellos vagabundos que de suyo tienen relampagueante inteligencia y trato social enlabiador, peligrosos a la larga y al fin prácticamente inútiles.

Dos hombres de excepcional pericia ideológica y sagaz conocimiento de gentes, el Barón Alejandro de Humboldt y don Andrés Bello, le vieron de cerca por entonces y guardaron de él impresión tan poco favorable que la gloria posterior del caudillo

en ellos enmendó apenas, y esto, a mi ver, postiza y desganadamente.

¿Cómo, pues, obróse en esa vida tamaña mutación de valores sociales? ¿Cómo fue ello posible que de inicial aventurero "genioide", tan frecuente en las esferas latinoamericanas, surgiese el raro, rarísimo, genio prócer de todo este Nuevo Mundo?

La personalidad histórica de un hombre ilustre como Bolívar puede estudiarse desde varios puntos de vista, y resultar tan compleja y contradictoria que desconcierta al lector común:

El psicólogo la observará objetivamente, tal como fue en sí don Simón Ochoa de Bolívar y Palacios Blanco, y la reducirá a ese conjunto de virtudes y defectos que constituyen un hombre;

el patriota puede enfocar el análisis de un prócer, el Libertador, por ejemplo, de cinco repúblicas hispanoamericanas, y destacarle en el ámbito espiritual de la gratitud que todos le debemos y todos le tributamos con fervor inextinguible;

el sociólogo le considerará como estadista rector de los destinos históricos de su patria en un momento dado, y querrá juzgarle con normas diferentes de las que corresponden a la gratitud y al afecto;

el poeta y el filósofo contemplarán su efigie ideal como el emblema de una nación, y le alzarán a cumbres de perfección suprema, nimbado con todos los atributos de lo excelso...

Y las cuatro visiones de esa persona serán justas y verídicas en el campo de sus proyecciones peculiares y suscitarán oposición y polémicas vehe-



mentes, sin llegar a acuerdo razonado y legítimo.

De mi parte, le estudiaré aquí por todos estos aspectos suyos, no sin presentir claramente que habré de tropezar con notorias incongruencias y no poca incertidumbre al asociar criterios tan disímiles.

La formación de un MITO nacional no es asunto meramente poemático en la historia y en la vida de los pueblos: el MITO encarna casi siempre los más recónditos anhelos de la estirpe, las virtudes que mejor ella aprecia y las esperanzas que mueven su voluntad hacia más encumbrados destinos ideales; es, por lo tanto, categoría y norma, vigor para luchar y recompensa de lucha a un mismo tiempo, y debemos, por ende, concebirle como una de las mayores "realidades" del espíritu.

*

Convergen en la constitución somática y en el carácter del Libertador Simón Bolívar varias estirpes raciales, pues que tuvo de vasco, de castellano y de andaluz, con una pincelada de negro y otra, quizás, Rojas, Blanco y Ochoa al fin, de algún hebreo remoto. Revélase lo vizcaíno suyo en algunos rasgos fundamentales de su fisonomía, nariz, cejas y ojos, por ejemplo, y en esa su conformación maciza de la órbita en general, sobre una cara alargada y enjuta. El rizado de los cabellos, la boca, un tanto, y el matiz trigueño del rostro, denuncian en él ese otro antecesor mulato, y más aún, su dolicocefalía peculiar, que en la mascarilla que le tomaron al morir se define prominentemente negroide.

Su dón eminentísimo de adaptabilidad espacial y su ductilidad social oportunista, su chisporroteante mesianismo, sobre todo, caracteriológica, aunque levemente, le vinculan al grupo étnico de Israel. Y digo levemente apenas, porque en los israelitas, si padecen de infortunio, surge un poco la idealidad de Cristo, y si les asisten el poder o las riquezas, algo truécanse en Herodes despiadados, pocas veces sintetizando la totalidad de lo humano en sí, lo específicamente moral del hombre culto, mientras que en Bolívar notoriamente se dio ese carácter de lo universal, muy humanado y firme.

Lo mestizo en él, lo mezclado, diré mejor, resaltaba mucho en la diferencia que existía entre su cabello oscuro y sus barbas y bigotes castaños, entre la bronceada tez del rostro y el blanco cutis de su cuerpo (que muchos pretenden explicar por la acción quemante de la intemperie, que a ello, sin duda, contribuyó, pero que no íntegramente podía determinarlo en tales proporciones), y en su boca grande y diminutos pies, finamente modelados, en su inquietud física perenne y su gusto por la magnificencia espectacular decorativa.

Y ese "mestizaje" dificulta enormemente la definición del temperamento y del espíritu de quienes nacieron así, pues multiplica las antinomias y contradicciones de sentimientos y conducta, de los propios ideales y de los procesos de la voluntad ejecutiva.

Para nosotros los latinoamericanos el problema de la "mestización" es fundamental. Hasta donde yo



puedo analizarlo y definirlo, su tipología entraña dos límites de operación contradictoria: cuando la mezcla ocurre entre elementos genealógicos de buena calidad, y no muy distantes entre sí, el producto suele resultar superior a ambos. Tal se revela en algunos de los mayores genios de la historia, pues no sería difícil suponerlo en Cristo, con huellas de ario a más de lo semita; en Moisés, probablemente teñido de egipcio; en San Pablo, quizás un poco impregnado de griego oriental; en Pitágoras, pelasgo-heleno; en Alejandro, con algún aporte de sangre bárbara; en Marco Aurelio y Séneca, romano-iberos, o en San Agustín, romano-númida, como Tertuliano y Terencio, tal vez; en Santo Tomás, ítalo-normando; Kant, germano-escocés; Nietzsche, eslavo-teutón; Roosevelt, franco-neerlandés, con algo de semita, y los ario-judeos, Montaigne, Espinosa, Marx, Einstein, Bergson, etc., para quienes la conjugación genética fue a modo de catálisis estimulante en el orden intelectual, y en el moral a veces.

No así en la conjunción o cópula de genes muy disímiles, escandinavo y negro, negro y mongol, negro e indio, cuya descendencia adolece de contradicciones íntimas, de conflictos deletéreos para la psique y la conducta, por donde resultan psicasténicos e inadaptables, derrotados y rebeldes a la vez, resentidos y confusos. Porque en ellos se constituye una casi "hibridez" poco fecunda, por ende, en cuanto a los elementos superiores del espíritu.

El blanco y el indio, sin embargo, dan productos no tan inarmónicos, y aún parecen suscitar cuali-

dades propicias a ciertas normas de la cultura superior, a lo menos de adaptabilidad y perspicacia, de malicia e ingenio sutil, que son muy útiles como "cemento" de las verdaderamente sólidas virtudes intelectuales y morales de una sociedad eminentemente culta.

Asimismo, leve aportación mestiza o mulata, de "octavón" para arriba, digamos, puede resultar benéfica en ciertas estirpes, como es el caso de algunos criollos de este Nuevo Mundo; y todavía es más afortunada la unión del rubio norteuropeo con el criollo de buena sangre latina, por la serenidad que aquella sangre impone a la ardiente imaginación de ésta, y por el severo razonar suyo con que estructuralmente arrecia la fulgurante intuición del mediterráneo americanizado aquí.

El criollo nuestro, el criollo de ascendencia más o menos pura, en cuanto al origen español, es, por término medio, de mentalidad imprecisa y de voluntad incierta, como si el neo-trópico aflojara los resortes de esas virtudes, sin eliminarlas propiamente. Es lo que se revela con mayor resalte en la historia nacional de nuestros pueblos iberoamericanos, y lo que más perturba la prosperidad de sus agrupamientos sociales, la propia evolución de sus familias y el pleno aprovechamiento de las mejores dotes de los individuos que unas y otras constituyen o comandan. De ahí que sea aconsejable el añadir a su estirpe primigenia un ápice, a lo menos, de alguna sangre nórdica, si queremos acondicionar favorablemente la historia por venir. En cambio, mucho temo de un cruce racial indo-semita, por lo semejantes que son



en la índole de algunas de sus cualidades inferiores, mimetismo moral y astucia, zalamería aparente y crueldad íntima, por ejemplo, y aún más me inquieta la ahora muy posible combinación de mestizos y mulatos.

(Con este análisis no intento negar, ni disminuir siquiera, la importancia del molde social en que uno se forma, superior sin duda a la estirpe, respecto de la formación del carácter, mas no exclusivo de ésta o eliminador suyo).

*

Bolívar fue de esta cepa criolla, aquejada de languidez mental y volitiva, aunque muy sensible, moral y estéticamente. Criollo fue, de la ilustre aristocracia mantuana de Venezuela, y rico, además. Pero ese su criollismo, como antes dije, estuvo aguijado en él por el ímpetu pasional de la brizna negroide que de su tatarabuela, quizás, por el lado de los Marín Narváez, le vino, y por la posible tenue gota semita de sus remotos abuelos peninsulares, que estimuló tal vez su prodiogiosa sagacidad para el conocimiento y trato de los hombres, para la fulminante asimilación de las ideas ajenas, para su fácil adecuación, en fin, a los más contradictorios ambientes; como esa otra gotica de sangre negra que tuvo, aunada al acicate del clima tropical caribe en que nació y se formó, creóle más activo de suyo, muy ferviente bailarín, doñeador y mujeriego insigne.

Y ese orgullo de criollo aristocrático fue otro de los grandes pilares de su carrera pública: ¡cuántas

de sus acciones, buenas o malas, y éstas más todavía, emanaron de tal actitud soberbia! Uno lo concibe así al meditar en su inmutable esquivez para la subordinación castrense, y aún para la civil, que, por otra parte, tánto predicó en sus alocuciones y discursos. Evidentemente, él no podía, por vanidad y temperamento, seguir a otro, obedecer a otro, adjetivar en nadie la gloria capital de sus empresas. Quien esto tenga presente, fácil hallará la norma abstrusa de muchos acontecimientos discutibles de su vida, desde Miranda, Mariño y Piar, hasta San Martín y Santander; desde Castillo Rada, Padilla, Páez y Bermúdez... hasta Morillo y de la Serna, a Dios gracias. Veintiséis veces renunció la Presidencia de la República, y cuando le aceptaron al fin, en 1830, se indignó terriblemente.

*

Con solas estas circunstancias, condiciones y cualidades, Bolívar no hubiese podido realizar su magna labor heroica y ser hoy el genio de América. ¿Qué añade a ellas la educación familiar, social y escolar que tuvo?

Poco y mucho, ciertamente. Poco en ordenada arquitectura ideológica, mucho en "tensión" inteligente. Más desarrolló la aptitud para futuras asimilaciones y futuros análisis, que adquirió en conceptos sólidamente definidos. Porque se advierte algo de diletantismo en la copiosa variedad de sus conocimientos, apenas un poco estructurados, al fin, cuanto a técnica militar e historia, intuitivos en las ciencias y disciplinas del Estado, nebulosos en artes, filosofía y religión. Al caos de su educación primaria de niño mimado y caprichoso, de huérfano insumiso y débil, con fugaces maestros de ocasión, así Bello, sigue el mentorato "sui géneris" de don Simón Rodríguez, estupendo, sin duda, para fortalecer esa su constitución endeble de pretuberculoso, para acostumbrarlo a las arduidades de la naturaleza americana abrupta y adiestrarlo en soluciones instantáneas de defensa. Para hacerle amar, sobre todo, las franquicias de la libertad naciente en Europa, el culto desinteresado de las ciencias y la romántica dignidad del espíritu. ¿Un poco, también, de los destinos de la América suya? Sí, con la simiente ejemplar de sus elogios por la revolución anglosajona y las electrizantes doctrinas del "rusoísmo" y la Enciclopedia.



Todo esto así desordenadamente imbuído a un rapazuelo de imaginación errabunda y rotas áncoras familiares, lo preparaba para la rebeldía personal, más no aún para fabricarse otro orden. Le encaminaba hacia la inquietud de la mente y hacia la aventura personal de conceptos, instintos y pasiones, pero tal vez no le encauzaba a nuevos orbes, inflexiblemente asentados en normas. Y así, seguramente, no edificó ningún héroe.

Los estudios regulares que luégo emprendió en Europa, cortos fueron, a más de profusamente intercalados con los menesteres del oficio, con las distracciones sociales y la agobiadora inquietud amorosa en que muy pronto hallóse cautivo. No creo, pues, que

para los días de su mayor edad y prematura viudez hubiese alcanzado acervo cultural alguno digno de la ponderosa misión de su vida.

Empero, ya tenía esa "tensión" espiritual que le endilgó su alocado maestro Rodríguez, y con ella, y su mentalidad polivalente, en su segundo viaje a Europa, dedicóse a la observación de las sociedades, al estudio de buenos autores y al relleno, en fin, de las lagunas docentes que le dejara su indisciplina pedagógica. Sino que otras tendencias, tremendamente aborrascadas de suyo, le arrebataban mucho tiempo, le embargaban mucho espíritu y no poco consumían los resortes morales de su juventud; aunque, por otro aspecto, que habría de serle posteriormente útil, empapábase también en el conocimiento práctico de los hombres, en la dinámica sutil de las sociedades, en el estambre íntimo de las naciones cultas, unos y otras sopesando con ese su discernimiento natural prodigioso y prodigiosamente rápido.

*

Tensión intelectual y copiosas lecturas. Tensión moral y pericia del mundo. Tampoco esto se aparta grandemente de los haberes comunes de un aventurero "genioide", ni esto tampoco le determinó a la prosecución de empresas heroicas: el 23 de junio de 1806 escribe a Mr. Alexander Deholain estas palabras que denuncian cuán lejos estaba aún de la órbita sideral de sus destinos: "todas las noticias que se nos dan sobre la expedición de Miranda son un poco tristes, pues según se afirma, él tiene el propósito de sublevar el país, lo que puede causar muchos males a los habitantes de la colonia. Pero, a pesar de todo, yo querría estar allí, pues mi presencia en mi país podría ahorrarme muchos perjuicios; pero la suerte quiere que yo me encuentre tan lejos de mi patria, y sin los menores recursos". Ni como prosa ni como ideas, eso desdiría de un sencillo agricultor o de un tendero aldeano.



En el año cimero de 1810 aún carece de sólida vocación para la magnitud moral de los sacrificios heroicos, y con esguince de vanidad aventurera, un si es es no es por compra, obtiene puesto de embajador revolucionario en Londres.

De ahí que yo no haga mucho caso de las gentiles anécdotas con que los biógrafos de Bolívar decoran su adolescencia y juventud, en intencionada búsqueda de afortunados augurios de predeterminación heroica, de predeterminación genial, de flecha que ya volaba al blanco de sus destinos. Para mí, todo esto: voces agoreras del bautismo, desplantes en la corte virreinal de México, camarada con Fernando VII, juramento del Monte Sacro, coronación de Bonaparte, admonición de Humboldt... son arabescos biográficos muy amenos, que nada me dicen cuanto a la génesis genuina de sus magnas empresas posteriores. Sólo hacia 1812, con ocasión del terremoto de Caracas, encuentro un lampo augural del héroe, cuando reta la catástrofe y a los dioses adversos.

Hasta entonces bien pudo ser elegante criollo aventurero, con seductoras actitudes de vagabundo

"genioide", o embrión indeterminado aún del artífice genial de un mundo histórico. En esas primeras jornadas de su vida más tiene de sensual y concupiscente aleatorio, de turista y de tahur a veces, de arrogante galancete de teatros y salones, con fáciles lecturas de información erudita, que de la precursora juventud de un genio. Algunas frases rebeldes y su desenfadada postura de criollo altivo poco más significan históricamente, porque la Libertad era entonces la novia predilecta de todo el género humano.

Y, sin embargo... ahí con él estaba la "tensión" espiritual que le fomentó don Simón Rodríguez, y con ella, mediante su anhelo de instruírse un poco, sus dotes especiales para la interpretación del mundo y de la vida, su ambición de criollo aristocrático, su callado germen, en fin, de nuevos rumbos. Es Fanny du Villars quien nos denuncia, en su tardío arrobo, este fermento de grandeza implícita en aquella alocada juventud de Bolívar: "Yo —le dice en cartas de 1826— a quien usted confió hace 21 años sus planes y proyectos..." "Ya el amor a la gloria se había apoderado de todo su ser..." Y aunque es natural concebir que un mozalbete orgulloso, ambicioso e imaginativo, soberbiamente imaginativo, tratara de cautivar a su presunta amiga con el despliegue de heroicas proyecciones de su personalidad, (proyecciones heroicas que la mujer acepta siempre con indecible gusto, y siempre descuenta con la silenciada ironía de su criterio sutil femenino, como debió de hacerlo Fanny a su hora, aunque adelante



—"et post facta"— restituya a la escena el candor de fe que quizá no tuvo), ello es que para emitir tales discursos algo tiene que haber adentro que los produzca y los encauce en rumbos de tan agigantada ambición.

*

Mucho, pues, había adquirido en aquel su desordenado vivir europeo. Algo, sobre todo, que habría de aportarle en horas supremas el triunfo de la jefatura irrecusable sobre sus conmilitones ambiciosos y bravíos. Este hecho irrebatible de ser un europeo, un criollo disciplinado en la vieja sabiduría de Europa.

Y así, en la refriega tormentosa de la Emancipación, cuántas veces enfrentado con esos terribles lanceros de la guerra a muerte, o con esos sutiles juristas de las universidades coloniales, la reciedumbre física que le imprimió Simón Rodríguez le ganaron el respeto de la hombría audaz, que es canon de su jaguaresca jefatura; cuántas, también, ante ellos y los otros, su prestigio de hombre europeo, de mimado contertulio de sabios y princesas, de juvenil observador del mundo entonces más ilustre, obtendría para él la esquiva sumisión.

Esa sujeción irrestricta a que aspiró siempre su inflexible orgullo de criollo mantuano, halagado y rico. Ya desde 1808 quisiera ser jefe de los conjurados rebeldes que se reúnen en su quinta de recreo, por los alrededores de Caracas, e intenta un diminuto 18 de brumario con su hermano Juan Vicen-

te... Sino que el bueno de su hermano mayor nada posee de la vigorosa personalidad de Luciano Bonaparte, y el complot se extingue en la penumbra de los anhelos humildemente fracasados.

*

Y sin embargo —¡qué difíciles son estas investigaciones!— aún no he hallado todos los fundamentos de la heroicidad histórica de Bolívar: todo lo dicho, cualquiera otro lo pudo tener, y efectivamente otros lo tuvieron, Miranda entre ellos, y aún nuestro Nariño, y hasta ese indescifrado personaje que se llamó Pedro Fermín de Vargas, más ilustrado, más inquieto y laberíntico que el Bolívar de la primera época.

Mirando la urdimbre tipológica del Libertador hallamos una tan desbordante actividad amativa y moral, mental y física, que supera con mucho las fronteras de lo normalmente posible: ¿Quién como él podría recorrer sin fatiga sesenta kilómetros a caballo, por estas lomas de los Andes, y ponerse luégo a danzar cuadrillas y minués hasta la media noche, y madrugar otro día para dictar a sus secretarios cartas estupendas y documentos públicos de sagacidad casi inverosímil? ¿Y quién, como él, daría batallas de sangre y batallas de amor, cotidianamente, sin relevo ni cansancio? ¿Ni quién podría, como él, pretuberculoso, helmintiásico quizás, amebiásico quizá, y tal vez palúdico, insomne, sin duda, hambreado y sediento, resistir bizarramente el bochorno abrasador de la Orinoquia y la helada cumbre



del Páramo de Pisba? ¿Y hacer jornadas de meses a caballo, —hasta sumar a la postre ochenta mil kilómetros— con tamaño inconveniente para la continua equitación, como él tuvo?...

La endotoxina del bacilo de Kock parece determinar ligeros fenómenos de embriaguez, de excitación de la mente, con no sé qué de grata elocuencia e idealismo seductor, con la falsa idea de propia potencia general, fuerte y aún urgente inclinación amorosa, optimismo, en fin, irreductible, amén de cierto brillo de los ojos y cierta intención de la mirada, muy cautivadores a las veces. Mas ello es que tales engañosas apariencias sucumben ante la implacable realidad de la anemia progresiva, del agotamiento muscular, de la creciente lasitud héctica. Bolívar pudo adquirir de su madre leve impregnación tuberculosa, que pasó más o menos larvada durante su niñez y primera juventud, aunque ya para la época de su arribo a Bogotá en 1819, su flacura era impresionante, y en 1822 tuvo claros síntomas de su afección pulmonar definitiva. Sólo que, a mi ver, estas novedades más podían minorar que producir la infatigable energía de sus empresas, o sea su fe irreductible en el triunfo que le acompañaron hasta la hora final de la Emancipación, y que se encuadran, como un grabado de Rembrandt, entre la trágica apóstrofe del 25 de marzo de 1812 y la apóstrofe heroica de Pativilca en 1824.

Existe una perturbación del cuerpo tiroides, el hipertiroidismo tenue, que produce aquel fulgor de la mirada que tenía Bolívar, grande lucidez mental

y fácil discurso, arrebatada imaginación e inquietud física, y he pensado a veces si algo de esto no habría en su índole, ya que en tales condiciones fisiológicas la actividad se acompaña de notorio enflaquecimiento y, hasta cierto límite de la alteración glandular, de exquisita sensibilidad afectiva y exaltado erotismo. Ningún otro signo, sin embargo, hallo en él de esta anomalía, pues ni hipertrofia de la glándula, ni exoftalmía, ni suave cutis, ni temblor, sudor etc., se anotan a su cargo.

Conozco también una especie nosológica, la hipomanía, muy frecuente entre nosotros en sus formas más discretas, aquellas que sólo el psiquiatra discierne, y que casa mucho con las modalidades del temperamento bolivariano: Ella conduce a la actividad irrefrenable, a la combatividad, la ambición y el orgullo, a la desbordante imaginación, a la elocución fácil, al optimismo invencible, a las emociones repentinas y aturbonadas a veces, a la exuberancia en el amor y otros deleites. Hasta cierto grado, es poderoso auxiliar para la lucha y crea especímenes sociales de extraordinaria simpatía y buen éxito. Se presenta en ocasiones alternando con períodos de melancolía, más o menos remotos, según la constitución del paciente, como parece haber ocurrido a Bolívar en Viena, en forma grave, y levemente en otros sitios y otros tiempos.

(Con este título no intento significar que Bolívar fuera loco. Ni con mucho, ciertamente. El diagnóstico de locura presupone desorden de las facultades mentales, desarticulación y perturbación



de su armonía funcional, por donde resulte carencia de sindéresis, en el comportamiento y en el juicio, cosas que nunca aquejaron al Libertador; porque si algo tuvo él, históricamente bien establecido, fue lógica en el discernimiento y maravillosa lucidez en sus opiniones: significa solamente, y esto bien lo dice el nombre —hipomanía— exaltación, sin desviación, de algunas potencias espirituales y meramente fisiológicas, como creo que puede apreciarse en el cuadro general de su conducta política y privada, y en esos sus arrebatos, tan generosamente corregidos a veces. Explica su inquietud inagotable, mental, emocional y física, con su gusto por la equitación, la natación y la danza, por el paseo mientras dicta su abrumadora correspondencia; y que le conduce a ocuparse en varios asuntos a la vez, a cierta volubilidad pasional, sentimental y emotiva, y aun a preferir para el sueño —¡hasta para el sueño!— la hamaca móvil... Si el delirante discurso de Casacoima fuera cierto (¡qué no inventarían en este mundo Simón Bolívar y Tomás Cipriano de Mosquera!), este diagnóstico retrospectivo de exaltación hipomaníaca sería undibitable... pero, sin él, aún nos queda el síndrome completo en otras manifestaciones suyas. Ya desde los 15 años decía serle difícil escribir porque "me ocurren todas las especies de un golpe").

*

Es el dolor acicate poderoso de grandeza cuando hiere espíritus superiores que pueden domeñar

heroicamente el reducto estrecho de su individualidad efímera y cernerse en la diáfana altura de las relaciones universales del destino. Y yo no sé qué me induce a pensar que en el alma de Bolívar trabóse en un momento dado esta lucha prometeica, quizás alrededor de 1812, y que fue el espaldarazo del infortunio lo que le creó al fin caballero del ideal y cruzado de América.

Todas aquellas amarguras del terremoto, de la derrota, de la persecución y del exilio le lavaron, por así decirlo, el alma de esas minucias de la vida meramente sensual, meramente egoísta, y le despertaron a las augustas concepciones del deber patrio y de una misión personal heroica.

Debió de concebir, así fuese confusamente, que su orfandad era también un símil de la enorme orfandad de América, que su viudez era par de la carencia de caudillos eficientes en que se debatía el sueño de la liberación, que su ruina material semejábase un poco a la miseria económica en que se hallaba sumido el Nuevo Mundo Iberoamericano, que la inmensa soledad de su propio espíritu se reflejaba en las desiertas latitudes de estas naciones en embrión, y que ellas, como él, necesitaban de darse nuevo rumbo.

Y adivinaría, con ese raro dón de sutiles intuiciones, que esa "tensión" espiritual suya, ese encabritado corcel de anhelos confusos todavía, pero urgidos ya de dispararse hacia la meta remota de un vivir inédito preñado de sentido, ungido de ideales, aureolado de fé, no importa si inverosímil aún, no



importa si catastrófico ya, eran la única órbita digna de su dolor y de sus sueños. Que había tañido en el reloj de la historia la campanada de un hecho grande, y que él, Bolívar, debía desposar su dolor con el dolor de América y darse todo a la emancipación del Nuevo Mundo.

No son la combatividad y el valor los que hacen al héroe, que tales vense en seres inferiores, y suelen darse en cuantía mayor y con mayor frecuencia en el bandolero de los campos y el vulgar atracador de los suburbios: Es la decisión moral para el sacrificio consciente, maridada a una empresa eximiamente noble. Y esto es lo que ya surge evidente en el Bolívar de 1812, cuando redacta su MANIFIESTO DE CARTAGENA, en que asume la misión libertadora con meridiana lucidez de estratego y de sociólogo.

Allí nace el héroe infrangible, indisminuíble, invicto, sin posible descuento de errores ni fracasos. Luégo vendrá el guerrero de la incierta fortuna, vencido casi siempre en los rudos campos de batalla, vencedor siempre en la tenacidad y en el espíritu, LIBERTADOR al fin y PADRE de naciones.

Dos hombres le ven al comienzo y al final de esta jornada, dos hombres de calidad egregia, como Bello y como Humboldt, esta vez Camilo Torres, el insigne, y José Joaquín Olmedo, el vate por antonomasia de la epopeya libertadora: El uno antevé la magnitud moral del héroe, el otro ciñe su triunfo con la auréola de los dioses antiguos.

*

La prosapia ilustre, la presunción mocil del criollo mantuano, la reciedumbre física de su educación campestre y esa "tensión" espiritual que le impuso don Simón Rodríguez, las copiosas lecturas de sus veinte años, su afortunada experiencia europea, su constitución hipomaníaca sobreexitadora y éste su dolor, éste su disciplinante infortunio que le lleva al exilio de Cartagena, son escala de Jacob, ciertamente, para ascender a la cumbre, pero escala auxiliar apenas. ¿De dónde hubo la virtud efectiva con qué trepar por esa escala de Jacob y coronar la cúspide?

Para ser caudillo se requieren virtudes personales específicas tanto del orden moral o del carácter, como del intelectual, y aún del meramente físico. No cualquiera, por inteligente e ilustrado, por audaz y valeroso que surja, ni por afortunado y feliz que se le suponga, puede hacerse caudillo de un pueblo, guión y héroe de muchedumbres. Bolívar tuvo esas cualidades en grado eminente.

Dón de mando, en primera línea.

Dón que surge de cualidades innatas y de condiciones adquiridas, que pues se le observa aún en la niñez de algunas personas privilegiadas con ello, y que luce en cierta manera de mirar, precisa y franca, e irreductible a la vez; y en el tono de la voz, que sin ser propiamente autoritaria, ni siquiera persuasiva, ni siquiera convincente, sino convencida en sí, en sí propia firme, cual si encarnase una fe en el "deber ser" de lo que manda o predica, al modo de



la actitud peculiar de los magnetizadores. Una fe que parece sugerir implícitamente que lo mismo que ordena, eso podría hacer y eso haría el que lo ordena y dispone. Dón que emana en otras ocasiones de la mera posición de autoridad que se ha adquirido, y que es a la manera del "mana" o halo de prestigio que los pueblos salvajes atribuyen a sus jefes. Eso que nos hace a todos emocionar ante el magistrado supremo de una nación, ante el pontífice máximo de una creencia, ante el héroe de una gran jornada histórica, ante los sabios y aún ante los ancianos meramente.

Bolívar lo tuvo, ese dón de autoridad. Y lo tuvo reforzado con la energía de su fácil cólera y el encanto genuino de su ternura, que sabía hallar en su corazón caricias inéditas, aprisionar la amistad perdurable de los hombres y desmayar, embeleñado y rendido, el huraño pudor de las mujeres.

Y esa virtud de autoridad estuvo acompañada en él, otra prenda ineludible para el ejercicio eficaz del mando guerrero, de algunas modalidades de la memoria que son patrimonio y baluarte de los verdaderos caudillos, de César o Napoleón, digamos, (y entre nosotros Uribe Uribe, Mosquera y Reyes), la memoria locativa, a saber, de los lugares, o memoria topográfica, pudiéramos decir; de la fisonómica, utilísima para el contralor de los reglamentos y la vigilancia de la conducta personal de los subordinados, para la justicia y el estímulo de todos; y la nominativa, la memoria de los hombres propios, que capacita a los jefes para enorgullecer y cautivar a

los favorecidos con oportuna mención, en cuanto finge la honra de un interés personalísimo.

Y recia voluntad también: ¿A dónde iría el caudillo que no supiese en cada hora de sus campañas imponer una decisión inmutable? La mente ondulante de los sabios y los artistas, blanda y móvil, discreta y graciosa, recatada y sutil, la que se columpia entre lo posible y lo probable y se amartela con el quizás y el tal vez, con el "pudiera ser" y el "quisiera que fuese", resultaría calamitoso desastre en el caudillo. Este ofrece rápida y firme toda decisión e indeclinable toda orden.

Para ello se requiere la posesión del talento "práctico", de aquel que se aplica a la realidad inmediata, a la precisa objetividad del momento, talento que, como tal, tiene que ser repentino y ágil en la esfera de sus aplicaciones, y que en el caso de los guerreros es de especie diferenciada como fundamento de toda concepción táctica eficientemente oportuna. E inteligencia superior asimismo, para asociar, bien estructurados, las causas y los efectos más aparentemente remotos, para coordinar así lo que se llama el arte estratégico de la milicia, el derrotero de las campañas y el marco final de las victorias.

Sabiduría, además, sabiduría operante:

Esa peregrina virtud de adecuación entre el juicio que claramente escoge lo que importa hacer y la voluntad que prudentemente lo ejecuta.

Y hé aquí que nuestro héroe, el Libertador, hallábase dotado de este excelentísimo patrimonio espiritual, y no sólo para las rudas faenas de la guerra, también para la sociología y la interpretación psicológica de los hombres, materia, esta última, que es la dote providencial de los buenos caudillos y, como en ningún otro, egregia en él.



## II

Y así, en diciembre de 1812, aparece en Cartagena de Indias un hombre de 29 años de edad, 167 centímetros de estatura, enjuto y ágil, pajizo de color, amplia la frente y precozmente arrugada, ojos negros de centelleante mirar a veces, no siempre directo y franco, enclavados en órbitas profundas, y bella dentadura juvenil, que agracia una boca de dibujo irregular inatractivo. Su mediocre estatura se compensa varonilmente con la marcha decidida y alerta y los ademanes en general enérgicos. Usa nobles maneras en el comercio social y en el amor, rudas a veces en el trajín azaroso de la milicia, hasta el grito atiplado y chillón y la interjección plebeya.

Elocuente de palabra y por escrito, orgulloso y amable a un mismo tiempo, pródigo de alabanzas y fortuna, pero fácilmente agresivo con quienes contradicen su ambición o sus conceptos.

Quiere libertad a la América Española, comenzando por su patria, la Capitanía General de Venezuela, y aporta para ello la audacia de un pensamiento que todo lo concibe en grande; su experiencia de

las sociedades cultas del Viejo Mundo; su tenacidad, en fin, sin colapsos ni descuentos.

A esa hora está en plena posesión de su madurez mental, y las que entonces son sus ideas fundamentales, lo serán siempre. Conservará de su pasado la urgente libídine amorosa, y su trivial egoísmo de antes tranformarase en escrupuloso culto de su gloria y en el recelo, a veces, de la lealtad de sus colaboradores a su jefatura y su prestigio.

Es parco en el comer, en el beber y en el dormir, aunque refinado en lo posible, amén de exquisitamente pulcro en el aseo del cuerpo y del vestido. Será siempre gran señor en la gratitud y la justicia (cuando esa justicia no afecta su persona o sus propósitos), y descollará entre los héroes de América por el vuelo y el brillo de sus facultades intelectuales, de alteza y de presteza desconcertantes a menudo; por la visión intuitiva de los hechos y los hombres; por la universalidad, sobre todo, de su criterio, y la concepción profética de los destinos de este Nuevo Mundo Americano, que amó con clarividencia, libertó en mucha parte y orientó internacionalmente.

La "eclosión" o epifanía de su heroísmo surge de la conjugación de estas virtudes superiores con la misión libertadora de su patria, mediante el choque de los infortunios que culminaron en 1812 y le hicieron prócer.

¿Qué balance histórico y biográfico nos ofrecen, imparcialmente contemplados, esta su heroicidad y esas sus virtudes?



El 15 de diciembre de 1812 entra a la jefatura de la Independencia con principios y normas definitivas: Los pueblos deben poseer unidad, solidez, energía, disciplina y técnica; deben ser duros con el enemigo: nada de filantropía ni de utopías liberales; el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna; burocracia, mala moneda y federalismo arruinan los Estados débiles; sus conciudadanos, en general, aún no están capacitados para gobernarse; se requiere autoridad enérgica para las horas difíciles: ¡Fuéra las democracias blandengues! Prevé a Morillo desde entonces y, guerrero derrotado, ya habla y concibe para toda la América Meridional, y urge la campaña libertadora de 1813 con clara visión estratégica. Y ya sabe "carear", estimular y enardecer, a sus amigos... Ya es un jefe.

Estas ideas se modificarán muy poco en el restante curso de su vida, pero dirá siempre cosas de larga trayectoria conceptual. Sus frases de Angostura son de calidad indefectible: "Estábamos ausentes del Universo"; "Tenemos que hacer hombres antes que leyes"; "Las costumbres, más que las leyes son la fuerza bienhechora de las naciones"; "Las leyes deben ser adecuadas a la índole de los pueblos (repite con Montesquieu)"... E insiste tesoneramente: "Los hombres mejor que los principios abstractos"; "No estamos preparados para la soberanía normal"; "Somos una aglomeración caótica de razas, sin coordinación de carácter aún"... Más que los Estados Unidos con su federalismo, que

para nosotros resultaría peligrosamente débil, nuestro modelo institucional debe ser Inglaterra...

Observemos cómo, sin cambiar él de ideas básicas, su posición resulta de izquierda en 1810, de centro en 1830, de derecha hoy día. Resumiendo esas opiniones, yo diría que abogó por una democracia atemperada, electiva sólo para los que disfruten de buena cultura, algunos haberes y buen comportamiento, con recia unidad nacional, leyes acondicionadas al ambiente, orden moral estricto, códigos justos, independencia de los órganos del Poder, con predominio, esto sí, del Ejecutivo central, presidencia de la república vitalicia, tribunal de censores, Iglesia fuerte y libre en lo moral, pero aislada de lo político y sujeta a patronato... Libertad de conciencia y de expresión, igualdad abstracta y responsabilidad concreta, porque no cree que estos países estén aún preparados para el ejercicio normal de la democracia que predican los "ideólogos", pero tampoco gusta, en principio, de los regímenes permanentemente dictatoriales o monárquicos. Adhiere, pues, en su fuero íntimo, a la democracia en abstracto y a la autoridad en concreto, sobre bases, esto sí, de orden, de sensatez y de justicia.

Y ya sabe firmemente lo que debe hacer y cómo debe hacerlo.

¡Ya es un jefe!

Su primera jornada bélica es impresionantemente atrevida, y feliz en sumo grado, a pesar de sus errores ostensibles. En el año de 1813 recorre dilatados países, organizando huestes, venciendo obstáculos de la naturaleza, arrollando enemigos por doquiera, encendiendo el coraje de las multitudes con el destello solar de sus triunfos y la magia de sus sueños. Un no sé qué de Escipión Emiliano hay en ciertas actitudes suyas, desvío de los Gracos y elocuencia inclusive, y otro no sé qué de Adriano, el emperador-poeta, o del teatral Alcibíades, en el despliegue ostentoso de sus entradas triunfales. A ciertas horas implacablemente cruel, como César, cuando, como César también, era preciso serlo; su imaginación oriental forjaba mitos y hacía tremolar oriflamas de gloria que dejaban enardecido el corazón de las muchedumbres. A su paso iban brotando la conciencia de la libertad y el orgullo de tener patria propia, historia propia y propios héroes que las dignifiquen. Era como si al eco de sus pasos y su voz fuese levantándose de la geografía americana el aletargado espíritu de América.



De las pocas huestes juveniles que tomó consigo para esa gesta inicial de la liberación, va formando mártires aquí, héroes allá, veteranos por doquiera, con ejemplos, con aplausos, con ovaciones, con la apoteosis misma que pasea el corazón de un héroe por montes y campiñas, por aldeas y ciudades, para que el pueblo VEA la gloria de los suyos y la sustente.

Y así hasta su entrada triunfal en Caracas, romántico despliegue de coronas, de carrozas y de elogios; fastuoso orientalismo ingenuo, si no fuese porque así sacude también ese dormido corazón de América, que va a dejar la siesta lánguida de las alco-

bas y el claroscuro de las sacristías para teñir de púrpura un nuevo ideal, su ideal.

Sus discursos y su clara visión del futuro, sus proclamas napoleónicas, la rapidez juliocesariana de sus movimientos tácticos, y la ausencia de enemigos de talla militar y de tamaño heroico, le dieron esta vez el triunfo. Pero, él antevió todas estas circunstancias, las acopló victoriosamente y hábilmente las puso a la cauda de sus propios destinos, hasta el punto de que años después, Morillo pudo decir justamente que "Bolívar era toda la revolución".

La crueldad que hubo entonces, y abismática fue en unos y en otros, requiere estudio más acrisolado que la mera exposición de los hechos. En las horas genitrices de la epopeya no rigen las dulces normas de la vida, bondad, compasión, perdón, auxilio, sosiego, voluptuosidad y ternura, pero esas otras tremendas de la muerte: dureza inflexible, locura del dolor, sacrificio insomne, ánimo suicida y homicida a la vez, indómita tragedia en todo; por lo que el sociólogo, corrigiendo en parte la historia, concibe esa crueldad como signo de los tiempos más que de los hombres que ineludiblemente la encarnaron en sí y en sí también la padecieron.

De ahí adelante, la que fue revolución de reducidos cenáculos de la franc-masonería (manejada por Miranda), de los cabildos (azuzados por Miranda también), de los jesuítas (aprovechados por Miranda asimismo, precursor indomeñable, y espíritu arrebatado por indefinibles demonios interiores), y de la aristocracia criolla, en fin, será la fe, la ambición y la esperanza del corazón de un pueblo; y voces como patria, libertad, democracia y república, cobrarán allí, y para siempre, significado nuevo, y allí, ahora, ya tendrán espíritu, héroes y mártires, magistrados y guerreros, una historia y un LIBERTADOR. Bolívar acaba de desposar a su pueblo con la tragedia, es verdad, pero él ya tiene también cita indeclinable con la victoria de su numen.



*

Y las dos marcharán acompasadamente.

Tras breve tracto de ilusiones, surgen la derrota y el desorden. Otra vez el Mar Caribe tendrá que recoger y abrigar en sus tórridas islas, aplacibles entonces y benévolas, la resaca heroica de la revolución, y otra vez Bolívar divagará por él, inerme y solo. Pero, ya es LIBERTADOR, ya tiene un sino, y en la CARTA DE JAMAICA será la voz pregonera de su gente y el délfico augur de futuras generaciones libres, según el criterio heurístico de casi todos sus comentadores.

Regresará a dirigir las montoneras rebeldes y darles organización regular de ejército, secundado, o rivalizado, diré mejor, por rudos capitanes, que en mucho, a la verdad, aunque era valiente, le superan en el arrojo suicida de los ataques sorpresivos, en la astuta táctica del guerrillero, y hasta en el planeamiento difícil de algunas campañas de mayor envergadura técnica. Jornadas heroicas de esta varia índole hubo en las que esos rudos guerreros de Amé-

rica marcaron un hito impasable en la historia del arte militar, y que hoy aún nos dejan absortos.

Sino que Bolívar tenía en su corazón y en su mente la síntesis del destino de esa revolución, y él, sólo él, podía darle categoría de universalidad, estructura de derecho y fulguraciones de epopeya magna. Y así, uno por uno, por sumisión voluntaria o por sujeción impuesta, y hasta por atrevida eliminación, por devoción y admiración, en fin, creóse a sí mismo jefe.

E impuso sus normas. Fueron momentos arduos, sin duda, en los que su genio obró maravillas de audacia y sutileza de conducta que hipnotizaron a sus propios amigos, a sus temibles adversarios y aún a los neutrales que desde el remoto mundo norteamericano y europeo contemplaban, un sí es no es escépticos, esta lucha de las Colonias Hispanoamericanas. Era un general que perdía batallas, cometía errores tácticos inverosímiles, se peleaba con todos esos caudillos de ímpetu aquilesiano que militaban con él, o tangencialmente al lado suyo, y seguía, sin embargo, siendo el polemarca, el LIBERTADOR, el punto de referencia de la revolución conjunta.

Cuando él vino a vida de héroe, aún en él mismo a ratos, vacilaba la conciencia política hispanoamericana: Un confuso residuo de devoción por el rey Fernando VII, y un más confuso no sé qué de reminiscencias aborígenes embrollaban la contienda. El precisó el sentido de esa lucha hacia la personalidad internacional del criollo, hacia la democracia ideal y la república libre, aunque todavía mencione,



un poco en verdad a obscuras, a los Zipas, los Incas y los Aztecas, de épocas entonces canceladas y caducadas normas, cual solían hacerlo ingenuamente todos los revolucionarios de su generación, sin sentirlo tal vez, ni entender bien lo que decían.

Fue el poeta y el profeta de la Emancipación. Dígalo, si no, el CONGRESO DE ANGOSTURA, burgo perdido en el delta del Orinoco, donde una veintena de pseudo-representantes de COLOMBIA, nación innata aún, nación en mientes, se improvisan legisladores —constituyentes de un mundo por nacer— y lo hacen surgir de la nada a la contemplación estupefacta de las naciones cultas, y le erigen nada menos que un soberbio pedestal en el teatro universal de la Historia.

¡Poetas! ¿Quién lo duda? Poeta cívico, ese prerromántico antioqueño, Julio Verne de la Hacienda Pública grancolombiana, naturalista, erudito y elocuente, Francisco Antonio Zea, que en aquellas augustas soledades de la Orinoquia inferior declara impertérrito el su COLOMBIA QUEDA CONSTITUIDA, y funda periódicos en el desierto, y dice discursos altisonantes, de envergadura girondina y plutarquiana, ante la muda vastedad de los Llanos Orientales de Colombia. (De esos Llanos que tánto habrían de contribuír a las tareas de la liberación, como cuna de sus lanceros temibles, como abrigado solar del infortunio a veces, y núcleo de proyección para empresas mayores, como fuente de recursos, sobre todo: ¿Acaso no salieron de ahí esas mulas que eran trocadas en las Islas del Caribe por armas y muni-

ciones, esos potros alígeros que habilitaban para sus lides a los "centauros llaneros" y esas reses, en fin, que alimentaron inexhaustamente las guerrillas trashumantes y los ejércitos mismos de la revolución?... ¡Ganados de la bravía Orinoquia, que bien merecen el romántico título de "co-libertadores" de América!).

Y poeta-mílite, ese otro, Bolívar, vate de aquellas jornadas del espíritu, que a sabiendas de que esa su Colombia sólo tiene un trono en la niebla de aquellas soledades, la ofrece a la admiración del mundo, envuelta en una fantasmagoría de ilusiones que sólo él, sólo su corazón demiúrgico, podrá convertir en realidad legítima, en irrecusable objetividad.

Y ello fue a esa hora, una de la tarde del 17 de diciembre de 1819, en Angostura. De ahí, poco antes, partió para correr esas Llanuras inmensas e insalubres, cruzar los montes de su lejano límite y emancipar al Nuevo Reino: ahora emprenderá luchas mayores, y libertará a Venezuela, libertará al Ecuador, libertará a Bolivia y el Perú, consolidará, así, la emancipación de todo el mundo iberoamericano, y nadie sabrá cómo hizo todo aquello, este poeta-demiurgo.

*

¡Realmente, yo mismo no sé cómo fue aquello!

Porque, antes y después de 1813, este hombre anduvo casi siempre derrotado. Sus mismas grandes batallas, aquellas que cimentaron para siempre la liberación de este Nuevo Mundo, a fe de nota-



rio tendría yo que decir que suyas son y suyas no fueron. Estratégicamente le corresponden, porque las alumbró su mente a la luz de la historia americana, las antevió con clarividencia genial, y a ellas condujo sus huestes, pero verdad verdadera, él no las ganó tácticamente. Para mí tengo que fue militar infortunado, aunque fuese guerrero de primera magnitud, y que su heroísmo propio y el enorme heroísmo de algunos de sus capitanes tuvieron que corregir frecuentemente peligrosos errores tácticos o temerarias actitudes a veces.

Boyacá, transformada por el destino en el Monte Nebo de la Liberación, fue una escaramuza que él concibió estratégicamente, pero que tácticamente no condujo, pues que apenas "ocurrió" a su vista. Corresponde a Anzoátegui y Santander.

En Carabobo salvó la independencia venezolana el alud suicida de sus tenientes. Corresponde a Páez.

En Pichincha triunfó el genio militar de Sucre.

En Ayacucho Sucre y Córdoba coronaron la Emancipación.

Junín fue un choque de lanceros, aventuradamente iniciado, en que Silva, Carvajal y Miller obtuvieron difícil triunfo.

Bomboná —¡y que Dios me perdone el juicio!— fue un disparate, por el cual ambos ejércitos quedaron prácticamente vencidos.

En el Pantano de Vargas casi se va a pique toda la revolución colombiana, casi se hunde para muchos años la emancipación de América: allí también

lo salvaron sus tenientes, Rondón en primera línea.

La Puerta, en fin, y... Ocumare, no tienen disculpa.

Y con todo, con todo esto y mucho más que un comentario sintético no permite espaciosamente definir, él era el demarca, él el general, él el legítimo triunfador: Porque sin él, todo aquello resultaría imposible, en su sitio y en su hora.

Pues, aún así, frecuentemente derrotado, Bolívar, en resumen, fue la victoria, y fue la Emancipación de Medio Mundo.

*

Quizás tampoco fue genuino estadista.

Desde luego, no lo fue del orden práctico, ya que nunca tuvo vocación para el manejo de la cosa pública, ni su índole de hombre pródigo le capacitaba para la contabilidad minuciosa, que distingue a Santander, por ejemplo. Las pocas veces que efectivamente ejerció el mando, cierto no se caracterizan ni por la prosperidad ni por el orden; antes adolecen de desbarajuste fiscal y de incuria de las leyes, de tal modo que él mismo, con esa idiosincrásica franqueza suya, lo dijo en muchas oportunidades.

De ahí, pues, que tengamos, por esta parte, que descontar de sus dotes de estadista un buen cincuenta por ciento. ¿También así cuanto a la teórica de esta disciplina? Esa es mi opinión, igualmente. Para mí tengo que fue más sociólogo que hombre de Estado. Véase, si no, la manera ágil con que discu-



rre acerca de la estructura, composición y comportamiento de las sociedades, particular y muy sesudamente de las hispanoamericanas, Carta de Jamaica y Discurso de Angostura, en primer término, y cuantas innumerables veces disertó sobre este asunto en su correspondencia epistolar o sus conversaciones íntimas.

Su perspicacia en este sentido le coloca muy encima de sus colaboradores, y muy alto entre sus coetáneos eminentes. ¿Genial y proféticamente, como se ha dicho? No podría yo sostener esta tesis: Sus análisis y predicciones indican información, no muy abundante, pero sí adecuada al objeto que se propone; sus deducciones son sagaces, mas no a la enorme distancia conceptual que el genio suele hallarlas: probablemente no superan lo que una inteligencia despejada y erudita hubiese podido vislumbrar asimismo en su época. Pero, si meditamos en la desordenada instrucción que él tuvo, y en la mucha y frecuente inquietud que asediaba su espíritu, estos trazos de esquemática ideología lo colocan entre los hombres eminentemente dotados en cuanto a la virtud intelectual, y en la especie cultural sociológica.

No me atrevería a opinar de él otro tanto en achaques de estadista legislador. Sus proyectos constitucionales, que por otro aspecto carecen de originalidad, y son a manera de un zurcido de recuerdos, denuncian una mente afectada de romanticismo y no muy ceñida, por ende, a las posibilidades de la dinámica política de las naciones. Prueba pal-

maria de ello es que los verdaderos juristas de su época los hallaron inútiles, y que, aplicados un poco, Sucre lo dijo, no resistieron la piedra de toque de la realidad. Proyectémoslos en el telón de la hora presente, y al pronto se destacará su flaquísima contextura técnica. Don Pedro Gual, hombre ilustre y muy perito en achaques de gobierno, sensato y probo, calificó la Constitución Bolivariana en 1826 de "teoría nueva, impracticable y romanesca".

*

Examinando las bases de su preparación cultural descubrimos holgadamente el núcleo ideológico de esa política.

Antes que nada, como ya lo dije, fue un criollo aristocrático, educado en los fundamentos y costumbres del cristianismo colonial iberoamericano. Mucho se ha divagado en torno de la intimidad de sus posteriores creencias religiosas, sin percatar y ver de que fueron, promediada ya su vida, un embrollo conflictivo. Porque no habiendo avanzado lo bastante en el estudio técnico de tan abstrusas materias, viose solicitado racionalmente por el escepticismo enciclopediano de aquella hora, y sentimentalmente retenido por la fe de sus mayores: de ahí la muy perceptible contradicción entre ciertas palabras y ciertas actitudes suyas.

Por su criollismo siente, en política, la democracia con plenitudes de fe; por su cuna aristocrática y su educación militar, por la ruda experiencia, sobre todo, de los desastres padecidos, ama las categorías de la autoridad recia y firme, y la solidez del orden.



A estructurar estas opiniones y tendencias concurren sus lecturas clásicas y su análisis del pueblo inglés. Nosotros no hemos ahondado en la inquisición de estas fuentes de la intimidad política colombiana, en este poderoso influjo de la historia inglesa sobre la formación sentimental y conceptual de nuestros estadistas nacionales. Bolívar la inicia por modo el más visible, y de ahí acá, dígalo Núñez, nunca se detiene. De inicial educación francesa y española a la vez, predominan, sin embargo, para la urdimbre política de sus devociones, Inglaterra, como norma, Roma y Grecia, para ejemplos; y así, con su democracia "aristocrática" convienen mejor las instituciones inglesas que las de norteamericanos y franceses, por donde, de esta parte, se explican también algunas antinomias de su compartamiento público.

Hay en él, como en nosotros, según ya lo dije, un mucho de universalismo. Universalismo que aunque parece a primera vista la dispersión errabunda de un temperamento nacional confuso, indeciso al menos, arraiga en causales más hondas: Es la floración de la universalidad característica de este Continente Americano, geográficamente sito entre los dos Mundos, Oriental y Occidental, culturalmente solicitado por la religión del uno y la filosofía del otro, por el sentimentalismo del primero y el racionalismo del segundo... y más que todo ello,

por la generación de su estirpe mediante el aporte de todas las razas del planeta.

Y así se produce esta orientación ecuménica de nuestra gente colombiana: sentimos cordialmente la España de nuestros mayores, amamos culturalmente a Francia, respetamos a Inglaterra, admiramos a Estados Unidos, Italia nos trae y nos cautiva, nos interesan Alemania y Rusia, y... "curioseamos" golosamente el resto del Mundo.

*

Psicólogo sí lo fue, y con plenitud que asombro. Da gusto el seguir a través de los documentos que nos legó su prodigiosa actividad el hilo sutil de sus observaciones personales acerca de la índole, virtudes y defectos de cuantos le acompañaron en el mundo. En dos palabras, muchas veces, traza el retrato moral de un hombre o la fugitiva imagen cordial de las mujeres que halló a su paso. Hasta el punto de que aún hoy día son sus frases el más acatado documento de juicio para justipreciar a muchos de los próceres de nuestra Emancipación. ¡Y con qué fino halago rinde la enemiga de sus adversarios más ilustres, cautivándolos por lo más recóndito de sus inclinaciones, que él adivina en su carácter! ¡Y cómo subyuga hombres y pueblos con la hechicería de sus elogios ladinos, o la certera previsión de sus deslices!

Esta su exquisita cualidad de psicólogo intuitivo fue sin duda la que más agitó sus facultades para la interpretación sociológica de los pueblos y la



conducción disciplinaria de esos capitanes de arisca y disímil condición moral que militaron con él: huraños unos, como Páez; pulcramente "susceptibles" otros, cual Sucre; alocados, de la índole de Córdoba y Mosquera; severos, a la manera de Santander; francos y sencillos, como Soublette y Briceño; sinuosos, del tipo de O'Leary y Flórez; posibles tránsfugas algunos; toscos y aborrascados los más, como improvisadas criaturas que casi todos eran del azar y los cuarteles.

*

Y más que todo, poeta. Cada una de sus obras fulge con destellos de axaltada imaginación, cual si hubiese vivido en trance apolíneo. Hasta en efímeras esquelas de ocasión reverberan las metáforas, entrechocan los símbolos y la frase se enciende de luz y de matices. Así sus proclamas guerreras parecen voces de huracán, y ni aún sus mensajes más severos, los legislativos, v. gr., logran despojarse de esta dicción iridiscente, que un mediocre falsificador suyo llevó a la caricatura en el pseudo DELIRIO DEL CHIMBORAZO.

Sus definiciones son como huellas de hachazos en el tronco de la historia, y toda su literatura se reviste de cierto estilo galo-romántico, con algo de oriental en la imprecación y las imágenes, quizás tomado de la elocuencia jacobina y girondina de la Convención, con uno que otro nombre clásico, venido tal vez por los arcaduces de Plutarco y de Suetonio, y epítetos de la aljaba de Homero (y de Juan

Jacobo, naturalmente), como "divino" y "sublime", que en él, y en todos los próceres de su generación, tan frecuentemente ocurren.

Sus empresas, sobre todo, y aún sus peculiares actitudes, poéticas son, y resplandecen en una atmósfera general de poesía. Las jornadas de la Emancipación, vistas a través de los esquemas mentales de Bolívar, parecen un drama escenificado en el inmenso teatro de América.

Ligado a Miranda, a Rousseau y a Bonaparte, no lo dirá, y aún los criticará acerbamente en ocasiones, y hasta querrá desterrarlos de su mundo ambiente, para que se pierdan las huellas de su influjo, según la ley que siguen los creadores de intentar la eliminación de sus padres, Zeus, digamos, contra Cronos, o de destruír lo más que puedan de lo pasado, conforme al grito de Nietzsche, cuando invoca al Maestro Ideal: "Vencedor-destructor".

Poeta, sin duda, de la acción y la palabra... ¿Lo fue asimismo en el callado reino de sus sentimientos y pasiones? ¿En el amor, por ejemplo? A mi juicio, tuvo en esto de poeta la volubilidad y el énfasis voluptuoso, no la grandeza ni la pureza del ensueño. Que si en la sobretarde de la vida escudó su celibato tras la noble ficción de una fidelidad a la esposa de su primera juventud, mezquina fidelidad fue aquella, que sólo le ofrendó el homenaje del sacramento y nada le ahorró del deleite venusino.

Ni veo en el diagrama de sus copiosas aventuras la nota gentil de una sensibilidad poéticamente enaltecedora. Lo entendería de tratarse sólo de aquellas enamoradas suyas que fueron a la manera de pasionales girasoles del amor, Fanny, tal vez, Bernardina quizás, Manuela, sin duda... Pero ¿qué decir de esos tronchados lirios que le miraron con la núbil inocencia de sus sueños? Con cuánto dolor rumiarían silenciosamente ese fraude a su ternura, por parte del héroe que olvidó su holocausto virginal a las primeras luces del alba... Anita, Isabel, Manolita Madroño y las doncellas anónimas del banquete citerino, borradas fueron con fuga donjuanesca indefendible.



## III

Palacios y calles, plazas, aldeas y urbes, departamentos enteros y aun naciones, llevan hoy el nombre de Bolívar. Y de él tratan infatigablemente los historiadores y los cronistas, los estadistas y sociólogos, los periodistas, poetas y dramaturgos, los pintores, los escultores y los músicos, los ignorantes y letrados, los hombres, las mujeres y los niños. Su nombre ha circulado por toda la curva del planeta y se ha hospedado en las mentes cultas de todos los Continentes.

¿Por qué ello así?

¿Hubo en él algo de "genio" histórico para que la humanidad se ocupe en su vida asiduamente?

Ya hemos visto, a la ligera, sin duda, pues lo he esbozado al menos, el cómo y el por qué se hizo pró-

cer, y el cómo y el por qué se hizo héroe: veamos ahora si logro descubrir en el conjunto de sus facultades alguna o algunas que por su altitud correspondan al grado de lo genial.

Entendiendo por genio la amplia superación de las facultades normales que permiten a un hombre ser, entender, concebir o realizar en grado sumo lo que es, lo que estudia, lo que medita o emprende, es decir, el que posee alguna virtud excelentísima del carácter, de la voluntad o del entendimiento, abarcamos en su definición el héroe y el santo, el sabio y el artista, con amplitud de criterio que nos redime de frecuentes confusiones en el juicio biográfico de los hombres, aunque léxicológicamente la palabra "genio" es el "ingenio" de los clásicos, que sólo se aplica al poder creador de la mente, excepcionalmente desarrollado, y ni siquiera puede decirse del hombre genial que lo posee, según la exagerada opinión de algunos correctores del lenguaje.

Aplicando a Bolívar este barómetro espiritual, por así decirlo, encuentro en la historia de su vida el dón de la intuición hábil, que le capacitó para entender con visión instantánea y segura el carácter y el destino de los hombres, y constituírse, por ende, en psicólogo práctico de primera categoría en el cuadro de nuestros mejores repúblicos; el carácter y el destino de los pueblos que estudiaba, y revelarse por ello como sociólogo de admirable clarividencia; el panorama y los recursos del ambiente geográfico y demográfico, económico y moral de cada región de los países que comprendía el derrotero militar de sus



propósitos, y ser así el máximo estratega de una generación.

Por su imaginación magnificadora y fulgurante se le ha calificado de poeta, como antes dije, y por su imaginación creatriz (que le permitió sacar recursos de donde menos podían presuponerse, y ser llamado, por tal razón, "el hombre de las dificultades", como él a sí mismo se apellidó en frase célebre), se le clasifica entre los "genios". Y no sólo le conviene ese título de genial por la alteza que tuvo en él esta virtud, mas también por la feliz aplicación que de ella hizo a empresas heroicas, hasta el punto de que puede llamársele hombre-época, porque de 1812 a 1826 es él quien ve mejor, mejor entiende y más audazmente dirige el mensaje histórico de la América Española, y por ese lapso resume en sí los destinos de medio Continente Americano.

Asimismo, en la esfera moral, tuvo el dón sobreexcelente de la constancia, de la tenacidad, diré mejor, hasta un grado inverosímil, que le permitió vencer sus propios gravísimos errores, domeñar la naturaleza inclemente en que le cupo la ardua fortuna de actuar durante quince años de lidia y cuatrocientas acciones de guerra implacable, ganadoras de la libertad de un mundo y de la cumbre del prestigio histórico.

Porque la tenacidad aplicada a la acción creadora tanto corresponde a lo genial como a lo heroico, pues que es a la manera de guión entre estos dos géneros, por otra parte tan íntimamente combinados.

*

La palabra "genio", que originalmente significó los espíritus protectores; "genii", del lugar; o de la familia, "manes"; o del individuo, "daimon"; o del pueblo en general, "iuno", que adquiere sitio entre las divinidades benéficas, con "Juno Sóspita", redentora, "Juno Lucina", protectora de los partos, está ligada íntimamente a voces como "genitivo", "genital", "engendrar" y "generación", y aún "género" y "genuino", que tan bien representan la obra "creadora", "engendrada" por Bolívar.

Y así, considerado el término en sus antiguas acepciones de "espíritu tutelar", conceptúo que puede estrictamente aplicarse a nuestro héroe; entendido conforme a su definición moderna de "excepcional poder creador" y de "suprema habilidad genuina", bien le está, asimismo, por aquellas tres virtudes analizadas antes, de su imaginación creadora, de su prodigiosa intuición y de su heroica tenacidad.

Más aún le pertenece como hombre representativo de su pueblo, "genio de la estirpe", que puede predicarse de su personalidad y de su obra. Porque si alguien hubo que nos resumiese en sí, con nuestras virtudes y defectos, fue este Bolívar, criollo de América, indisciplinado y turbulento, egoísta y vengativo, intuitivo y generoso, heroico y sensual (como antes dije), que todo lo aprende por contagio y todo lo hace por ímpetus.

Fue una "tensión", como el Continente Iberoamericano es eso asimismo, "tensión" inmensa: resumen de varias estirpes en caótica fusión aún, universalidad confusa todavía, aunque ya grande en su germen de "sentir" afectiva y moralmente el mundo, el amplio ecumene de la cultura; conflictivo y angustiado, en consecuencia, inconforme con lo que es e inconforme por lo que no tuvo; anhelante, siempre anhelante en busca de su alma y en busca de su HISTORIA...



Conviene, sin embargo, sin embargo de la mística devoción que nos une a su nombre, mirar un poco algunos de los errores que deslucieron su actitud y su aptitud política hacia las postrimerías de su existencia, porque así, las nuevas generaciones tengan grande espejo donde contemplar en faz ajena sus propios errores y evitarlos oportunamente. Duele, sin duda, y duele con atenazante amor filial, traer a vista de ojos y hacerlos revivir, aquellos desfallecimientos mentales y aquellas claudicaciones volitivas del héroe máximo de la historia americana, y padre, por antonomasia, de Colombia, pero en un análisis de los destinos patrios, ello es moralmente ineludible.

Por otra parte, su obra fundamental resiste victoriosamente los más severos fallos de la justicia, que harto tiene, en lo grande que tuvo, para dominar el escenario de nuestra historia y perdurar en la primera línea de nuestros afectos.

Sociólogo más que estadista, triunfa en aquellas construcciones mentales en que la sociología interviene normativamente, y fracasa, a veces por modo lamentable, ruinoso en ocasiones, cuando aplica

sus ideas a la armadura y funcionamiento de los Estados. Buen estratega y táctico débil, en esto de la política, como en aquello, que ya vimos, de las armas, anuncia peligros y define situaciones con cautivadora lucidez, pero no acierta a remediarlos prácticamente.

Esos sus conceptos que corresponden a la linde mental del estadista y del sociólogo, esos conceptos fronterizos entre el arte de gobierno y las especulaciones de la sociología, fueron tan estupendamente concebidos que aún hoy rigen el Mundo Americano:

Su clara visión del futuro cultural de América;

de la solidaridad del Continente;

de la necesidad de constituír grandes naciones, y no "gobiernitos", como él decía;

del destino democrático de estos pueblos...

y las normas del Derecho Internacional Americano que proclamó y en parte impuso (asociación defensiva, arbitraje, "uti possidetis", fuerza al servicio de la paz, etc.);

la necesidad de gobiernos "tutelares", no nihilitas ni absolutistas, no dictatorios ni anárquicos;

su apoyo a la religión como fuerza social indeclinable;

su claro sentido de las categorías de grandeza... perennemente actualizan su nombre, y su espíritu mantienen en la cumbre.

Pero el estadista es débil: el gobierno tutelar que proclama se le convierte en pretoriano; la constitución que predica para los otros, la quebranta él; la disciplina legal que impone, se desordena en sus obras... Y no atiende acertadamente a los problemas mayúsculos de la raza, de la educación y la economía nacionales, hasta el punto de que la emancipación va quedando en sus manos como instrumento casi casi inútil para la génesis de estas naciones que libertó su genio.



Agotado física y mentalmente, se encapricha en proponer reformas inoperantes en el ambiente de estos pueblos, como su Constitución Boliviana, tan plagada de remiendos conceptuales exóticos; se aferra más y más tenazmente a las facultades omnímodas; se empequeñece por momentos y se consagra a "defender" su gloria personal con vehemencia verdaderamente pueril, en permanente angustia por lo que van escribiendo en Europa acerca de él su mediocre amigo el Abate de Pradt y Benjamín Constant, el crítico acerbo de sus días finales.

Y no que le falten voces nobilísimamente suasorias: al regresar a su país en 1826, un grupo de sesenta y cuatro patricios, de toda índole, viejos y jóvenes, civiles y militares, partidarios suyos y adversos, ilustres y mediocres, sacerdotes, magistrados y jueces... todos, esto sí, sinceros en ese instante, y en documento que es una de las piezas políticas mejor elaboradas en aquella época de nuestra historia y de la historia del Continente, le dicen cuantó había que decirle, y se lo dicen con tales serenidad, respeto y conciencia pública, que aún hoy nos impresiona gravemente su estilo, como su resumen lo acredita en una de sus frases más egregias: "Que Bolívar sea grande, pero que Colombia sea libre".

Y él, en tanto, no ve el prodigioso alcance de aquella filial admonición. Prosigue en su carrera hacia el abismo, del brazo de algunos locuelos como Tomás Cipriano de Mosquera y Antonio Leocadio Guzmán, y de caudillos guerreros tan implacables como Urdaneta y O'Leary, impávidos sin duda, y meritorios, grandemente meritorios, pero con no sé qué helada conciencia de verdugos.

Se cumplía su propio vaticinio de Cúcuta: "Un hombre como yo es peligroso en un gobierno popular".

Sino que ahora no le acompañan suficiente salud ni energías juveniles para refrenar sus ímpetus, y en regreso melancólico a la nuda naturaleza de su carácter, van reapareciendo las peores inclinaciones de su egoísmo, cumpliéndose así en él la norma de que cuando comienzan los fracasos se precipitan los errores, y esa como inversión del "mana", de la plusvalía espiritual con que nos regala el triunfo, para establecerse la minoración de las facultades que casi siempre sigue a la derrota de nuestros sueños... Más aún: ya no le afecta tanto la hipomanía que en otro tiempo enardeció sus empresas, antes le asiste su contraparte gemelar, la hipocondría, o como él la nombra, según el lenguaje médico de entonces, la atrabilis, esa su atrabilis que de 1928 en adelante tanto hizo sufrir a sus mejores amigos y secretarios.

Olvida desde 1826 que a un pueblo no puede gobernarse dividiéndole en dos grupos palaciegos, el de los que alaban y el de los que no alaban a su primer mandatario, y dejándose morder el corazón por la soberbia del triunfo, y la soberbia, más dañosa todavía, de exagerados penegíricos, comunica en 1827 a José Bustamante, oficial rebelde de la 3ª División acantonada en el Perú, que él es "el primer hombre del Mundo".



Quiere luégo falsificar la opinión pública con actas municipales, más o menos postizas; cree, contra toda evidencia, que los mejores ciudadanos del país aplauden sus proyectos constitucionales y su anhelo de poder omnímodo, y, lo que es peor aún, que le alcanzan las fuerzas para la conducción de los negocios públicos, a esa hora en que ya no puede tenerse en pie.

Su juicio, tan certero antes, tórnase inseguro, frecuentemente equivocado, inadecuado al menos, y no pocas veces loco: delira con guerras internacionales en remotos países, apoya a Páez, a Flórez y a Urdaneta, en cuanto los cree bolivarianos todavía, haciéndose así —¡él, tamaña majestad de hombre!— sedicioso "en potencia" y banderizo, y más luégo, ya sin el timón del mando, pretende combatir al primero y organizar campañas de invasión, desorbitado e iluso.

Tal, en su viaje a Santa Marta:

Su egoísmo se circunscribe de nuevo al mero cuidado de su yo, y sólo halla nobles a los pueblos y personas que lo enaltecen; manda aún, como si todavía ejerciese el poder legal, y se cree perseguido; en todas partes le reciben admirativa y respetuosamente, y se considera desterrado de su país;

todos le respetan y a todos regaña; tiene recursos económicos, y se finge un Diógenes... Su criterio se hace fluctuante, un poco místico ya y crédulo, inseguro de sí y de los hombres, de lo porvenir y de lo pasado y de lo presente, a un tiempo mismo.

A todos llama ingratos, sin atender a la noble actitud con que Bogotá lo despide: "...enseñaremos a nuestros hijos a pronunciar vuestro nombre con tiernas emociones de admiración y agradecimiento"; a la consagración suprema con que su patria toda le dice, por boca del Congreso: "...En cualquier lugar de la república que habite el Libertador, será tratado siempre con el respeto y la consideración debidos al primero y mejor ciudadano de Colombia; a la exquisita invitación que la sociedad quiteña le hace para que viva en su seno; a la devoción filial con que ciudades y pueblos, aldeas y campos le reciben al lento tránsito de su última peregrinación sobre la tierra...

Pierde la visión perspectiva de los destinos de Colombia y de América, de esa América que él llamó, y que hoy es, "esperanza de la humanidad"; concibe protectorados exóticos para estas repúblicas hispanoamericanas del Nuevo Mundo, y en el colmo de ese nihilismo en que su crítica se hunde, reniega de la Emancipación, que con tántas amarguras y sacrificios inenarrables se dieron.

Todo parece perdido en aquel corazón enfermo, desordenado en aquella mente que se obnubila poco a poco. Parece, sin duda, y ya lo va siendo... Sólo que Naturaleza le metió en el alma esa diminuta



lumbre del genio que desarma y trastorna todas las previsiones humanas. Y así, aquel preagonizante que marcha de tumbo en tumbo hacia la muerte, demacrado y triste hasta la inverosimilitud, sin poder alimentarse, ni dormir, ni reposar siquiera un buen segundo, despierta de pronto y ve.

Ve que se ha equivocado y ve que lo han hecho equivocarse: error su dictadura, error las actas "infames", como él dice; error el pseudo prestigio de sus ideas políticas; error su estímulo a Páez; error su actitud ante la Convención de Ocaña; error su conducta contra los septembrinos; error su enemistad con Santander... y obedeciendo al "daimon" íntimo de su genio, que sólo surge cuando el acicate del infortunio le toca el alma, escribe aquella su alocución de despedida, canto preagónico del cisne, y regresa así a la cumbre de su misión tutelar ecuánime.

Son dos párrafos apenas:
ciento ochenta palabras solamente;
ciento ochenta gramos de oro espiritual...

En ciertos instantes de la vida, la plena majestad del espíritu visita la mente de los hombres. Tal parece como si la magnitud del significado histórico se apoderara, como un numen, de la mente individua y la alzase a la representación universal de toda la especie. ¿De dónde hubo, si no, la juventud atrafagada de José María Córdova aquel grito insólito de Ayacucho, encarnación genial de esa hora suprema en los destinos de este Nuevo Mundo Iberoamericano, ¿Ni de qué entraña miltoneana le bro-

tó ese otro que dice: "Si es imposible vencer, no es imposible morir", que Luzbel le envidiaría ante el reto abrumador de Uriel Arcángel?

Tal así, Bolívar, hilacha fisiológica entonces, tuerce de pronto en 1830 el timón de su personalidad, borra de sus rumbos el egoísmo que le movió a precautelar con tan nimios esfuerzos la gloria preponderante de su nombre, y se entrega magníficamente a su propia creación, a Colombia su hija. Se funde con ella, en ella anonada sus destinos personales, y de suya que fue, se hace suyo, trocando los valores de la filiación heroica. Ello ocurre en San Pedro Alejandrino, en su alocución testamentaria, momentos antes del silencio insoluble.

Y ahí se cumple el cuarto avatar de su espíritu, que ha ido elevándose como un arpegio de gloria, prócer, héroe, genio, emblema. Porque cuando el héroe ya no sólo da de sí obras transitivas, sino que a sí mismo se da en perfecta plenitud redentora, en rehén, como si dijéramos de su patria ante el Destino, ya no más es un hombre, ya no más es un héroe, ya es el corazón mismo de su gente, su símbolo racial, su EMBLEMA icástico. Será a modo de un legado plenipotenciario y eterno de su estirpe ante los adustos tribunales de la Historia.

Será el emblema.

Deshumanación en parte y transfiguración en mito, y extraña génesis de cultura luégo.

Encarnará los defectos y virtudes de su nación, los anhelos de ella, las ilusiones, los quebrantos, y la indefinible latitud de su espíritu. Se le llamará



con voces de llanto en los días de infortunio, y gozosamente se le aclamará en las dianas de la victoria.

Y ello es justo, a más de ineludible, de recónditamente ineludible. Porque el héroe genuino, el creador de pueblos y de historia, es instrumento demiúrgico de la cultura. Y la cultura se desenvuelve históricamente en libertad y en espíritu. Por tales vínculos indescifrados aún, el genio y el héroe, como antes dije, se enlazan gemelarmente, y la libertad, el espíritu y la cultura se asocian por proceso genitivo en las entrañas de este drama universal de la existencia.

Cuando Bolívar vivió vida humana, su heroicidad se hizo la Gran Colombia, y su genialidad trocóse en Derecho Público de un Continente. En mucha parte él "estilizó" ese Continente, le dio la forma heroica de su espíritu, y lo puso a vivir de pies dentro de la historia del Mundo. En retribución espiritual, los hombres que él hizo libres lo van "recreando" en fragmentos selectísimos de su propia alma: cuál le añade una idea, cuál un sentimiento, cuál una emoción íntima, y amor, amor, todos aunadamente. Las ciudades de este medio Mundo levantan su efigie para símbolo de su fe, arrodillan sus plazas y sus calles al pie de la estatua idealizada —¡oh Tenerani!— de este hijo de sus anhelos, de este nuevo icón de su libertad... Porque ya no es un hombre, porque ya es el signo de un Continente, de una estirpe, de una idea...

Y hoy, emblema y signo, sus claras visiones, su anhelo de normas universales, su dación filial de sí

y su ternura tutelar de padre, presiden, Eneas redivivo, augusta sombra virgiliana de Dante, las jornadas escabrosas de la cultura iberoamericana por venir, que estoy audazmente invocando en este momento, para que Cultura, Colombia y Bolívar vayan siempre juntos en el cerebro y el corazón de las nuevas generaciones de América, y así juntos se asocien a la obra espiritual presunta de todos los pueblos de este, todavía arcano, NUEVO MUNDO.

*

Y de esto, de esto de ser prócer, héroe, emblema y genio de una estirpe, se nos aparece otra causal de su grandeza histórica: Porque son los hombres lo que son de suyo, y lo que sus obras los van haciendo a medida que estas obras evolucionan y crecen. Muchos próceres nacionales que a los principios de su aparición en la escena carecieron de personalidal eximia, con el correr de los años y el avanzar de los siglos van cobrando estatura heroica y heroica significación, debido al florecimiento de las naciones a quienes ofrendaron su vida o su espíritu: ¿Quién puede comparar el Wáshington del siglo XVIII, augustamente noble y sencillo, con el genio estelar que en este siglo XX recibe los homenajes de admiración y de respeto, de amor y de gratitud de ciento cuarenta millones de hombres libres? Es porque los grandes hacedores de la historia son a la manera de una estatua cuyo pedestal se amplía y sube incesantemente, hasta el punto de que, a poco más, la propia efigie descuella en las nubes y se ilumina con los destellos cenitales del sol.



También así, la grandeza genuina de Bolívar ha venido ampliándose con el transcurso de los tiempos por el desarrollo gigante de las naciones que recibieron los beneficios de su brazo y de su mente, y ahora, una centuria después de su tránsito del mundo, la imagen suya desafía ya las más enhiestas cumbres de la gloria, compite ya con los forjadores más ilustres del destino humano.

## IV

Aquellos pueblos sin cohesión de nacionalidad que Bolívar congregó a vida libre, aquellas dispersas, muy leves aún y amorfas, agrupaciones de colonos, entonces sin rumbo definido, hogaño se yerguen con augusto mensaje de realidad y de ilusión, y ya prometen edificar casa autóctona para su espíritu, y espíritu autóctono para su casa.

Es éste uno de los máximos episodios de la cultura por venir, que aún no quieren ver los hombres de otras latitudes, pero que nosotros, latinoamericanos, haremos conocer mediante el discreto planeamiento de nuestra fe y la parca demostración de nuestro rumbo histórico, así parezcan aún por el momento, y así sean todavía, débiles nuestras fuerzas efectivas y frágiles nuestros recursos para misión de tan arduas proyecciones espirituales.

Porque, si yo dijera en este breve comentario de la vida y de la obra del Libertador Simón Bolívar que seguramente la rectoría universal de la cultura en mucha parte pasará a fines del siglo XXI a este grupo iberoamericano de pueblos libres, leve sonrisa desdeñosa acogería mi opinión como algo presuntuosamente inverosímil.

¡Y no obstante esa sonrisa, ello ocurrirá así, indefectiblemente!

La floración de toda gran cultura requiere el cumplimiento de varios requisitos fundamentales: la armónica estructura nacional de un pueblo de buena estirpe, en cuanto a la conjugación de sus distintas aportaciones raciales se refiere, para que brote la unidad de temperamento, y esa unidad se encauce noblemente; la adquisición de cierta holgura económica, que a ese pueblo permita dedicar amplio tiempo a las labores del espíritu; y la previa digestión, en fin, del legado cultural de otros pueblos que han hecho la Historia...

En estudios anteriores he ahondado un poco más en dicha investigación: por el momento, este somero esquema es suficiente.

Ahora bien: a causa de la declinación de esos requisitos, ya por endemias letales, el paludismo, v. gr., ya por el empobrecimiento que sigue en determinados países a la desviación de las rutas comerciales del mundo que antes los favorecieran; o el colapso de la voluntad, por conquistas que hayan padecido o derrotas deprimentes; y, sobre todo, por la misteriosa fuga del ímpetu creador cuando se ha realizado el mensaje que cada pueblo trae consigo al haber histórico universal, cuando, por así decirlo, ese pueblo ha expresado lo que su índole le sugiere al constituírse en lo que debía ser —como quien dice, al terminar su misión en la esfera del espíritu— las culturas van pasando de unas a otras naciones, de unos a otros continentes, añadiendo aquí y allá nuevas luces a su rumbo caudal histórico, que, según entiendo, nos encamina hacia la adquisición de indefectible conciencia universal de la existencia en sí y del sér.



Y así la vemos en indefinida trashumación de Oriente a Occidente, de Mesopotamia y Egipto a Grecia y Roma, de Italia y España a Francia e Inglaterra, de Inglaterra, Francia y Alemania a Rusia y Estados Unidos, con incidencias fugaces en pequeñas naciones que por algún azar de la fortuna benévola se hallaron un día bien acaudaladas de espíritu y recursos materiales, como puede advertirse en la vida histórica de los Países Bajos, o de Valonia y Flandes, o de Portugal, Provenza y Cataluña, por ejemplo, o en los diminutos Estados de la Italia renacentista, o en Dinamarca, Suecia, Noruega y Suiza, para los tiempos que corren. Porque ese derrotero de la Cultura, como ningún otro de los que atañen a la historia y a la vida, fluctuantes por esencia, no sigue líneas inflexibles, sino rumbos de muy amplias oscilaciones y aun de incidentales retrocesos: el primer renacimiento europeo, el carolingio, tuvo su fuente en los monasterios de Irlanda, y Sicilia, foco de divulgación cultural de griegos, árabes y alejandrinos, recibe luégo

el reflujo de normandos y teutones. El idealismo escocés actúa ampliamente en Alemania. La Universidad de París repercute en italianos y españoles. Formas culturales americanas conmueven hoy el mundo europeo... Así, pues, sólo el volumen caudal es de circunvalación, en cuanto se contemple su panorama milenario histórico.

Mucha importancia tiene la consideración de que siempre hubo algún equilibrio de balanza en el proceso de la cultura, una a modo de polaridad del carácter —idealismo y pragmatismo— en cada época, engendrados por la índole de las naciones representativas de esos polos de la actuación cultural, Oriente y Egipto, digamos, Roma y Grecia, los pueblos latinos y los anglosajones luégo... Estados Unidos o Iberoamérica en futuro más o menos próximo. Polaridad de pormenores aún: en tanto que Persia y Babilonia se preocupan por los orígenes del mundo y de la vida y nos obsequian el cuadro magnífico del Génesis, a Egipto le inquieta el destino "post mortem" de la humanidad, y a él consagra lo mejor de su arte y de sus lucubraciones religiosas

*

Tal es el fenómeno que nos conviene estudiar en este momento, y tal es, en mucha parte, el propósito de esta conferencia mía, el porqué yo también, a pesar de la voluminosa literatura biográfica que ya existe acerca de Bolívar, echo mi cuarto a espadas y pretendo inquirir un poco más en su destino, y en las relaciones de ese su destino con la naciente cultura de Iberoamérica.



La revolución universal que ha estallado en las dos magnas guerras de este siglo XX, debilitó dramáticamente el poderío de las naciones latinas del Continente Europeo, comprometió la suerte cultural de Alemania, y aún, mucho me lo temo, minorará un tanto la potencia rectora del pueblo inglés, y así, es muy posible que la polaridad de la cultura se coloque para el resto de este siglo entre Rusia y Estados Unidos de Norte América.

¿Hasta cuándo?

Durante el siglo XIX y parte de la centuria actual, los anglosajones de América estuvieron atareados en la triple asimilación de su territorio, de las múltiples razas que inmigraban a él, y de la cultura, en fin, de las grandes civilizaciones del Viejo Mundo. Hoy resumen esas civilizaciones antiguas con los matices de originalidad que su carácter les ha impreso, y sería impertinente negar que ya tienen la hegemonía ecuménica de los destinos humanos.

La tienen, sin discusión posible, para lo técnico, lo político y lo económico; descuellan ya en las bellas artes, y se inician en la expresión de los problemas máximos del espíritu. Los instrumentos culturales de que superabundantemente disponen y que hábilmente coordinan, las excelencias de su prosapia, el vigor de su salud, la reciedumbre de su personalidad, su dón de trabajo y la altiva fe que tie-

nen en sus propios destinos, no permiten vacilar un momento acerca de la proximidad de su triunfo.

El mismo anglosajón europeo, la vieja estirpe inglesa, posee tan poderosa virtud de recuperación social que, aun fatigada hoy, puede en corto lapso seguir adelante la enorme tarea cultural que la ha traído a cumbre histórica eminente.

Rusia, de su parte, está en proceso menos avanzado de asimilación de esa tríada de territorio, raza y cultura, pero ha adquirido tal "momento", como dicen los físico-matemáticos, (q), tal ímpetu de propulsión, dispone de tan dilatados recursos, y la civilización actual tanto le facilita "quemar las etapas" del crecimiento, que tampoco podríamos discutirle puesto en la jefatura de las nuevas jornadas de la historia.

Sino que la índole del pueblo norteamericano parece conducirle más al análisis técnico de los problemas del mundo y a la organización pragmática de su aprovechamiento social que a las lucubraciones en abstracto de la filosofía, de la religión y del arte, por lo que me inclino a presuponer que el magisterio cultural suyo no será milenario nunca, secular apenas, y tal vez no mayor de un siglo.

Rusia sí tiene vena para las creaciones místicas, la artística originalidad y la especulación filosófica, dotes eximias de trabajo, tenacidad de propósitos, fe irreductible en su misión mesiánica y rápida asimilación de los recursos técnicos que le puedan ser más útiles. Pero ella, probablemente, regirá de preferencia el Mundo Asiático, y no será para



nosotros perdurablemente normativa, aunque su entrañada inquietud moral y la peregrina trayectoria de su arte, tanto nos seducen.

Su actual experiencia de la civilización occidental europea (millones de soldados que están viendo con propios ojos un mundo gigantescamente distanciado del suyo), traerá a su espíritu quien sabe qué raros brotes de inquietud social y de cultura.

En todo caso, en ninguna de las dos potencias hallo al presente la actitud cósmica que conduce a la creación de una cultura, o modalidad cultural genuina, de vuelo alciónico, cual lo requiere hoy el espíritu del hombre, agobiado por el planeamiento de nuevos problemas metafísicos, y desamparado hace tiempos por el soplo divino de las grandes creaciones ideales. La universalidad de Norte América, esperitualista a su modo, me parece más económica y política, y más técnica, desde luego, que esencialmente conceptual, como ya dije. La universalidad de Rusia, el universalismo ruso, anotaré mejor, tiende a lo social, en primer plano, a lo moral, en el segundo, sin que yo alcance a percibir, en lo que va realizando y prometiendo, el arquero divino de las lides supremas del alma. Empero, esa misma Rusia, casi totalmente dedicada hoy a la organización materialista de sus cuestiones sociales, y tremendamente abrumada también por el desgaste casi supremo que la contienda actual le impuso, verá, con todo, surgir dentro de una o dos generaciones venideras tamaña sed de idealismo, una tal "eulimia"

o hambre de infinito, que posiblemente sorprenderá a los hombres del futuro con alguna obra de primera magnitud cultural.

Y aunque así no fuere, una y otra índole, no obstante sus limitaciones, nos serán prodigiosamente útiles. Todo instrumento de civilización abre el compás de la cultura, habilita y agilita para nuevas excursiones ideales del espíritu, y nadie dudará de que estos dos pueblos traen consigo tesoros de técnica y abundantísimos elementos de estudio que harán infinitamente más fácil la tarea histórica de sus posibles herederos.

*

Esta exégesis requiere mayor amplitud, y a guisa de tanteo, pues que es de suyo muy ardua, tímidamente intentaré adelantarla un poco: y así digo que a mi modo de entender estas diferencias "vocacionales" de los pueblos, el norteamericano posee en grado eximio el dón de la inventiva técnica, y una mente que gusta de lo informativo y útil, más que de lo especulativo abstracto; el ruso pesquisa sagazmente los problemas morales y, como el norteamericano, busca el equilibrio social, a su modo; el inglés ha profundizado genialmente el estudio psicológico del hombre esencial y descuella por sus virtudes políticas; el francés nos ha regalado con estupendas inquisiciones caracteriológicas, y disfruta privilegiadamente de la claridad y del orden en la arquitectura del pensamiento; el italiano llevó el arte a culminaciones insuperadas aún; el alemán, de



tan débil persona en sí, está riquísimamente dotado para la técnica, el arte y la especulación metafísica, en un "complejo" desconcertante de grandeza cultural y de colapsos de la conducta; el español nos ofrece al estudio una personalidad gigantesca, mística y sensible, generosa en grado eminente, pero individualista y descuadernada hasta la catástrofe de sus destinos; el griego clásico, artista como el italiano, metafísico como el alemán, preside aún la cultura universal con las normas de su espíritu... En Oriente no es tampoco unánime el dominio de las vocaciones, tampoco allí hay vocación unívoca: místico-religioso en algunos pueblos, como el de Israel; místico-artista en otros, como la India y el remoto Irán; imperativo y pragmático en Mesopotamia y en Egipto (oriental en parte) ; imitativo y tenaz en el Japón; de inefable sencillez artística, el chino tiene su núcleo de acción en una casi absorbente sensibilidad familiar, tradicionista y uniforme... Vago esquema éste, sin duda, nos permite, sin embargo, deducir someramente que el espíritu humano, como especie, se distribuye en varias funciones regionales, cual si buscara su armónica composición en el conjunto ecuménico y no en sus fragmentos de nación y de individuo, con tendencia, a mi ver, hacia una síntesis por venir, que yo quisiera ocurriese en el ámbito, aquí contemplado, de la próxima evolución cultural.

Ahora bien: Todas las culturas anteriores, y esta variante que ya surge, corresponde al hemisferio boreal. El austral ha permanecido extrañamente silencioso hasta hoy. Fenómenos de migración humana, fenómenos de clima, fenómenos indefinibles quizás también, le han dado al norte planetario el predominio de la historia. Se acerca la oportunidad de un advenimiento austral. Tenues resplandores de alborada anuncian ahora el orto de las culturas meridionales.

Y esas culturas tendrán sus polos de actuación, sus polos magnéticos, los ásteres de su gestación cromosomática, porque a ambas cosas se parecen, puesto que la cultura es vida, vida que brota, se alimenta, se reproduce y muere, muere en sí, mas no en su especie, como la vida individual, esas culturas, repito, tendrán sus núcleos de "vivencia" en las jóvenes naciones del Oriente, como Australia, Nueva Zelandia, Africa del Sur etc., y en estos pueblos de la América Latina. Ya desde hoy se advierten en la idiosincrasia de unos y otros diferencias de temperamento y de carácter que los harán diametralmente distintos, diferentes, diría mejor, polarizados de suyo. Las gentes de aquellas, para nosotros, lejanas naciones, en demótica gestación aún, ya revelan sus propias virtudes, en parte heredadas, en parte diferentes de las de su tronco genitor, como su exuberante alegría del vivir, su sentimiento cuasi deportivo de la lucha, sus dotes de organización política y la clara visión de sus destinos, en tanto que en estos países iberoamericanos predomina no sé qué languidez en el comportamiento, entreverado con impulsos de alocada actividad, lo que hace discontinua la acción, y produce esta paradoja de brillantez inicial en todo cuanto emprenden, con resultados mediocres. Dígalo, si no, el fácil triunfo de nuestros estudiantes en el extranjero, que en el primer año descuellan casi genialmente, y en el último se quedan a la zaga de sus compañeros. Dígalo, si no, este "mariposeo" de iniciativas oficiales, sociales y personales, que cada día nos sorprende con la promesa de maravillosas soluciones de nuestros magnos y pequeños problemas comunes, y que a los seis meses de su planeamiento y estruendosa "inauguración", sólo dejan un cenicero de ilusiones muertas y una canastada de papeles inútiles. Dígalo, si no, este fulgurante amanecer de jóvenes letrados, que a la vuelta de un decenio, cuando todos seguimos avizorando el desenvolvimiento milagroso de sus facultades eximias, por ahí, de pronto, nos los encontramos en alguna oficina trabajando cuatro horas mediante la toma de cuatro tacitas de café, y el resto del día solicitando vacaciones y permisos.



El estudio psicológico de este caso nos descubre que esa juventud carece de atención prolongada, en primer término, y que, en segundo, adolece de arritmia moral. Por aquella falta de atención nunca ahonda en nada útil, por esta ausencia de ritmo disciplinario se hastía de todo prestamente. Algo hay en ello de flaqueza constitucional, mucho de educación deficiente, y así, lo primero que se impone a la consideración de los pedagogos nacionales y

de los padres de familia, es esto de enseñar a las nuevas generaciones a que "administren" mejor su individualidad y su persona.

Y esta misma palabra nos coloca ante otro problema básico del porvenir de la cultura iberoamericana: ¿Se puede administrar ese porvenir de nuestra cultura en cierne?

Mi respuesta es categóricamente afirmativa: se puede. Y se debe. Más aún: se puede y se debe emprender inmediatamente.

Si dejamos el devenir de esa cultura al curso espontáneo de los acontecimientos, pronto nos hallaremos ante situaciones morales de solución imposible. Porque regida la cultura, como lo va a ser, por naciones que poseen raza, constitución, temperamento y carácter diversos de los que a nosotros nos caracterizan y definen, imitaremos su comportamiento social, familiar e individual con tendencias y resistencias contradictorias, y seremos fáciles víctimas de gravísimos conflictos, interiores y externos; nos disociaremos espiritualmente también, y nos anularemos para toda creación sólidamente edificada en nuestras virtudes genuinas, y cuanto hagamos, será, por ello, débil en sí e inarmónico de suyo.

La administración de este porvenir cultural no es hazaña mítica ni atolondrado propósito de visionarios ingenuos. Cuatro son los cimientos ineludibles sobre que podrá construirse esa fábrica del espíritu: el vigor de la raza, es decir, del sujeto primordial de la empresa; el vigor de la economía, que le capacitará para emprenderla con holgura de tiempo



y de recursos materiales; el vigor de la educación, que le desbroce el campo de las siembras conceptuales en perspectiva; y, esto sobre todo, el vigor de la voluntad creadora, la decisión inexorable de ser grande.

De todo esto estamos ampliamente advertidos hace ya mucho tiempo, sino que el endiablado desorden de nuestra voluntad, su veleidosa índole y su endeblez propia, atávica en cierto modo, climática hasta cierto límite, nos ha hecho perder las dos o tres oportunidades de alzarnos al plano superior de los grandes forjadores de la Historia, con mayúscula, es a saber, de la historia universal. Uno de esos momentos fue el de la Gran Colombia, tan seductoramente elaborada, tan noble y útil. ¡Y tan efímera!

Otro impedimento grave, deletéreo en nuestra historia patria, ha sido y sigue siendo, la imprecisión de nuestra mente. Si contemplamos la manera de resolver nuestros problemas nacionales, caeremos muy pronto en la cuenta de que en lugar de resolverlos, los duplicamos, es decir, creamos al lado del primitivo otro igualmente peligroso, y aun mayor a veces: el problema de la salud, el de la educación, y el capitán de todos ellos, el problema del trabajo, los hemos complicado hasta la máxima derrota en que nos hallamos hoy día.

Al enfrentarnos con esta capitalísima cuestión de la cultura por venir, nosotros aquí en Colombia debemos, para iniciar el duro ascenso, robustecer la instrucción universitaria superior, la desinteresada y especulativa, no la técnica meramente, que asimis-

mo está débil, no la secundaria, siquiera, también muy flaca, ni la elemental del alfabetismo, tan ilusa si no la abastionamos con mayor reciedumbre moral, no éstas repito, que corresponden a la rutina docente del Estado, pero esotra, mucho más alta y difícil.

Para ello tenemos que colocarnos en el ángulo de las derrotas, en el ángulo de las dificultades supremas, en primer lugar, haciéndola gratuita, en segundo, distribuyéndola en horas que no estorben la labor remunerada de los presuntos estudiantes, para que así aprovechemos uno a modo de "subproducto" del trabajo, o sea, aquellas horas libres que pueden aplicarse al cultivo de la vocación, y que generalmente nosotros dilapidamos en la ociosidad y el vicio, o en trivialidades inútiles. Sobre esta materia he tratado extensamente al proponer la fundación de una Facultad vespertina y libre de Filosofía y Letras, y no creo oportuno repetir ese estudio ahora.

Quiero, solamente, indicar que estamos descuidando algo factible y gigantescamente útil para nuestro futuro cultural y la dignidad de nuestra historia.

*

Sin embargo... me arrepiento de esta premura: ¿Acaso no estoy aquí para dilucidar ampliamente estas cuestiones? ¿Y acaso no son ellas el objeto medular de mi propósito?

Así, pues, indicaré que ese proyectado Instituto de Filosofía y Letras ha de ser muy otro de los que



tenemos por tales en Colombia. Ha de ser, en primer término, abierto al público, mediante el sistema de conferencias de libre auditorio, a la vez que de matrícula limitada a unos cuantos. Con lo primero se atiende a suscitar vocaciones y a satisfacer apetitos de cultura, a aprovechar, sobre todo, las horas vacantes de muchos que, disponiendo de buenas facultades, no las aplican a algo útil por carencia de la oportunidad pertinente; se estimula la dignidad de los profesores, hasta un límite que ya conocemos ser prodigiosamente afortunado en el esclarecimiento de los temas de estudio en general, y de los magnos problemas del país, particularmente; alimentaríamos con él la literatura patria en aquellos ramos de la erudición y del pensamiento original en que adolece de grave carencia o de inane diletantismo, no siempre inocuo. Crearíamos, pues, un neoclima cultural benéfico. Y en segundo término, habilitaría para la colación de grados, en doctorado y licenciatura, a los pocos que pudieran seguir los cursos y presentarse a exámenes metódicamente.

Y lo aprovecharíamos para iniciar la, por mí muy ambicionada, revolución docente de someter a nuestra juventud a la más severa posible disciplina metamática, con el propósito de corregir su desorden mental, acostumbrarla a la reciedumbre de las categorías, a la concisión y precisión del juicio...

Hay que meditar en lo que institutos de este jaez y esta traza han sido en otras naciones: hay que recordar la obra evocadora, creadora y rectora de Salamanca y de Oxford, de Bolonia y de París; de Up-

sala y de Heidelberg; de Harward, Lovaina y Roma, por ejemplo, o en el discreto ámbito de nuestra pedagogía, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, el de San Bartolomé y el Seminario de Popayán, para concebir adecuadamente el alcance cultural de las instituciones de esta índole. Los cursos de asistencia libre que mantiene la Soborna han hecho más por la simpatía de que disfruta Francia en el mundo extranjero que todos sus méritos históricos, y el predominio del "pensamiento" francés, a ello principalmente se une. Lo que nuncan han entendido los alemanes, los ingleses y los americanos del Norte, con grave detrimento para la divulgación de su prestigio, pues que por cobrar unos cuantos dólares de matrícula pierden el tesoro de ejercer magisterio universal, y de ganar por otras canales económicas cien veces tanto con ello.

Nadie ignora que la fundación de institutos de esta laya entre nosotros es tarea perdida en más de noventa por ciento, pero tampoco debemos olvidar que la leve porción retributiva que quede, es de magnitudes espirituales inconmensurablemente superiores al gasto y al esfuerzo. Hogaño tienen ustedes aquí ejemplo memorable en la benéfica acción que cumplen las revistas de cultura desinteresada de esta ilustre Universidad de Antioquia, y de la Católica, que tan acertadamente tomó el nombre de Bolívar.



V.

Eminentes conductores de la historia contemporánea nos han dicho que sus pueblos combaten en esta hecatombe universal por el mantenimiento de ciertas normas que hemos heredado de la Cultura de Occidente, religión inclusive. Yo me atrevería a opinar que lo planteado por ellos no resuelve las dificultades de índole conceptiva que hay en el subsuelo de la actual revolución del mundo. La Carta del Atlántico nos ofrece ámbito social e internacional propicio a la mejor convivencia de los hombres, como instrumento político que es, mas no puede, ni a ello aspira, asumir actitud normativa para la cuestión ideológica fundamental que nos inquieta. Los nobilísimos pastores de las greyes religiosas más prestantes hoy día, igualmente se afanan por encauzar en los azudes ideales de sus creencias y conducta el desasosiego moral de la época, y por recoger para sus dogmas, ampliándolos, si fuere necesario, y asociándolos un poco, si ello fuere útil, la tensión espiritualista que sucede al dolor de las grandes calamidades de la especie y el desconcierto conceptual en que vivimos. Los pensadores independientes buscan, afanosos también, alguna solución lenitiva de esta universal angustia cósmica.

De la parte suya, algunas naciones de las que denominamos "totalitarias" intentaron la incubación de "credos" especiales para el nuevo vivir del hombre asociado, y prometieron desbrozar rumbos más promisorios a los carriles de la cultura inédita, con una tan grave equivocación en el procedimiento,

y una tan soberbia valuación de su comando, de su aptitud y de su estirpe, que mataron en embrión el germen que pudiera haber fecundo en la recóndita entraña de sus aspiraciones y pre-conceptos. Y así, al pretender organizar el caos ideológico de Europa, crearon un caos moral más insoluble, porque en su intento de valorar al hombre, en vez de seguir la ruta sensata de la asociación equitativa ecuménica, impusieron la supeditación de razas y de pueblos, de religiones y de tradiciones jurídicas, de la dignidad intangible de la persona, sobre todo, y se abismaron en vórtice inverecundo de intransigencia y de crueldades.

Tengo para mí, y digo para mí; porque no aspiro a ninguna catequesis filosófica, ni deseo "atomizar" o desmenuzar mi espíritu en incidentales discusiones de escuela o de política, antes sólo me agradaría ser el humilde campanero entre nosotros de algo nuevo que siento brotar en los surcos ideales de esta época, de algo que ya palpita en el oriente del nuevo día que nace a otra luz, tengo para mí, repito, que no se trata de retener incólume cosa alguna de lo pasado, ni de destruírlas, tampoco, alocadamente: se trata, esto sí, de una superación, porque ya no es admisible, ni posible siquiera, alzarnos de hombros ante la liquidación de los valores antiguos.

Cuando religión, ciencia y filosofía se disocian, cuando el trípode armónico, con armonía de "valencia" ecuacional, que constituyen, se rompe en favor



de una u otra, o en deterioro de todas ellas juntas, la cultura a que pertenecen ha fenecido y ya no puede ser "activamente" operante, a lo más, sostén pasivo, trayectoria de rutina apenas, o mesta comunal de tradiciones y costumbres.

Ese equilibrio está roto hoy día, y su ruptura engendra una diéresis entre sentimientos y conocimientos, grave de suyo: es la diéresis que conduce a la "esquizofrenia" (fraccionamiento, división o dicotomía psíquica) de la cultura, y por ende, a la nulidad de sus actividades, a su futilidad a lo menos.

El estudio de este desequilibrio y disyunción de aquel trípode cultural puede proseguirse a través del desarrollo de varias ciencias, la astronomía, la biología, la física o la química, la paleontología etc., pero es más evidente aún en el caso de la matemática, porque ésta y la filosofía nos ofrecen un curso histórico como de rivalidad, o de emulación al menos, en el cual la una deja atrás a la otra a veces, le destruye muchos de sus fundamentos conceptuales, así colocando en aparente colapso la certidumbre de sus apotegmas; mas luego, esta pseudo-vencida, apoyándose en las nuevas adquisiciones de su rival, construye otra fábrica de nociones, y gana, en turno, la primacía temporal del pensamiento.

Hoy, por ejemplo, la filosofía se nos ha quedado al margen de las ciencias, y muy pobremente vuela con varias plumas rotas en sus alas afines. Mas ya parece querer recobrarse e intentar la recuperación del campo, en esta lid de incidental "antagonía" de valores, de final armonía de esfuerzos.

Sólo que su lucha será muy ardua.

Y muy bella, asimismo:

Necesitamos religiosamente, concebir un poco mejor la presencia personal de Dios en el Mundo;

necesitamos definir algo más la presencia histórica del hombre;

la causalidad de la posición, la causalidad del número, la casualidad de mera presencia, demandan algún esclarecimiento;

la limitación de la velocidad en el "continuo" estéreo-crónico nos conduce a la limitación de la entidad en sí;

la absorción entrópica de Carnot-Clausius limita el origen del tiempo y anuncia su total eclipse;

la limitación de las magnitudes siderales, galaxiales y pantacósmicas reduce la noción de dignidad del Mundo, filosóficamente considerado, a la categoría de un meteorito errátil, cuyo tamaño pueden las matemáticas comprimir en breve cifra de "parsecs", con diez trecillones (?) de átomos ($10^{79}$);

la limitación numérica de las órbitas electrónicas del átomo, que circunscribe a noventa y dos los cuerpos simples, presupone fronteras a la evolución de los seres, en su variedad y en su actividad a la vez...

Breves ejemplos de tantas cuestiones con que la ciencia nos invita ahora a pensar de nuevo filosóficamente, y a que esa filosofía, y la religión con ella, tengan que armonizarse en el conjunto de alguna síntesis total uniforme, según la índole intelectiva que cada una de ellas posee para la interpreta-



ción del Mundo. Pues decirnos que ese Mundo es un juguete de la Divinidad o un sueño de Dios, o un drama esotérico de abscónditas potencias naturales, o un paraíso techado de soles para la luna de miel de Adán y Eva... constituye delicado, y aun deleitoso, efugio de las dificultades, en manera alguna solución acorde con su enigma y la riqueza documental de la civilización contemporánea.

Urge saber si cuanto existe es esto que advierten nuestros sentidos y de ellos deduce nuestra mente, o si detrás de todo ello hay algo más, divino o energético apenas, que lo respalde con categorías de eternidad y de infinitud. Tenemos que inquirir la posibilidad de un Meta-Cosmos inconcebible ahora, en donde el sér y la acción tengan fundamento distinto de este que rige nuestras percepciones sensoriales, que no sea de energía bipolar, por ejemplo, ni, por lo tanto, de suyo trascendente y efímero.

Poner a trabajar la filosofía en nuevas concepciones ideales.

Y vertebrar mejor la fe en los destinos del hombre.

O tener a lo menos el orgullo de hacer algún esfuerzo que justifique la presencia del espíritu entre nosotros.

Y si el alba de otra cultura no pudiere surgir oportunamente a consolar e iluminar este acuitado corazón del hombre, que a lo menos nuestra voz se haga astillas de luz e incendie nuevos horizontes de vida y de misterio.

*

¿Y qué es lo que podemos hacer nosotros, iberoamericanos, en este inmenso campo de la cultura por venir?

Veámoslo un poco más minuciosamente.

Al comienzo de toda gran cultura está el mito, y nosotros ya tenemos uno en Bolívar. De ahí que le haya contemplado con tantos pormenores.

A los principios de toda nación grande se produce una epopeya, y nosotros la hubimos en las guerras de nuestra emancipación política.

En la entraña de todo pueblo histórico existe alguna misión espiritual, y ya hemos analizado en este discurso cual puede ser la misión de Iberoamérica.

Pero, ¿el rumbo cuál debe ser, nuestro propio rumbo?

Al nombrar antes el "mana" dije como añade alguna plusvalía a la persona que lo posee. Esa plusvalía no es sólo el aumento que esa persona recibe por el temor y la admiración que la posición suscita en el espectador suyo: es, además, atributo de audacia con que el poseedor ejerce las posibilidades implícitas en su cargo y en su sér, y el acicate que despierta la imaginación de esas posibilidades. Es, pues, conciencia, potencia y voluntad "supernumerarias"; por así decirlo.

El desarrollo de nuestras naciones es triunfo histórico que nos capacita hoy para el atrevimiento de la magna empresa cultural en germen.



Muchos hay que suponen agotada la cantera de la especulación filosófica, y andan perennemente rumiando el alimento ideológico de los viejos pensadores, No ignorarán sin duda que esa es la actitud de los deprimidos, que por languidez de la voluntad carecen del apetito de vivir heroicamente, y tienden a adjetivarse en el ocio disimulado de las repeticiones.

No es ese, ciertamente, el rumbo, nuestro rumbo.

La imaginación nos permite prever —descubrir— campos baldíos aún en la trayectoria del pensamiento filosófico. Uno de tantos es el estudio de la POSIBILIDAD, de la posibilidad, con mayúscula, para que se entienda como una probable ley del Universo, la máxima ley universal, tal vez, y no meramente como voz representativa de lo incierto que puede ocurrir o no ocurrir en el acontecer del Mundo.

Que los seres, específica y no individualmente considerados, porque el sér completo es la especie y no el individuo, existen mientras revelan, mientras expresan, mientras "realizan" las posibilidades implicadas en su esencia, no parece error vitando, ni fantasía incongruente si lo compulsamos con la historia de las especies vivas y de los mundos siderales. Todos ellos subsisten mientras disfrutan de alguna posibilidad "existencial" inexpresa, y todos ellos mueren al agotar ese su radio de operación.

Todo sér trae pues consigo un campo de posibilidades, conforme a su constitución esencial, es ve-

nido a existencia por dichas posibilidades, y perdura hasta extinguir ese germen de sus determinaciones. Así contemplada, la posibilidad es determinante de la existencia y no solamente expresión pasiva del puede y del no puede ser. Es potencia catalítica y no mero término verbal abstraco. Posibilidad y existencia están inextricablemente unidas en la entraña del sér y en el devenir del Mundo.

Agotadas las posibilidades del Cosmos, del Pan-Cosmos, en que vivimos ¿quedará todo inerte? ¿Regresará a quietud eterna? Esa es la visión desolada de muchos pensadores antiguos y modernos. Contra esa amarga perspectiva se yerguen las religiones en el corazón del hombre, y plantan su bandera de redención. De ahí que el sentimiento religioso sea inextinguible.

Pero, avancemos algo más: ¿El hecho de que se agoten las posibilidades existenciales del Mundo, implica que TODA posibilidad desaparece en el seno arcano de la ENTIDAD? ¡Eso no! Cualquier concepto de Dios que tengamos tiene que poseer, como categoría suya suprema, la posibilidad absoluta; y cualquier "fuente" del Pan-Cosmos actual que presupongamos en reemplazo de ese Dios, si renunciamos a los rumbos religiosos del espíritu, es también posibilidad absoluta. Esa ENTIDAD que subtiende la esencia del Mundo sensible desde hace un buen trillón de años, debe de tener más posibilidades que las que dieron origen al presente, y es obvio pensar que al consumir éste las que hoy le dan existencia,



regrese a ese oculto META-COSMOS que nombré antes.

Sino que hay en nosotros una CONCIENCIA de sér y de existir que se angustia de ignorar sus destinos futuros, y no quieren resignarse a este efímero ensayo de la existencia humana individua. Tiene "sed de eternidad". ¿Qué le podríamos decir que no fuese mero hipnótico de esa legítima inquietud suya?

Hé ahí otro derrotero para la investigación de los futuros pensadores iberoamericanos que quisieren construír cultura propia. El campo está virgen aún, no obstante el haber sido roturado hace ya unos cuantos milenios de historia humana.

La conciencia intelectiva —una a modo de reflexión de la energía hacia dentro de la entidad— ha venido desarrollándose en la especie humana. Es la facultad eximia del hombre, la que le ha permitido concebir el espíritu, la que le une al concepto de Dios. Inextricablemente vinculada a la vida, constituye la máxima posibilidad en los derroteros del sér, como interpretación y como poder a un tiempo mismo. Ninguna otra conciencia personal se advierte en el Mundo con caracteres de evidencia incontrovertible. De ahí que en discurso anterior —en este noble sitio— me haya permitido decir, con algún escándalo de mis oyentes, que en el hombre se da una divinidad "en trance" de revelación histórica.

Y en verdad, si entendemos la especie humana como el sujeto perfecto de esa conciencia, ya que

el individuo es cosa tan incompleta, deleznable y efímera para este prodigioso acontecimiento, tendremos que aceptar que la ciencia es conciencia de la especie; la historia, memoria suya de las adquisiciones obtenidas, y que una y otra van creciendo en esclarecimiento y en caudal con el transcurso del tiempo. Como va creciendo, asimismo, la potencia en sí de esa facultad de entendimiento.

Ahora bien, en los dos últimos siglos el progreso de la ciencia y de la historia es tan grande que nos ha permitido circunvalar el Universo a la vez que bucear en la intimidad del átomo, abarcar conceptualmente el Micro y el Macro-Cosmos de nuestra experiencia sensible. En un milenio más de esta portentosa tarea, ¿a dónde llegará este proceso de intelección humana?

Y si pensamos que recientes investigaciones nos permiten sostener que existen recursos técnicos para dirigir los procesos de la vida en tal o cual sentido, ¿no podemos, similarmente, suponer que se descubrirán medios de activar la génesis de la inteligencia en las humanas generaciones por venir?

Esa conciencia intelectiva, atributo divino, si los hay, que se dio como una posibilidad en el hombre, en el mundo universal del Cosmos actual perceptible, ¿no nos está enseñando por manera irrecusable que existe la posibilidad también de que se haga conciencia del TODO, es decir, auto-conciencia de la Entidad Arcana, y se confunda así con la noción que de Dios tenemos?



A medida que la religión ha venido perdiendo sus campos más emocionantes de actividad mística, la comunicación oral con Dios, v. gr., la ciencia, por misteriosa compensación, se va tornando mística de suyo, y en este instante histórico nos ofrece el esquema de un mundo meramente conformado en símbolos, porque símbolos matemáticos son hoy día el átomo y su armadura de protones y electrones, el éter indefinible y el menos indefinible "sub-éter" de seis dimensiones, el espacio y el tiempo, asociados o no, la gravedad y la luz, la electricidad y el magnetismo, el átomo de acción (h)... sin que sepamos en qué consiste esa entidad inescrutable que da ocasión de ser al símbolo, ni cómo éste se produce en la conciencia. Al comportamiento "promedial", o estadístico, de esos símbolos llamamos leyes naturales, y del estudio de este comportamiento surgen la física, la química, la biología, la psicología etc., y de la intención de conocer lo que realmente existe debajo de esos símbolos, la filosofía, la teología y la religión, en esfuerzo milenario que preocupa a la especie.

En ciertas épocas de esta portentosa lid del conocimiento, como antes lo acoté someramente, Edad Media de los griegos, del siglo décimo al quinto anteriores a la Era Cristiana, Edad Media de los otros pueblos europeos, del quinto al décimoquinto posteriores a dicha Era, y Edad Media colonial del Nuevo Mundo —para establecer tres ejemplos fundamentales— la uniformidad de conceptos entre filosofía, ciencia y religión, mantuvo equilibrio reposante en

el espíritu del hombre. En otras edades, la contemporánea, sobre todo, el rompimiento de tal armonía desconcierta ese espíritu, enloquece la mente y por tal manera angustia el corazón de los humanos que su vivir se torna punto menos que insufrible y caótico.

Así, pues, es ahora urgente restablecer aquel eqilibrio, darnos, a lo menos, alguno discretamente razonable.

De esto surge, ineludible, la invitación a pensar con toda audacia, con toda ponderada audacia, a los pueblos jóvenes que aún no han expresado su mensaje histórico. Lo repito varias veces, por que no quede duda de la intención que mueve mis palabras, conscientemente elementales y cordialmente suasorias.

Y ello constituye asimismo motivo de felicidad suprema, porque mientras el hombre abrigue en su corazón algún mensaje inexpreso aún, inédito aún, por decirlo así, la vida le sonreirá, bella: juvenil e incitadoramente bella. Yo pienso a menudo que el desciframiento de alguno, digamos, de estos enigmas que nos asedian hoy marcará la hora más augusta de la especie, la hora de la exultación fáustica por excelencia del espíritu. Este mundo que la Cultura Occidental nos ha legado, científica y filosóficamente al menos, es un mundo de Walt Disney, una fantasmagoría de imágenes apacible o trágicamente coloridas, armoniosamente dibujadas a veces, pero proyección falaz al fin de muñecos ficticios.



La única realidad "provisionalmente" firme que poseemos acerca de la interpretación del mundo, es que su naturaleza es rítmica, inescrutablemente vinculada al número, como una sinfonía de lo arcano, y que al estudiar la estructura de las especies inorgánicas en su molde estéreoquímico, y la embriología etc., la posición se revela también como recóndita relación o función causativa. Por lo demás, nuestras ciencias avanzan mucho en el análisis del comportamiento de los seres y en los sistemas de su clasificación, pero casi casi nada, o nada del todo, en la indagación de la abstrusa eseidad.

¿No podríamos salir de esta incertidumbre un poco más airosamente? Desde luego tendremos que transitar por nuevas rutas ideales si aspiramos a definir algún nuevo rumbo. Conceptos otrora palpitantes de emoción, como eternidad e infinito, físicamente considerados hoy, carecen de significación propia, y sólo los entenderíamos como unidad o "unicidad" absoluta y absoluto reposo. Mas si proseguimos pensando en que la entidad del mundo se hace conciencia, esa conciencia absoluta sería reposo en sí, que en sí vería el infinito y la eternidad como resumen de todas las posibilidades, como POSIBILIDAD absoluta.

Nuestro mundo sería entonces una de tantas posibilidades de la entidad arcana que lo produjo y mantiene.

Yo adivino esta tarea de "remodelación" conceptiva del mundo y de la especie humana como uno de los episodios más bellos que invitan al espíritu,

psicológicas y técnicas principalmente, por lo cual no sería ilusivo decir que esa cultura, vigente aún, hora no es operante, y sigue viviendo a guisa de ciertas leyes obsoletas de la administración nacional que sin haber sido "ex-professo" derogadas, no surten ya efectos, no viven al presente en la vida actuante y real de la República.

Sin embargo, no se puede decir que esté muerta, porque aún la sostienen dentro del alma de quienes nacimos a su amparo, tenues hilos sentimentales, y por sentimentales poderosos todavía, y porque, no existiendo un reemplazo suyo en la dinámica social, en el haber y el devenir de las sociedades, aún disfruta de evidente "acción de presencia", en dilatadas esferas y territorios de la estirpe.

*

¿Cómo pudiéramos entender nosotros esta senectud y descaecimiento de la Cultura Eurasiática? porque sin este entender su esencia y sus destinos, nuestra generación andará a ciegas de la suya y de los suyos, vivirá conturbada por el vacío espiritual interior y el vacío cósmico externo que produce, de ambos lados, la carencia de una satisfactoria interpretación de la existencia y del sér, del origen y del objeto de este prodigioso "fenómeno" de la vida humana y del mundo, y será una generación angustiada, conceptiva y preceptivamente trunca, generación "kinóbata", es decir, que marcha sobre el abismo.



No se requieren ni grande erudición ni especial sutileza para dilucidar estos hechos, basta contemplarlos perfunctoriamente para desentrañar su gigantesco contenido:

Así, en religión, el hombre occidental vivía constantemente en la presencia de Dios y del Demonio, presencia real, como lo atestiguan, entre miles, Lutero, el revolucionario, y San Francisco de Asís, el más grande mensajero de Cristo tal vez. Los hombres de aquella Edad conversaban familiarmente con Uno y Otro, y tenían de su existencia inexpugnable certidumbre. En cambio, hoy día, el teólogo, el filósofo y el místico cristiano mantienen apenas "nociones" de la divinidad y del demonio, sin ninguna imagen de ellos ni comunicación personal directa. La teología de esa cultura eurasiática tropezó entonces en un callejón sin salida, en el "áporos" rumbo de sus propias definiciones: porque, concebida la divinidad como infinita, omnipresente y simple, su presencia no podía ser autolimitada ni hétero-limitada, al espíritu del hombre, sin contradecir su infinitud. Lo único imposible que le quedada a la omnipotencia era eso de auto-limitarse, eso de restringir su presencia en el mundo. Y esto establece y define toda una revolución conceptiva. De ahí que el agnosticismo sea ahora la actitud entrañada de nuestros contemporáneos más cultos, y aún de las masas ignorantes; de ahí que la conducta de nuestra generación carezca de normas indeclinables de fundamento religioso y marche erráticamente al azar de un criterio personal íntimo, de hábitos

o de simple orden de convivencia social, ineludible "exteriormente".

Y esto ya no es una estructura espiritual coherente.

*

Asimismo, luengo tiempo hace que la filosofía adolece de una situación conceptual caótica, sin la prestancia de aquellos sistemas sintéticos que la hicieron antaño normativa para todos, con leves discrepancias de interpretación colateral, pero dentro de un fondo unívoco convincente, y lo que es mejor aún, tranquilizador y persuasivo. Hoy asistimos a la atomización de las opiniones, a la sutil disociación de las ideas, a la búsqueda del álveo-matriz de las verdades, del gran cauce de su convergencia y reposo, sin resultante genérica alguna, hasta hoy, que nos satisfaga y tranquilice: es un hacinamiento de menudas observaciones, felices a veces, pero precarias de suyo, e ineficaces para la proyección de un conjunto ideológico armoniosamente estructurado: facetas sólo de la verdad universal y vagos afloramientos de la recóndita urdimbre del sér.

La rápida sucesión de tales escuelas de la filosofía contemporánea, la angustia con que bucean en la ciencia y en el subconsciente, en la experiencia del presente histórico y del pasado espiritual del hombre, y la poca, si alguna, certidumbre que suscitan en el alma y en el ánimo de las nuevas generaciones, nos dicen de su frágil interpretación del mundo y de su propia deleznable arquitectura ideal.



Muchas palabras que tuvieron extraordinario valor ideológico en esa cultura, han cambiado de contenido o perdídolo totalmente, y los conceptos en ellas encerrados, después de haber sido durante treinta siglos aguzados y sutilizados hasta la máxima potencia interpretativa del hombre, casi casi hasta la "evanescencia" o el desvanecimiento de su prístina significación, y de haber conformado, encauzado y como polarizado en cierta medida y ciertas direcciones la mente humana, se nos aparecen hoy gastados e infecundos para nuevas creaciones del espíritu. Dieron de sí cuanto podían aportar gnosiológicamente dentro del campo de ideación que ellas mismas constituyeron, y dentro del potencial creador de esa mente que ellas estructuraban e informaban al tenor suyo y con su índole, por lo que, exhausta hoy su virtud gobernante y genitora, quedan en el haber humano como faros apenas de un remoto rumbo, transitado ya y sin regreso.

De este orden son: causa y efecto, ente y nada, substancia y fenómeno, esencia y existencia, materia y espíritu, finito e infinito, simple y complejo, orgánico e inorgánico, actividad y reposo, sensibilidad y conciencia, calidad y cantidad, espacio y lugar, ritmo y modo, extensión y forma, intensidad y número etc., que como conceptos requieren nueva interpretación o no admiten ya interpretación ninguna... Hoy día muchos de ellos son a modo de signos monetarios para el comercio de las ideas, que aún conservan algún valor de cambio, pero ya no un valor en sí, unívocamente inteligible.

*

Sin duda, algunos de los conceptos que acabo de enumerar son ahora meramente científicos o forman el cuerpo de estudios desligados ya del filosófico, pero aún se conservan tangentes a la filosofía en su amplia significación genérica: dentro del radio de lo que se entiende por estrictamente científico, triunfo gigante, si los hubo, de la Cultura Eurasiática, en su última jornada occidental sobre todo, triunfo majestuoso que ha encumbrado al hombre moderno a la demiurgia de creador de naturaleza, de modelador suyo, en todo caso, y de rey de la creación, según la arcaica voz de las religiones, en ese mismo ámbito de su imperio espiritual, digo, surgen hoy día problemas que se van haciendo insolubles para las leyes tradicionales de esta cultura: el análisis indefinido, la constante bifurcación o dicotomía de las investigaciones y adquisiciones técnicas, nos está llevando a una progresión geométrica de las nociones, ya que no cabe en la mente individual, y sólo puede subsistir mediante el auxilio de la escritura y su acumulación en las monstruosas bibliotecas del mundo contemporáneo. Es algo que amenaza congestionar por tal modo la inteligencia del hombre, que puede en un momento dado abrumarla e invalidar su adecuado ejercicio.

No bien se descubre algún cuerpo químico, del orden orgánico, sobre todo, cuando se multiplican los hallazgos de derivados o asociados suyos, que a poco más constituyen "una familia" de la más intrincada parentela y más abstrusa nomenclatura que sea



dable presuponer. Y así, la química orgánica tiene que fraccionarse en miles de especialidades, la biología, otro tanto, la medicina, ídem. "Aparece" una enfermedad, y a poco se la diferencia en cinco, diez o veinte distintas, con distintos microbios o distintas perturbaciones somáticas y funcionales, hasta el punto de que la ciencia de un año es ya vetusta al siguiente, en una imagen de carrera maratónica que nos deja sin respiración, ni sosiego de equilibrio mental posible.

Y ese sosiego de "equilibrio" mental es requisito básico para el espíritu del hombre, si no queremos que se desorbite y enloquezca. El espíritu humano necesita consolidarse en el reposo de las grandes síntesis. El desmenuzamiento de su haber conceptual le produce vértigo en los procesos de su imaginación, obscuración y desarmonía en la fábrica de sus ideas, caos en la consecuencia de sus voliciones y conducta.

Ante la magnitud inconmensurable de los bienes con que esta ciencia analítica nos está dotando, no dejará de parecer ridícula esta aprensión acerca de sus efectos en la contextura y ordenamiento funcional de la psique, mas ello es que en un análisis de la índole del presente, me es indeclinable el sugerir siquiera su existencia y posibles derivaciones futuras.

*

Y si esto impresiona mi espíritu, más aún le ha conturbado el presentimiento de que las grandes ad-

quisiciones del saber humano con que la ciencia y la experiencia psicológica se han enriquecido, no armonizan bien con las "categorías", "axiomas" y "definiciones" que rigen el devenir de aquella Cultura Occidental Eurasiática y son, o fueron, los sillares de su milenario edificio.

Uno no ve al presente las divisiones insalvables entre las especies del sér, ni para el reino mineral, ni para el reino de la vida; el cristaloide y el coloide que antes distinguieron uno de otro, no son ahora insoluble trinchera entre los dos, que cristales vivos vemos al presente, y cristales inorgánicos también que se comportan como seres vivientes en su generación y procedimiento evolutivo; ya entre razas y especies se acortaron las distancias; y la herencia dejó su inmutabilidad para obedecer á transformaciones experimentales, que son verdaderas creaciones de naturaleza insólita y fecunda; los mismos cuerpos simples de otra época, pueden cambiar de esencia y hacerse otros; ya, en fin, no se nos aparece el mundo como una asociación de elementos y funciones de perenne eseidad, sino como la gradación de una misma entidad en ascendente complicación de modalidades de su mismo sér.

*

Viendo alguna vez desarrollar a la inversa una película cinematográfica tuve la primera intuición de que la causalidad no es lo que por tal tuvo siempre la Cultura de Occidente: nada, al parecer, tiene virtud de creación en sí, nada es fuente o venero de



ninguna novedad esencial, sino que, según su posición, es motivo de novedades existenciales, lo que es muy diferente de suyo, y muy importante de saber estrictamente: la posición del electrón en el átomo, del átomo en la molécula, de la molécula en la estructura celular de órganos y tejidos, desde el embrión hasta el sér en la asociación o en la sociedad de los suyos, mineral, vegetal, animal o humana, y de los mundos en el espacio, y del espacio en la infinitud de las expansiones posibles: he ahí lo que equivale a la antigua noción de causalidad y nos coloca ante un nuevo orbe cultural psíquico, ante la indeclinable implantación de una nueva cultura. (Ejemplo más diáfano aún de esto nos ofrece el significado de la frase según la posición de las palabras que en ella se estructuran sintácticamente y la componen, y severa admonición se desprende de aquel postulado físico-matemático de Einstein-Lorentz que dice: "Dos sucesos simultáneos en un sistema de coordinadas no son siempre simultáneos para otro sistema de coordinadas", por donde la relatividad del espacio-tiempo favorece esta mi interpretación de la posición causativa).

*

Las nociones de tiempo y de lugar no pueden hogaño concebirse independientemente del sér de quien se predican, porque éste las trae consigo y de suyo las valora y sustenta, por tan preciso modo que cada sér posee su tiempo y su espacio, según el ritmo existencial que le caracteriza y define: basta

anotar la propia experiencia íntima para entender que aún dentro de nosotros el tiempo no es patrón externo de medida, sino relación de intensidades: un minuto puede equivaler a un siglo de duración en la actividad afectiva, perceptiva y aún creadora del hombre. Ese minuto tiene un siglo de contenido real, aunque el tiempo exterior, medido por el ritmo de otros seres circundantes, la rotación de la tierra, por ejemplo, diga otra cosa y otra cosa indique.

Tampoco no existe lugar "donde" las cosas sean "colocables", sino que cada cosa crea un lugar, su lugar. Espacio sin seres es una falsificación de la fantasía humana, que ampliada y como generalizada, ha dado ocasión al seudo concepto de la "nada", que no es más que la eliminación imaginativa del sér con conservación de su espacio, o sea un paralogismo infantil, como el que consistiría en suprimir el ente y conservar las funciones de su entidad, como sería suprimir el móvil y pretender conservar el movimiento.

El espacio se concibe como la posición de un cuerpo con relación a la posición de otro cuerpo, y el tiempo como la sucesión de distintas posiciones de un mismo cuerpo: de ahí la íntima relación entre espacio y tiempo, y su indisoluble relación con la existencia del sér.

*

Esta misma existencia puede considerarse como posición del sér.

Si tomamos un ejemplo particular de la naturaleza, el carbono, digamos, vemos que según la posición de sus moléculas se nos presentará como carbón o como diamante o como núcleo de vida en los cuerpos organizados.



Si contemplamos la disposición de las ondas "etéreas", su tamaño, que es una posición, nos las diferenciará en rayos luminosos de diferente virtud, y en vibraciones más o menos numerosas, que son los cambios de posición de su entidad.

La existencia de estas especies de carbono y de luz surge, pues, de las respectivas posiciones de su propio sér.

Pero, entre las numerosas especies que constituyen los seres de la naturaleza no existe el abismo aislador que entre especie y especie presuponía nuestra cultura tradicional, antes se encadenan unas con otras en serie ininterrumpida, por clímax o gradaciones de número ascendente y complejidades de posición, que las van diferenciando unas de otras, y las van dotando de nuevas funciones. Mas ello es que el mero número "externo", sin nuevas posiciones, como sumando apenas, no ayuntaría nada, o poco menos que nada, al sér inicial, al ente simple de que arrancan las variaciones, que con el tal número solamente acrecerían el potencial de su virtud, mas no producirían la mutación de esa virtud, y así, puede colegirse de ello que es la variedad de posiciones "íntimamente" combinadas con él, lo que engendra la variedad de funciones, la multiplicidad de las especies ónticas.

Esto lo ilumina bien el caso del sonido, pues que sumando cuantos se quieran de una misma no-

ta, aumentará la potencia audible, mas no se diversificará en sí, y sumando varios al azar, surgirá sólo el ruido: para obtener un arpegio o una sinfonía, indefinidamente, se requiere la posición de los sonidos en acordada graduación o escala rítmica.

Lo mismo ocurre en la distribución molecular de un cuerpo para que de él puedan derivarse otros.

Y en la vida asociada del hombre, esto tiene importancia suma, como así lo revela la virtud que, por su posición, tiene un hecho inicial en las grandes revoluciones de la historia, una idea primogénita en la organización de los sistemas ideológicos del pensamiento, o la situación eminente de un individuo para la eficacia de sus empresas intelectuales y políticas: es siempre la posición la que va rigiendo los destinos del sér y sus funciones.

*

Empero, no debe pretermitirse, ni minorarse en forma alguna, la augusta participación del número en el proceso genitivo del mundo: la posición y el número están tan entrañablemente asociados en este hacerse y este devenir de la naturaleza, como el espacio y el tiempo de sus funciones, sino que el interpretar el inmenso valor del número en tal abscóndito sentido suyo, es ardua tarea que apenas han vislumbrado los hombres hasta hoy, y muy "apenas" ciertamente.

Si contemplamos la vibración como un cambio rapidísimo de posiciones, veremos que a mayor número de cambios de posición sucede mayor intensidad en las acciones y, lo que es todavía más significativo, nuevas virtudes del movimiento, y así, al conjugarse posición y número adquieren o asumen (yo esto no lo sé), un extraño poder de generación, que merece algún análisis, imposible de realizar en estas breves líneas de mera indicación de rumbos.



*

El agotamiento de la virtud genitora de ideas y directora de conducta de esta Cultura de Occidente se aprecia, asimismo, en su incapacidad para resolver los magnos problemas sociales de la política nacional e internacional de los pueblos libres, pues no pudo con sus normas darles nunca un día de sosiego efectivo, ni acertar en la organización de la democracia a que constantemente aspiró en el decurso de las treinta centurias de su máxima vigencia.

Tampoco pudo resolver las relaciones económicas de las sociedades humanas, cual lo dicen el caos aún existente en ellas y las múltiples tentativas que está ensayando para producir esta solución, desde hace tiempos angustiosa, e inaplazable hoy día.

El arte, después del afortunado advenimiento de la novela y de la música, "patina" en la fatigosa repetición de sí mismo, hasta el punto, grave de cierto, de existir ahora una superproducción de palabras, en vez de una producción de obras efectivamente insignes, con el riesgo de agobiar la flaca aptitud del hombre para ordenar su masa ingente en eficaces aportaciones de experiencia, ni menos aún para sin-

tetizarla en el armónico conjunto de una sabiduría indefectible.

Superproducción de palabras en el orden literario. Pero, también, impotencia de engendrar un nuevo campo de operaciones artísticas: ningún instrumento de creación estética como el cinematógrafo tuvo nunca el hombre, que en sí reúne palabra, pintura, música, arquitectura, paisaje y espíritu, y movimiento, sobre todo movimiento, el gran cautivador de la atención humana y el brujo por excelencia para la mutación concatenada de los ambientes y de los episodios, y véase lo que hasta hoy, fuera del campo científico, se entiende, ha realizado: la incesante repetición del dulce apólogo de la Cenicienta, miles de veces reproducido con leves variaciones decorativas; la imitación caricaturesca del costumbrismo exótico, de la colonización audaz o del mundillo suburbano de las metrópolis; y la adaptación de las obras literarias del pasado, con muy relativo buen éxito seguramente, con muy relativa conmoción real del alma. Es que el dicho cinematógrafo está trabajando con las normas de la exhausta Cultura de Occidente, y en tanto y por lo tanto, se resiente de la infecundidad de esa cultura.

*

Son hechos de apreciación elemental, que un niño podría definir correctamente, y que anoto con el leve rubor de estar diciendo trivialidades, pero imperativamente movido a ello para adelantar otros juicios de más entidad cognoscitiva acerca de la cultura que parece estar naciendo en este instante histórico del mundo.



Hechos triviales hasta para un niño, porque nadie ignora hoy día que la Cultura de Occidente no pudo definirnos los conceptos supremos de dios, alma, mundo, conciencia y vida, y por consecuencia, estos supuestos básicos de la actividad mental del hombre han desfallecido al punto de no ser ya imperativos en la conducta de las sociedades, de no tener ahora el comando interior de la moral humana, e ir ésta, por ende, a la sirga del azar, caóticamente individualista, defectible y deleznable.

Algunos insignes capitanes de esa cultura que dijeron haber visto a Dios y comunicádose con él en un acto de presencia real, no nos trasmitieron el prodigioso efecto de aquella entrevista, y así, ella quedó desarticulada del haber espiritual del hombre, como un hecho histórico, si histórico fue, esporádico e inútil: el ver a Dios significaba, dentro de la hipótesis conceptiva que de él tuvo esa cultura, descifrar instantáneamente todos los enigmas del mundo y de la vida, de la esencia y la existencia, de la eternidad y del tiempo, que en ese concepto de Dios se presuponían evidentes dentro de su simplísima diafanidad existencial, en su rostro, como decían los exegetas de la teodicea vigente entonces. Nosotros no tenemos por qué negar la veracidad ni la verosimilitud de aquella experiencia, ni recusar a sus afortunados poseedores por la gravísima reserva con que guardaron sus efectos ante la angustiada expectativa de todas las generaciones, pero sí estamos en el

derecho consecuente de cancelar su valor demostrativo y de calificarlo de inexistente para la especie conjunta.

Y como tampoco ha podido la tal cultura absolver los interrogantes que los recientes adelantos de la ciencia ofrecen a nuestra interpretación y gozamiento, su situación de languidez supina nos conduce, de manera inexorable, a inquirir discursivamente si es posible el advenimiento de otra que la sustituya y supere.

*

Todo gran descubrimiento de la técnica, todo nuevo paso progresivo de la civilización, el fuego y la rueda, la escritura y el cero, el compás y la brújula, el vidrio y la imprenta, la electricidad y el vapor etc., determina un avance correlativo prodigioso en la cultura ideológica de los hombres, de un valor cuasi logarítmico: ahora bien, los maravillosos descubrimientos y esclarecimientos científicos que actualmente están surgiendo con rapidez inverosímil y desconcertantes magnitudes, no rinden la correspondiente cosecha de ilustración espiritual, porque, infortunadamente, las normas conceptuales y morales de la Cultura de Occidente dieron de sí cuanto podían darnos, y en su ambiente agónico, occiduo al menos, no pueden ya germinar nuevas creaciones ideológicas, y así, vamos hoy día desnivelados, descoyuntados, desorbitados, como un motor de progreso de fantásticas velocidades acoplado a un lastre de ideas en rotación inarmónica y lentísima.



*

Mas ello es que para saber si el surgimiento de alguna otra cultura es actualmente posible, conviene investigar cuál es el núcleo germinativo o centro de irradiación de cualquier cultura dada, pues sin este conocimiento, nadie podría afirmar, ni menos confirmar, la existencia de nuevas construcciones culturales autónomas.

Y así digo, después de pensarlo muy prolijamente, que ese núcleo ideal es el concepto que el hombre tiene de su posición en la naturaleza, y que sólo veo tres interpretaciones posibles de esa posición: o es el hombre criatura de Dios, como la Cultura de Occidente nos dice, y todo el mundo intelectual y moral gira en torno a esa divinidad creadora; o es episodio fugaz dentro de una naturaleza indiferente, como lo conciben muchos escépticos y agnósticos de todas las edades de la historia, y entonces nuestra sabiduría y nuestra conducta apenas son un drama mítico del azar y un sueño sin sentido; o el hombre, en cuanto especie, se entiende, que lo individual no cuenta (ni contar podría en achaques de esta magnitud), es un creador de naturaleza, una "expresión" progresiva de la deidad, un trance teogónico, o arcana teoforía esencial acaso, que día a día más y más se manifiesta y define en el curso de la historia.

Porque si nadie vio a Dios cara a cara, ni lo pudo intuír satisfactoriamente, la conciencia intelectiva del hombre, este su erguirse ante el cosmos que la abriga y sustenta, y sondear en su intimidad y tras-

cender de sus fronteras, e interiorizarlo a su modo en substrato sutil, esto de marchar con la luz y golpear con el rayo, de coser las costelaciones con el hilo de su mente y recoger en un segundo de introspección la eviternidad de las edades pretéritas, esto sí lo vemos con evidencia indestructible, y esto sí es portento que sólo cabe en el concepto de divinidad que heredamos de las culturas anteriores.

Hombre creador de naturaleza, hombre señoreador del mundo, hombre consciente de su propia dignidad, y ante ella responsable de su conducta.

¿Que es demasiado endeble individualmente, y fugaz en demasía también? ¿Que la existencia individual está desacorde en su aflictiva cortedad con la prodigiosa esencia que la produce, y la angustia del vivir es, por consecuencia ineluctable, resultado suyo, conflicto suyo? ¿Que el sentirse tánto y el saberse efímero, el anhelar como eternos y el disfrutar como sombras nos afligen? Nadie será osado a negar esta nietzscheana inquietud si se coloca dentro de las normas conceptuales de la llamada cultura "europea". Sin embargo, en la nueva postulación cultural que estoy brevemente esbozando, es la especie hombre y no el hombre individuo, el sujeto central de todas las consideraciones, y así, el cambio de rumbo interpretativo nos conduce a un cambio de sensibilidad, a una catarsis de la ansiedad inútil con que la antevisión de la muerte nos abruma el espíritu y nuestra voluntad individual entorpece o mucho enmagrece a lo menos.



*

Si algo eficaz ha de ser la cultura naciente, será sintética, inextricablemente organizada, por modo tal, que partiendo del núcleo conceptual suyo, todo pueda explicarse en legítima concatenación óntica y lógica, a la vez, y no cual ocurre en la eurasiática, que necesita zurcir las tesis fundamentales de su composición con puentes de mera fantasía, de aquellos, verbigracia, que establece entre el espíritu y la materia, entre Dios y sus criaturas, tapando así con la cortina del misterio las grietas insalvables de su falencia "ab origine".

Esto de ser sintética acarreará magníficas consecuencias prácticas para el bien material y espiritual del hombre: así vemos hoy, poniendo por caso la medicina, que la carencia de un concepto sintético de la enfermedad nos conduce a considerar una serie abrumadora de síndromes nosológicos y a aplicar a cada uno, en otra serie paralela casi indefinida, terapéutica especial, cuando en la medicina del futuro podrá llegarse al tratamiento conjunto de la salud, a la defensa unívoca de sus posibles trastornos, sin este desmedido afán de diferenciar microbios y agentes patógenos de toda índole, en desmenuzamiento casuístico que nos tiene agobiados de vacunas y preceptos.

*

Y levantando más el vuelo de estas lucubraciones, podemos avizorar el nuevo oriente y nuevas luces que ellas sugieren para las materias egregias de

la humana sabiduría: aislando mentalmente de la tela inconsútil de la realidad del mundo el grandioso "fenómeno" de la vida, cuya solución ha escapado a esta cultura prócer, se pudiera adelantar alguna hipótesis demostrativa del alcance ilustrativo que aportarán los nuevos rumbos que trato de explorar someramente:

Analizada como adición cuasi exótica a la materia común, resulta un maremagno de perplejidades; considerada como manifestación especial del sér, como la revelación de una categoría y potencia suyas, no se rompe la concatenación fenomenológica del mundo, ni estallan en él esos hiatos o diéresis de su operación que nos desconciertan el juicio: la vida puede ser interpretada como la quinta dimensión de la materia, como su dimensión de intimidad. Y no de interioridad meramente, sino de intimidad. Dimensión hacia dentro, integración por ende (capacidad de asimilación), y acumulación de intensidades (potencialidad de transmisión hereditaria).

*

Y la conciencia, este otro enigma de la Cultura de Occidente, este quebradero de cabezas de todas las filosofías tradicionales, se despeja un poco si (discurriendo analógicamente) la entendemos como una reflexión de la energía hacia dentro: que, así como la luz material rebota en las superficies en ángulo recto de proyección externa, esta luz interior, al llegar a la periferia (hablando metafóricamente), se reflejaría hacia dentro (cual se dice que lo hacen las



ondas hertzianas en la estratosfera o palio estratosférico de Heavyside), y produciría la iluminación de sí misma, o sea la conciencia intelectiva del hombre.

*

Esta cultura sintética enaltecería noblemente las relaciones humanas, dentro de las sociedades y dentro de las naciones, y consolidaría la conducta de los individuos, hoy en grave laxitud y delicuescencia, el curso enderezaría de las costumbres en este preciso momento en que la intensa asociación de los humanos las está imponiendo universalmente.

Al encentrar en la especie la unidad espiritual del hombre, y no en el individuo, las normas de asociación se harían más potentes, e irrecusables los postulados de igualdad y fraternidad, de todos los pueblos y naciones, de todas las clases y agrupamientos, de todas las profesiones y confesiones.

Así nos explicaríamos mejor la tendencia contemporánea a la asociación humanamente universa, pero no como integración en imperios económicos o políticos, lingüísticos o raciales, militares o religiosos, sino culturales estrictamente: en una palabra, como a la común sociedad del ecumene.

El individuo que obrara según el criterio de que pertenece a unidad espiritual superior, a un trance teogónico del mundo, a una divinidad que se va revelando históricamente en la especie humana, no asentaría su comportamiento, como ahora, en motivos externos de conducta, sino en el ineludible

mandato de su propia entidad y en las normas indeclinables de la sociedad en que actúa.

Lo que conformaría con la exégesis y sabia hermenéutica de que la moral emana de la asociación, es consecuencia suya y fundamento suyo, eminencia y base a un mismo tiempo de su ejercicio.

Naturalmente me he preguntado en el curso de la elaboración de este estudio cuál puede ser la misión que corresponde a América, en general, y a Colombia en parte, en la génesis de la cultura por venir: porque cada Continente, según su índole, aporta un mensaje interpretativo del mundo y de la vida, y porque la nación que lo exprese primero será la timonera y piloto de ese nuevo mundo espiritual, será la nación histórica por excelencia.

*

Asia, tan bien dotada para la meditación y la fantasía, nos regaló con eximias creaciones religiosas y poéticas; Europa, adicta a la razón y a la mesura, desarrolló la ciencia, el derecho, la filosofía y el arte ponderado y arminioso; América, por su voluntad de acción sajona y su sensibilidad latina ecuménica, ha venido prosperando la democracia, la paz y la justicia, con gran técnica en el Norte y un caótico pero exuberante anhelo en el Sur.

Es indudable que la personalidad cobró de América la recia textura que hoy tiene, por el combate gigantesco que hubo de librar para su conquista y



colonización, para la emancipación y cultura de sus vastos y abruptos dominios geográficos; y el universalismo de su sensibilidad, por la miscelánea conjunción y conjugación de estirpes de todos los continentes que convergieron a ella en su poblamiento.

De ahí que América pueda darnos precelente aportación espiritual para el alumbramiento histórico de la nueva cultura: nos la dotará de esa cualidad sintética de que tánto he hablado en líneas anteriores, y del valor universal indispensable para la justa y adecuada asociación de la especie en un conjunto cultural armónico, con armonía de gradación, se entiende, pues que no todas las naciones y pueblos pueden ahora nivelarse por una misma cimera altitud de pensamiento y de obra; y nos dará valuación estimulante del hombre en sí, con el gran sentido religioso de su misión y sus deberes, de su poder y sus derechos.

Naturalmente, pueblos aún en formación, no tienen bien consolidada su arquitectura espiritual, ni siquiera se nos presentan con los lineamientos de una asociación suficientemente avanzada para poderles asignar carácter definitivo. las dos máximas agrupaciones americanas de anglosajones y latinos, desde luégo, se diferencian enormemente en sus modos de ser, de pensar y de obrar, y así, ofrecen morfologías sociales casi opuestas:

| Grupo Anglosajón | Grupo Iberoamericano |
|---|---|
| 1. En lo social predomina el matriarcado .... | Predomina el patriarcado. |
| 2. En religión: lo ético-social ............ | lo teológico-litúrgico. |
| 3. En filosofía: lo pragmático ........... | Lo especulativo. |
| 4. En arte: lo social .... | lo individual. |
| 5. En la personalidad: la asociación ........ | El individualismo. |
| 6. En la cultura: el análisis ............. | La intuición, la síntesis y la universalidad. |
| 7. En la praxis: lo propio en las costumbres, lo nacional para la política y la economía .. | Lo universal en el sentimiento, y aun en la conducta, muy imitativa a veces. |

Con tales condiciones, ¿podría nacer en América cultura uniforme, cultura de auténtica morfología continental? Cada una de las naciones que componen este Continente presenta, además, características que la diferencian un poco, y hasta un mucho, de sus congéneres: trazando una sinopsis psicosocial de ellas, tal como se ofrecen a la vista de un viajero de avión desprevenido, y sólo en cuanto se refiere a este momento de la historia particular de cada una,



y escogiendo apenas dos o tres adjetivos dominantes para su calificación momentánea y somera, pudiera decirse que:

| | |
|---|---|
| Argentina ......... | es nacionalista y progresista. |
| Bolivia ............ | introspectiva, desorientada hoy e insatisfecha. |
| Brasil ............. | hábil, emprendedor y dúctil. |
| Canadá ........... | firme y ecuánime (y de afortunada composición étnica, además). |
| Colombia .......... | moderada, idealista y demócrata. (Nacionalista también, pero no bien asociada aún). |
| Chile ............. | sensato, pragmático y audaz. |
| Ecuador ........... | de gran sensibilidad, desorientado y dolorido. |
| Estados Unidos ..... | ambicioso y humanitario, idealista y técnico, a la vez. |
| México ........... | combativo, revolucionario y artista. |
| Naciones caribes .... | en conflicto cultural momentáneo, tienen grandes valores espirituales inconexos. |
| Naciones Centroamericanas ... | en desconcierto histórico, con buenas virtudes dispersas. |

| | |
|---|---|
| Paraguay .......... | valeroso y tenaz. |
| Perú ............. | alerta, refinado y sutil. |
| Uruguay ........... | observador, reformista y bien asociado ya. |
| Venezuela ......... | inteligente, heroica y muy nacionalista. |

De este mosaico se desprende, a primera vista, que existen más diferencias que concordancias, y de ahí que sea difícil esperar la organización de una cultura de común denominador en el Continente Americano.

Sin embargo, miremos este atractivo problema un poco más inquisitivamente: funciona hoy el PANAMERICANISMO, que aunque sólo sea un movimiento político en su fondo y en su forma, y la CULTURA organización básicamente espiritual, algo tiene que puede servir para el asiento suyo, y hasta algo tiene que ya participa de algunos elementos vinculados a toda cultura, como son, la soberanía de los estados, las libertades ciudadanas, la higiene y la educación, la economía, en fin, que él se propone defender o fomentar en todo el Continente.

La divergencia caracteriológica y etológica entre anglosajones e iberoamericanos no es, tampoco, tropiezo irreductible para este surgimiento de una cultura panamericana de estilo universal: dorios y jonios discreparon asímismo en estas materias, alejandrinos y romanos, también, y luégo adelante, en la Europa medioeval, las naciones germanas y latinas que en ella intervinieron culturalmente, aportaron elementos espirituales de compensación que la hicieron más rica en su estupendo y numeroso contenido ideal.



Y en cuanto concierne a la variedad de temperamentos de los pueblos iberoamericanos entre sí, recuérdese que asímismo la hubo entre los componentes de la gran anfictionía helénica, y aun más honda, como la que distanciaba a atenienses de lacedemonios, a beocios de argivos: que si de Atenas sutil surgieron Sócrates y Platones, de la Tebas reposada y pragmática hubimos la eminencia espiritual de Epaminondas y de Píndaros, que en el orden moral y en el órden mental fueron, y siguen siendo todavía, cumbres precipuas de la dignidad humana y del humano triunfo.

Sólo una cosa me inquieta en esta composición y constitución de la sociedad de las naciones iberoamericanas, y es el excesivo fraccionamiento de algunos grupos de ellas, que dieron en formar entidades minúsculas independientes, sin percatar que la gestación y el mantenimiento de una cultura superior y perdurablemente histórica demanda dilatados ambientes de sustentación suya: el demótico, es a saber, cierto volumen de población; el étnico, es decir, la buena calidad de sus gentes; el económico, o sea, alguna base de holgura para el hacimiento y funcionamiento de estas disciplinas desinteresadas y costosas; el geográfico, o ámbito físico de su ejercicio social; el lingüístico, instrumento eficaz de difusión, idioma hábil, rico y dúctil, para la expresión del pensamiento y el estímulo de las ideas en sí, pues-

to que una lengua culta es, juntamente, vehículo de la producción mental y elemento catalizador de sus actividades; y el ambiente político, en fin, donde la libertad y la seguridad de la persona tengan apropiado y acondicionado asiento.

Mírese, si no, el escalafón de cultura en que están nuestras naciones de América, y obsérvese cómo existe entre ellas un paralelismo de su alcance con el alcance de esos ambientes respectivos. Y no que todos ellos se requieran íntegramente para el feliz funcionamiento de una cultura superior, ya que unos son más eficaces que otros, y algunos pueden compensarse con el auxilio de fuentes foráneas, dentro de la asociación equilibradora y compensadora de las relaciones universales de la cultura y del espíritu.

Pero, que lo piensen dos veces los pueblos que, por respetable, en otro sentido, vanidad de hacer casa aparte, se están quedando sin techo propio para su alma y su historia: en otras circunstancias y con otra ocasión he dicho que las culturas nacionales están en proporción geométrica con esos ambientes, que una nación de cien millones de habitantes no produce solamente diez veces más cultura que una de diez, sino centenares de veces superior en intensidad y magnitudes.

*

Eximios conductores de la humanidad contemporánea, verdaderos hacedores de la historia viva, diré mejor, presuponen que cierto noble grupo de pueblos que hoy día están luchando en pro de los mayores intereses espirituales del mundo, defienden con ello la cultura de occidente, su religión, sus ideales de persona y de Estado, su economía y costumbres, las normas egregias, en fin, de su comportamiento tradicional y del libre curso de sus destinos: ello está bien, y muy bien, como lema político de combate, como pendón visible e inteligible para todos, y así lo acatamos y queremos.



Mas ello es que dicho programa no se acuerda con la revolución que esta hecatombe mundial subtiende, con la revolución espiritual subyacente a ella y de ella determinante, si no yerra el juicio de todos los que nos preocupamos con este asunto, cumbre de cuantos incidieron en nuestra vida y de ella solicitaron cabal entendimiento. Y el más bello asímismo, a pesar de la tragedia apocalíptica que lo encuadra de sangre y de dolores, porque nos dio oportunidad, a los miembros de esta generación, de asistir a uno de los actos supremos de la historia humana y una de las mayores pruebas de la sensatez del hombre libre.

Y no se acuerdan por cuanto acabo de exponer acerca del desfallecimiento de la Cultura Occidental y de su notoria impotencia para seguir rigiendo el espíritu del hombre y el destino de las sociedades cultas. La democracia, pongamos por caso, y caso el más visible de los propugnados por el grupo de naciones a que me estoy refiriendo, no es ahora, y jamás no podrá seguir siendo, lo que fue para nuestros mayores del siglo XIX, pues la misma fórmula excelsa de Lincoln: "Gobierno del pueblo, por el pueblo y

para el pueblo", es un eficacísimo enunciado verbal, un apotegma que todos entendemos en su intención legítima, mas no postulado efectivamente aplicable en la dinámica política de los pueblos; y por lo que hace a la emocionante tríada de la Revolución Francesa: "Libertad, Igualdad y Fraternidad", útil fue en su hora, cuando había monarcas absolutos, nobleza privilegiada y esclavitud de hombres, pero ese mandamiento cumplió sus destinos, y ya es punto menos que inane. Lo que al presente necesitamos es: Cooperación efectiva, en vez de igualdad; Estímulo, en lugar de la mera fraternidad abstracta y, por ende, inútil; y Equidad, fecunda equidad, ahí donde arboreció la libertad gentil, diariamente restringida hogaño por las irrebatibles imposiciones del crecimiento de las sociedades y su consiguiente limitadora convivencia.

*

Esta es la diagnosis y éste el índice de los argumentos a que en largas horas de estudio he llegado respecto de la situación cultural de nuestra época. Muchos de esos argumentos pertenecen al orden lógico y tienen de suyo valor demostrativo; otros son prenociones apenas o porismas de alcance teoremático, que requieren muy sesuda confrontación con las leyes y principios que rigen las ciencias físico-matemáticas y naturales para adquirir "vivencia" científica y algún mérito de certidumbre. Unos pocos demandan ser compulsados con la realidad funcional psico-fisiológica, para ver si resisten esta ruda prueba de verosimilitud. En todo caso, el asunto de



la presente disertación exige las dimensiones de un libro muy amplio y serio para poder llenar su arduo cometido técnico: lo que queda dicho es sólo una aspiración a iniciar entre nosotros los colombianos la inquietud mental por este magno problema del siglo XX, y así, humildemente lo entrego al estudio y a la consideración de mis conciudadanos, como una ofrenda de mi vocación y de mi afecto. Y porque, honradamente, yo mismo temo en mí y de mí la hipérbole falsificadora, que en tan graves asuntos siempre nos asedia y siempre nos perturba el propio pensamiento original y sencillo.

Hemos vivido en un "mundo mental" y aprendido que nuestros grandes conflictos y tragedias son mentales también. Ahora vamos a ensayar una interpretación del mundo mejor articulada a sus manifestaciones evidentes, con derroteros ideológicos aún más amplios: vamos a ver si al prodigioso dominio del espacio, que el hombre ha logrado en las últimas centurias obtener para su felicidad y engrandecimiento, podemos añadir mayor dominio del tiempo, que algo más lo acerque al señorío de su propia existencia y de la naturaleza en que vive, y a la semblanza del dios con que ha soñado desde el alba misma de su aparición en la historia.

La asociación equitativa de todos los pueblos de la tierra en una sociedad católica del espíritu será la base infrangible de esta cultura universal, hoy en cierne: hagámonos dignos de su promisoria epifanía contribuyendo con algo a esa asociación justiciera y fecunda.

## EN LA SALA DE SESIONES DEL CONGRESO DE PANAMA DE 1826

(Visita hecha durante la Conferencia de Cancilleres de 1939)

Hubiese sido grave falta de amor y de respeto por la historia de América el que nosotros no visitáramos esta sede del Congreso Panamericano de 1826, mas nunca imaginé, ni era mentalmente posible el suponerlo, que un contraste topográfico existente aquí impresionase tanto mi espíritu: esta sencilla y diminuta sala tiene por patio suyo, que podemos contemplar a través de esa angosta ventanilla de la izquierda, el inmenso Mar del Sur, el mayor océano del Mundo. Y así, este primer abrigo del pensamiento panamericano de Bolívar, con su patio azul sin límites, es a modo del ángulo central de un abanico geográfico que se perdiese de vista en los confines de la tierra, cual si quisiese abarcarla generosamente entre los radios de sus gigantescas proyecciones.

Así, también, aquella Asamblea incompleta e inconclusa que aquí tuvo cordial asiento, históricamente ha venido dilatándose en forma de abanico ideal, hasta abarcar hoy día los linderos conceptuales del Derecho Internacional de América, y hacerse el nodo energético de toda una irradiación cultural del Nuevo Mundo.

Panamá está justamente orgullosa de poseer este núcleo del derrotero jurídico panamericano, y con visión ecuánime de la responsabilidad espiritual que

ello implica, para merecerla algo más que como regalo fortuito de su eminentísima posición geográfica, hombres suyos se esforzaron otras veces, y hombres suyos se esfuerzan hoy, por acrecentar el acervo común de la cultura americana. Con cuánto respeto y cuánta gratitud rememoro en este instante los nombres insignes de esos patricios Arosemenas, estadistas y jurisconsultos, y de ese gallardo Tomás Herrera, gobernante y guerrero, que cuando vivíamos bajo un mismo techo nacional tan noblemente honraron la historia de Colombia, y el de este egregio educador contemporáneo, Octavio Méndez Pereira, insomne guía de la cultura en su patria, y ejemplo ya ilustre para todo el Continente.

Al contemplar, sensible y mentalmente, esos dos abanicos, el topográfico aquí notorio y el que surge de nuestra historia común, en este sitio idealmente augusto y en esta hora propicia, ante el discreto grupo de compañeros y de amigos que me favorecen escuchándome, quisiera decir algo más que se desprende de aquella comparación geométrica, un poco infantil sin duda: ya que el destino adverso de América dispersó en menudos fragmentos algunas naciones suyas, con grave inconveniente para prosperar la fábrica laboriosísima de una cultura propia, pensemos en que es posible, y que ello incumbe primordialmente a nuestra generación, el recoger en losange aquella radiación triangular primitiva, hacia un segundo centro de concentración ideológica, asociándonos para el trabajo de la cultura común americana, por donde, corrigiendo la dispersión política,



nos hermanemos nuevamente en la íntima asociación del espíritu.

El libro, la prensa periódica, las academias y las universidades —las universidades sobre todo— podrían ir desbrozando esta nueva ruta de vinculación espiritual y de cooperación histórica, tan bondadosa y suavemente, tan desinteresada y gentilmente, que a la larga nos hallásemos ser lo que en esencia somos, unos mismos, con un mismo destino ineluctible... y así, este inmenso patio azul del Mar Océano, tendría un correspondiente inmenso patio azul de gloria.

## GUAYAQUIL, SEPTIEMBRE DE 1941

(Plática de sobremesa, en un almuerzo ofrecido por el Canciller, doctor Julio Tobar Donoso).

Me impresiona vivamente la gentileza con que el Excelentísimo señor Presidente Arroyo del Río y su egregio Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Julio Tobar Donoso, me obsequian en este momento, venciendo las dificultades de distancia que media entre la ciudad capital y esta urbe, y las más arduas aun de tiempo que corresponden a las funciones administrativas de un despacho ejecutivo. Actitud deferente, sin duda, para con mi patria y el gobierno suyo, que de alguna, para mí, grata manera, represento en este instante, mas tampoco se me oculta

que la nobilísima amistad con que estos dos actuales conductores de la república ecuatoriana me favorecen, tuvo y tiene participación cordial en ello.

Me impresiona, cierto, mas no desconcierta mi espíritu, esta generosidad de la gente ecuatoriana, que siempre hallé en este pueblo dotes de sensibilidad exquisita: ustedes los que aquí me escuchan, peritos todos en la historia de su nación, de sobra conocen las manifestaciones artísticas de esa virtud, que desde la ingenua época colonial la condujo a ser eminente en arquitectura, pintura y escultura, hasta el grado eximio de constituirse en núcleo ejemplar de esas artes para gran porción del Continente Americano, que pues aun ahora su preciada imaginería luce con decoro estético en templos y hogares de todas las naciones vecinas, y todavía los viajeros detienen espaciosa mirada en los monumentos religiosos de Quito y en los cuadros pictóricos que nos legó el hábil pincel de sus artistas.

Y esa sensibilidad ofrece a nuestro juicio algo de muy recóndita significación: si ustedes me admitieran la confidencia de un análisis familiarmente íntimo...

—Claro que sí, y nos será muy grato, respondió Tobar Donoso...

Pues bien: ¿No han observado ustedes la nota trágica que frecuentemente se alía con el idealismo religioso en el arte quiteño? El azul domina la paleta de los pintores ecuatorianos, en natural adecuación con la perspectiva atmosférica de las enhiestas cumbres que constituyen el panorama nativo, pero



también colora el paisaje aledaño, aun el que sirve de primer plano a la representación. Es el color emblemático del idealismo, sin duda. Mas a cada momento irrumpe, como nota de predominio sentimental, el violeta intenso, el morado doliente y aun el púrpura de las calladas pesadumbres. Tal así, ese barroco de las capillas, que tan hondamente caló en el alma colonial quiteña y en el alma de sus conversos aborígenes, parece querer acallar bajo la abrumadora abundancia de sus oros y carmines, bajo el derroche de sus volutas y racimos, la angustia de las imágenes y el callado temblor de sus columnas salomónicas. ¿No es acaso el mismo agobio de silencios milenarios que se aquieta en la fisonomía de sus indios, y la misma preferencia por el púrpura que vemos en el vestido talar de sus mujeres? ¿Y no hay un poco de soterrada tragedia, también, en el acento cadenciosamente asordinado del quiteño? ¿Su poesía y su música, y su novela, no nos la descubren, asimismo?

Y es interesante recordar cómo, desde el tronchado imperio de Atahuallpa hasta hoy, la hijuela histórica de los ecuatorianos fue trágica a menudo, y cómo el suelo mismo en que se asientan es cual una apiñada revolución de montes trágicos también. Algo que invita a meditar en las posibles interacciones antropogeográficas de los pueblos, pues, ¿no son así, en algún modo, los grandes hombres de este país? La comparación me seduce, y aquí, en este familiar convivio, podemos hacerla, para entretenimiento de los postres:

Y no se requiere esfuerzo alguno de imaginación, y apenas rudimentarios conocimientos, para esbozar un símil entre los hombres eximios de esta nación y los volcanes de su arriscada cordillera, que parece retorcerse en nudos aquí antes de partirse en tres, allá en Colombia. Al fondo de esta hondura litoral del Guayas surge el Chimborazo como una majestuosa ebullición de nieve, y de esta, entonces dormida urbe, surgió Olmedo, el mago creador de la épica iberoamericana, insuperado aún.

Allá lejos, el Cotopaxi nos recuerda, por su fuerza y su altitud, y hasta por la eufonía de su nombre, el ímpetu proceloso de Montalvo.

Por rutas de Colombia se yergue el Cayambe en solitud hierática, como se irguió en América, con algo de estirpe colombiana, el historiador Arzobispo, solitario en su hora.

Gracioso cual ninguno, el Altar pudiera representarnos a Mariana, la virgen lilial de la historia mística de este pueblo.

El Cotacachi, de etimología aborigen, nos prestaría su nombre para emparejarlo con el de ese ilustre Chili, a quien sus connacionales caricaturescamente apodaron Caspicara, o sea rostriluengo, como de Colón dijeron sus coetáneos burlones.

A Miguel de Santiago y a Goríbar, tan próximos, dejaríamos los dos Pichinchas, el "guagua" y el "ruku", por derecho de vecindad y de prestancia.

El Antisana, siquiera por su altura y esa su contradictoria raíz "anti", aunaríamos con el combativo Espejo.



La tumultuosa agitación de Alfaro y de García Moreno, bien se hallaría al margen de esos sonorísimos nombres de Imbabura y Tungurahua...

—¿Y Rocafuerte?, insinúa Tobar Donoso, previendo ya el colapso de mi fantasmagoría evocadora...

No haya miedo, si no de ser prolijo, que aún me restan el enhiesto Sangay, por él, y el Cumbal, el Mayasquer y el Chiles, por Mejía, Calderón y Villavicencio; el Carihuazo, el Iliza, el Cusín y el Yana-Urku etc., para los patricios que no he citado y para los que van surgiendo en las nuevas generaciones... porque los que ya dije abundantemente atestiguan que no fue embuste del amor patrio aquel "LUZ DE AMERICA", que enaltece el pórtico de la historia ecuatoriana.

## EN LIMA: 1941

(Con motivo de muy generosas atenciones oficiales y sociales)

Alguna vez comencé un discurso mío, improvisado para radiodifusión en elogio de este pueblo, con las siguientes palabras: "El Perú es un país imposible"... Y era de ver el gesto angustiado de los organizadores de dicho certamen y el de los diplomáticos que muy gentilmente asistían a él, cuando yo, para inquietarlos un poco, hice breve pausa entonces.

Con esa ocasión quería, como ahora quiero con la que ustedes tan bondadosamente me deparan, resumir mis impresiones de un vuelo entre Talara y el aéreo-puerto de esta urbe, comoquiera que la visión perspectiva que así se obtiene es como un epítome del desarrollo topográfico de la historia de este gran país.

Y desde luego, muy emocionante: aquella vez, como casi siempre ocurre en este litoral peruano, era diáfano el cenit azul, e intenso asímismo el quieto azul del mar. Mirando a la derecha, a través del ventanuco del avión, fingíase un deslizamiento entre dos azules infinitos por entre un piélago opalino de luz. Nunca, como entonces la idealidad se objetivó ante mi espíritu ni más sugestiva de otros mundos, ni más evocadora de inasequibles sueños: por gentilísimo fenómeno de refracción, al mirar hacia abajo, la nave aérea veíase reflejada volando entre un óvalo de iris alargado sobre la tenue calígine inferior, y sugería un desdoblamiento ideal de nuestro vuelo. El yo parecía disolverse en aquella embriagante luminosidad azul, y ser sólo un punto lentamente vagaroso entre dos inmensidades eternas.

A mi izquierda otro mundo aparecía, la configuración geográfica del Perú: rubias arenas, de paisaje lunar, orladas de espuma a orillas del océano, iban ondulando hasta el lejano pie de los primeros montes, que se alzan desnudos, tenuemente cromados apenas de rojizo o verde, sobre un ocre general, sus murallones enhiestos. Y lejos, muy lejos ya, la nívea crestería de la Sierra Blanca, en ondulaciones



de amianto, por centenares y centenares de kilómetros. De vez en cuando un río de remotas fuentes cordilleranas rompía la sucesión de los farallones y veníase ondulando hacia el mar sobre manteles de verdura bonancible.

Y fue entonces cuando pensé en la tremenda lucha del hombre peruano con su ambiente para crearse civilización y desenvolver cultura de espíritu. Aquello parecía, visto así a la distancia, un imposible para la feble voluntad del hombre. Si hasta el mar es ahí aturbonado e indócil, acantilada y bravía la costa de sus diminutos puertos, si no es aquí en este plácido refugio del Callao y este hemiciclo generoso de las bahías limeñas. ¡Cuántos esfuerzos para el regadío de la tierra labrantía! ¡Cuántos para llevar ferrocarriles y carreteras a la remota cumbre de los Andes, por Oroya y el Cuzco! ¡Cuántos, en fin —y qué fin aquél— para internarse en las selvas laberínticas del Ucayali indómito y la Amazonia, cuasi indefinida y palustre!

Era de esperarse que de tal lucha a muerte surgiese aquí el hombre voluntarioso y adusto. ¿Por qué, entonces, esta afabilidad suma y espléndida cortesía del peruano? ¿Por qué, si el poblamiento colonial ibérico, arduo fue, asímismo, y anegado en sangre?

Algo debe de haber en la tierra —un sino terrígeno, tal vez— que selle con sello de ductilidad, de habilidad e inteligencia sutil la índole de sus habitadores.

Mucho han debido cavilar ustedes acerca de aquel Imperio de Manco-Cápac, que bastantemente

tuvo de esta sutilidad y este dón de dominio: ¿No es cierto —díganlo ustedes, que bien lo saben— no es cierto que esos aborígenes de Mama-Ocllo inventaron las normas totalitarias que hoy nos ofrecen en Europa como novedades del superhombre, la trashumación de pueblos, inclusive, por el sistema de los yanacondas, la absorción del individuo en el Estado, la economía dirigida, la tutela social y familiar, el trabajo como función de grupo, la propiedad personal restricta y transferible a voluntad de los gobiernos, la persona, en suma, modelada al antojo de los dominadores, con un poquito más, esto sí, de equidad y benevolencia, de benevolencia sobre todo? ¡Si hasta el Shinto de los japoneses lo inventaron estos hacedores del Imperio Incaico!...

Y a esos dones y esas dotes, que parecen emanar de la tierra misma, adunó el Virreinato sus normas de elegante señorío y plácida cultura social, de asordinado estilo en maneras y conducta, tan suaves, que parecen fluir espontáneamente, y tan palacianamente generosas, que deslumbran, sin proclamación inútil, al afortunado huésped que llega a los umbrales de su morada o espíritu.

Y ustedes, los de la vida republicana, han añadido vocación de estudio, que ya los enaltece en el concierto de las naciones de América.

De ahí que yo piense, y a ello enderezaba mi discurso desde el principio, en la ingente contribución que aportará este pueblo a la cultura americana, si prosigue en el desarrollo de esas sus virtudes que acabo de esbozar someramente.



Y de ahí que yo me sienta tan orgulloso del favor con que me honra la graciosa hospitalidad de ustedes, y agradecido los salude como hermano en la insomne investigación de los destinos de este Nuevo Mundo, en trance hoy día de promisorio alumbramiento cultural, supremamente enaltecedor, sin duda, pero supremamente difícil.

## EN SANTIAGO DE CHILE: 1941

(Al ser recibido como huésped de honor
en el Cabildo de la Ciudad).

Muy señores míos y compañeros espirituales: Esta mañana, al depositar mi ofrenda de admiración al pie del monumento de O'Higgins meditaba un poco en lo que estas ceremonias, al parecer de cortesía no más, representan en el espíritu de quien conscientemente las ejecuta y vive. Estos homenajes florales que hacemos en nombre de una nación y de un gobierno al más representativo de los próceres de otra nación hermana y amiga, han cobrado un no sé qué de aspecto protocolario que ya casi encubre y oculta su significación primigenia.

Pero, ellos son en su recóndito motivo, más que expresiones fugaces de admiración, de amistad y de simpatía por el héroe, una manera de adopción ideal de él, como ejemplo perdurablemente vivo de conducta, y algo a modo de consagración suya como pa-

dre adoptivo de una historia que, por enhiesta y noble, se hace común a las naciones donante y donataria de la ofrenda.

Al inclinarnos respetuosamente ante la efigie de un hombre creador de patria, como este O'Higgins, ofrecemos pleitesía también al pueblo que le dio a luz de gloria y le dotó muníficamente de los recursos espirituales y materiales de su triunfo. Aplaudimos así su obra, su voluntad y la elación de su destino, sin olvidar, ni menos aun pretermitir, la entraña demótica que le engendró grande y le nutrió de poderes eficientes.

Y hay buen porqué de recóndita comunión de patria en ello, en esta actitud del homenaje que tributamos así: rara emoción anuda la garganta del mensajero de ese mensaje internacional y acompasa sus voces, porque siente que su espíritu, admirando y amando la grandeza amiga, amplía los ámbitos de su patria personal, y aun la duplica fraternalmente.

Y ya ven qué presto se cumplió en mí, por gracioso donativo de gentileza, este presentimiento de la doble amplitud patria: ahora ustedes me reciben como a uno de los suyos en la sede augusta de esta municipalidad santiaguina, y me regalan con acentos de cordial estímulo.

Anoche, en el espléndido banquete de la Cancillería, con que me obsequió el Excelentísimo señor Rossetti, Ministro de Relaciones Exteriores, y muy ágil orador, por cierto, respondía yo, con el énfasis retórico que algunas circunstancias de orden diplomático a veces exigen: "Me habéis favorecido con



este homenaje, Excelentísimo señor, y me habéis honrado con este acompañamiento eximio: gracias, señor ,en nombre mío y a nombre de mi Gobierno y del Pueblo Colombiano, a quienes en mí festejáis tan generosamente. Enaltecido me encuentro, pero no desconcertado, que pues viniendo de vos, personalmente, y de vuestro Gobierno ilustre y de esta nobilísima Nación Chilena dais con abundancia bienes espirituales de que sois ricos y venturosos poseedores".

La elocuencia emotiva de las improvisaciones da cauce a las verdades más íntimas: por eso lo dije anoche, y por lo tanto lo repito ahora ante ustedes. Sino que en esta ocasión quisiera ser aún más cordial, y expresarme en "re menor", como en cenáculo de familia, si ustedes bondadosamente así me lo permiten.

Todos los historiadores de América, de la comarcana y de la conjunta, atribuyeron virtud política sobrexcelente a la institución de los cabildos municipales, mas no he visto yo que desentrañen el significado eminentísimo de que los conquistadores y primeros colonizadores llamaran casi siempre "ciudad" a los humildes grupos de chozas en que iban asentando el poblamiento de la "tierra virgen".

Doce casas de bahareque y paja, presididas por otra discretamente mayor, denominada "iglesia", he ahí a lo que denominaron "ciudad" nuestros progenitores de la conquista.

¿Por qué así?

En su rico haber lexicológico tenían para ello múltiples vocablos de la más varia índole y remota etimología, y de las más sutiles diferencias también.

Aquello era un "sitio" o un "lugar", como en castiza fabla antañera se decía en la Metrópoli; un "casar" o un "caserío", según la costumbre de apodar esos agrupamientos domiciliares tenían los campesinos de la Península; una "población", un "pueblo", y aun "puebla", o un "poblado", conforme a muy significativa derivación del latín clásico; "villa", "villaje" o "villorrio", que emanan del latín popular posterior, y compartimos con las otras lenguas romances, hasta cierto límite.

Había, además, "aldea", de muy sabroso origen árabe; "ranchería" o "rancherío", que parece proceder de un término castrense italiano; y que en Hispanoamérica arraigó tan ampliamente; "chocerío" y "chocería", cuya génesis se remonta hasta el celta-gaélico, como "cabañal", poco usado entre nosotros.

Del alemán cobraron a "burgo", que tanto entra en la nomenclatura de las ciudades europeas, y tan bien representado se halla en la vieja urbe castellana de ese nombre.

Para más orgullosa actitud disponían de la griega voz "metrópoli", que bellamente significa "ciudad madre", y de la sánscrita "urbe", con remoto sentido de "ciudad defendida" militarmente...

¡Mas, no!: ellos la quisieron "ciudad" a secas, porque instintivamente adivinaron, sin duda, que este apelativo es hermano de "civil", de "civilidad" y de "civilización", de "civis", por ende, o "ciudadano"; pues que eso anhelaban ser, ciudadanos de una civilización, PERSONAS.



En el mundo europeo de entonces la persona hallábase disminuida por contrariedades despóticas de varia índole, religiosa y política principalmente. Al llegar a América, la vastedad del Nuevo Mundo, la arduidad de las contiendas con la naturaleza y los aborígenes, la reciedumbre de varonía que demandaba el bravo vivir en tan temible aislamiento y enemigas condiciones, despertó en ellos la conciencia exacta de ciudadanía y de persona, de "personalidad", como hoy decimos.

La definición y exaltación de la persona tuvo, pues, en América uno de sus mayores basamentos históricos, y en la organización jurídica de ciudades y cabildos una de sus expresiones sociales más eficientes, como luégo pudo comprobarse en la gesta cívica de nuestra emancipación.

Todo esto digo, así somera e improvisadamente, para que ustedes juzguen cuál habrá sido mi complacencia y cuál mi orgullo al recibir título de ciudadanía en una gran ciudad de América, como esta ilustre de Santiago.

Porque aquí, en esta ciudad capital de Chile, han ocurrido hechos de civilización y de cultura que a todos en América unívocamente nos honran: Chile tiene para mí, entre otras muchas esenciales, la de haber "pensado siempre en grande", como en otras ocasiones dije. Desde que surjió a vida autónoma destacose en el concierto de las naciones iberoameri-

canas por su amor al orden y su recia voluntad de enaltecer constantemente sus destinos: formado por tres regiones asaz distintas, y por cuatro aportaciones étnicas no menos diferenciadas y disímiles, supo darles confluencia armónica y cohesión nacionalista, hasta ser lo que es hoy, uniforme y unánime. Aprovechó para su civilización material el norte minero, el valle central agrícola y el sur para ganadería y bosques, pero no se detuvo en los límites espontáneos de la naturaleza, pues, superándolos, desarrolla hábilmente las industrias de transformación.

Este pueblo organizó la educación pública con seriedad pedagógica y envidiable premura, como que fue el primero de Iberoamérica en proporcionar instrucción secundaria completa a la mujer.

Quiso pesar en la balanza política del Continente, y fue, asímismo, de los primeros en dotar a su ejército y su marina de estructura moderna, aunque tuviese para ello que esforzar heroicamente sus recursos.

En la protección de la salud y del trabajo legisló con audacia que a todos nos sorprende y nos instruye.

Y así digo a ustedes, sin afán de encomio inútil, algunas, siquiera, de las razones que tengo para sentirme orgulloso de ser, por esta gentil adopción, conciudadano suyo, anotando, esto sí, que todas ellas son aun menores que los vínculos inmutables de mi afecto.

## MONTEVIDEO: 1941

(Banquete de la Cancillería).

No es sólo el agasajo de esta mesa, tan lujosamente servida, no, el más encumbrado aun, de quienes a ella asisten con el aristocrático decoro de sus nombres ilustres, lo que principalmente me impresiona al responder a usted, Excelentísimo señor Guani, pero sus palabras de saludo, tan bien ceñidas a la hospitalidad de todo señorío que a este pueblo distingue, y a la propia pericia suya en su doble ministerio de diplomacia y gentileza.

Yo tomo con avaro regocijo todo esto con que me honran, porque ello se adereza de suyo a obsequiar el nombre de mi patria, de la que en este viaje soy representantivo incidental apenas, vínculo, si se quiere, entre el sentimiento de admiración y devoción que ella siempre tuvo por la Nación Uruguaya, y el de mucha estimación que ustedes en esta hora a ella significan.

Muchas veces nos hemos detenido nosotros allá en Colombia a contemplar y a sopesar admirativamente el derrotero cultural de ustedes uruguayos, y le hemos tributado alabanza irrestricta.

Porque habiendo partido ustedes, históricamente, de dificultades casi abrumadoras, puesto que están como emparedados entre naciones de ingente poderío espiritual y material, lograron definirse y mantenerse con personalidad propia, y ésta lustrar egregiamente.

La democracia que ustedes han vivido, cimera siempre fue en sus líneas matrices, y señera en ocasiones en este Nuevo Mundo atormentado por tantas inquietudes, y desconcertado a veces.

Supieron asociar con hábil cordura las varias estirpes que han confluído en su suelo generoso, y éste aprovechar con industria que hizo siempre honrado y holgado su vivir.

Preciaron la cultura y la han servido por modo tal que sus letrados ejercen ejemplar magisterio en varios rumbos, desde el apólogo de entraña filosófica y alada dicción, hasta la epopeya difícil; desde las más atrevidas estructuras de derecho público, hasta muy sensatas lucubraciones de pedagogía, en su hora ciertamente innovadoras y eficaces

Nombres hay de ustedes que, en poesía y en prosa, iniciaron escuela en el amplio hogar iberoamericano, y que todavía hoy remembramos con devoción suma y suma gratitud conscientes.

Todas estas cosas, ustedes las saben de sobra, y mejor que yo las miden con la sosegadá erudición de su experiencia; mas yo quisiera detener un minuto más mi elogio ante dos virtudes suyas, que en todo tiempo vigorosamente impresionaron mi espíritu: el don de audacia que a ustedes asiste en el pensar, con que siempre se les vio a la cabeza de muchas jornadas políticas de este Continente Iberoamericano, y la sorprendente floración de la poesía femenil uruguaya, que tantas vocaciones, encogidas antes en la timidez tradicional, despertó y puso en pie de triunfo.



Esas dotes de audacia y de mesura a la vez, que a ustedes habilitan para las graves tareas de la acción y el pensamiento, las necesitamos hoy más que en tiempo alguno, porque la guerra actual que se va dilatando a través de todos los Continentes y en la intimidad de todos los espíritus, demanda de nosotros, los pueblos americanos, arduas labores de nueva adecuación social y de creación de nuevas fórmulas de cultura. Este mundo conceptual que heredamos se nos va a desbaratar en las manos, y si no emprendemos desde ahora su recomposición, mucho me temo que la historia nos cancele sus mejores promesas, esas que llevaron a nuestros próceres a hacernos libres y a nosotros a construirnos un emblema ideal de ese mundo, no poco cargado de ilusiones y de ensueño.

Ante varones de tanta disciplina ideológica puede resultar pueril el que yo intente esbozar algunas previsiones acerca de este conflicto ecuménico, sino que no sé cómo eludir la consideración de tan grave asunto en ocasiones de esta índole: y así digo que esta guerra planteará a nuestros pueblos iberoamericanos, entre muchos de menor cuantía, dos problemas de abrumadora magnitud, material el uno y espiritual el otro, ambos a mi juicio, indeclinables.

El primero consiste en la estupenda oportunidad de consolidar nuestra economía y de fortalecerla en asombrosas proporciones, si atinamos a encauzarla hábilmente.

No que intentemos, con punible actitud de Shylock, disfrutar del infortunio de otras naciones y materializar en provecho propio la amargura y la desolación que las oprime. ¡Nunca eso! Somos suficientemente hidalgos para eludir tamaña mezquindad avariciosa, y suficientemente hermanos suyos, en el augusto solar de la cultura, para no sentir en nuestra propia entraña su tragedia inverosímil. Mas es lo cierto que si la guerra de 1914 fue la coyuntura suprema para el robustecimiento económico de Estados Unidos, ésta lo será para las naciones latinas del Nuevo Mundo.

¿Lo entenderán así los actuales conductores de su destino histórico?

El otro asunto, el espiritual, es más arduo aun: la cultura eurasiática que hemos denominado "Cultura de Occidente", por haber obtenido en Europa su máximo desarrollo, durante tres mil años de gestación, evolución y predominio no pudo resolver en la esfera filosófica los fundamentales enigmas del sér y del destino, y en la esfera moral nos condujo a las dos mayores catástrofes que registra la historia del hombre.

Quiere esto decir, y lo digo impávidamente ante ustedes, varones de pensamiento ecuánime, que a nuestra generación y a nuestros pueblos incumbe, indeclinablemente incumbe, darle nuevos derroteros al espíritu. No que yo presuma, con infantil ingenuidad, presuponer el triunfo, nuestro triunfo. Seguramente no. Una cosa es el deber y otra el poder. La una se predica de la voluntad y la conciencia, la otra está condicionada por elementos extraños a nosotros, por "factores", como hoy decimos, ajenos a la libre disposición de las sociedades. Es, pues, obligación nuestra el intentarlo, y quede a la fortuna benévola el conseguirlo conforme al desiderátum del espíritu...



Excúsenme estas divagaciones. Pero, ya que ustedes pueden emprender en estos magnos negocios de la cultura, he querido aprovechar de su presencia aquí para enunciar, siquiera someramente, la inquietud que mueve mis pasos y mi estudio.

En verdad, en verdad, lo más grato y aun lo más discreto sería simplemente declararles los sentimientos efusivos de mi admiración y de mi gratitud, y saludarlos como huésped que no les olvidará ya nunca.

## RESPUESTA DEL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE COLOMBIA AL DISCURSO DEL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE VENEZUELA: 1941

Excelentísimo señor:

Me siento orgulloso de estar en el hogar venezolano como hermano de la noble gente que adoctrinó Bolívar en gesta insuperable de americanismo y de dilatada visión general histórica.

Orgulloso y regocijado también de esta hospitalidad con que enaltecen la visita, que por mí hace Colombia a vuestra Patria, las autoridades y la so-

ciedad de Venezuela, egregiamente representada por el Excelentísimo señor Presidente, General Medina Angarita, por vos, señor Ministro y por este auditorio que tan gentilmente me regala con su cordialísimo sentimiento.

Terminaron, señor, como lo habéis dicho con la pericia espiritual que entraña vuestro discurso y tan generosamente lo estructura, las alegaciones que sobre la división justa de la antigua heredad común nos preocuparon durante más de un siglo, y hoy, la frontera no es, ni lo será ya nunca, signo de apartamiento, antes encumbrado mirador de corazones unidos en una misma fe de estirpe y una misma intención histórica.

Nuestro Tratado del 5 de Abril de 1941, grande en sus cláusulas sucintas, grande en su augusta intención, más grande aún lo será en el armónico desenvolvimiento de vida que abre a la cultura, a la economía y a la política de nuestros dos países, ventana como es a los ilimitados horizontes de una amistad y de una prosperidad recíprocas y para siempre incólumes.

Cumple él aquella norma impecable que nos trazamos sus negociadores de "definir las fronteras para eliminar las barreras", por donde fuese, como ya lo es, noble de suyo y ejemplar en todo el Continente Americano.

El generoso Estatuto de Fronteras, el Tratado de Comercio, en cierne ya, y la navegación de los ríos comunes, serán los estribos inmutables del puente social por donde estos dos pueblos vincularán me-



jor aun sus propios intereses y las virtudes de su espíritu. Conscientes de que la acción de presencia de nuestras dos naciones es bien superior en rendimiento a cualquiera otro bién de esta índole, haremos que esos pactos contemplen con sabia amplitud las dormidas potencias de la intercomunicación nacional, sin minorarlos con la engañosa esquivez de restricciones dilatorias de su cometido fundamental de estímulo. Ellos objetivan la visión del progreso económico social por encima de fugaces y diminutas utilidades del fisco, en la convicción, largamente meditada, de que la magnitud de aquél muy pronto compensará con creces la inicial parvedad de éstas.

Mi alma tributa en esta hora propicia efusivo homenaje de admiración y de respeto a quienes llevaron a término feliz aquel pacto insigne, Excelentísimos señores Presidente Santos, Presidente López Contreras, Canciller Gil Borges y los Embajadores José Santiago Rodríguez y Alberto Pumarejo, cuya visión perspicua y serena coronó la obra en que tantos otros varones eximios de uno y otro país colaboraron, inclusive técnicos ilustres, asesores nuestros y extranjeros mediadores.

*

Y ese bién que Colombia y Venezuela han obtenido por un esfuerzo de cordial avenimiento, de "equidad afectiva", como se dijera oportunamente, lo deseamos para las dos naciones amigas que habéis nombrado con exquisita elevación de sentimientos, el Ecuador y el Perú, hermanas y vecinas para quienes anhelamos el cuarto de hora de superación espi-

ritual de las dificultades que iluminan la historia de los pueblos grandes, y que ellas hallarán, porque de grandeza es su estirpe, máxime hoy, cuando Conciliadores de irrecusable generosa intención las acompañan en el justiciero trámite de esas negociaciones de paz y solución definitiva, también, de sus seculares divergencias.

*

Ante el destino común de América y ante nuestros deberes de humanidad en general, mi Gobierno, señor Ministro, y mi Nación, abundan en los sentimientos de solidaridad continental y de conducta justiciera que acabáis de definir hábilmente y no vacilarán en tomar sobre sus hombros la honrosa porción de responsabilidades que les incumben, con la serenidad, esto sí, de una conciencia disciplinada por la equidad internacional y la dignidad interna.

A las grandes naciones que planean hoy día nuevos ordenamientos de la vida humana, ofrecemos espíritu reposado de justicia, pero querríamos demandar de ellas, también, el cabal entendimiento de que somos en la sociedad universal de naciones cultas algo más que productores de materias primas, que hay en nosotros gente, contenido espiritual e historia.

En este instante y en aquel sentido, la América, toda la América, avizora, inquieta pero no desconcertadamente, su deber y sus derechos, su misión y la mejor manera de cumplirla. Que ojalá no huya de nosotros ni la clarividencia en el entendimiento



del destino, ni la serenidad para su mantenimiento indeclinable, que pues el silencio inoportuno y el grito alocado pudieran, ambos, empobrecer nuestra actitud.

Colombia y Venezuela tienen, y desean conservar, vínculos de asociación defensiva y de cooperación espiritual panamericana, y asimismo tienen, y asimismo desean conservar, vínculos de asociación especial íntima, por los cuales, todo bien que a la una se haga, regocijará a la otra, y todo daño que la una padezca dolerá a la otra, sin que ello signifique que constituímos o intentamos constituír, agrupamiento regional diferenciado del continental supremo, sino que nuestra vida ha corrido y corre para siempre indisoluble.

*

Tomo este vino de honor, señor Ministro, por el Excelentísimo señor General Medina Angarita, gran conductor de esta querida Nación Venezolana, por vos, eminente hombre público de nuestra América, por los que aquí nos acompañan con su noble espíritu de hospitalidad y de afecto, y por la gloria de la libertadora estirpe de Bolívar.

## EN LA QUINTA DE BOLIVAR EL 22 DE JULIO DE 1943

(Con motivo de la visita a ella del Excelentísimo señor Presidente de Venezuela, General Isaías Medina Angarita).

(Introducción: A la manera que los malos libros traen casi siempre un prólogo, quisiera yo también deciros previamente algunas frases: pues me ocurrió que el discurso que había meditado para "improvisar" aquí en esta hora, lo dijo a su llegada el Excelentísimo señor Presidente de Venezuela, y que el de repuesto que compuse en senguida, lo pronunció luégo el Excelentísimo señor Presidente López, y que así, cuantos yo concebía por la mañana, ellos iban, y mucho mejor que yo, expresando por la tarde, hasta que al fin me dejaron sin elenco oratorio y en la gran inedia conceptual en que ahora me encuentro.

Porque los temas son organismos vivientes que nacen, crecen, fructifican y mueren, y una vez esto acaecido, no hay modo de hacerlos revivir y dar de sí algo útil: de que entenderéis por qué voy a hablar muy someramente de las cosas sencillas que en esta morada y esta hora a todos nos rodean con su grande interés, que a mí, desapercibido orador, incidentalmente me rediman).

Excelentísimo señor Presidente de Venezuela: permitid que os salude, a vos y a los ilustres personajes de vuestro séquito, en nombre de la Academia Colombiana de Historia, aquí presente en corporación; en nombre de la Sociedad Bogotana de Ornato y Mejoras, guardiana eficacísima de este recinto; en nombre de la Sociedad Bolivariana de Colombia, vínculo de las naciones que directamente emancipó Bolívar, y digo "directamente", porque otras libertó por la acción refleja de sus triunfos; en nombre de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, que tal vez por representar las ciencias exactas, está dondequiera que Venezuela y Colombia estén juntas; y a nombre, en fin, del Club Colombiano de Automovilistas, que propende a prosperar las mutuas relaciones sociales de los tres pueblos que formaron la Gran Colombia...



Y en el mío propio, Excelentísimo señor Presidente, por el muy grato favor de vuestra amistad personal, tan noble y limpia, y el grande honor de haber sido alguna vez humilde notario de un acontecimiento de primera magnitud en el decurso de todo un siglo de historia común colombo-venezolana. Acontecimiento que superó en bienes los muchos que de él presupusieron sus realizadores, y que en este momento obra, con vuestra visita, uno de tantos.

Que lo diga, si no, el señor Embajador Rodríguez, para mucha alegría de mi espíritu aquí presente, fautor en gran parte y en gran parte autor de ese pacto fecundo, y hombre a quien aprendí a temer como adversario, por su abastada ilustración, y a quien aprendí a querer como amigo por la pulcritud de su pensamiento, por la pulcritud de su palabra y la pulcritud incólume de sus obras.

Y es él ahora a modo de estribo de puente mnemotécnico para que pueda yo recordar y exaltar, cual se merecen, al señor General Eleazar López Contreras y al señor doctor Esteban Gil Borges, uno y otro envueltos en frágil estructura somática, uno y otros poseedores, sin embargo, de tan eminente reciedumbre espiritual que pocas de esa índole he visto en América.

Y al señor doctor Eduardo Santos, cuyo espíritu generoso y alerta fue el guión irreductible y ferviente de esta obra bendita.

Porque había más de un siglo que los corazones de Venezuela y de Colombia palpitaban al unísono en un mismo ámbito, en el mismo ámbito que les creó Bolívar, pero sin poderse oir, porque un tabique de alegaciones verbales se lo estaba impidiendo: eliminado aquel tabique, los corazones siguen palpitando al unísono, mas ya recíprocamente se oyen, ya se entienden y huelgan de estar juntos en el ámbito que para ellos ensoñó Bolívar.

Si él hubiese venido con vosotros y aquí estuviese ahora, podría imaginarse que de entonces acá sólo trascurriera el blando sueño de una noche y no ciento quince años de ausencia: porque vería estos mismos muros españoles y esta baja techumbre, el vecino corredor con su baranda campesina, los mismos patios enlosados que antes viera, los árboles y arbustos que él sembró, y ese "mirador" donde solía guardarse a meditar a solas sus ya lúgubres pensamientos y rumiar tal vez la temprana melancolía de ominosa incertidumbre.



Y el mismo monte vecino que abrigó todo esto, y el fontanar generoso de Padilla, que de él surge y era tan útil a la pequeña Santa Fé de entonces, y este cercano riachuelo de San Francisco, que acrecido a veces por las lluvias de la cordillera, en altas horas de la noche, retumbando sordamente en su lecho rocoso, cual redoble fúnebre de tambores, acompañara los desvelos de su presagiosa inquietud.

Le parecería, cierto, haber dormido el blando sueño de una noche apenas, puesto que todo era igual a sus ojos.

Y se habría equivocado el Héroe.

Recordáis las melancólicas palabras de sus postrimerías? Orillas del Caribe y ya vencido por el único que pudiera vencerle, vencido de sí mismo y la magnitud de sus obras, sin el don profético de Kingston ya, pero gran poeta aún, como siempre fue, y los poetas que aquí me oyen dirán si no fulgura algo shakespeareano en sus palabras, dijo temer que sus empresas fuesen sólo como surcos en las ondas del mar, que las mismas ondas desvanecen, y sus obras, construcciones en la niebla, que el viento deshilacha y disipa.

Y se equivocó el Héroe: que pues ahora esas naciones que él temió ser ingobernables con fuero de libertad y de cultura, ocupan sitio honrado en la historia de los pueblos libres, y ya aportaron labor de inteligencia, que las enorgullece en el concierto del espíritu, y gozan ya de esta pura democracia, que vos señor, y nuestro Presidente asimismo, gobernáis ahora y prosperáis noblemente.

(Veo, sin embargo que me he extralimitado en mis opiniones: el peligro de una improvisación no estriba tanto en que olvidemos las palabras, sino en que las exageremos a veces: la democracia que vosotros gobernáis y prosperáis ahora es la del Siglo XIX, la que nuestros héroe invocaban con voces de angustia entonces. La democracia del Siglo XX no ha sido definida aún. Los mismos conductores de los grandes países demócratas que hoy construyen la historia del mundo, por discreción quizás, o por la tarea abrumadora que sobre ellos pesa en otros rumbos, sólo nos han hablado de las ideas-matronas de nuestra vicilización, no así de las ideas núbiles, de las ideas vírgenes, que anhelan nuestros corazones y nuestras mentes ha tiempo andan requiriendo ya. Qué bien sería, Excelentísimo señor, que vos y los otros Presidentes de lo que fue la Gran Colombia, aquí os juntaseis y, con esa virtud de franqueza icástica que os distingue cuando os comunicáis con vuestros pueblos, desde aquí, nos dijéseis aquellas ideas núbiles, aquellas ideas fecundas, que constituirán la nueva democracia del mundo. ¿No recordáis acaso que a principios del Siglo XIX la Gran Colombia engendró y proclamó normas augustas del Derecho Público Americano? Qué bello sería, señor, y cuán útil, que de nuevo ahora, la Gran Colombia creara ideas, ideas núbiles, que fuesen volando por los rumbos de América, en otro vuelo de liberación, como sus banderas ántes...!

¿Y por qué se equivocó el Héroe en aquel su melancólico mensaje de la agonía? No es dado, señor, que la luz que el genio emite para iluminar a otros, refleja regrese a sí y a sí mismo le alumbre. Bolívar no pudo antever entonces, ni menos entender, que el genio inicialmente es a la manera del sol que nace: leve punto que surge al horizonte en medio de la aurora, no mayor que una chispa de diamante en mano sonrosada de mujer, y sin embargo, de esa chispa brotan pabellones de luz que iluminan las lejanas cumbres y otras más remotas todavía, que no alcanzan a percibir los ojos, la naturaleza despertando a nueva vida, y a nuevas jornadas el mundo. Tal así, la chispa primicial del genio, ilumina la frente de las generaciones contemporáneas, y de otras generaciones que él no alcanza a ver, despertándolas a vida nueva y nuevas empresas del espíritu.



Y así estamos nosotros hoy hermanados en este recinto por obra y gracia de Bolívar.

De ahí que en esta su casa yo no pueda daros la bienvenida de extranjeros ni ofreceros hospedaje de honor, porque tan vuestra es como es nuestra, ya que en historia no existe cancelación de gloria, no existe fuero de prescripción de la posesión y propiedad de bienes espirituales comunes: os ofrezco sí las voces enalbadas de mi admiración y de mi afecto, las voces enalbadas de la admiración y del afecto de los colombianos que están aquí presentes, y las voces enalbadas de la admiración y del afecto de Colombia entera...

¿Exagero acaso, al calor de una improvisación ocasional? No haya miedo de que a los cincuenta

años pierda uno aína la ponderación mental y la sindéresis.

Porque, decidme, si no es verdad que Bolívar ha perjudicado gravemente la justa apreciación de otros eximios valores personales de Venezuela? Atributo es del genio, y muy peligroso sin duda, que cuanto de él depende, en bien y en mal, se magnifique. Y así digo que él, en su cuantía heroica, es a modo del baobab africano, que con su agigantada corpulencia impide ver sus vecinos otros árboles, o a modo, diré mejor, de las nevadas cumbres volcánicas de nuestra cordillera, que con su impresionante elevación humillan la altitud de los montes comarcanos.

Pues yo pienso que si Venezuela no hubiese dado al mundo más que a Miranda, el mundo la admiraría; si no hubiese dado más que a Sucre, el mundo la amaría, si sólo hubiese tenido a Bello, el mundo la respetaría, si sólo a don Pedro Gual, el mundo la acataría, y si sólo hubiese engendrado a José Antonio Páez, la temería el mundo...

Señores y hermanos, ahí tenéis vuestra casa.

## EN LA INAUGURACION DE LA ESTATUA DEL GENERAL FRANCISCO DE PAULA SANTANDER EN BUENOS AIRES: 1941

SAN MARTIN — Hablar en este hermoso sitio y delante de tan gentil auditorio me es grato al corazón efusivamente, y mi ánimo dispone de suyo a graves pensamientos.

Hace pocos días que en la plaza bogotana de San Martín, el señor doctor Ruiz Guiñazú, vuestro noble Canciller, dejó al cuidado admirativo y afectivo de mi gente la efigie reposada del Gran Libertador del Sur, prócer por la hazaña victoriosa y prócer también en la ecuánime magnitud de sus renunciamientos. Allá, sobre la cumbre andina, la he visto en el silencio de las noches, iluminada por reflectores eléctricos, cernerse en el espacio como mensaje eternizado de fe americana y de mancomunidad histórica.

Trajo él a la América naciente eximia aportación de orden cívico y a la guerra dotó de impresionante ordenamiento victorioso: mas no le encomiaré por dones tan excelsos, sino por la callada grandeza de su espíritu.

Nació solo, murió solo y solitario estuvo su corazón en el dilatado curso de la vida. Alejado de América y esquivo a Europa, necesitaba crearse patria nueva, y se la formó con su pericia incólume.

Sino que, obtenida ya, grande y promisoria como sus sueños la forjaron tal vez, no la retiene para sí, no disfruta de ese hogar de sus anhelos juveniles,

y para culminación de su generosidad insólita, él, que a ella dio sin medida ni reservas corazón y entendimiento, a otros la dejó sin cobrar de ella beneficio alguno, y fuese hacia la tumba tan solo como vino, tan solo como estaba.

Tal vez en las horas augustas del silencio entrevió lo que sería luégo y es ahora: señal y símbolo de la gran República que en creciente borbotón de millones de ciudadanos y en cúmulo creciente de generaciones disipa esa soledad y rompe aquel silencio con las voces rumorosas de su devoción y su ternura.

SANTANDER — Hoy enaltece mi discreta vida el honor de entregar a vuestra Urbe magnificadora la estatua de nuestro egregio mandatario Francisco de Paula Santander.

Sería inútil hacer su elogio ante vosotros, que pues le conocéis con abundancia de noticias, si no fuera porque en el seno de la eternidad su espíritu habrá de regocijarse de comunicar con las generaciones argentinas de hoy aquella su admiración y aquel afecto suyo por las generaciones argentinas de lo pasado, que él contempló fraternalmente y en cuyos destinos avizoró entonces la grandeza que hogaño os realza y os escuda.

Todo el destino de América bullía en su sangre: descendiente remoto de reyes de Navarra y de caciques muiscas, al iris azulado de sus ojos de conquistador norteño enmarcaban las órbitas mongoloides del americano aborigen, y a la sencillez demo-



crática de nuestras sociedades unía el porte augusto de los conductores de estirpe.

Se le combatió en vida, y muerto ya, la encomía de las pasiones partidarias y regionales quiso negarle su puesto de primera magnitud. Mi generación alzose, ecuánime, contra la injusticia de los tiempos y le midió con el metro inflexible de sus propias obras.

¿Quién fue él, quién pudo ser él, que mozo todavía, en la aurora de los veinte años, entre los demiurgos de la guerra a muerte venezolana y los estrategos de la liberación de Colombia, mereció paridad de comando con los grandes guerreros de la epopeya augusta?

¿Quién fue él, quién pudo ser él, que a la hora del triunfo, en la aurora de los veinte años, entre los arcontes del Derecho ciñó la investidura de magistrado supremo de aquel orgulloso Estado naciente?

Lo que él fue nos lo dice el hecho irrecusable que vio mi generación en la hora rememorativa del primer centenario de su muerte: estadista que inició tantas obras y tan fecundas que al término de más de un siglo la democracia colombiana sigue aún alimentándose de ellas, sin poderlas superar esencialmente.

La personalidad tiende a la amplitud del espacio en que actúa, comoquiera que el yo no está limitado por la superficie epidérmica de nuestra anatómica estructura, sino que abarca el radio funcional de sus operaciones, y así se entiende, en parte, el que los hombres de la Emancipación superaran por modo

tan sorprendente el ingenuo ámbito regional en que vivieron y la mediocre preparación técnica que lograron recibir: actuaban por América y pensaban sus obras para un dilatado mundo espiritual surgente.

Mas he aquí que tan sencillas explicaciones no son la hermenéutica adecuada a la obra de este prócer, ni cabal exégesis de su poliédrica personalidad de estadista, martirizado por su devoción a las bases del Derecho y audaz timonero de su época nacional en conjunto: apartose de la fácil trayectoria militar de sus coetáneos que adoptaban ordenamiento meramente disciplinario de aquellas naciones en cierne, y si ante la tragedia de su propio corazón asaeteado tuvo silencios más heroicos que cualquier airado grito, ante el peligro de las normas nunca enmudeció.

Ha sido costumbre, inveterada ya, de historiadores y panegiristas el comparar unos con otros a los héroes de nuestra Epopeya Americana, cual si fuesen tema inane de literarias disertaciones, de Ilíadas, Ramayanas y Nibelungos. Con ello hemos acibarado el patriotismo regional de nuestras gentes y debilitado su cordial entendimiento recíproco. La verdad es otra: la órbita de los héroes es la eternidad, donde generosamente caben todos, sin métricas limitaciones ni descuentos de rivalidad perturbadora.

Allí el genio de señera cumbre, el héroe y el mártir, el estadista y el maestro pueden sentarse a la mesa redonda de la fama y todos aspirar el grato



incienso del amor y de la fé con que generación tras generación les tributa homenaje el alma de sus pueblos.

Y cual si su espíritu no cupiese en el corto horario de la existencia personal, regresan en efigie o en ejemplo a la sociedad de los vivos para hacerse mensajeros de su gente en cuanto ella ostenta de mayores triunfos o más aquilatada índole, y a ella servir de nuevo, ganando así para su bién merecida copia de favorables sentimientos.

Tal hoy el caso de Francisco de Paula Santander ante vosotros. Mañana vuestros hijos seguramente os demandarán noticia del que aquí les aparece en la quietud enigmática del bronce, y vosotros les diréis, adoctrinándolos: éste? — un prócer que en Colombia cimentó la cultura, encauzó la democracia y enalteció la ley.

*

LA CULTURA AUSTRAL NACIENTE — Estatua mensajera he dicho, y ya veo en la quietud expectante de vuestras pupilas la amable invitación a que os lo enuncie más a fondo y definitivamente. Ello tal vez correspondería mejor al sosegado claustro de las academias: sino que la hora es propicia, y no sé yo de ningún reglamento que nos prohiba el pensar al aire libre y menos aún en tan hermoso y dilatado ambiente, que a ello provoca con su clara luz y deleitosa armonía.

En todo cuanto va de vida del hombre sobre la haz de la tierra nunca antes visitó el espíritu a este

Hemisferio Austral. Aglomerados desde muy remota edad los Continentes hacia el norte planetario, allí alborearon todas las culturas y allí madrugaron las civilizaciones más ilustres: del trópico hacia el sur hay total silencio histórico, si exceptuamos la organización totalitaria de los Incas.

¿Por qué una y otra cosa? Tal vez la precesión equinoccial determine este raro fenómeno de las civilizaciones o a él contribuya grandemente: yo no lo sé —y entiendo que nadie lo sabe aún— mas no deja de mover mi fantasía el que solo hacia el último período glaciar el Cromagnon europeo, cual si un lento despejarse del sol sobre su esfera boreal lo animase entonces, inició la fecunda inquietud del pensamiento.

Hoy se advierte el despertar de este Hemisferio del sur a las gratas tareas del espíritu, que circunvalando el globo terráqueo revélase vivazmente en la América, el Africa y la Australia meridionales y en la insular Nueva Zelandia, tan armónicamente simultáneo que tal vez no pueda adscribirse a mero azar de las migraciones del hombre.

De una a otra manera, la aparición de estos núcleos de cultura austral posiblemente revelarase tan densa y generosa de contenido como su hermana mayor, a lo menos en este período inicial en que las razas parecen más cerca del corazón del Mundo y son más afortunadas en sus interpretaciones fundamentales. La intuición de los pueblos jóvenes es tan penetrante que uno se desconcierta al ver en Hesíodo, cronista de los dioses, toda la especie definible de una de las más poderosas filosofías modernas, la sutilísima de Bergson, admirablemente delineada en la leyenda de los hijos de Ge y de Uranos, Epistemeo, el que piensa después del hecho, o sea la inteligencia, y Prometeo, el que piensa antes del hecho, el inductivo, que guía a los hombres y los regala con el fuego liberador, escondido, alusión fecunda, en el místico tallo del hinojo, y aun pudiéramos hallar un símil de la duración y el tiempo en la lucha simbólica de Zeus y de Cronos.



Es verdad que todavía les falta a algunos de estos pueblos jóvenes estabilizar, por decirlo así, sus genes raciales, para adquirir sensibilidad definida y una, por ende, armónica espiritualidad. De ello algo se advierte ya en las modalidades del carácter con que van surgiendo, rebosantes de brío, de fe en sí mismos y de humanidad, que aun, como todo elemento juvenil, retozan con la vida, ríen y juegan, pero que muy pronto, tras el canto, y ya el canto existe, hundirán en la entraña del sér el harponazo de las inquisiciones reveladoras.

No importa el que aún anden en mezclas y conflictos, pues diré, parafraseando la sentencia pitagórica, que el limo calcáreo de los mares al sedimentarse se convierte en mármol, dócil instrumento del espíritu.

*

LA LIQUIDACION DE UN MUNDO — ¿Y por qué yo hablo de estas cosas, en la plaza pública y delante de varones tan ilustres?

Porque en esta hora un mundo espiritual milenario liquida sus haberes y se prepara a enfilar la proa de sus destinos en confusas direcciones, y nosotros no queremos ser cauda inerte en tan proceloso viaje, sino pensar lo que a nosotros nos incumbe, prever, asociarnos y ser útiles en la esfera de nuestra libertad de acción y de entendimiento.

Aquel mundo espiritual que hoy liquida sus haberes nos deja en herencia, más conturbadora que protectora ciertamente, insolutos los seis temas capitales de la cultura universal. Las civilizaciones septentrionales fueron más hábiles en la investigación de las estructuras del sér que de su ontogénesis, más afortunadas en descubrir el cómo que el porqué de las funciones, más formales, en una palabra, que esenciales y constructivas. En seis mil años que hace que se agita históricamente ese grupo de civilizaciones, no ha resuelto una sola angustia de las que asedian y destruyen el corazón humano.

Y yo me pregunto si no será posible que esta cultura austral naciente se polarice en opuesta dirección a aquellas, y dé un paso más, siquiera, en el sondeo de lo arcano y en el alivio justiciero de las sociedades. Sin duda habéis observado, como yo, que todas las naciones tienen esa polaridad, norte-sur en Europa, oriente-occidente en América, que divide y enriquece su sensibilidad común y la hace apta para diversas funciones del espíritu. Tal vez la cultura meridional que contemplamos en su pálido orto aún, se polarice a su hora con relación a la septentrional y la complemente. Tal vez se estructure por intuición —ya es mística y poética en su esbozo inicial— y con la savia juvenil que la agilita y robustece, nos depare un mundo más ordenado y un corazón tranquilo.



En todo caso, es bueno que digamos oportunamente alguna palabra discreta para ante aquellos que desean organizar ese mundo conforme a su destino propio y propio entendimiento de la vida, una palabra mesurada y firme acerca de nosotros mismos, no sea que se nos tome como una "res nullius" de la historia o bién monstrenco de la geografía económica universal.

Infortunadamente algunas naciones americanas cometieron error contra el Espíritu Santo al fraccionarse y casi atomizarse en el comienzo de sus vidas, imposibilitando así el surgimiento en ellas de cultura autónoma, viviendo, por decirlo así, en culturas de alquiler, por haber disminuido y aun aniquilado, los espacios vitales de toda gran cultura, los siete espacios ineludibles de su raigambre. Pasiones y ambiciones individuales, como plantas epífitas que en el bosque absorben la savia de los mejores árboles, ellas agostaron el robusto tronco primigenio de la historia de sus naciones.

Empero, hoy día ocurren fenómenos propicios a la enmienda de aquel error: la gran cultura helénica fue posible por el espacio linguístico de su idioma fecundo, por el espacio político de sus tradiciones e instituciones comunes, por el espacio económico de su audaz marinería; y la gran cultura medioeval fue pan-europea por el latín, la religión y las

universidades. Ahora disponemos en América de mares y de inmensos ríos, de dilatadas vías terrestres y de telecomunicación que nos asocian reciamente, de nuestras lenguas romances, tan difundidas ya y armoniosas, y del sintético inglés universal, de tradiciones e instituciones similares, de una economía compensada en zonas climáticas de variada índole, que van de polo a polo. Y por sobre todas cosas, tenemos conciencia insomne de nuestra misión espiritual. Asociados en anfictionía defensiva de cultura y sentimientos haremos historia magna, de nuevos rumbos ideales para el espíritu y de mancomunidad ecuménica para los problemas vitales de la especie. Una anfictionía que no se enfrentará adversativamente con ningún otro Continente, si no es, acaso, para escudar su fuero inalienable de soberanía, y antes bien, a todos invitará a convivir en el hogar fraterno de una civilización unívoca y generosa.

•

POLITICA CONTINENTAL AMERICANA — Todas estas disquisiciones elementales que sugiere el problema gigantesco de la cultura americana en cierne, que ante la efigie de este prócer que a ella consagró lo mejor de su existencia, que ante este pueblo argentino que ya siente el corazón enalbado por las luces del espíritu, y que ante vosotros, varones de pensamiento, era oportuno esbozar siquiera, nos traen al arduo sendero de la política continental americana.

Sino que no es esta mi tarea, ni mis fuerzas alcanzan para tales lucubraciones. Porque es la política problema "existencial", excusadme el afortunado neologismo, que se proyecta sobre el panorama móvil de las circunstancias y el fondo perenne de la justicia, no siempre fácil de esbozar en síntesis. Una cosa es evidente, sin embargo, y es que en América todos somos solidarios de un destino común.

Y ya que no puedo ahondar esta materia, permitidme que regrese a la misión fundamental de mi viaje, y os presente el saludo de grande admiración y grande afecto que el pueblo y el Gobierno de Colombia por mis labios os testimonian y trasmiten.



## COLOCACION DE LA ESTATUA DEL GENERAL FRANCISCO DE PAULA SANTANDER EN RIO DE JANEIRO: 1941

Solían los pueblos de la Antigüedad adoptar los dioses tutelares de los Estados vecinos para hacerlos así propicios a su suerte y vincular mejor la fortuna de las dos naciones. Hoy procedemos en forma similar respecto de aquellos héroes que representan histórica y substancialmente la índole de nuestras patrias, mas no ya porque escuden y defiendan a la nación que los recibe, sino para que en ella testimonien los aquilatados afectos de la amistad y de la admiración que la donante le profesa y quiere mantener perdurablemente.

Como tal viene a vosotros esta efigie de Francisco de Paula Santander, varón sufrido y victorioso

que en nuestro hogar fue el primero en llamarnos al orden indeclinable del Derecho y la Cultura. Y puesto que nosotros, gentes del Brasil, a uno y otra habéis amado y habéis servido con augusta fe y voluntad inflexible, aquí su nombre hallará sede de honor y morada propicia.

Nosotros le encomiamos por el mucho bien que nos hizo en las horas difíciles —definitivas y difíciles— de nuestra Emancipación. Hace poco pude decir de él, con meditada certidumbre, que había iniciado en Colombia la cultura, encauzado la democracia y enaltecido la ley. Esto lo define sin superarlo elogiosamente. Bolívar que tuvo la visión diáfana de los genios, conceptuó así en 1825: "El Ejército en el campo y V. E. en la Administración dieron la vida y la libertad a Colombia".

Decir más de él sería inútil. Y sin embargo, no lo supera ni el uno ni el otro elogio, el del gran Libertador americano y el de éste que os habla, discreto ciudadano de Colombia: no lo supera porque, a más de sus obras de civilizador y estadista, su personalidad no sólo interpretó sino que expresa históricamente la índole de su patria, sobre todo en el comedimiento de la actitud y en la mesura del criterio normativo. Porque si prócer es cualquiera que haya contribuído con algo fundamental, acción o concepto, a la constitución definitiva de su patria, a este varón de ideas, que a la nuestra enmarcó en molde inmutable de serenidad jurídica, no solo tal debe llamársele, pero también padre suyo y maestro, padre como de Bolívar solemos y queremos decir en más alta esfera,



y maestro como lo predicamos por diversas magistrales actitudes de un Francisco José de Caldas, de un José Félix de Restrepo, de un Camilo Torres, los tres indiscutiblemente mayores que él en sus momentos-cumbres, no así en la actuación conjunta y el balance histórico de sus vidas.

*

Y cuando digo que entre vosotros hallará morada propicia, pienso en lo mucho que a él hubiese agradado acompañarme en el encomio efusivo de vuestra gente y sus magníficas labores.

Cuando él vivía su sueño de nacionalidad y su espíritu era trabajado dolorosamente por dificultades gigantescas, surgíais también vosotros a vida emancipada y libre. En aquellas horas augustas de vuestra existencia nacional no necesitasteis del arduo heroísmo que a nosotros nos desangró y nos empobreció en campos de batalla, mas no de menos heroica ha de calificarse vuestra lucha porque en vez de ser lidiada con hombres lo fue con esta inmensidad del Nuevo Mundo en que hicisteis casa hogareña y obrador espacioso del espíritu.

Os guiaron a ello la estirpe y el mandamiento indeclinable de la naturaleza ambiente.

En muchas ocasiones, como yo, tal vez, habréis meditado en el ímpetu racial de superación de este pueblo lusitano que os dió estirpe primigenia y rumbos. Asomado a esa estrecha cornisa de granito por donde miran al poniente los iberos, y al mar entregan sus caudales el Miño, el Duero, el Tajo y el Guadiana, no parece sino que sus ojos acostumbrados a

la amplitud ilimitada del océano visible les diese un concepto de patria espacial sin cercamiento de fronteras, pues que a poco más de trajinar los mares por suyos los tomaron, circunvalando el planeta y, con ser tan pocos en número, plantaron tienda de conquista y de colonia en los cuatro Continentes.

He ahí una verdad histórica que no cabe en el espíritu.

¿Quiénes, entonces, fueron estas raras gentes lusitanas? ¿Proceden del Mugem acaso, o son rama austral del Celta imaginativo y sensible? No lo sé de cierto. Mas sí se advierte en su devenir histórico fecunda síntesis de sangres muy diversas, que a Europa, Asia y Africa conjugan en sus génesis nacional.

De ahí tal vez las aparentes contradicciones de su carácter, creador del "fado" gemebundo y la "saudade", que casi casi se desmayan ante un adjetivo de ternura y no se sincopizan ante el mar ignoto de los Lusiadas en Oriente ni ante los magnos ríos y la selva sin confín de aquestos Bandeirantes de América.

Una vez en nueva casa, abandonan el desorden administrativo de la Metrópoli y viven conforme a un ordenamiento colonial de sorprendente trayectoria, audaz y perspicuo: Thomé de Souza en Bahía, Manuel Nóbrega en San Pablo, Antonio Vieira en Amazonas, Fernandes Vieira en Pernambuco, José de Anchieta en todas partes, delinean el derrotero de la futura gran Nación y enaltecen espiritual y materialmente su destino.



¿Quién podría decirme si aquél portugalés de la diminuta ponentina ribera de Europa, no aprendió de la visión del Mar Océano el desprecio de las lindes geográficas? Ello es que de allí cobró este orgulloso concepto de que las fronteras nacionales marchan en la punta de los pies de sus audaces exploradores, tal como se informó luégo en el "uti possidetis de facto" de su certera diplomacia imperial.

Todo ello parece provenir de exaltada valuación de lo humano, del sentir la vida con función humana, como ya Protágoras dijera. De todo el sér humano, se entiende, pues da al corazón hiperestésico el dominio prodigioso de su lírica, como pocas bella y grande; y retiene para la cabeza este equilibrio y esta serenidad de su economía e internacionales vínculos.

Humano, humanísimo cuando acoge, en exótico experimento, la religión Comteana, porque, tal vez, adivina en ella alguna exaltación de su actitud de superación del hombre sobre la naturaleza limitadora y el destino.

Humanísimo también cuando en la sala hogareña del suburbio carioca se da a inocentes prácticas espíritas, por las cuales prosigue estelarmente su anhelo insaciado aún de más y más exploraciones.

Hay en este hombre del Brasil, ibérico modificado por el suelo de América y copiosa aportación de sangre joven, la temprana intuición de un tercer elemento conceptual de patria: vosotros sabéis que en el hombre primitivo predominó para el sentimiento y entendimiento de ella la noción de estirpe, la

sangre, la nación como hoy decimos; y que al reposar de las migraciones humanas y al arraigarse el hombre en civilización, su territorio domiciliar, "ge", "pagus", "ard", "zyemlya", "país", "country", "land", antiguo "lent" etc., adquirió categoría de afecto gemelar de la anterior. Mas luego, mediante el triunfo de la actividad operante en que vivimos, y de la afirmación de la voluntad de existir, ha venido surgiendo un tercer elemento conceptual de patria, en lo que pudiéramos denominar campo ambiente del trabajo: donde se nació, donde se amó y donde se gana el sustento, he ahí la tríada verbal y adverbial que ahora constituye, en cuanto al sentimiento dice, esta complicada noción de patria.

De tal tercer elemento corresponde al Brasil buen porqué de creación efectiva, ora por la creciente amplitud de dominio que los valerosos ocupantes dieron a su Estado en la Colonia, en el Imperio y la República, ya, en fin, por la numerosa adopción libre de que de él han hecho los que a trabajar en su suelo llegaron después procedentes de otras razas y naciones.

Así formados el hombre y el espacio territorial brasileños, organizáronse en su ambiente social los elementos de una civilización y de una cultura que desde el principio honran nuestra América, y que hogaño, ya robustamente crecidos, ya firmes en su existencia y ciertos de su rumbo, son uno de los más enhiestos baluartes de la comunidad espiritual de naciones americanas.



Intentar un esbozo siquiera de su contribución a la cultura, de sus producciones en Ciencia, en Arte, en Historia y en Derecho, digamos, sería tarea desorbitada e impertinente en esta plaza pública, y presuntuosa además en mí .

Crecida ya esta Nación hasta obtener la reciedumbre y la solidez necesarias para resistir tranquilamente cualquier conato interno o externo de disolución o de sujeción de su misión histórica, puede dar a su destino aquellas magnitudes de originalidad y de intensidad cultural que requiere la Historia de América, de esta América Latina sobre todo, para crearse posición ecuménica eminente y justificar el lujo ontológico de existir.

En este sentido la potencia constitucional del Brasil es tan grande que su desbordamiento espiritual puede robustecer, asociándose cordialmente a la labor que incumbe a sus vecinos, como ya lo ha esbozado oportunamente su Presidente ilustre, y guiándola con su irrecusable experiencia, para conducir a civilización y prosperar en cultura aquellas zonas del selvático corazón de la América Tropical donde confluyen algunas de sus naciones libres.

Yo supongo que el Brasil entenderá, todavía mejor que nosotros los colombianos, que a la convivencia humana y al comercio es supremamente útil, y hasta espiritualmente ineludible, dotarlos allí de un estatuto de libertad y de cordialidad atractivas, y aún de cierta hábil generosidad estimulante, pues al Trópico bravío no se puede ir con tantos pe-

ligros de muerte, si no es al halago de compensadora amplitud.

*

Excusad señores que os hable de lo que vosotros conocéis con meridiana clarividencia, pues siempre fue de huéspedes precavidos el expresar sus sentimientos para que su gratitud se vea mejor y su discreta posición guarde su sitio, sin el inocente fraude de grandeza y de pericia que el silencio pudiera suscitar.

Incidental mensajero de mi patria ante vuestra patria egregia, debo deciros que os hemos observado con sereno entendimiento y que ya sabemos de vuestros grandes hombres, de vuestros eximios gobernantes y de vuestro seguro porvenir cultural.

En la ruda batalla conceptual del mundo, mas duradera y procelosa que la de las armas beligerantes, en la batalla en que se liquidan hoy valores milenarios y de la cual otros deben surgir para superarlos y no por deformarlos meramente o destruírlos al azar de la inconsciencia y la locura, a América incumben deberes de suprema discreción en categoría augusta, y de vosotros, brasileños, en tal hora, los demás iberoamericanos esperamos con grata certidumbre, que estaréis en los puestos de comando espiritual entre los mejor acondicionados para ello y a ello más generosamente decididos.

En el orden político, en el jurídico, en el económico, en el moral y el religioso nuestra vida requiere, y urgentemente demanda de nosotros, un planeamiento más eficaz como instrumentos de trabajo del espíritu y como cauces de distribución equitativa de sus productos en lo social interno y en lo internacional. Tal como nos aparece el mundo tradicional, estructurado para agrupaciones humanas menos numerosas, menos asociadas e interdependientes, produce ahora la impresión de organismo gastado en lo conceptual y de sistema antieconómico en lo social y político, con ideas que ya no estimulan la mente y recursos materiales de civilización que son más y más apetecibles, pero que constantemente encarecen el costo de la existencia y dificultan su reposada contemplación espiritual.



América posee aún espacio suficiente para permitirse un concepto generoso de la vida y darse cultura todavía desinteresada y libre, mas no en actitud adversa a la que hemos recibido ya, ni menos aun a los pueblos depositarios de ella hoy día, sino diferente en índole pero aferente en cooperación universal y comprensión ecuánime.

Tenemos que superar nuestro concepto heredado de libertad sin caer en la violencia, tenemos que superar nuestro concepto heredado de justicia sin caer en la mística, superar la mística sin llegar al nihilismo agnóstico, superar la democracia sin aherrojar la personalidad individua, superar las sujeciones internacionales asociándonos en cooperación ecuménica.

Y tenemos que regresar al yo: nuestra civilización ha venido resolviendo las dificultades externas y alejándonos de la contemplación de las íntimas, por tal manera que el hombre actual es un artefacto

sensitivo que ama las comodidades y se esconde de sí mismo en el deporte exagerado, en la prensa periódica, en la radiodifusión y en el cinematógrafo, haciéndose un apolo hedonista sin comando espiritual interior.

Perdió el sentido trágico del misterio, el estado "agónico" del espíritu y ya no es ensueño suyo el vencerse heróicamente a sí mismo, antes el recibir de otros la opinión digerida, el mandato planeado y hasta la finalidad de sus propios sentimientos.

Es hombre en fuga perenne de sí mismo, de su tiempo, de su pensamiento y de su sentimiento, que vive tiempo, espacio, pensamientos y sentimientos ajenos en un mundo calidoscópico apenas tangente al suyo, que le hace poco a poco extraño a su espíritu, extranjero a su misma morada interior.

A este hombre contemporáneo, a este hombre sin comando espiritual interno, a este prófugo de su propia alma, es necesario devolverle la lección heroica de nuestra América, donde culminó, en las horas arduas de la conquista y de la emancipación, de la exploración y del poblamiento, el sentido evidente de la personalidad en toda su augusta plenitud.

De ahí que la visión retrospectiva de nuestros héroes tradicionales no pueda considerarse como ejercicio de vanidad nacional ingenua o escarceo retórico de protocolaria actitud, de ahí que cuando enaltecemos la memoria de un prócer que, como éste, tuvo tan recia personalidad y dilatadas obras, estemos pensando también en presente de indicativo y avizorando precavidamente el futuro.

## EXPOSICION ACERCA DE UNA LIGA DE NACIONES AMERICANAS

(Lima, Diciembre de 1938).

La alteza ideológica y efectiva con que los expositores que me han precedido en el planteamiento de nuestros problemas americanos, lograron discernir lo que éstos tienen de universal e históricamente perdurable, dice al Mundo que América está definiendo el mensaje fundamental de su cultura. Los rectores del pensamiento contemporáneo, cualesquiera que sean su credo y su origen, no dejarán, sin duda, pasar inadvertido este suceso, insólito y fecundo, de un Continente que se congrega a planear las rutas de su espíritu, la convivencia pacífica de sus pueblos, los fueros de la personalidad y la economía más eficiente de las sociedades.

Presentado escuetamente este fenómeno, presentado como un teorema de geometría, aparece cual una magnitud de bondad y de orden que restablece el equilibrio humano, roto por la serie inmensa de dolor y de aventuras que en otros sitios agobia a nuestra especie.

He escuchado aquí palabras de tan severa admonición y he escuchado palabras de caridad tan encendida, que me siento orgulloso de pertenecer a la hora augusta en que se emiten y sustentan.

Europa, un tiempo preferida de los dioses, padece hoy del máximo desvío de la suerte. Mi espí-

ritu no se atrevería a culparla. Primero porque fue nuestra madre. Y porque, en mucho, su perturbación tiene causalidad más honra y sutil que la aparente conducta de sus hijos.

Al irradiar lejos de sí lo que iba creando, población, civilización, cultura y comercio, dióse ella misma en cada alumbramiento, multiplicándose y agotándose a la vez, como toda maternidad. Sus retoños, los frutos de su vientre, y nosotros con ellos, le fuimos minando espacio libre y posibilidades de acción. Su fecundidad demótica y los instrumentos de su civilización volviéronse en contra suya al crecer y difundirse. Y lo que es más grave, no lo sé de cierto, si como resultante ocasional de su desorden momentáneo o como aniquilamiento de la virtud recóndita que en sí tienen, las normas fundamentales de su cultura, los principios básicos de su espíritu, perdieron la potencia de conducción y la eficacia de ese mandamiento irrecusable, determinando así en ella uno a manera de vértigo moral.

Ante estos hechos, conceptúo que el grupo de problemas que hoy solicitan el entendimiento y la voluntad del Mundo, deben ser tratados por los europeos en cuanto a Europa afecten primordialmente, y enfocar nosotros aquí los que exigen la atención de América, dentro del ciclo de nuestras funciones.

*

Veamos, pues, lo que concierne a la constitución de una Liga Americana de Naciones.

Cuando menos sería extravagante el que un profano como yo en la teoría de los grandes negocios internacionales de América intentase ilustrar el criterio de peritos de la excelencia y magnitud de los aquí presentes acerca del significado substancial e histórico de tan magno proyecto.



Ocurre a veces, sin embargo, que la excesiva proximidad de los objetivos contemplados dificulta su apreciación exacta: ninguno de nosotros sabría con certidumbre cómo se proyecta su estructura física en el mundo, su actitud y maneras, la índole de su marcha o el timbre de su voz; y menos aún cómo se articula su espíritu en el ambiente. El espejo y la fotografía nos engañan, hasta el punto de que cuando el cinematógrafo nos objetiva como extraños a nosotros mismos, grave desconcierto nos conturba de hallarnos como una especie exótica.

Algo así parece habernos acaecido en la apreciación de este proyecto de organización de una Liga Internacional de América: es tan íntima su verdad y efectiva su presencia, que al proyectarla en el panorama histórico del Mundo nos hemos desconcertado respecto de su índole.

Desde 1810 existe la conciencia de una comunidad de intereses, insoluble en cuanto a geografía, innegable por la extensión de los vínculos étnicos que nos asocian, indestructible ante la comunidad histórica de nuestros destinos nacionales.

La dinámica del devenir planetario produjo el hecho geofísico de que se formase en el seno de los dos mayores océanos del Mundo este cuerpo de materia, como una compensación de gravedad: no creo equivocarme al decir que América existe para el

equilibrio ponderal de los elementos constitutivos del Globo.

Y pienso si ello no es una determinación previa de lo que moralmente, humanamente, habría de corresponderle representar en el curso de la Historia: al modo sugestivo de dos corazones, el Norte y el Sur se enlazan, dando a las dos grandes estirpes de los sajones y latinos la oportunidad de convivir armónicamente en esta prodigiosa amplitud de cuarenta millones de kilómetros cuadrados, donde la ambición de territorio agotó la sed de su potencia adquisitiva en la creación de imperios que nunca antes viera la crónica de los hombres.

Al equilibrio ponderal del Planeta, vino, pues, a añadirse el equilibrio de las distintas ramificaciones de la especie, en la conjunción de cuantas hubo en el repartimiento de sus modalidades: América es la suma y resumen de todo lo humano que existió y existe.

De ahí proviene, de esta conjunción étnica universal en un medio ambiente unívoco, lo que hay de genérico en el carácter americano: una sensibilidad entrañablemente humana y humanística que expresan los individuos en la generosidad de sus obras, en la idealidad de sus conceptos, en el ímpetu romántico de sus ensoñaciones, en la emotividad, movilidad y sutileza de su temperamento; y que en lo nacional se nos ofrece encarnada en la indeficiente adhesión suya a las normas inagotables de la democracia y la justicia.



Cualquiera podría aducir que este idealismo no debe predicarse aína de los grupos sajones del Norte, sin grave contradicción del sentimiento universal. Mas ello es que el carácter idealista anglosajón americano se me revela en su mismo afán de las magnitudes desconcertantes; en el raro orgullo de acaparar para redistribuír; en el radio terrestre de sus campañas de protección social y de auxilio a las ciencias; en la piedad que le inspiran todas las causas débiles, desde el infortunio de las naciones hasta la defensa de los animales inocentes; en su exaltada estimación de la mujer y del niño; en su intensa devoción por los fenómenos de la religiosidad; en su culto de los héroes; en su vasta interpretación del apostolado político...

Es una poderosa influencia la de este medio ambiente que así produce una índole peculiar en el hombre que la habita, desde el inmigrante recién llegado, y muy destacadamente en sus hijos. Ello da ocasión al surgimiento de una sensibilidad propia que nos define espiritualmente ante el Mundo.

Ahora bien: a una sensibilidad distinta corresponde una distinta actitud ante los problemas que plantea el existir: la manera de querer y la manera de entender se conformarán a esa índole y determinarán nuevos estados de conciencia, nuevos rumbos de acción, un campo psíquico diferente.

De ahí que desde muy temprano en nuestras actividades políticas nacionales e internacionales haya aparecido en la historia de América un algo, hasta ayer indefinible, que se aparta de los viejos

moldes de la tradición cultural que heredamos de Asia y Europa.

América trae un pensamiento original que apenas se vislumbra en este esguince de las rutas ideales que va siguiendo. Admiramos lo europeo, lo copiamos frecuentemente, mas ello es que no nos satisface hoy, que no nos sentimos holgados en sus normas. La carencia de disciplinas anteriores no nos permite encauzar y medir diferencias, sino es en campos muy restringidos todavía, uno de ellos este del Derecho Internacional.

Hasta el siglo XIX nuestra cultura fue estrictamente subsidiaria de Europa: en la centuria actual ha ocurrido un desalojamiento de hegemonías: la higiene personal y doméstica, los métodos de trabajo, la valuación del tiempo, la inclusión del espacio en el espíritu y no del espíritu en un espacio —como la clausura del individuo de otras edades lo imponía—; el enaltecimiento de la personalidad, que en América crece y en Europa declina; el nuevo planeamiento de las habitaciones y ciudades; la posición del hombre ante la comunidad y el Estado; la general interpretación del Mundo y de la Vida: todo se ha resentido de la mutación que le está imprimiendo esta nueva sensibilidad de América.

Ciencias y Artes, Filosofía y Derecho, la misma Religión y normas de Gobierno, van tomando un cariz enantes desconocido a la Historia de los hombres.

Y nada tiene ello de desconcertante o exótico: todo Continente trae una misión cultural que cum-



plir: todo Continente suministra al patrimonio de la Humanidad una interpretación de la existencia. Es el trueque que nos exige este milagro de la Vida. Se nos da tan inesperada y gratuitamente que parecería juego del azar apenas, o donativo gracioso del enigma. Mas ello es que nuestro espíritu vése incesante y angustiosamente trabajado por recónditos anhelos de interpretación y de expresión, que nos dicen con su presencia imperativa que hay un mandamiento anexo al regalo de existir: el mandamiento inexorable de interpretarla y de servirla. Al instinto y la razón cumple satisfacer este arcano ministerio.

Ha llegado la hora augusta de que América cobre conciencia evidente de su misión cultural.

Durante el siglo XIX no fue posible a los sociólogos definir cuál podría ser el sino histórico de estas naciones del Nuevo Mundo, y hasta dióse el frecuente caso de que los pensadores europeos le negaran posibilidades a esta perspectiva, por no ser capaces de desentrañar del pragmatismo norteamericano y de las convulsiones políticas de Centro y Sur América la esencia motiva de sus inquietudes. La América del Norte tuvo la fortuna de poder aplicar el exceso de sus potencias juveniles al imperio de un dilatado territorio, dedicando a la lucha contra la naturaleza o a la expansión de sus dominios, lo que nosotros dilapidábamos en el esfuerzo de reñir políticamente en lo interior: de ahí la diversa trayectoria de las dos porciones del Continente, exaltada, y mucho, por las condiciones económicas que a unos

favorecían y a otros conturbaron hasta la desesperación y el disparate; por la índole racial, que al Norte dispensaba mayor dosis de ponderación, y al Sur de emotividad; y por las cualidades del comportamiento: ético-social para los anglosajones, ideológico-afectivo para los latinoamericanos.

Por ello vióse a muchos exegetas de nuestro Nuevo Mundo emitir la opinión de que la civilización yanqui era, y continuaría siendo, materialista y plutocrática; y que en el resto del Continente no era ni sería posible el surgimiento de una civilización de tipo cultural historiable.

El fenómeno de las guerras civiles y los malos gobiernos centro y suramericanos emanó de causas que escapaban entonces a nuestro dominio, "incontrolables" como ahora se dice, entre las que se destaca el desorden espiritual de las múltiples contradicciones sociales y biológicas a que estamos sujetos los hombres de esta zona. El fenómeno del "mestizaje" no es una ocurrencia meramente racial, pues nosotros somos mestizos por innumerables aspectos: la geografía conjuga en una misma nacionalidad hombres de cordillera y hombres de planicie y litoral, con profundas divergencias de temperamento; en nuestra sangre bullen tendencias contradictorias de todas las razas del Mundo, habitadoras de los cinco Continentes, inclusive del Australiano, por algunas cepas aborígenes; nuestra cultura ideológica y artística tuvo sede europea y ejercicio social americano; nuestra religión venía de Roma y Jerusalén a actuar en los recodos de estos Andes; la moral y la jurisprudencia que heredamos surgieron de la índole y costumbres de naciones remotas; gobiernos metropolitanos disponían más allá del Atlántico lo que había de vivirse en este lejano hemisferio; la filosofía y la literatura nos enseñaban normas y problemas que tenían su asiento en la sensibilidad de estirpes alejadas ya de nuestro carácter; la economía, en fin, dominaba desde las urbes europeas el trabajo del Nuevo Mundo, en un sistema colonial insostenible y deletéreo: todo, pues, era en nosotros causa conturbadora de conflictos: hibridación e inextricable desorden.



El haber vencido tamañas dificultades y estar hoy aquí y en todas partes de América ordenando nuestro pensamiento y nuestra conducta, constituye el mayor milagro del Nuevo Mundo.

Pero, este milagro no pudo venir sin las convulsiones bélicas y políticas, sin las guerras y tiranías de que padeció el Continente durante un siglo de ebullición de tan diversas orientaciones: cada americano era, y aún suele serlo, un corto circuito de corrientes contrarias de alta tensión social y personal.

Empero, de esta conjunción extraña de conflictos originóse en el hombre americano una sensibilidad peculiarísima, de índole universal, que le permite entender todas las tendencias que la especie adoptó en el vasto Mundo, y admirar sus creaciones en arte y filosofía, en costumbres y gobierno, y hasta deleitarse con géneros exóticos que a la cultura europea chocan desagradablemente.

Nuestra sensibilidad es cosmopolita y nuestra orientación de conducta fundamentalmente humana y acogedora. Este es el baluarte más destacado de nuestra personalidad internacional, y el que nos define y nos defiende, cualesquiera que sean, y son muy grandes, nuestros errores y flaquezas, nuestras lacerias morales y perturbada educación.

De todas nuestras adquisiciones, la que más dignidad nos aporta y mejor sustenta nuestro orgullo, es la evolución del Derecho en América.

Fuera de presumir que la arquitectura de un Derecho demandase condiciones muy estrictas de madurez cultural, y que por lo tanto aún estuviese remota la época de su advenimiento en este Nuevo Mundo. Y ha ocurrido lo contrario: desde muy pronto se delineó en nuestra historia el grato afán de encauzar en él, ora siguiendo los rumbos de la tradición, ora adaptando sus normas al nuevo ambiente, aun engendrando uno peculiar de nuestra índole, encasillar en él, repito, nuestras actividades sociales y políticas, nuestra convivencia nacional e internacional.

La obra de los estadistas norteamericanos de la emancipación suya fue tan eficiente y noble que se hizo ejemplar para el Mundo antiguo y para el Nuevo Mundo, con derecho irrecusable de honestidad y valentía.

Eminente aportación nos traen asimismo los conductores espirituales del grupo austral, por donde tenemos que al Norte y al Sur de América se encumbran en la historia hombres de vivir tan pulcro,



un Washington, un San Martín, digamos, que sólo su existencia es ya magisterio inmaculado y perenne.

La obra jurídica de los pueblos centro y suramericanos esbozóse también en una que otra cabeza eminente: Bolívar, digamos, con sus visiones, previsiones y premoniciones estupendas; Santander, con su severa y casi heroica adhesión a la legalidad, y su arrogante defensa de la democracia incólume...

Para nosotros es hoy día diáfano el entendimiento de este devenir jurídico americano: la Gran Nación del Norte, desde el alba misma de su emancipación advierte la comunidad de los destinos de América y la solidaridad de sus intereses. Simpatiza con nuestros anhelos de libertad, primero; escucha, luégo, con avizora inteligencia, la admonición fecunda de don Manuel Torres acerca de constituírse en baluarte de la independencia política de nuestras nacionalidades menores del Continente.

Es verdad —¿a qué negarlo fraudulentamente?— que en sus comienzos no abarca con equilibrada nitidez el alcance de su misión americanista, enturbia la encumbrada visión de Bolívar, estorba el robustecimiento de las naciones nacientes, trueca en tesoro suyo y amuleto de sus propias ambiciones de expansión política, económica y territorial el motivo primigenio de la doctrina Monroe... ¡No importa!: aun así, la resultante definitiva es este haz de libres naciones de América que ahora contemplan el porvenir con sosegada e indeclinable vocación de en-

noblecerlo espiritualmente, humanamente, con enteras lealtad y pulcritud.

Y es así como el Derecho Americano se va definiendo poco a poco en un ámbito propicio: ora mire a lo interno, con sus virtudes democráticas, acuitadas durante una centuria de calamidades y alocados vaivanes, mas siempre activo en el alma de todas las generaciones; ora lincee los rumbos de lo internacional, siempre fue, y sigue siendo, señor de su señorío, magnífico de prosapia, ceñido a un oriente de ética estricta y augusta espiritualidad.

Hombres de todas las comarcas de América han contribuido a esta firme evolución: porque es la medula misma de América la que se está expresando en él, sin excepciones discordantes.

¿Cuál es el sentido de esa formación jurídica? La vastedad del Continente y la progenie de nuestra estirpe nos dieron sensibilidad ecuménica, por donde entender y querer cuanto sea humano, humanitario y humanístico; la impresionante altura de nuestros montes, la casi insoluble extensión de nuestras planicies, el caudal ingente de los ríos, el enigma enervante de las selvas abren nuestro espíritu a todas las contrariedades y tragedias, lo conturban, es verdad, pero lo amansan y ablandan para el recibimiento de todas las formas de la sensibilidad, de que resulta un poco frágil, pero eminentemente generoso y dúctil.

Generosidad y universalidad, hé aquí, lo que nos ha conducido a prosperar la paz en América, la democracia de nuestras instituciones, la suavidad de



nuestra conducta social, la agilidad de nuestra mente. Generosidad y universalidad que están elaborando normas de un derecho peculiarmente americano.

El hecho de estar nosotros aquí obedece a algo substancial en la historia de este Continente: más que al propósito de acordar media docena de aspiraciones inanes, de enaltecer lo que ya habíamos enaltecido, de probar lo que nunca mereció reprobación, de presentar un certamen escolar de buena conducta y aprovechamiento oratorio, estamos aquí para afirmar ante el Mundo, y ante nosotros mismos, sobre todo, la conciencia unívoca de América, el sino de su misión: lo que ella es y lo que nosotros podemos hacer por ella.

El hecho primordial de esa conciencia, se nos aparece en la visión de que es una síntesis de razas y culturas. Una síntesis no significa mezcolanza y "abarrotamiento", sino entidad nueva de una conjugación.

Y ¿a qué vino, pues, al Mundo esta América así sintéticamente estructurada?

El Continente Europeo, que ha llenado la historia de los últimos milenios con sus grandes creaciones de civilización y de cultura, trabaja hoy día sin instrumento espiritual: la agitación y desconcierto que tan duramente transtornan su vida, si bien surgen en parte de las dificultades económicas que el crecimiento de la población y la competencia industrial de otros pueblos le han creado, vense asímismo, en manera irremisible, agravados hasta la locura por muerte de las normas supremas, conforme ya lo dije.

En esta situación caótica del espíritu europeo, que ha dado lugar a las célebres discusiones acerca de la "Decadencia de Occidente", o crisis de la Cultura contemporánea, surge poco a poco la nueva sensibilidad del Nuevo Mundo. Esta sensibilidad, hija del ambiente geo-físico y de la conjunción de todas las razas del Orbe, tiene, de suyo, que suscitar una interpretación del porqué de la existencia y de las funciones trascendentales del espíritu.

Esa es la hora a que asistimos, grave de significación ideológica y de deberes.

Corresponde a nosotros el adquirir de ello una conciencia de certidumbre y el aplicar a ella una voluntad discreta y definida: es la hora del Continente Americano. Asia se sacude en busca de un despertar semejante, pero no tiene aún despejada las incógnitas de su sino: conmovida por las tradiciones de un lejano atavismo espiritual, de lo que informó su primitiva interpretación del Mundo y de la Vida, y acuciada por la intromisión del desorden moral de Europa, requiere todavía padecer convulsiones e indecibles torturas antes de aquilatar su destino y definir los rumbos de nueva creación cultural propia.

Africa esboza también su nueva jornada del espíritu en las jóvenes nacionalidades que por el Norte y el Mediodía están cobrando conciencia de una misión, pero ello aparece en agraz apenas y como en celaje de aurora incipiente.

Asimismo Australia dirá sus voces en no lejano día, con la virginidad de lo inédito, como América, pero sin elementos adecuados aún para organizar las



novedades que se vislumbran en la índole peculiar que va adquiriendo y definiendo rápidamente.

Es, pues, a América a quien corresponde hoy organizar nueva orientación normativa. Si, como ya dije, su posición geográfica establece equilibrio de gravedad planetaria, su posición histórica le encomienda un equilibrio de espiritual ordenamiento.

De ahí que no se me haya hecho raro el acontecimiento histórico a que asistimos de esta elaboración jurídica nueva en el Continente Americano: ello obedece a perfecta madurez en el proceso de su existencia. Y ese Derecho que venimos elaborando desde hace un siglo, manifestación primera de una cultura en gestación fértil, tiene elementos magníficos de triunfo: desde luego, aquellas bases de universalidad que le aportan los múltiples afluentes raciales de que se compone; desde luego el equilibrio de mediación entre los Mundos Oriental y Occidental en que demora étnica y geográficamente; desde luego la oportunidad del surgimiento suyo entre el atardecer de Europa y el renacer de Oriente; mas he aquí que una circunstancia decisiva hace particularmente puro el derecho que está creando: su desligamiento de querer dominar otros Continentes.

Esta observación es medular: el fracaso de Ginebra surge de esa índole casi irrevocable del Mundo Europeo de querer y de necesitar incesante expansión de dominio. América puede acuñar un derecho de perfecta generosidad, incólume de pecaminosas transgresiones. Acaso en horas turbias de su organización política el cauce de aquel derecho nacien-

te fue egoísta, con veleidades de imperio unilateral, de doctrinas sin el indispensable contrapeso de la reciprocidad en las prerrogativas de existencia. Ello fue perturbación ineludible por desigualdad de crecimiento de nuestras naciones: hoy asistimos a un esbozo de rectificación, cuya fecundidad cumple a nosotros definir y mantener.

Estos defectos constitucionales, no formales meramente, de la Sociedad de Naciones y de la Declaración de Monroe, los estamos eludiendo en el lento proceso de armonía internacional que estas Conferencias Interamericanas presuponen y ejecutan.

La Declaración de Monroe puede ampliarse a toda la América libre como sujeto de su responsabilidad, "continentalizarla", por decirlo así, para el equilibrio de la dignidad y autonomía de nuestros pueblos, potencialmente débiles, pero internacionalmente nobles.

De parte de la América Latina surgió muy pronto un pensamiento más vasto, de estirpe espiritual muy desinteresada y justiciera, aunque menos operante en la hora de su advenimiento: el pensamiento de Bolívar. Su mérito intrínseco parece destacarse ante la realidad histórica de que a medida que la Declaración de Monroe se orienta a padecer algunas rectificaciones en la mente y en la conducta de los estadistas a quienes corresponde hoy el mantenimiento de su mensaje defensivo de la autonomía de América —rectificaciones que tienden a acrisolar su interpretación jurídica sin menoscabar su mérito



pragmático de baluarte— la intención de Bolívar crece en posibilidades y oportunidad. Bastaría a probarlo la diferente actitud de Estados Unidos de América en 1826 y en 1938: asistimos, si no yerra mi entendimiento, a una estupenda ampliación del criterio de los estadistas de la Gran Democracia del Norte, encarnada en hombres que están elaborando un bloque inmenso de la historia vigente.

No sé qué me dice que estas dos iniciativas tienden a armonizar su operación histórica en el alma de América y en el seno de estas congregaciones internacionales que hemos establecido y estamos definiendo aún.

Ello pudiera interpretarse como que los intereses nacionales de Estados Unidos coinciden mejor con los intereses peculiares de la América Latina, y que unos y otros encuentran en los actuales conductores políticos del gran pueblo norteamericano, interpretación aquilatada y generosa.

Colombia, la que por fortuna restablece en su nombre un derecho de dominación, y Santo Domingo, cuna de la Hispanidad en América, y hoy trabajado espiritualmente por encumbrados anhelos de cultura, se permitieron solicitar de este conjunto de naciones la organización de una Liga que fuese el sujeto visible y responsable del nuevo derecho que están creando en el coincidente impulso de su vida, hoy "estatalmente" dispersa.

En la Conferencia de Buenos Aires se conceptuó que ello, dada su magnitud, era prematuro o "festinado" al menos. De entonces acá han trans-

currido dos años de meditación: ¿cuál es ahora la situación moral de este proyecto?

Simplificando la expresión ondulante que suele darse a estos negocios internacionales y revelando ingenuamente la soterrada intención de cada una de nuestras Cancillerías, pudiéramos decir que todos estamos de acuerdo en que conviene dar al Derecho Americano un sujeto más coherente, como lo prueba la existencia de esta asociación periódica que realizamos. En lo que diferimos es en la oportunidad de constituír ese sujeto ahora, y en la modalidad de esa constitución.

Colombia se presenta a servir los intereses de América con absoluta diafanidad de un máximo desinterés, y según su leal entendimiento de este gran negocio. Ella conceptúa que el proyecto de Liga de Naciones Americanas no hace otra cosa que protocolizar el hecho de una comunidad de intereses políticos interamericanos, y el hecho, igualmente indeclinable, de una armonía espiritual recóndita.

Que estamos confederados en potencia, ya lo dice por modo indeficiente este suceso inequívoco de las Conferencias, y el no menos irrefutable de que hace un siglo y cuarto que nuestra historia común así lo determina y solicita.

¿Cuándo, pues, será oportuna su promulgación jurídica?

Durante más de una centuria las naciones de América han afirmado su solidaridad y confirmádola enérgicamente con los hechos, de la guerra inclusive. Yo no entendería que lo existente en tamaña



realidad histórica fuese recusable en una promulgación jurídica.

Con indefectible tenacidad y vehemencia nuestras naciones sostienen aquí su decisión de defenderse mutuamente en todo sitio y en toda ocasión de ataque extracontinental de sus fueros y soberanía, y tampoco entiendo, ante esta decisión irrestricta y unánime, lo que haya de dañoso en suscribirlo oficialmente.

Así obrando en este divorcio de aseveraciones, pudiera creer el posible enemigo de nuestra autonomía y de nuestra paz americanas que lo dicho y el hecho son fórmulas de una recóndita contradicción de nuestras intenciones.

No hubo antes, ni habrá después, probablemente, hora más amenazante y turbia que esta hora en que vivimos: nunca antes dijeron los hombres de ultramar palabras de imperio más escuetas y concisas: ni se reveló en época alguna disolución mayor de las normas del espíritu. ¿Cuándo, pues, si no ahora, hallará nuestra sindéresis oportuno este alumbramiento de una Liga Americana de Naciones?

Colombia disfruta hoy de tal volumen de población y de riqueza, de tal haber cultural y político, y de tal conciencia histórica tan definida y evidente, que su adhesión a la solidaridad jurídica de América no puede adscribirse a ningún presentimiento particular de timidez o de peligro. Ella predica el cumplimiento de lo que conceptúa fundamentalmente americano por fervorosa devoción a la verdad de ese sentimiento suyo, porque lo trae en su índole,

porque la enorgullece su presencia interior, porque ama su América.

Ella tenía que sustentar, y la sustenta ante el Mundo, una tesis a que ha sido fiel durante ciento doce años, y cuya validez aumenta día a día, hasta el límite de ponernos en grave contradicción si le negamos el legítimo asentimiento.

Mas, escuchadme gentilmente: ni Colombia, ni Santo Domingo, ni el grupo de naciones que nos honran con su opinión favorable, pretenden atropellar los acontecimientos. Tenemos mayoría con que presentar al Mundo triunfante nuestra tesis, pero no queremos que en negocio espiritual de esta magnitud se suscite un alejamiento afectivo o un forzado consenso.

Mientras haya este peligro, esperará un poco aún. Pedirá a vuestra benevolencia exquisita que este asunto continúe en el temario de la futura conferencia.

Y si el azar dispusiere que no surta efectos de vida, la dejará al patrimonio histórico de América, la dejará al patrimonio de la historia espiritual de América, recalcando, esto sí, en su convicción de que fue indefectible siempre y de que es más oportuna y operante hoy.

Esta fórmula sencilla y cordial de un aplazamiento no concluye la misión que me ha encomendado mi País:

El curso y grave significación que ha tomado la vida internacional de Asia y Europa mueve a mi Gobierno a consultar a los Gobiernos de América sobre



la oportunidad de una declaración conjunta en cuanto a la inconveniencia de que en ella se organicen colonias de inmigrantes que intenten prolongar en forma de tentáculo la nacionalidad de su origen, suscitando para un futuro próximo problemas perturbadores de nuestra autonomía o aun de nuestra índole meramente.

Ello no es más ni menos que confirmación de lo ya estatuído, y hoy urgentemente necesitado, de esta reafirmación, de que la Democracia de América es solidaria y libre.

El acuerdo en esta materia parece ya impostergable, y no creemos que haya ningún motivo que actualmente lo estorbe: pues si para algo estamos aquí reunidos —quién lo duda?— es para afirmar ante el Mundo la determinación categórica de la independencia de este Continente y de su propósito de construírse una historia con su espíritu peculiar y la libre interpretación y la libre conducción de sus destinos.

*

Un paso más avanzado todavía lo constituye nuestro pensamiento de que es necesario convenir en una declaración precisa acerca de la neutralidad de las Naciones Americanas en caso de conflictos guerreros que ocurran en otros Continentes:

Quisiéramos sugerir que ninguna Nación libre de América pueda apartarse de la neutralidad en caso de conflictos bélicos que ocurran en aquellos otros Continentes, sin el asentimiento de la mayoría ab-

soluta de las demás Naciones de América, emitido por sus Gobiernos, previa consulta de cancillería.

Es el mínimo posible de la organización de una defensa unívoca de los intereses internacionales del Nuevo Mundo: y no sobrepasa la realidad existente hoy, si no es promulgándolo así honestamente.

Sabemos, con reposada evidencia, que cualquier rompimiento de la neutralidad intercontinental de parte de una nación de América, compromete la seguridad material y el equilibrio jurídico de las restantes, en tal forma que sería punto menos que imposible eludir alguna participación en el desarrollo del conflicto contemplado o en sus derivaciones.

Y como no es justo que un pueblo libre sea llevado a sufrir las consecuencias de una conducta ajena sin alguna intervención de su voluntad, debemos desde ahora definir lo que ello implique de deberes y de derechos para este conjunto de naciones.

También así se protocolizaría el ejercicio efectivo y eficiente de la personalidad internacional, a que todos los pueblos libres de este Continente aspiran con ineludible e inalienable imposición histórica y jurídica.

Otra cosa no la entenderíamos nosotros sino como renunciamiento a la propia determinación, por lo que a cada uno respecta, o como desconfianza de que nuestros países obraran en forma aberrante y no solidaria, de parte de la nación que contemplase la posibilidad de entrar en conflictos de aquella índole sin la opinión favorable de los demás países de América.



Porque si con la consulta previa se restringe la autodeterminación de un país, con el proceder independientemente ocurrirá asimismo alguna merma de la auto-determinación de los veinte restantes que no podrán eludir el participar de la decisión del primero, aunque les sea perjudicial a sus momentáneos intereses.

A más de que en un Continente adicto a la justicia internacional como el nuestro, no se puede presumir que alguna de sus naciones libres no merezca en sus conflictos el apoyo de todas las demás, siquiera fuere en la forma ideal de una simpatía manifiesta.

Mas como esto es demasiado importante y complejo, lo dejamos así esbozado como una mera orientación posible.

*

No menos indeclinable será en un próximo futuro el tratar de la manera de asociarnos defensivamente para el caso de ser agredidos en nuestra dignidad o en nuestra soberanía: las graves perturbaciones que está padeciendo universalmente la conciencia del Derecho Público nos colocan ante el deber ineludible de concertar nuestros recursos en defensa del espíritu americano de paz y democracia, de autarquía de cultura, de humanidad y más preciadas normas del espíritu.

El cómo ha de suceder este avenimiento no me corresponde a mí definir ahora: mi País confía plena y cordialmente en que las naciones hermanas su-

yas de esta América querrán y sabrán establecer la base generosa y firme de esta nueva construcción jurídica. Ante ellas, mi País y mi Gobierno hacen una pausa expectante de fe y respetuosa admiración.

*

El grande experimento de Ginebra no ha sido inútil: Si Asia y Europa no estaban preparadas para satisfacer todas las aspiraciones ideales que la Institución ginebrina presupuso y promulgó en el alba de su advenimiento, ello se debe a que buscó un acuerdo internacional sobre ambiciones políticas que se contradecían irremisiblemente. En América no ocurre esta discrepancia entre el ideal apetecido y la realidad imperante en el seno de sus naciones: aquí la universalidad de los principios de convivencia armónica es hecho social indefectible.

La Sociedad de Naciones puede y debe subsistir para cuanto logra representar de universalmente unánime, como es el caso de sus investigaciones de técnica y cultura, dejando a los Continentes o grupos de naciones afines el acuerdo político que consideren más adecuado a su idiosincrasia, aptitudes, necesidades y defectos.

*

La Corte Internacional de Justicia de La Haya está tan ilustremente constituída por la excelencia de sus miembros, la altitud de su cometido, la neutralidad e idealidad de su funcionamiento, que parece prematuro renunciar a su pericia y su expe-



riencia, aun desde el ángulo de una economía de esfuerzo, de un aprovechamiento de labores realizadas ya honrosamente.

*

No veo razón suficientemente poderosa para que a la Unión Panamericana no se aplique alguna función política, caso de que se decida en estas conversaciones aprovechar su estabilidad y buena sede, para ir organizando el pensamiento de asociarnos mejor: podríase encomendar a su Consejo Directivo, por ejemplo, la tarea de funcionar como tribunal de conciliación, ampliando la orientación de la primera Conferencia de Washington y derogando lo estatuído en la correspondiente de La Habana, y acercarnos así, mediante un organismo que ha revelado seriedad y continuidad, a la más amplia concepción de una Liga Americana de Naciones, que ingenuamente me parece más asequible, ya que la idea de asignar funciones de esta clase a la dicha Unión Panamericana repugna a casi la totalidad de los países aquí presentados.

*

En resumen: no habría, pues, motivo satisfactorio para recusar estos organismos internacionales, en tal forma considerados y en tal forma articulados conceptual y pragmáticamente a nuestras necesidades y aspiraciones, a lo que estamos viviendo en presente de indicativo en el seno de estas Confe-

rencias Interamericanas, y a lo que podamos instituír luégo si vuestra sabiduría así lo dispusiera.

De esta orientación futura que mueve ya el pensamiento de nuestras delegaciones, Colombia ha contemplado con mucho aprecio la reunión periódica y frecuente de los Cancilleres americanos. América obtendría así sujeto más definitivo y hábil de la interrelación de sus propósitos, un vínculo funcional a la manera de esos gérmenes y hormones que en el organismo viviente van de parte a parte excitando y armonizando las operaciones de la vida. Ello sería un paso más hacia la asociación que mi país propone en la honrosa compañía de otras naciones de este Nuevo Mundo.

Tal vez el término de dos años fuera más adecuado a estas reuniones, porque el realizarlas anualmente resultaría un tanto difícil para las Cancillerías, porque el posible volumen de negocios no reclame mayor frecuencia, porque, en fin, en tal manera, según la rotación democrática de nuestros Gobiernos, cada administración ejecutiva tendría oportunidad de ejercer su propio pensamiento.

Con este instrumento vivo de consulta progresaría prodigiosamente el Nuevo Mundo. La comunicación frecuente, el conocimiento preciso, los nexos de la afectividad, la acción de presencia, en una palabra, la milagrosa acción de presencia, resolverían más dificultades y discordias que un siglo de discusiones distintas.

Cuanto es grande y bello y eficaz en el mundo de los hombres nació de la asociación: amor, lengua, cultura y espíritu de ahí emanan y en ello subsisten. Asociarse es, pues, amarse y comprenderse.



Sobre este concepto fundamental y normativo Colombia construye su política internacional, y así se explica esta su devoción por agruparse en América más intensamente.

Pero no está solo en ella, en la mente de Colombia, este basamento de conducta: le acompaña otro más operante y efectivo. Su arraigada convicción de que puede confiar indeficientemente en la alteza e impecable lealtad de los pueblos hermanos de América. De ahí que no vacile en nada, que nada reserve al invitarlos a convivencia más armónica, allegada y fecunda. De ahí el proceso constante de sus relaciones internacionales hacia un avenimiento, hacia un entendimiento y hacia una comunión.

En esta Asamblea augusta de naciones libres y de hombres eminentes, por mis labios trasmite Colombia su mensaje de querer servir, y solamente servir, a América, y con América al Mundo".

## EN LA CLAUSURA DE LA PRIMERA REUNION DE CANCILLERES AMERICANOS, HABIDA EN PANAMA: 1939

La Primera Reunión de Cancilleres de las Repúblicas Americanas termina hoy.

Fortuna benévola me trae a este sitio para expresar en nombre de todas las Delegaciones aquí presentes los sentimientos suyos de gratitud y de admiración por la hospitalidad gentil, la organización impecable y la habilidad directiva con que Panamá, oficial y socialmente, contribuyó a hacer nuestras labores gratas y fecundas.

Estaba en nuestros presentimientos: no en balde se tiene estirpe, ni en balde se habita sede que en sí conjuga los rumbos planetarios de las comunicaciones humanas. De una y de otra tenía que originarse esta conducta que a ella honra y a nosotros favorece.

En vuestro nombre, señores Delegados, pido permiso cordial a la discreción exquisita del Excmo. señor Arosemena, Presidente de esta República, y de su hábil Secretario en el Despacho de las Relaciones Exteriores, doctor Narciso Garay, para encomiar destacadamente la intensa y constante bondad de su cooperación técnica y espiritual acogimiento.

Mañana, sin duda, al atardecer inexorable de la vida, volverán nuestros espíritus su mirada "reminiscente" al pasado, y en el ruedo afectuoso del hogar o en grave silencio de soledades íntimas, esta hora de



nuestra experiencia regresará a nosotros impregnada de dulcedumbre.

¿Volverá asimismo enaltecedora por la fecundidad de sus empresas?

Muy parco ha de ser el augurio de los hombres en este instante histórico en que parecen perturbados todos los signos.

El mundo entero venía viviendo precario vivir por la zozobra espiritual en que le retenían mensajes de severa admonición. La lucidez de la conciencia fue inútil para regir la voluntad desarticulada de las normas. El hombre culto de todas las naciones de nuestra civilización entendió con luz meridiana, micrométricamente, los fracasos ineludibles de una conducta beligerante, y sin embargo surgió la fuerza contra los mensajes evidentes de la moral, de la economía y aun de la más elemental sindéresis.

Esto nos plantea el esclarecimiento de una faz enigmática de su causación, ya que tan cerca la tenemos y de tan desconcertantes proyecciones.

A ella recurren los humanos cuando en la dinámica de sus agrupamientos se desnivela gravemente el potencial de sus actividades básicas: estructura de la patria, derechos políticos, organización económica, sentimiento religioso, por donde se entiende que la mayor parte de los pueblos de actuación histórica eminente hayan padecido, casi en serie, guerras de cada una de estas causas recónditas.

Las ideas de reciente aparición traen enorme potencial afectivo, y las ya estructuradas en el vivir

cotidiano ofrecen grande resistencia a desalojar su imperio. De este choque emana el desasosiego, la irritación y el ímpetu final que conducen a la guerra, lo que explica que el derramamiento de sangre preceda, y aparentemente cause, las más augustas jornadas de la civilización.

Lo cruel para la pobre alma conturbada de los hombres es que el margen de progreso así adquirido no corresponde nunca ecuacionalmente a los sacrificios abrumadores que demanda la victoria: es como dar la vuelta al mundo para situar un metro adelante la sede espiritual de sus anhelos

*

Las sociedades y naciones de nuestra civilización padecen hoy día de algunos de aquellos desniveles de su potencial o virtud operante, y del que, a mi modo de entender esta filosofía de la historia, es el supremo: hemos perdido el centro de gravedad ideológico de la cultura, pues ya ni la religión, ni la moral, ni la política, ni la ciencia gozan de un predicamento universal irrecusable, incontrovertible al menos, y así la inteligencia, la voluntad, y aun el instinto, sin orientación, no pueden organizar y estabilizar la conducta.

Es un ingente, máximo quizás, desequilibrio de las sociedades humanas, que explica la inmensa amplitud de la guerra internacional que contemplamos ahora. No es ya desnivel de potencial aislado, sino la inestabilidad misma de la estructura ideológica del mundo.



Es además posible que entre el ambiente geofísico y el hombre, y aun entre él y su momento astro-físico general, existan relaciones incógnitas que regulen la serenidad o la irritabilidad de su conducta; y no carece de fundamento el suponer que las naciones se disuelven en desorden al término de la misión que les da categoría histórica, ya que esta misión es, conjuntamente, el sino que orienta y el hormón fundamental estimulante.

Por ninguna de estas fuentes de la guerra ve uno la posibilidad de eludir su fatídico advenimiento. Mas ello es que si su causalidad tiene caracteres de ley natural recóndita, su causación o proceso de ser, pasa por tres estados, el de agitación espiritual, en que el desorden se hace presente; el de revolución, en que adquiere violencia; y el de evolución, en que sus motivos sociales se incluyen armónicamente en la dinámica de las nuevas generaciones. Y así piensa uno si en aquel tránsito de la agitación a la revolución no pudiera encauzarse la violencia y evitar el corto circuito de su incendio.

*

En nosotros obra hoy un confuso pensamiento de esta índole.

A América ha sorprendido esta gigante perturbación de los destinos humanos en momentos difíciles de organizar su economía y su cultura. Tal lucha le interesa por los vínculos indeclinables que la unen material y espiritualmente a Europa, su progenitora y maestra. Y le incumbe por las repercu-

ciones que tendrá en todas las actividades de su existencia y de su política entidad aun.

De ahí que los Gobiernos libres de América hayan congregado esta Reunión de Cancilleres para el acuerdo de cuanto solidariamente pueda ser útil, en esta ocasión, a la salud de sus naciones.

Y nos hemos congregado con la serena y la severa actitud de quienes conocen la gravedad del cometido y las innúmeras posibilidades de error que asechan a negocio de esta intrincación y estas magnitudes.

Nuestra misión está cumplida:

Hemos ratificado y consilidado los postulados que nos asocian, anhelo de paz, anhelo de cultura, anhelo de bienestar económico, que permitan a la persona humana el espacio, no sólo vital, sino moral también, para que disfrute de los goces inefables de la existencia, y a esta existencia libremente dignifique con espiritual enaltecimiento.

Predicamos que este sea un Continente de paz al servicio de intereses superiores, de naciones reciamente solidarias entre sí e idealmente solidarias con todas las naciones cultas del orbe;

esta paz defenderemos porque la amamos, es cierto, y porque la debemos a las generaciones futuras; mas también, porque tal vez ella sea, a la postre, lenitivo y cordial de los mismos que, en apartados continentes se combaten ahora y sufren;

hemos metido a América en uno a manera de solenoide de neutralidad, porque así se defienda mejor, y nos aisle de las ocasiones de choque y de contagio;



aconsejamos larga serie de recursos técnicos para la mejor conducta de la economía, la hacienda pública y el comercio interamericanos, en la esperanza de que ellos alivien, ya que no es factible eliminarlos totalmente, las perturbaciones nacionales que eran de preverse y ya se inician: ¡Ojalá que los legítimos ejecutores de estos acuerdos de mera orientación no perturben su bondadosa perspectiva desviando la sana aplicación de ellos o atomizando el caudal espiritual y económico hasta hacerlo infecundo, máximos peligros que desde ahora avizoramos y señalamos cordialmente!

La paz que tutelamos, la neutralidad que sostenemos y la economía que estamos defendiendo no se encauzan en finalidades fenicias o meramente hedonísticas de la existencia. Conviene insistir en que un concepto espiritual subtiende el arco de nuestras voluntades. El sociólogo americano ve ya los delineamientos de una cultura en gestación bajo esta aparente insipiencia de la ideología americana. Lo dice la sensibilidad común que el ámbito continental produce, lo dice la tensión de anhelos, lo dice la mirada inquisitiva y alerta, lo dice el matiz diferencial de nuestras opiniones, lo dice el recóndito germen de innovación que balbuce en la escasa obra realizada de sus conductores espirituales.

Líneas rectrices de cultura en preludio apenas, que no será mística común como la de Asia, ni mé-

trica como la de Europa, pero diferencial y "sui géneris".

*

Nuestra misión de delegados no presupone, ni asume indebidamente, actitudes de vanidad pueril: sabemos de sobra, y lo sabemos con grave preocupación moral, que la tarea es superior a nosotros. Por eso hemos indicado la constitución de nuevas instituciones funcionales, y comitees de estudio que organicen los pensamientos en que se informa la intención honesta y discreta que guía nuestra labor conjunta.

Un solo triunfo proclamamos: el de haber confirmado en nuestras reuniones la existencia de un sentimiento unívoco de cordialidad y de mutua estimación moral entre todos los pueblos de América. Al hallarnos en sociedad íntima revelose el afecto que nos une y fortalece.

Bendita la hora en que nuestros espíritus comulgaron en tan encumbrada revelación.

De mí sé decir que llevaré a mi gente este mensaje afectivo, y que podré decirle cuánto enalteció vuestra amistad mis sentimientos y cuánto adoctrinaron mi mente vuestras sabias disquisiciones.

Y así, cuando lleguéis a Colombia en próxima jornada de esta serie fecunda de asambleas en que la solidaridad del Continente se define, os recibirán con conocimiento de admiración y de gratitud corazones hermanos.

## EN LA SESION FINAL DE LA SEGUNDA CONFERENCIA DE CANCILLERES: HABANA: 1940

Vengo a este sitio por tener la ocasión de expresar al Gobierno y Pueblo de Cuba la gratitud con que la Delegación Colombiana ha recibido y rememora la hospitalidad con que le regalaron, y aprovecho, asímismo, este instante para decir la mucha honra y grande aliento que de una asociación tan noble como esta de Cancilleres deriva el espíritu.

La acción estimulante de los grandes señores del pensamiento no sólo es directa de transmisión, sino también inductiva de sugestiones útiles: el que escucha, si grande, ensancha los conceptos del orador y su expresión depura, pues la idea adquiere el tamaño y el contorno del ambiente moral en que se emite.

*

Incumbe a la función esencial de nuestra Conferencia sugerir algún concepto sobre la Paz, la Neutralidad y la Economía del Continente Americano. Estos tres modos fundamentales de nuestra misión presuponen el centro común de una solidaridad que de geográfica se tornó histórica y de histórica ha llegado a ser política por el cúmulo de necesidades comunes y la similitud de sentimientos.

La neutralidad y la paz vienen tan unidas en este mundo internacional americano del día de hoy,

que se hace posible el tratar de ellas unívocamente: eran antes dos situaciones de noble actitud que cumplían su destino sin dificultad interior ni contradicciones externas insolubles, pero que en la hora presente demandan tan excesiva precaución y tan vigilante espíritu que ya de suyo son un estado defensivo de guerras: porque si antes bastaba a un país declararse neutral para obtener la paz y respeto de todas las naciones, hoy día es preciso añadir a la declaración de neutralidad un caudal inmenso de previsiones inteligentes y de fuerzas materiales defensivas que ya consigo colocan a los pueblos en una grave y costosa tensión de lucha. Hemos llegado a la amarga convicción de que no se puede ser despreocupadamente pacifista, de que no se es internacionalmente libre de vivir los más preciados ideales de la especie.

De ahí que mi Gobierno, al reafirmar, como ahora lo hace por mis labios en esta asamblea de los pueblos americanos, su intención de permanecer neutral, y neutral sin adjetivos ni desfalecimientos, ante el conflicto armado de Europa, no pueda prescindir, ni quiera prescindir, de acogerse a todos los baluartes de seguridad que la sensatez aconseja a las naciones de este Continente para mantener y prosperar su paz y con ella los ideales de cultura, bienestar social y soberanía que enaltecen su historia y orientan sus destinos.

Uno de esos baluartes es, en opinión de mi Gobierno, muy meditada ciertamente, el de la solidaridad leal y firme, bien estructurada y operante, de



las Repúblicas de América: solidaridad de todas las Repúblicas de América. Solidaridad defensiva. Solidaridad tan noble que al mundo ofrezca como una estructura moral indeficiente por cima de su reciedumbre material. Porque estamos convencidos de que la solidaridad así entendida aumenta y fortalece la soberanía de nuestras naciones, pues que les garantiza su dignidad en lo exterior y su independencia de voluntad dentro de su propia índole. Es esta solidaridad una cooperación libre, una obra y un rumbo. Fue siempre la asociación genitora de fuerza y de civilización y de cultura en todos los ámbitos del hombre, los individuales, los sociales, y los nacionales más eximiamente todavía. En la asociación se da el espacio, y sólo en ella, de la cultura, de la libertad y del espíritu.

La adquirida madurez de las naciones americanas les permite asociarse hoy sin temores de intervención de las unas en el fuero de las otras. Así lo han declarado, así lo sienten y desean, así les conviene mejor a sus individuales intereses. Dudar de esto afrentaría la dignidad de cada una de ellas y de todas juntas a la vez.

Lo vemos así y tenemos presente en este caso de las colonias de metrópoli europea. Nos importa ciertamente que a través de ellas, y con ocasión de ellas no se traigan al Nuevo Mundo peligros para él, para su paz entrañable y para sus normas, ni con transferencias explícitas ni con transferencias implícitas de soberanía, pero no queremos que sean "anima vili" en los azares de la guerra y del derecho, las

queremos con administración leal, respetuosa, orientada plenariamente hacia su propio bien. De esto surge el que no pidamos para ellas mandatos, ni tutelas, ni aun fideicomisos, pero aquella fórmula incólume del encargo fiduciario, que nada entraña de propiedad y toda la responsabilidad administrativa retiene.

Lo predicamos también de este otro problema de las llamadas "quintas columnas": las evitaremos, las denunciaremos, las combatiremos, sin duda ni desmayo, mas dentro del preciso rigor de nuestras propias leyes nacionales. Es éste, asimismo, nuestro criterio del procedimiento ingenioso que oportunamente se ha suscitado de un personal excesivo e inútil en sus funciones específicas dentro de las esferas diplomática y consular, que por fortuna no existe aún en mi país.

Por eso, igualmente, no suscribimos convención ninguna que ponga en criterio de otro el juicio de si son buenas o malas las ideologías de los partidos políticos internos de nuestras naciones. La democracia y la soberanía harían así un renunciamiento irreparable y deletéreo que nuestra generación no puede echar sobre sus hombros.

Las dificultades se multiplican y tornan más y más desconcertantes y frecuentes: ya hemos visto que naciones, por otro aspecto vinculadas a nosotros entrañablemente, no oyen la correcta explicación de conducta que un gobierno americano les ofrece con plausible ecuanimidad y noble intención. Y no es que aspiremos, que aún nos queda bastante cordura en este desequilibrio racional del mundo, a ser apóstoles en otro Continente ni sus consejeros ocasionales: solamente queremos construir nuestra vida con las normas que amamos y sostenemos, dentro del derecho indeclinable de nuestra libre determinación.



¿Con grave riesgo y probables infortunios? No importa: el mundo lo quiere y pertenecemos al mundo.

*

Respecto de nuestra actitud internacional de defensa, mi Gobierno ha dicho, con el asentimiento de la Nación colombiana:

"Si se quiere ir al fondo de las cosas, y se piensa en la posibilidad de una conflagración mundial, y en el peligro que en ella pudiera correr el Canal de Panamá, Colombia sí tiene que decir, y lo dice sin rodeos, que no le es ni puede serle indiferente la plena seguridad del Canal, tan indispensable para el bienestar y la prosperidad de Colombia y de toda la América del Sur, como puede serlo para la seguridad militar de los Estados Unidos. El Canal es una de las supremas vías de comunicación del Continente. Con su interrupción sufrirían nuestra economía y todo nuestro "standard" de vida un tremendo golpe. No podemos decir, por el sentido de las proporciones y por el anhelo de mantener en lo posible cierta neutralidad compatible con nuestros intereses en las emergencias que puedan presentarse, que hayamos de acudir en su defensa en caso de

que él corra peligro de ser atacado. Lo que sí decimos, porque ello corresponde a nuestras conveniencias esenciales, a nuestras obligaciones de vecino leal y seguro, y a la política de la solidaridad americana, es que a nadie será permitido amenazar desde tierras colombianas, directa o indirectamente, la seguridad del Canal, en forma alguna; que no será nuestro suelo lugar propicio para adelantar o sugerir maniobras siquiera sospechosas en ese sentido. Si llegare el caso, el Gobierno de Colombia sabrá impedirlo sin necesidad de que nadie se lo solicite, con toda la firmeza y eficacia que sean precisas".

*

Y puesto que estamos aquí reunidos, y no poco conturbados ciertamente, a causa del actual conflicto europeo, no es en manera alguna exótico el que nos preguntemos ,a qué se debe aquella situación al parecer inextricable.

Hábiles pensadores como son los que me escuchan, sonreirán tal vez, rememorando al solo enunciado de este tema, que son tan intrincados y múltiples los motivos de un hecho histórico de tamaña magnitud, que el inquirirlos en breve discurso incidental resulta pueril meramente y hasta alocado aun.

Contemplemos, pues, uno solo, no para estudiarlo, que sería ya descomedida audacia, sino para iniciar, siquiera, la inquietud de nuestro análisis.

Ello es que preocupa mi espíritu la inadecuación que últimamente se observa entre los recursos



que la civilización técnica ofrece al hombre y la capacidad económica de éste para utilizarlos con equidad distributiva.

Parece como si la rapidez con que la ciencia descubre preciados inventos para dotar a los humanos de una existencia grata y cómoda en lo físico y aplicable en lo espiritual a más altos destinos no correspondiera a su espontánea capacidad productiva para adquirirlos, y así, en vez de aliviarlos de las rudas tareas que el vivir exige, se las hiciese más apremientes y dolorosas, más peligrosas para la sociedad y más desconcertantes aun para el individuo.

No está muy lejos de significar que la civilización técnica, como la cultura, como las normas de gobierno, como el perfeccionamiento espiritual de la especie, ha fracasado en su intento básico de minorar las dificultades de la existencia y de enaltecer sus rumbos.

Las consecuencias de este conflicto abarcan la personalidad, la familia y el Estado.

Para dispensar una justicia interna, para eliminar en parte las antiguas desproporciones de clases en el goce de la vida o la moderna desigualdad de recursos de profesiones y de oficios, los Estados tienen que ampliar audazmente su jurisdicción e imperio legal, ante la insoluble inadecuación entre la capacidad del hombre para producir riqueza efectiva y la sedienta ambición de comodidades a que la civilización técnica, día por día más y más alocadamente, lo invita: un ciudadano de hoy no puede vivir, en los términos mediocres de un país culto, sino

mediante el trabajo de cinco a diez hombres más, y comoquiera que ese país restringe en su régimen interno aquella injusticia, el desnivel se desaloja de lo interior a lo internacional, fomentando la organización de pueblos dedicados a las industrias de transformación y de comercio, generosamente remunerativas, y los dedicados a la producción de materias primordiales, tenidos a raya en el límite de la mera sustentación fisiológica.

Esto hace que las naciones imperiales busquen siempre un sistema colonial a su servicio, para que los conciudadanos respectivos disfruten de los costosos halagos que brinda la civilización técnica.

El problema se intrinca más y más aún: la proporción de uno a diez entre capacidad de producción del hombre y término medio civilizado de aspiración a las comodidades y el recreo, se aumenta con la ley inexorable de que el placer que esas comodidades producen es apenas el logaritmo suyo, y aun menos en los límites de la saturación sensible, lo que hace, como en el hábito de las drogas heróicas, forzar la máquina hasta el abuso y la imprudencia. Y no sólo se complica aquel problema por este desorden de la ansiedad, sino que se altera y desvía derrochando el capital limitado de las materias esenciales de la vida o de la civilización de que este planeta dispone, malgastándolas, digo, en aplicaciones inútiles o en exageradas proporciones, dentro de la paz, y todavía mucho peor durante la guerra, cuando uno piensa con escalofrío en esta insensatez de incendiar los hidrocarburos, aniquilar los metales, destruír los bastimentos, esterilizar el suelo agrícola, agostar las fuentes, desperdiciar los fosfatos, consumir el nitrógeno y aun desequilibrar las relaciones del oxígeno vital en explosiones repetidas e inmensas, como si nuestra vanidosa especie quisiera conservar el campeonato universal de la locura.



De ahí que al intervenir en esta Conferencia pida permiso al auditorio que incidental y generosamente me escucha, para enaltecer un nuevo acontecimiento social-internacional: el propósito, que ya se vislumbra en ella y hasta se define, de armonizar en nuestra América no sólo las necesidades y las potencialidades de la vida individual en lo interno de nuestros países, sino también, y cuán oportuna y sabiamente, las necesidades de la vida y la potencia de producción de todas las naciones del Continente.

Este ensayo de justicia social-internacional, que nos impondrá ineludiblemente algunas restricciones a eso que llaman nivel de vida o "standard" de vida de los afortunados que lo han exaltado un poco o exagerado inútilmente, es un bellísimo acaecimiento humano, un advenimiento de la sensatez y una culminación de preciadas orientaciones espirituales que así pasan del discurso al hecho, del ensueño inseguro a la realidad indiscutible y fecunda.

Un advenimiento de razón y de justicia que nos permita argumentar a otros Continentes en defensa de nuestra paz, de nuestra soberanía, de nuestra solidaridad entrañable con verdades sin réplica ni eclipse. Una aclaración de por qué América no

quiere ser cauda pasiva de victorias militares ni observador inerte de transferencias de dominio que constituyan un peligro para la seguridad del Continente.

Amamos la comunidad universal de la cultura, entendemos la armonía económica del mundo, nos asociamos para enaltecer nuestro destino y cooperar, dentro de nuestras relativas posibilidades y de nuestra propia índole, al bienestar ecuménico de la especie. Grandes pueblos y grandes hombres de las tres Américas así entienden el derrotero histórico de este Nuevo Mundo, y es llegada la hora de aplaudir su visión política y de colaborar en su obra de asociación, de construcción y de defensa.

La cultura requiere un espacio moral de dignidad humana, y la civilización un espacio social de comercio: se nos ha dicho que uno y otro espacio tendremos con la defensa común de nuestras naciones libres y con la protección mutua de su economía normal. A esto hemos venido. Hemos venido a protocolizar esta generosa aspiración y darle rumbos de fe indefectible y de eficacia: las generaciones futuras podrán o no podrán aplaudir nuestra actitud, mas recusarla moralmente, eso no lo podrán nunca.

*

Ya que tan largamente he tenido que tratar de la Segunda Reunión Consultiva de Cancilleres de La Habana, por la suma importancia que tiene en este momento, importa decir alguna palabra también so-



bre los fundamentos y el avance histórico de la solidaridad continental que ella presupone y estimula.

No es mero incidente del azar el que estos pueblos del Nuevo Mundo se asocien así: la continuidad geográfica que los une materialmente es un campo de acción común y de interacción recíproca que ya de suyo tiende a uniformar su índole dentro de la parsimonia de los siglos, pero no es un campo inerte, sino fundamento biológico de transformaciones, que al obrar unívocamente sobre las variadas estirpes de hombre que llegan a su dominio ecológico, las va amoldando a un común denominador de potencialidad, de sensibilidad y espíritu.

Por su parte, y muy eficazmente, la historia nos impuso ya este rumbo, cuando en horas difíciles, la de Emancipación digamos, nos asoció tánto que las fronteras se disiparon al paso de los Libertadores, los pueblos fueron gobernados por hombres nacidos en diferentes países, y aun los gentilicios tradicionales suplantados por el genérico de "americano", que tan a menudo se usó entonces.

A ese fundamento físico y a este histórico se añade uno como mandamiento recóndito de orientación cultural, eso que hace que todo Continente tenga su interpretación propia de los magnos problemas del mundo.

Esta última consideración nos coloca dentro de la intervención humana, y nos indica, no ya hechos naturales, sino deberes futuros:

Una historia es el desenvolvimiento de una cultura o no es nada. Ahora bien, toda cultura de mag-

nitud universal exige condiciones precisas. Desde luégo un dilatado ambiente físico, un amplio circuito geográfico, pues si a veces se dio el caso aparentemente contradictorio de Estados-Urbes de pequeña amplitud territorial, ello es porque sus vínculos de lengua o de comercio o de religión pueden considerarse como agigantados imperios del espíritu.

Con el espacio geográfico pudiera confundirse, mas yo no lo creo así, el espacio demótico, la población que constituye el sujeto operante de la cultura: a un mayor número de ella, a una mayor amplitud de ese espacio, corresponde mayor intensidad, lo que es desde luego lógico, y mayor capacidad inventiva, lo que ya constituye una plusvalía interesante, de la elaboración cultural. Y aun parece que la gestación de toda cultura sólo es posible de determinado número de población en adelante, como si la magnitud de esta creación demandara un amplio basamento de soporte.

El espacio económico es asimismo indispensable, porque en la miseria no se da el ambiente propicio, ni por libertad de acción, ni por tiempo disponible, ni por anhelo orientador y fecundo, de una cultura eminente: el "ocio divino" que encomiaron los antiguos no fue una voz vacua, sino la intuición de un indeclinable fundamento de la actividad cultural.

El espacio político es otro elemento de primera categoría, pues un pueblo sin libertad, sin comando interior de conducta, mal puede expresarse; ni ánimo le queda para el vuelo orgulloso del pensamiento



a quien se siente aherrojado, deprimido espiritualmente y minorado en su entidad substantiva.

Y no es menor la importancia de un espacio lingüístico, de un instrumento de difusión verbal, ya que se observa que la cuantía de resonancia de una labor mental le impone amplitud y reciedumbre. El griego, el latín, el francés, el inglés y aun el español, al cobrar ambiente ecuménico en un momento dado, se irguen a cumbres de perfección estilística, y de suyo enaltecen la capacidad creadora, pues no es inerte una lengua, no es sólo vaso y molde de estados íntimos, antes bien campo abonado y feraz de nuevas proyecciones por asociación fecunda exterior o mayor hundimiento de las raíces nutricias en la psique. Mientras más se usa una palabra más se enriquece en sí y mayores derivados produce, de mejor y más amplia habitación dota al espíritu.

Ni es menos importante un espacio diferencial vecino, una contraposición que estimule el propio orgullo y el esfuerzo de combatividad. Una cultura aislada en amplio circuito, puede estancarse y aun morir en la monótona repetición de sus intereses y valores, en la "ritualización" de sus actividades, como parece haber ocurrido en Asia durante los dos últimos milenios.

Lo cual dicho, nos permite sentar la base de que la solidaridad de América es ineludible para el desarrollo de la cultura americana por venir, de su autóctona cultura. Y hacia ella se encamina el Nuevo Mundo. Obsérvese que los dos grandes grupos, el inglés y el iberoamericano, se entienden mejor hoy

día que antes, por haberse limado un poco disparidades de sensibilidad con la intercomunicación y posible influencia común del medio. Ya en Norte América se estudia al iberoamericano con ánimo desprevenido, y un no sé qué de influencia latina se advierte en la índole actual de los Estados Unidos. Lo mismo y más notorio aún, se da en nuestras naciones con relación al fenómeno yanqui.

Empero, éste no será el caso definitivo: un ambiente democrático de doscientos cincuenta millones de iberoamericanos y de doscientos cincuenta millones de anglosajones, en este inmenso espacio continental, podrá crear sendas culturas, que en sus manifestaciones diferenciales se estimulen recíprocamente, a la manera que ya lo hicieron la francesa y la germana en Europa. Es posible que el Brasil no se aparte del denominador común de la cultura iberoamericana, pues no hay índice apreciable de discrepancia, ni en la sensibilidad ni en la lengua, antes parece que el portugués suyo se torna más silábico, más próximo al español que el peninsular, y en la convivencia que la civilización nos va imponiendo, lengua y hábito se asociarán mejor todavía.

De ahí que la solidaridad americana se pueda entender, no sólo como una defensa común, sino también como un campo de espiritualidad, como ambiente propicio de cultura y circuito de una historia de nuevos valores universales.

## EN LA RECEPCION DEL DR. EDUARDO SANTOS: BOGOTA: 1938

Muy docto y muy señor Eduardo Santos:

Ha querido nuestra gente que usted sea el próximo mandatario de Colombia. Ante acontecimientos de esta índole suelen los oradores decir que esa posición eximia es el más penoso cometido que los pueblos imponen a sus conductores espirituales: no repetiré la frase estereotipada y humilde. En contrario, envidio a usted la oportunidad con que le regala la suerte para dar a su existencia un contenido heroico, para signar con obras perennes el tránsito fugaz de los días y teñir de púrpura el gris miserando de nuestras existencias inútiles. ¿Qué hay en ello peligros y fatiga dilatada? ¡No importa! Usted y los que estamos aquí sabemos que ser mandatario de una democracia pura como esta de Colombia, es tarea volitiva de samurayes, de hombres capaces de un harakiri silencioso. Ninguno de nuestros grandes presidentes durmió en lecho de Síbaris, en lecho suave de feminoides, ahí en el Palacio augusto de Bolívar, ahí en el Palacio de Nariño: al terminar de su jornada se les vio siempre salir exhaustos, blancas el alma y la cerviz, enjuta, pero limpia la mano timonera. Sin duda que de ese solio se desciende roto el hígado a veces y torturado el espíritu: ¿Qué más da, si luégo reposarán, para siempre vivos, en el noble regazo de una patria ilustre? ¿Quién podría decir que murieron esos hacedores de nuestra his-

toria convulsa y difícil? Señor Santos: ahí están en el corazón de esta muchedumbre que le ofrece sus votos y su fe. La sangre que hierve en sus arterias fue libertada por ellos, y si grita, grita en su nombre, y si ruge, es porque en su ímpetu tremola la dignidad que le heredaron sus gobernantes insignes. Letrados y guerreros, legisladores y mártires de mi Colombia, ahí los tiene, señor, vivos y actuantes en la iluminada pupila de estos hombres que le aclaman, orgullosos de usted, de nuestra democracia y nuestra estirpe.

*

Por esta vez, señor, la multitud que somos ante su bandera no constituye la epileptoide y adjetiva de que hablan los psicólogos: somos gentes que venimos al impulso de un pensamiento libre, nadie pagó nuestros pasos, nadie dictó nuestro grito, nadie nos enseñó la ruta, nadie, sino la voz de la raza, porque usted es usted y nosotros... somos nosotros.

Le preconizamos para rector de los destinos patrios porque usted ha llegado a esa altura por pasos contados de honestidad indeficiente y grandes servicios a la república. Porque su pasado fue construído con tal decencia que no necesita amortizar con bondades del oficio favores pretéritos. Porque usted objetivó en su vida la enseñanza de que en Colombia la escalera del prestigio se asciende por peldaños marmóreos de pulcritud.

Nuestra democracia cavilosa y esquiva ama en usted otro motivo recóndito de su índole: la sencillez personal. Ella lo sabe, y usted siempre lo supo, que para ser espiritualmente sencillo se requieren virtudes de fortaleza incólume, y, más enhiesto todavía, que para afrontar sin "disminutio capitis" una actitud humilde, generosamente humilde, como cumple a varones eximios, es necesario, sin duda, poseer personalidad invulnerable. Hombres así no temen la comparación de otras virtudes, y gustan con amor de esencia moral del bien que en otros surge, aunque sea transitoriamente adverso. De ahí, de esa escondida similitud de normas entre usted y nosotros, le viene a su candidatura un vigor de raigambre nacional, de reciedumbre nacional que no podrán romper las oscilaciones del fervor democrático.



*

Cualquiera que me escuche hallará exótico el que ostente como primeras circunstancias de su candidatura cualidades de intimidad: mas ello es que nosotros somos así, primero idealistas y después políticos. No se crea, sin embargo, que hemos disminuído la suprema consideración de sus firmes y bien confrontados conocimientos de las necesidades y recursos de nuestra república. Sabemos cuan profundamente informado está de ello por el libro y cuan entrañadamente preparado por la cotidiana experiencia de sus labores, y estamos tranquilos, porque hemos pesado y alquitarado su criterio.

*

No seré yo quien venga en este sitio y a esta hora a delinear su programa de gobierno: usted es el

candidato y suya es la voz de mando. Solamente quisiera recordar ante usted, ante la multitud ciudadana y ante mi propio espíritu, conturbado a veces por las incógnitas de la ruta, los trazos fundamentales de su pensamiento, tantas veces emitido por usted con lealtad indiscutible y sabias voces que abarcan el panorama nacional conjunto.

Permítame, pues, bondadosamente, que exprese mi adhesión a algunas de esas admoniciones de su pensamiento político.

En la trayectoria de su vida, como en el ambiente actual del liberalismo colombiano, me parece discernir un retorno a las normas de la generación del setenta, la más ilustre de Colombia por su gran preocupación cultural y las producciones con que enalteció ante el mundo la historia de este país.

Pero, entendámonos cordialmente: no creo que se busque regresar al cauce político de aquella jornada nacional. Ellos, nuestros padres, vivieron bajo el signo de la libertad y de un idealismo romántico. Ahora nos asedian problemas más difíciles. La sociedad humana ha tomado rumbos inciertos de inquietud y desorden: la angustia económica, la nivelación de clases, el progreso caudaloso de la ciencia, el quebranto de la religión y la filosofía, hacen que la conducta nacional e internacional de los pueblos, y la conducta social y moral de los individuos se columpie de uno a otro extremo, dándonos una existencia sin reposo de gravedad, desconcertante y dolorida.



Nosotros al regresar a la generación del setenta, buscamos el refugio de su carácter y la altivez de su conducta: hombres que amaban las ideas y adecuaban la voluntad al pensamiento; hombres honrados aunque fueran políticos; hombres morales, aunque fueran irreligiosos; hombres sociales, aunque fueran idealistas en abstracto. La reciedumbre de su personalidad ante la delicuescente y veleidosa que ahora nos perturba, es lo que a usted, señor Santos, y a nosotros sus copartidarios y admiradores nos conduce a proclamarla como derrotero espiritual apetecible.

•

Mas no se ha quedado usted en el trazo nebuloso de una aspiración romántica. Conocedor de las intimidades de su gente, nos ha dicho de la necesidad imperativa, ineludible con ceño de catástrofe, de fortalecer la persona en las nuevas generaciones colombianas: y como usted sabe a fondo sus remedios, ha definido con precisión irrecusable los cuatro rumbos, el tetrálogo o cuadrivio, como si dijéramos, de la reacción:

Fortaleza física por medio de la salud, del alimento y del deporte, que nos devuelva prestancia y vigor para el arriscado vivir de estas horas difíciles;

disciplina moral que nos haga cumplidores de la palabra, verídicos siempre y ecuánimes;

cultura técnica sólidamente cimentada, por donde podamos hacer bien hecho lo que nos corresponde en la distribución social del trabajo, sin va-

nidades intuicionistas ni tanteos en las nubes de una fantasía errabunda, para que a la justicia de obtener legalmente mayores salarios y emolumentos podamos responder con mejor servicio social de nuestras obras;

y, por último, un menos frágil sentido de la comunidad, pues aunque sea gentil nuestra estirpe, no me parece suficientemente asociada aún para refrenar el egoísmo soterrado y astuto.

Patria es, en último análisis, comunidad de gentes que en medio geográfico propio tratan de hacer amable la vida, mediante la cooperación y la justicia. Por eso el primer colombiano fue aquel buen don Juan de Castellanos cuando dijo de este país que descubrieron sus ojos fatigados de incertidumbre: "Tierra para hacer perpetua casa; Tierra de bendición, clara y serena".

Por eso, también, como usted lo ha dicho, necesitamos, fundamentalmente, simplificar este maremagno de procedimientos administrativos en que se disipa el tiempo y se consume el espíritu de los colombianos, pues ya casi ninguna acción llega a su término, agostadas en la tramitación prolija, como río vagueante entre arenales sin fin. Y necesitamos simplificar la acción de justicia, para que el delincuente no pueda alcanzar al cúmulo, un poco exagerado tal vez, de treinta crímenes, antes de morir impune, mediante este enredo de fórmulas con que legisladores amables ampararon nuestras fechorías. Simplificación de funciones, en que para un acto no haya que recorrer cinco oficinas alejadas y confusas.



Simplificación de funciones, para que el erario público no se disuelva en sueldos de fiscalización de fiscalizadores de fiscales. Simplicación de funciones, para que la literatura oficial llegue en mandamientos efectivos a la provincia remota. Simplificación de funciones, para que la agronomía prospere la despensa del campesino y no, como a veces ocurre, las casas editoriales de informes. Simplificación, en fin, para que la minería no sea mito transeúnte de contabilidad y torpe asolación del suelo patrio; para que la diplomacia nos instruya y los consulados nos adviertan; para que los trenes, correos y telegramas lleguen a tiempo, los litigios terminen, las citas y contratos se cumplan sin tantos esguinces ni demoras: para que la vida, a lo menos, marche en orden y oportunamente, y así, en lo económico y cultural, tengamos suelo y sangre, sangre y espíritu en posible adecuación de triunfo.

*

Y con todo, señor, sean los que fueren nuestros errores y defectos, ¡cuán sabroso es vivir en Colombia! De los pocos remansos del mundo es éste donde el espíritu posee aún espacio libre, la personalidad beligerancia civil, y senderos dilatados la existencia. ¡Qué sabroso es vivir donde la democracia no ha muerto, ni se tienen al frente cañones agresivos, ni magnates que a cada hora disponen de nuestra voluntad entumecida, ni la insomne angustia del peligro perpetuo.

Bien hayan esos padres de la nacionalidad que con su dolor y su sangre, que con sus brazos y su in-

teligencia nos legaron estos bienes: aquí cerca de nosotros la efigie serena de Santander recogerá en su bronce la vibración de nuestras palabras de gratitud; más allá, el Bolívar abismado de Tenerani sabrá con certidumbre de siglos que no aró en los mares ni edificó en el viento; la cabeza tronchada de Camilo Torres hallará al fin en nuestros pechos conmovidos el corazón que le apartaron un día: continuidad gloriosa de la Patria, señor, que justifica las ilusiones y el martirio; continuidad insoluble de la Patria, señor, a la que usted vinculará egregiamente su nombre enaltecido y pulcro.

## SENTIDO Y TAREAS DE LA DEMOCRACIA: 1945

(El doctor Darío Echandía, en su campaña electoral de este año, acababa de pronunciar muy erudida conferencia sobre "El porvenir de la democracia", en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, cuando el auditorio suyo bondadosamente me invitó a que yo dijese algo también acerca de tan noble asunto).

*

Temo, señores, que sea algún tanto irrespetuoso el hablar, y el hablar improvisadamente, después de haber oído esta sabrosa y hábil disertación del profesor Echandía, perito como pocos en nuestro ambiente en estos difíciles menesteres de la cultura: más, en fin, ustedes lo demandan, y a ustedes corresponde correr el riesgo de mis equivocaciones.



*

Primero que todo, permítanme que encomie con alborozado sentimiento estas campañas electorales de Colombia: se las censura a veces de certamen demagógico y ficticio, interesado a lo menos, como casi todos los asuntos que se rozan con la propaganda política de ocasión, sin parar mientes en que ellas constituyen la única universidad popular que tenemos, y la más eficiente posible.

Porque, díganme ustedes, si no, ¿en qué otras circunstancias se produce este hecho magnífico de que centenares de hombres adiestrados por la universidad lleguen al pueblo con lo mejor de sus conocimientos, con la mejor de sus actitudes morales, y el máximo esfuerzo de su oratoria, se rocen con él fraternalmente, con él comulguen en el planteamiento de los problemas nacionales, a él conduzcan por los arduos senderos de la ideología, y le urjan a sentir noblemente, a pensar noblemente, a obrar noblemente, como que en ese instante, ellos mismos, los oradores democráticos, visten, así sea con intento fugaz de seducción, los mejores arreos de la cultura?...

Bendita, esta comunión de la universidad y el pueblo. Del pueblo de los suburbios, del pueblo de las aldeas, del pueblo de los campos remotos, del que no tuvo otras oportunidades de acrisolar sus derechos y sus deberes públicos que estas lides tumultuosas de los comicios. Rememoren ustedes y descubrirán que en Colombia la prensa periódica y los tribunos populares fueron siempre los arquitectos de

la democracia: lo fueron cuando no había universidades, cuando no había colegios, cuando no había, siquiera eso, escuela pública elemental. Lo fueron a la hora augusta de la Emancipación. Lo fueron en los días amargos de las contiendas civiles. Lo fueron en el desorden constitucional de las dictaduras, efímeras, a Dios gracias, que ensayó el país en momentos de suprema inquietud. Y lo son ahora mismo, a la luz meridiana de nuestra libertad incólume.

En tanto la precio, y por tanto la encomio: más, aún más, al ver a hombres de tan acendradas disciplinas culturales como el doctor Echandía dejar momentáneamente sus cátedras de la universidad para discurrir con tanto fervor espiritual delante de las muchedumbres.

*

Esta tarde ha discurrido sobre la urgencia de "tecnificar" la democracia, de someterla a las normas de la tecnología, para que dé de sí los frutos correspondientes a sus mejores promesas, y para que, esto también, resista el embate crítico de otras concepciones políticas que le disputan el imperio de las naciones con el grave argumento de que es ineficaz de suyo y meramente bullanguera.

Está en lo justo el doctor Echandía: necesario es, y ya ineludible, que la democracia arrecie su estructura en el orden pragmático, ya que en el teórico la tiene tan cautivadora y plausible.

Necesario, ineludible y urgente. Porque si ustedes me guardan el secreto, si no lo toman a mal, y



si no lo tuercen hacia interpretación doctrinaria denigrativa, les diré que en verdad nosotros los colombianos casi nunca hemos resuelto adecuadamente los grandes problemas de la nación en el ya centenario curso de nuestra vida libre. Y lo que es peor aún: que casi siempre los hemos duplicado al intentar resolverlos.

Miren ustedes, v. gr.: la independencia no prosperó la economía nacional, pero sí añadió por muchos años grave incertidumbre política; la emancipación de los esclavos, no mejoró la producción industrial del país, pero sí la ignorancia y la incuria de ellos, al ser transformados en peones seudo-libres o en aletargados habitantes de la selva tropical inculta; la federación no nos dotó de estimulante autonomía provinciana, sino de aborrascado vivir, jurídicamente caótico y socialmente inseguro; la regeneración abastionó la autoridad, pero aumentó el desconcierto político de la nación; la ley de tierras no estimuló la producción agrícola, y sí debilitó la propiedad enormemente; el socialismo no nos asocia, mas sí fomenta entre nosotros la incuria del bien ajeno y la languidez máxima en los trabajadores asalariados, hasta límites que ya van siendo catastróficos para la economía nacional y el procomún; la higiene pública no ha acertado en el tratamiento de los problemas de nutrición, y la raza flaquea alarmantemente en muchas regiones, casi en todas, pudiera decirse, sin exagerar el juicio; la educación no nos libra del analfabetismo moral, antes capacita a los mal inclinados a habilitarse mejor para sus fe-

chorías; la reforma penal no ha minorado la delincuencia, y en cambio suscitó el problema carcelario en proporciones punto menos que irremisibles para la hacienda pública...

Y como esto no es imputable a la democracia, sino a la impericia técnica de nuestros conductores nacionales y sociales, la apelación a esa técnica para lo futuro es cuestión capitana, cuestión de primera magnitud.

*

Esto nos coloca ante el primer postulado de todo buen gobierno: hacer que su nación disfrute de comodidad. Esta comodidad se resume en la ecuación "sangre y suelo", normativa en este negocio. Buen suelo y buena sangre. Estirpe sana y suelo fecundo, en otras palabras. Estadista que no entienda esta imposición categoremática de sus funciones, será todo lo que ustedes presupongan, brillante y popular inclusive, nunca, esto no, será eficiente.

Todas las naciones al llegar al territorio en que asentarán su sede histórica suelen destruírlo inicialmente para reconstruírlo a su manera, a la manera de su propia índole. Las que se quedan en la primera etapa, la etapa de la destrucción, sin realizar la segunda jornada reconstructiva, perturban el derrotero de su historia, y aun ésta arruinan definitivamente. El pueblo francés logró este ciclo completo, y ha podido sortear buena copia de calamidades sin llegar nunca a bancarrota insoluble. El español, en cambio, vió minorarse el vuelo aquilino de su histo-



ria por no haber acondicionado técnicamente su tierra labrantía y haber descuidado la buena que reconquistó de los árabes labriegos.

Nosotros andamos por el peligroso período de la destrucción aún, y no veo en la mente de nuestros conductores nacionales el concepto preciso de la enmienda. Año por año aumenta el matorral, el rastrojo, como solemos decir, o sea el "neo clima botánico arbustivo" como enseñan los técnicos, que surge donde el bosque es derribado a locas, o donde la tierra de cultivo se fatiga, o donde la erosión la destruye, o donde las minas de aluvión —estas embaucadoras minas de aluvión que me mantienen preocupado— transforman las vegas feraces de nuestros ríos en cascajales sempiternamente inútiles, a la vista impasible de los administradores de la cosa pública...

Y la estirpe, la raza, como suele decirse con calificación aproximativa, decae fisiológicamente por las muchas endemias del trópico, por defecto cuantitativo de la nutrición, y por defecto cualitativo de los alimentos que usa —yodo y fósforo, calcio y potasio, hierro y magnesio, flúor etc.,— amén de este agitado asunto de las vitaminas, un poquito exagerado hoy, sin duda, pero ciertamente ineludible, a que hemos llegado al aumentar la población, al aglomerarse, sobre todo, al par que al disminuír las cualidades nutricias del suelo, con que se forma una tenaza que muerde nuestro porvenir por ambos lados.

Ecuación de sangre y suelo, técnica, por ende, comodidad, democracia, todo ello se eslabona por

modo inconsútil. Y ello todo es remediable, fácilmente remediable. El millón de colombianos que carecen de yodo pueden ser aliviados con que las autoridades de la república muevan el dedo meñique, con unos centavos de dólar y unos centavos de sentido común... bueno, y otros centavos de enérgica voluntad ejecutiva.

*

Ecuación de sangre y suelo, técnica y comodidad, no constituyen todo lo que necesita la democracia para vencer las concepciones competidoras suyas en la conducción política de los pueblos cultos. Esa comodidad es lo que los regímenes totalitarios de varia especie suelen producir con grandísimo alboroto de orgullo.

Otra ecuación irrecusable e indeclinable existe, que sólo la democracia puede darnos correctamente definida y resuelta: la ecuación de "sangre y espíritu". La que conduce a la dignidad, y no a la comodidad meramente. Escúchenme ustedes con paciencia, porque ello no es cosa de poco momento, sino requisito indispensable para conseguir el rumbo histórico de esta nación. Pues no todas las naciones son históricas: lo son aquellas que engendran cultura, es decir, espíritu. Las demás pueden vivir, éstas subsisten. Las primeras son adjetivas, las segundas, substancia histórica. Las primeras, entes; personas, las segundas. Las primeras pueden tener comodidad, las otras comodidad y dignidad conjuntamente.



Veamos siquiera un caso de operación de la democracia: el de la libertad en sus relaciones con el surgimiento de la opinión pública.

Cuando grave acontecimiento social requiere el juicio estimativo de los hombres, estos comienzan por emitir opiniones de tanteo, que generalmente son a los principios disparatadas, aún en boca de gentes de suyo muy escudriñadoras y sesudas. La suma de esas opiniones resultaría un dislate. El promedio de esas opiniones resultaría otro dislate. El común denominador suyo carecería de significación lógica. Y no obstante eso, la opinión pública aparece correctamente formada luégo. ¿Qué ocurre entonces? Pues que las ideas que han salido de la mente humana individua adquieren vida propia, se van compulsando, se van modelando, se van definiendo, al modo del canto rodado de los ríos, que no se redondea y pule al primer choque, ni a los mil choques del rozamiento que experimenta, sino al cabo de innumerables acciones de fuera y de resistencias de dentro, al cabo, pues, de su propio vivir, metafóricamente hablando, en el seno de la corriente que le agita y conduce.

Y así, en sociedades privadas de la libre emisión de sus juicios, la opinión pública no es posible. El criterio suyo se paraliza y se deforma, se hace unilateral y mediocre.

A más de esto, los individuos privados del libre juego de sus facultades pierden poco a poco la agilidad para el manejo suyo, que la disciplina aporta y sólo ella mantiene. Surge una a modo de meno-

ría mental que degrada la persona, y la dignidad entra en eclipse.

Y comoquiera que la democracia nos asegura ese libre juego de las ideas, esa correcta formación de la opinión pública, esa preciosa disciplina de las facultades superiores del ciudadano, podemos concluír que es ella, la democracia, el sostén supremo de la dignidad del hombre.

•

Comodidad y dignidad, he ahí las dos tareas culminantes de la democracia en lo futuro. La una demanda técnica, libertad la otra, ambas correcta asociación ciudadana y orden público.

Con todo, no sería prudente sobrestimar o exagerar el alcance efectivo de las instituciones humanas. El margen de bondad que con ellas se consigue, es en general breve, y sólo por lenta acumulación de tales adquisiciones la civilización progresa y la cultura halla su lustre.

Respecto de dicha relatividad de las cosas humanas, recuerdo en este instante un caso peregrino. Nadie se atrevería a negar hoy el mérito del ahorro, de la previsión en materias económicas, ni menos aun, de la honestidad de los gobiernos en achaques de hacienda pública. Si yo dijese, pongo por ejemplo, que un gobierno puede repudiar su moneda cuando guste, se estremecerían de horror el doctor Nieto Caballero, profesor de economía política, que está a mi izquierda, y el doctor Uribe Escobar, profesor de sociología, que me acompaña aquí a la de-



recha: y ya ven ustedes... hubo una época, de 1150 a 1450, nada menos, en la cual algunos soberanos de estados europeos solían a su advenimiento repudiar la moneda emitida por sus antecesores, para ganar con ello ingentes cantidades. Tal costumbre, dolosa si las hubo, determinó el que los ciudadanos gastaran a prisa cuanto iban ganando con sus labores, y trataran de vivir "al día", como solemos decir. El resultado inmediato —nada observo de las consecuencias remotas— fue que todos comían y vestían agradable y abundantemente, y parecían muy felices con ello. Y hasta solían derrochar sus haberes en obras de arte, en palacios, templos y castillos, en poesía, música, pintura... y algunos devaneos, que no nombro.

Imposible, ¿verdad?, encomiar tamaño disparate, porque tenemos también deberes para con las generaciones venturas, que nos obligan a ser ahorrativos, y porque el gobierno de las naciones exige hoy recursos ingentes que aquel alocado derroche haría inasequibles. Más esta anécdota nos dice que el cuociente de bondad de las obras humanas no es tan amplio como se piensa a menudo.

No lo es, pero es algo, algo con que vamos lenta y difícilmente avanzando en este arduo derrotero de la historia, algo que nos mueve a ser activos y previsores, algo que nos induce a ser libres y bien asociados, a la vez, ¡A SER DEMOCRATAS!

## EN LA ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA

(Prospecto Mínimo de una Facultad de Filosofía y Letras en Colombia: 1945)

La iniciativa del señor don Eduardo Caballero Calderón acerca del establecimiento en Bogotá de un Instituto de Estudios Humanísticos Superiores es muy laudable, y debemos acogerla en nuestra Academia Colombiana de la Lengua, ante quien ha sido presentada por él, con todas las consideraciones que moral y técnicamente le corresponden.

*

Por múltiples causas el estudio desinteresado de las Humanidades ha decaído entre nosotros los colombianos hasta límites de tan grande penuria que ya compromete la validez de nuestro prestigio cultural, arduamente ganado por la ingente labor de nuestros padres de la generación eximia de 1870, insuperada aún.

De esos motivos, dos quisiera destacar ahora para el adecuado desarrollo de este informe: la orientación general del hombre contemporáneo hacia lo meramente técnico y pragmático, y hacia lo hedonístico, sobre todo, que a todos nos desvía de los grandes negocios espirituales, y la dificultad que existe en nuestro país para hacer esos conocimientos económicamente restributivos o, a lo menos, no



conflictivos con las exigencias económicas de un pueblo pobre.

De ahí que en el planeamiento de un instituto de esta índole cultural deba eludir, en cuanto ello fuere posible, aquellos obstáculos que para él presenta nuestro propio ambiente, e insinúe, por ende, evitar a su futuro funcionamiento toda colisión con esas dificultades, a la vez que dotarlo de otros atractivos, como son, el estímulo de la honra social, la satisfacción íntima de la propia vocación, la mayor amplitud de los conocimientos, el ensanche y gratísimo lustre de toda la personalidad en sí.

Sea pues lo primero, recomendar ahincadamente la gratuidad absoluta de estos estudios, tanto de matrícula como de cualquiera otro estipendio de los que suelen existir en colegios y facultades superiores, supuesto que se trata de un servicio cultural que el Estado más solicita y requiere para sí que dispensa generosamente a los ciudadanos.

Sea lo segundo, disponer el horario lectivo de tal modo que no estorbe en manera alguna el trabajo remunerado de los presuntos alumnos, para que así puedan asistir a los cursos respectivos los ya dedicados a profesiones liberales, los empleados públicos o de la industria privada que, teniendo decidida vocación y aptitudes, no puedan dedicar a su cultivo las horas de la jornada normal de las labores cotidianas.

Tercero, distribuir las materias docentes con el máximo empeño de facilidad pedagógica, repartiéndolas en cursos de clase y cursos de conferencia, se-

gún sean de mera información oral o de esfuerzo común de desarrollo entre profesores y estudiantes, dejando estas difíciles para una hora matinal y aquellas fáciles para una vespertina, con que no se agregue demasiada fatiga a la que, por otras actividades, ya tengan los dichos estudiantes, y les sirván, sí, de solaz y sano entretenimiento de su espíritu.

Cuarto, establecer agrupamientos de alumnos con aspiración a grados y de meros asistentes que no quieran sino ampliar o aquilatar sus conocimientos, en cuanto a las tareas de clase, y dejar entrada libre al público no inscrito, por lo que respecta a las conferencias vesperales. Esto presupone que sólo los matriculados para fines de obtener algún grado quedarán sujetos a los exámenes de prueba que haya de imponer el instituto.

Quinto, seleccionar los presuntos alumnos matriculados con aspiración al grado honorífico de entre los aspirantes que reúnan las condiciones de vocación específica y de aptitud "sui géneris", que garanticen, hasta donde ello es humanamente posible prever, la eficacia de esta empresa cultural.

Sexto, adecuar la enseñanza de estas disciplinas a la experiencia docente que otros pueblos cultos han adquirido en su ejercicio, y a las condiciones peculiares de nuestra nación colombiana, tanto del orden económico-social como, y esto muy enfáticamente, del orden moral, del carácter y naturales disposiciones intelectuales de nuestro pueblo, de la índole peculiar suya, en una palabra, ya que ésta re-



quiere urgentes e importantes adiciones, substracciones y enmiendas.

*

Y entrando ya más estrictamente en la materia de este informe, quisiera decir, porque ello me incumbe y porque ello es indeclinable para el discreto juicio de esta obra en cierne, que la Facultad de Filosofía y Letras de las universidades contemporáneas es muy otra de la que por tal solía entenderse entre nosotros hace algún tiempo, algún poco tiempo, ciertamente, y que, a decir verdad, ahora no existe entidad alguna que por antonomasia lleve este nombre, sino agrupaciones de varias disciplinas, de muy disímil naturaleza, especies aparte, que, como las ciencias sociales e históricas, las naturales y matemáticas o las humanísticas, se estructuran en determinada incorporación docente para caracterizar diversas especialidades profesionales o sólo culturales libres, de las que unívocamente se predica aquella compendiosa designación, y así, decimos, que el mero título de "Doctor en Filosofía y Letras", genéricamente concebido, no es ya concebible, ni menos aun conferible, en parte alguna.

Ello no obstante, considero que puede ser muy útil a Colombia organizar un grupo de materias básicas que, siendo de cultura general superior, capaciten para el grado de "Licenciado en Filosofía y Letras", como honra estimulante de estos estudios y base efectiva, eficaz y efectiva, del de "Doctor en Filosofía y Letras", especializado ya mediante ma-

yor amplitud de estudios y elaboración de tesis personal que éstos técnicamente garanticen y aquél otro moralmente justifiquen y comprueben.

Para mayor claridad de este asunto y mayor precisión suya, me permito encasillar la distribución de las materias lectivas en el cuadro siguiente, que aspira a ser "pensum et curriculum", horario, pues, y docrina, o elenco, de los cursos, tanto de clase como de conferencia, de la "Licenciatura en Filosofía y Letras":

| *CURSOS:* | *Primer Año* | *Segundo Año* | *Tercer Año* | *Cuarto Año* |
|---|---|---|---|---|
| Griego .......... | " | " | " | " |
| Latín ............ | " | " | " | " |
| Alemán ......... | " | " | " | " |
| Inglés ............ | " | " | Gramática. comparativa | Gramática histórica del Español. |
| Francés ......... | " | " | Biología. | Psicología. |
| Matemáticas .... | Aritmética superior. | Algebra superior. | Cálculo. | Mecánica racional y ondulatoria. |
| Historia de la Filosofía ......... | " | " | " | " |
| Historia de la Literatura ....... | " | " | " | Fonología y Semasiología. |
| Historia Política Universal ..... | " | " | " | Sociología. |
| Historia de la Ciencia ......... | " | Historia del Arte. | " | Teorías de la Estética. |
| Estudio de Colombia ........ | Análisis antropo - geográfico. | Evolución económica. | Desarrollo de las instituciones. | Producción cultural: Ciencias, Bellas Artes y Literatura. |



CLASES: Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado.
Conferencias: Lunes, martes, miércoles, jueves y viernes.

Conceptúo que estas materias pueden cursarse en cuarenta lecciones, repartidas en cuarenta clases matinales, de 7 a. m. a 8 a. m., y en cuarenta conferencias vespertinas de 6 p. m. a 7 p. m., quedándole así al estudiante la noche para las lecturas de información y de ampliación del tema que corresponda a la respectiva conferencia cotidiana, y aconsejándole que aproveche algún tiempo de la mañana en la preparación de la clase a que va a asistir, todo lo cual suma cuatro horas diarias de estudio, distribuídas en tal forma que no demanden grave esfuerzo ni perturben la jornada normal de las otras actividades a que se consagre el alumno: este sistema de la enseñanza nocturna complementaria ha dado excelentes resultados en Rusia, y no entendería yo que aquí ocurriese lo contrario.

*

Al repartir el estudio de la Historia de la Filosofía, de la Historia de la Literatura Universal, de la Historia de la Ciencia, de la Historia del Arte, de la Historia Universal Política, de la Sociología General y del análisis de la Cultura Colombiana en conferencias, concibo que estas materias sólo requieren guía, información y criterio para que el estudiante las desarrolle a solas mediante lecturas adecuadas a este fin.

Y presupongo, además, que siendo una sola la conferencia semanal que corresponde a cada materia lectiva, el respectivo profesor dispondrá de tanto tiempo y tanta meditación para prepararla que logre en ella esas síntesis de preciosa arquitectura de los conceptos que los hace más asequibles al entendimiento, más memorables también y gratos de suyo.

Otro tanto debiera decirse de las clases, sino que, correspondiendo éstas a temas más áridos, y aun más abstrusos, ya la amenidad y la síntesis quedan en segundo plano, nunca descuidable, eso sí, y son otros los recursos docentes que demandan, afortunadamente enriquecidos hoy con los instrumentos de la técnica prodigiosa de que disponemos, como es la cinematografía para los estudios biológicos, la fonografía para los lingüísticos y el registro automático de las operaciones más intrincadas o sutiles, hasta llegar a ese portento, otrora inverosímil, de los rayos X y la microscopía electrónica, que nos están revelando nuevos mundos de la entidad y sus procesos recónditos, con todo lo cual se reduce a veces la instrucción al décimo de lo que antes imponían sus dificultades inherentes.

Me parece inútil, impertinente acaso, insistir en que la instrucción dada, o que debe darse, en un instituto de esta índole, es más disciplina del entendimiento que cuerpo organizado de dogmas: que, partiendo, como ha de suceder, de la preparación previa ineludible de la enseñanza secundaria completa, del bachillerato, como decimos generalmente, y aun del doctorado en alguna profesión liberal, se debe entender que ya las opiniones y convicciones del alumno estén razonablemente estructuradas conforme con su religión y su agrupación partidaria, y que, en el caso concreto, digamos, de la información filosófica, la literatura y la política, se seguirá el derrotero histórico más imparcial posible, imparcial dentro de lo equitativo, se entiende, y no se intentará disponer estos estudios como litigio ideológico, antes se dejará al estudiante la mayor amplitud posible a fin de que sea él quien halle las normas, las categorías de certidumbre y los valores axiológicos con su propio descernimiento, apenas endilgado mediante la proyección de las muchas haces y fases que cada asunto tiene de suyo o adquiere de sus concomitancias y consecuencias.



Porque, a decir lo justo, esta enseñanza disciplinal debe ser ruta y no etapa, instrumento más que artefacto, oriente mejor que límite: con ella, el "licenciado", proseguirá sus investigaciones, ya por cuenta propia, ya recurriendo a las facultades universitarias específicas, ora para hacerse doctor en Filosofía y Letras instruído, o como ahora decimos "especializado", en física, en química, en historia, en sociología, en pedagogía, en etnología, en psicología, en matemáticas, en zoología o botánica, o alguna de sus ramificaciones parciales, en literatura general o particular, en filosofía o en lingüística, en esta u otra escuela histórica de la filosofía... en fin, en tantas otras cosas que hoy caben dentro del antiguo y vago término de "Facultad de Filosofía y Letras".

Después de dos años, por lo menos, de nuevos estudios, o de ampliación de estudios, diría mejor, y mediante tesis original aprobada en examen universitario, podrá el "licenciado" recibir el grado de "doctor" que haya optado y usarlo como honestamente le plazca.

*

Creo que un instituto de esta naturaleza podrá inicialmente servirse con muy discreta erogación del Tesoro Público, aun remunerando, como debe hacerse, generosamente a los profesores, que pues, el primer año, a lo menos, los gastos de dirección y secretaría serán leves, y que, por el momento, pudiera aplicarse a clases y conferencias el Teatro de San Bartolomé, tan bien ubicado en el centro de la ciudad y cruce de todas las líneas urbanas de comunicación, contando, además, con que la primera matrícula de los presuntos graduados no debe de pasar de treinta alumnos, y que ese salón está capacitado para alojar el probablemente copioso auditorio de los asistentes, inscritos o no, como mucho importa que así ocurra para la más amplia difusión de los conocimientos.

*

No me atrevo a dilucidar el porqué de la mayor o menor extensión de los estudios que indica el cuadro respectivo suso trazado, ni el orden de su disposición, por no alargar fastidiosamente este somero informe, más sí solicita mi atención, y alguna in-



quietud me trae, el decir que contemplo como primordial y hasta urgentísimo, el que dentro de las asignaturas de este instituto lleven la primacía y sean el quirate ley las matemáticas, porque así lo reclama la índole imprecisa del carácter colombiano, que tanta reciedumbre estructural requiere para la eficacia de sus obras; y las ciencias biológicas, que nos alleguen más y mejor a la naturaleza, de que vivimos un poco efectivamente apartados, si no es como nebulosa visión de literatos; y las lenguas clásicas, no por lo que hayan de revelarnos en conocimientos, ya que el acervo cultural de los antiguos lo tenemos hábilmente vertido en idiomas contemporáneos, sino por la belleza normativa de sus peculiares estructuras, y la indeleble dignidad que confiere su comercio espiritual, y que parece ser debida al reposado ritmo de la mente que las concibió y dio a eterna luz.

*

Y con esto, presentando a los señores académicos excusa humilde por la superficialidad de esta exposición, la doy por concluida, aunque no por satisfecho mi propósito inicial de hacer apetecible la empresa que la determinó en mi espíritu: que otros, más afortunados, prosperen esta nobilísima intención patriótica, y que ella, ojalá, al fin culmine.

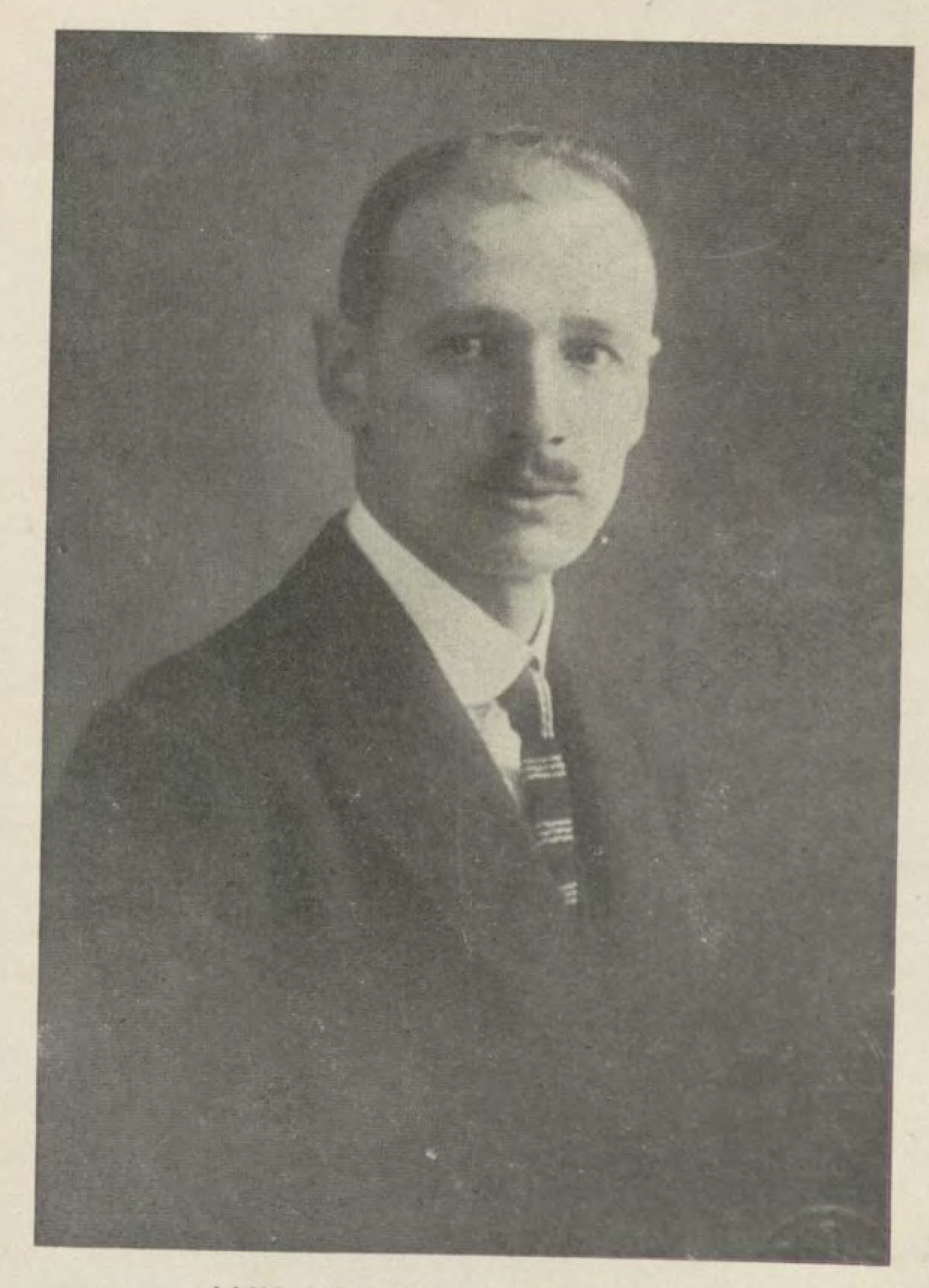
## ACERCA DE LA MUJER EN COLOMBIA

(Conferencia leída en el Teatro de Colón de Bogotá en 1920)

> Decía Santa Teresa, hablando de la no participación de la mujer en los problemas espirituales: "... Tampoco no hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar de las riquezas del Señor".

Corría el año de 1838. El pueblo inglés, presa de entusiasmo indescriptible, parecía haber afluído en masa a Londres con motivo de la coronación de su nueva reina Alejandrina Victoria. Jamás armonía mayor en el sentimiento de simpatía se había presentado en la historia de Inglaterra: una joven soberana, de educación y sentimientos puramente británicos, llegaba al trono de Guillermo el Conquistador y de Enrique VIII, sin las restricciones de sentimiento político o religioso que enfriaron el advenimiento de sus predecesoras Ana e Isabel.

Cuatrocientos mil ciudadanos más llenaban las calles de la vieja Londres, y un derroche sin precedentes de fiestas y de alegría la vivificaba en alborozada conmoción. En las graves ceremonias principales descollaban por diferentes motivos tres personajes extranjeros: Soult, el mariscal de las guerras napoleónicas, que con su prestigio militar atraía la consideración del pueblo inglés; Esterhazy, el em-



LUIS LOPEZ DE MESA—1920

bajador austriaco que lo deslumbró con su uniforme magiar cuajado hasta las botas de fina pedrería; y Sarim Effendi, el embajador turco que, desconcertado, no sabía cómo andar, ni qué decir en medio de tántas solemnidades, y cuya alelada actitud hacía reir a las gentes.

Pues bien, este Sarim medio salvaje, tenía motivo interior para hallarse desconcertado: hijo de las mesetas asiáticas donde una moral eminentemente masculina y poligámica informó los sentimientos en el decurso de dilatados siglos, donde la mujer, en hacinamiento de número y de sensualidades, vegeta esclava en los serrallos de los poderosos y de los magnates sin más consciencia que la del afeite propiciatorio de las caricias de su amo y señor, no podía él comprender siquiera que tánto honor y devoción tánta, se rindiesen a una frágil estructura de mujer.

Este conflicto interior de Sarim Effendi no lo entendían los buenos lobos anglosajones. "Todo esto, por una mujer?" "All this for a woman?" preguntábase aquél, desorientado, mientras los otros reían de verle así sin saber qué pensar, qué decir , ni qué hacer.

La anécdota risible entraña, sin embargo, escondida significación social y psicológica: en ese instante chocaban dos mundos, la situación tradicional de la mujer a la manera antigua y la situación de la mujer occidental, a la manera contemporánea, que ya por entonces se iniciaba. Con efecto, maravillado más aun, y más perplejo quedara Sarim Effendi en su insipiencia e inadaptación si, a vivir en 1897,

hubiese presenciado el jubileo de diamantes de la reina Victoria. Aquella virgencita rubia de 1838 era entonces la augusta Emperatriz de las Indias Orientales, y al paso de su carroza se inclinaban vasallos de todas las razas humanas; aquella rizada cabecita feble de 1838 impresionó con su sensatez y regio decoro al mismo Canciller de Hierro, el másculo conductor del Imperio alemán; aquella personita femenina y candorosa, contuvo con su sagaz prudencia el derrumbamiento de las monarquías europeas y mereció el inmarcesible honor de dejar como epónimo su nombre a una época, la éra victoriana.

Lo que aquello valga en la evolución de los derechos femeninos puede columbrarse ahora. Apenas diez años después, el controvertido y muy famoso Denison Maurice, especie de Savonarola anglicano, desarrolló su plan de educación intensiva de la mujer, y logró, con auxilio de Victoria, su triunfo en la fundación de Queen's College. De entonces acá cuántas conquistas viene haciendo la mujer... De sus tres posiciones subordinadas fundamentales, la política, la civil y la familiar, podemos ya decir que se desprende irremediablemente. El reconocimiento de sus derechos políticos es una verdad constitucional en muchas naciones; su capacidad civil está en activa revaluación: su situación familiar se transforma también. Por manera que en la hora presente la mujer y el socialismo son los dos máximos problemas del mundo.

Las grandes revoluciones tienen uno o más siglos de preparación filosófica y uno o más de adecuaciones prácticas. Ya parece cumplida la primera jornada con relación al feminismo. Las opiniones favorables a él de Condorcet, Laboulaye, Stuart Mill etc., le han dado consistencia filosófica; las agitaciones en su favor, tan acentuadas en 1848, le han dado tradición política; los progresos efectuados luégo en Norte América y Nueva Zelandia, desde fines del siglo último, por ejemplo, y las grandes adquisiciones más recientes, consolidan ante el criterio esquivo de los hombres, la conveniencia práctica de su implantación. Ellas han demostrado que la mujer puede traernos a la vida pública grandes reservas de moralidad, de apremiante conveniencia, hoy que los hombres la van perdiendo descaminados por la discusión de sus fundamentos y el conflicto particular de sus intereses.



Esta revolución es urgente ya entre nosotros: nuestra injusticia es tan grande a este respecto que podría citaros hechos sociales que espantarían por mostraros que contribuís positivamente a un verdadero crimen: tomando al acaso un solo aspecto, y abriendo al azar nuestros códigos, encuentro que quien deshonre a su prometida tendrá la misma pena correccional que el que roba una vaca a su vecino...

Por estas injusticias os hablo ahora y por ello me escucháis vosotras. Deseo comentar lo que pudiera llamarse prolegómenos de esta revolución feminista; y no os extrañe que sea yo el portavoz de vuestras aspiraciones, que lo mucho que os admiro y quiero me escuda y caracteriza para tánto.

*

POR QUE SE DIFERENCIAN ANATOMICAMENTE LOS SEXOS. — Antes de abordar de lleno el problema contemporáneo de vuestros destinos sociales y familiares, me permitiréis una digresión. Ni paréis mientes en lo escueto de la terminología que haya de usar, ni os desconcierten tampoco, o alarmen vuestro pudor, los datos científicos de que me ayude para vuestro propio bien y garantía de mi discurso.

Dos son las funciones fundamentales del ente vivo, sea animal o vegetal: la nutrición y la generación. Ambas, por igual, garantizan la continuidad de su sér y su existencia. De ellas la más imperativa es la nutrición, porque reclama la necesidad más próxima, mientras que la otra tiende al futuro y dispone de mayor amplitud temporal. Una y otra son tan exigentes, sin embargo, que por satisfacerlas combaten a muerte todos los seres vivos que así pueden hacerlo por la posesión de un movimiento intencionado.

De estas dos funciones, corresponde por manera principalísima la de reproducción al sexo femenino, y al masculino la de nutrición, viniendo a ser éste como un lujo de la naturaleza, usufructuario feliz de la casual estructura de su sér.

En la escala gigantesca de las especies vivas dos modalidades son predominantes: las que necesitan de proliferación abundantísima para no desaparecer, dada la endeblez de su naturaleza, y la que disfruta de agilidad, mayor fuerza o astucia y puede subsistir con moderada reproducción. Los primeros seres corresponden a especies inferiores, y los segundos se ven más entre los vertebrados, y con mayor definición en las especies grandemente diferenciadas. Así vemos la multitud, que alcanza a millares, en los insectos, y la poquedad de hijos de un elefante, un león etc. Una colmena bien nutrida puede contener hasta cien mil individuos, y en pocas generaciones una mosca tendrá diez millones de descendientes. Y si es verdad que esto tiene otras causas naturales, viene bien, asimismo, a mi exposición.



A estas dos índoles de las especies corresponden dos maneras de ser de los sexos: en la primera son las hembras más desarrolladas de cuerpo, como para desempeñar mejor sus funciones de maternidad, hasta el punto de haber casos en que el macho vive dentro del cuerpo femenino. Todos conocéis cuánto más pequeña es la pulga macho que la hembra, la araña, la mosca, la abeja etc. En esta sección, por decirlo así, la existencia de los machos es efímera, y tan mediocres sus funciones, fuera de aquella primordial, que pasaron desconocidos muchos de ellos por luengos siglos de observación humana, y en varias especies viven sólo hasta el instante del celo.

En la otra sección los machos adquieren especiales funciones: la de proteger a la hembra y contribuir al sostenimiento de su prole. Ya deja de ser el individuo ocioso de la etapa anterior con sólo un instante de significado vital digno de la especie, para convertirse en elemento indispensable a la vida

río con la presteza del mastín o la hábil natación de la nutria. Y al caer de la tarde retornar fatigoso en busca de su hembra. Ella en tanto no ha quedado inerte. Ha buscado las ramas secas para mantener el fuego, ha despejado mayor espacio en su caverna o en el ahuecado tronco de un árbol para dar mejores condiciones a la morada. Quizá siguiendo el instinto de simios y roedores, selecciona las bayas más propicias o los tubérculos farináceos que han de contribuir a su alimento. Ha ahumado la caza del día anterior o soasa raíces y bellotas. Así el hombre, si acaso, y un acaso muy frecuente, retorna a su compañera exhausto y no provisto de la presa perseguida, halla refrigerio, alivio y espirituales satisfacciones. Tal vez un becerro o un cachorro, haya sido desbravado y con él juegue a esa hora su prole, adiestrándose, a la vez que deleitándose, en simulacros de lucha y cacería.

*

LA MUJER CREADORA DE LA PROPIEDAD. — Todo este menaje, casa y accesorios, obra son de la mujer y su exclusiva pertenencia. Si ha de mudarse en busca de otro sitio, es ella la que carga con todo ello, y si adelante, hechas ya posibles condiciones de intercambio y de comercio, es útil permutarlo o darlo en venta, ella es la que percibe lo obtenido a cambio de su valor.

Hoy día es esto lo normal en muchas tribus, pudiéndose decir que la primera propietaria fue la mujer, la primera en tener el absoluto dominio de una choza, de un huerto y un rústico mobiliario.



Al hombre correspondió la pampa dilatada de undívagas praderas y la cresta "evanescente" de las lejanas serranías, donde quizá adiestró su alma a la intuición de lo infinito y al anhelo humano de un más allá, entre el azul de lueñes cordilleras y el ocaso fulgurante de los cielos estivales.

En este vivir primordial diferenciose también el espíritu de los dos sexos humanos. Al hombre le cupo en suerte el cálculo de los fines más remotos, la orientación hacia las empresas audaces que piden variedad de pensamiento y moción atrevida o tenaz La conquista del espacio fue hija de su recia musculatura y por ello peregrinó en busca de tierras más feraces o de climas más propicios. En cambio la precaución del tiempo fue obra femenina. ¿Qué fuera de aquél hirsuto cazador en los inviernos prolongados si su consorte previsora no acopiara provisiones para el sustento diario? ¿Y qué fuera de él y de su especie en las aborrascadas noches hiemales si ella no hubiese dado proporciones de refugio y condiciones de estabilidad a su vivienda? La maternidad con sus instintos tutelares salvó a la especie y desbravo al hombre, conduciéndolo a vida más de hogar y de reposo. De este modo fue la mujer primera en constituir la propiedad y crear la que hoy decimos ser riqueza, y fue también la civilizadora inicial de nuestra estirpe. Podemos decir que el primer animal domesticado fue el hombre, y éste lo fue debido al esfuerzo femenino.

*

LA MUJER CREADORA DE LA SOCIEDAD. — Entonces, como hoy, debió de modelar los impulsos individualistas y un poco anárquicos del hombre. Pudo él con su inquietud en achaques de instinto vivir el amor como la caza, al azar de los encuentros: mas, ¿quién podría entonces darle aquel halago y refrigerio que hallaba en su refugio? Y este hogar, apenas constituído por techo, lecho y fuego, fue ganando en valor espiritual, consolidando el afecto de consorte y de padre, y despertando las virtudes sociales de clan y de tribu para poder luego elevarse a los sentimientos de generosidad y de altruismo de una moral desarrollada, de una moral política a la manera clásica, de una moral católica a la manera actual. En este mismo desarrollo, cuánta parte cupo también a la mujer: las grandes emociones las da lo desconocido, así en el animal como en el sér humano. El amor una de ellas. La mujer que ha convivido con nosotros no tiene atracción para nosotros. Antes de ser pecado, el incesto fue repugnante, y hoy es una y otra cosa por igual razón. La emoción de lo desconocido cúmplese también en torno del amor, y es aquella viajera fugaz en nuestra vida, y aquel relámpago de unos ojos morunos ocultos tras la reja, los que incendian nuestro esquivo corazón de hombre. La unión matrimonial exogamática fue, pues, una necesidad inicial, y, mediante la mujer, vino a contribuir en otra forma al establecimiento de las sociedades. El hombre dio su hermana, su sobrina y aun su hija propia a un miembro de otro grupo en



cambio de una mujer desconocida, como aún ocurre entre los aborígenes australianos; y de esta manera las distintas tribus fuéronse consolidando en más amplias sociedades.

Cómo pudiera también hacerse visible la influencia que la mujer ejerció en las artes e industrias de nuestra civilización material. La india de nuestras selvas lleva a la espalda pesado cargamento y encima de tal a su hijo menor, mientras su esposo va delante, inquisitiva la mirada aguileña y libres los brazos para cualesquiera luchas. Porque él es el guerrero y el cazador, y no posee sino sus instrumentos de combate; mientras que ella cuanto carga tiene por suyo, y eso que carga es el embrión de todas las comodidades de nuestra orgullosa cultura. Esos trastos son su hogar y el comienzo de nuestro hogar, y entre esos trastos se oculta el augusto devenir de toda nuestra civilización.

*

REACCION MASCULINA SOBRE LA PROPIEDAD Y EL DOMINIO. — Pero el varón posee la agilidad y la fuerza, y hará con el tiempo tan suya a su esposa que llegará ella a ser como una esclava. Entre las tribus de Madagascar se aproxima a él en cuatro pies a besarle las plantas como saludo ordinario y general, sea padre, esposo o hermano solamente. Y cuando nos indignamos nosotros porque, pasiva, acepte el látigo inmisericorde con que el gandul de nuestros arrabales rinde a sus pies a la que es su hembra ante Dios o su capricho, es porque no en-

tendemos de su condición espiritual, ni vemos que con ello meramente se cumplen las normas morales de épocas remotas.

Y con el dominio de su persona perdió también la mujer el dominio de sus bienes. Poco a poco fue apareciendo la legislación de los contratantes con relación al hombre y perdiendo la mujer su capacidad civil de tal, hasta llegar a los deficientes códigos civiles que hasta ayer sirvieron de norma a nuestras sociedades. Apenas si un resto de aquellos derechos primitivos quedó en el reconocimiento que le hicimos de gobernar la casa y entender en sus pequeñas transacciones de despensa. Derecho que ella retuvo con tan ahincado fervor que ¡mal haya el marido que intentara desposeerla de él!

El derecho de herencia, de sangre diríamos mejor, mediante el cual el hijo suyo conserva los atributos de su casta y de sus bienes, persistió más todavía en el desenvolvimiento de la civilización y aún llegó a los límites de las épocas históricas de los pueblos que más pronto evolucionaron, y se conserva en muchas tribus. Entre los chibchas, los mejicanos y los egipcios, por ejemplo, el hijo de la hermana del rey heredó el gobierno, como reconocimiento de la mayor legitimidad de sangre, quizá; y en estas naciones los magnates obviaron astutamente un desposeimiento de su descendencia casándose con sus hermanas, aunque ello repugne al principio universal del amor exogamático. Siquiera, supongo, hallarían consuelo en quebrantar asiduamente fidelidad conyugal tan mal establecida.



•

DEGRADACION QUE LA MUJER PADECIO LUEGO. — Después de esta segunda jornada, que pudiéramos considerar aún prehistórica, en que pierde el dominio de cuanto creó, la familia, la propiedad, el ascendiente social y las industrias, cuanto hace que, para cierto período y en algunos lugares, se denomine su éra con el nombre bien expresivo de matriarcado, sumióse la mujer en adjetivación oscura o penosa esclavitud. A las lindes de la historia llega el período en que algunas razas se muestran deferentes con la mujer. Así se vislumbra de aquella civilización pre-dórica de Creta, por ejemplo, y en los pocos datos que tenemos de los colonizadores arios del Indo, antes de la revolución mística de Sakia Muni, y, sobre todo, en los mismos arios que colonizaron el Rhin y dieron al cristianismo modalidades de derecho y de moral más conformes con nuestras ideas contemporáneas.

En su degradación surgió la costumbre oriental con su poligamia, el gineceo griego, el matrimonio antes de la pubescencia y lleno de rituales, de la India, el matrimonio de los chinos etc. Situación oscura y aburrida de que nos dan cuenta los novelistas de la mujer musulmana que todos habéis leído. En esta etapa predominan las virtudes inferiores de la mujer, y es el triunfo de sus formas y el halago de su sensualidad, como lo recuerda la novelita de Ester en la Biblia y aquella fogata del Cantar de los Cantares. Mediante estas virtudes inferiores logra-

ron su feliz éxito las más célebres mujeres de la historia, Nitocris, Semíramis, Catalina de Rusia etc., hasta las tragedias palpitantes de algunos Estados Balkánicos que aún nosotros hemos mentalmente presenciado a la distancia.

En la Edad Media continúa para ella este vivir oculto, de labores domésticas y cultivo de los sentimientos familiar y religioso. La industria es entonces una tradición familiar de padres a hijos, aun contando al aprendiz, porque luego casi siempre entra por matrimonio en la familia. De esa industria participa la mujer y en ella pone el toque delicado de su estética natural. En este medio es más feliz, si se quiere, pues en el claustro familiar encuentra recogido, por decirlo así, el horizonte de sus aspiraciones. Porque la mujer es conservadora por excelencia y tradicionista. Su exquisita previsión es mediata, finalista su criterio sutil, siempre tendencioso, con tendencia, esto sí, limitada al feliz éxito de sus aspiraciones conyugales o maternas. Nadie como ella defiende la rutina familiar, la fe religiosa de sus antepasados, la moral de su tribu. Nadie como ella elude o atenúa las innovaciones del varón, el afán que a este agita por los viajes, su incesante búsqueda de lo desconocido. Ella nació para procrear en el reposo. Por eso formó el hogar, la familia, la sociedad, la industria y la riqueza. Ni sus músculos ni su cerebro tienden a la aventura, ni, por ende, a la invención. Encanecerá con gusto tejiendo eternamente un mismo abrigo para su prole, mientras el hombre romperá mil veces su telar por ver de re-



formarlo. Porque él es inquieto: sus músculos siempre están en tensión al atisbo de dificultades que vencer; y su cerebro, oxigenado en las cimas que dan frente a lo infinito, anhela lo incógnito, ama ese infinito, aunque sólo sea en su más humilde forma, la variedad. Por eso también su corazón se cansa, no que deje de amar, es que deja de apetecer febrilmente. Como el Sahara son su corazón y su cerebro: si recibe agua, con avidez la absorbe y busca otra más, y si más recibe, a otra luego aspira. Porque, como el Sahara, recibe en plena frente el sol de los espacios sin límite y el simún de las regiones remotas...

Mejor que en mis palabras está sintetizado este paralelo en la anécdota verosímil de lo que una vez ocurrió a Tales Milesio, padre de la filosofía, quien, por mirar tenazmente hacia las estrellas, en busca quizá de algún raro pensamiento, hundió sus pies en una charca y en ella se encenagó cuan largo era. Una mujer que le miraba rióse de él, y le dijo con la filosofía instintiva de su sexo: "¡No ves, Tales, lo que hay a tus plantas, y quisieras entender lo que hay en el cielo inaccesible!"

*

FIDELIDAD FEMENINA. — Y cómo aquilata la mujer su tenacidad y su fidelidad en aquellos hogares de rutina. ¿Conocéis la leyenda de doña María de Carvajal, la esposa ilustre del noble Mariscal Robledo, en los tiempos maravillosos de la Conquista? Presiente la conducta artera de Benalcázar y propo-

ne acompañar a su marido a través de los abruptos Andes, y cuando sabe de seguro que fue asesinado en las empinadas laderas del río Pozo, entre el Cauca y Salamina, no haya sosiego interior, y como las Euménides de la Grecia clásica, persigue con su odio justiciero al imprudente e inclemente Adelantado por vías selváticas y montuosas cordilleras, punto menos que intransitables entonces. En su misión vindicativa tiene que dar la mano a otro hombre, pero ese hombre, loco de amor por ella, muere agotado en la angustia de no encontrar ni un acento, ni una mirada de cariño. Viuda nuevamente, sólo se considera a sí misma la esposa ofendida del mariscal Robledo. Su juventud y su belleza, la fascinadora reverberación de sus ojos negros en aquella faz de pálida hermosura, enloquece a los jueces mismos cuya justicia invoca, y de nuevo se ve llevada a contraer matrimonio. Pero mirad que lo contrae bajo la promesa desconcertante de que no se ha de realizar mientras no sea vengado su primer esposo; y si lo realiza después, es automáticamente, impasible, como un ente espiritual vestido, por gracia, de hermosura humana.

¿De dónde arranca esta misteriosa impregnación que hace fieles más allá de la vida a las mujeres que amaron una vez con entrañado amor? Es su naturaleza misma la que así las conduce. Dicen los biólogos que el huevo al recibir la cromatina fecundante del germen masculino, condensa su ectoplasma en película impenetrable para los nuevos elementos que lo buscan. También así el alma



femenina, una vez que dió cabida a un gran amor, cierra sus oidos a todo nuevo halago, y si cumple a sus destinos unión distinta, llena sus deberes fría y resignadamente, como la hermosa dama de esta crónica colonial novelada que os he dicho.

Llegados a la linde de nuestra vida contemporánea encuentro que la situación moral de la mujer se complica extraordinariamente. A la sencillez primitiva sucede prodigioso fraccionamiento. Si miráis al mundo contemporáneo, aun dentro de nosotros, veréis que la división de clases sociales encarna modalidades diferentes de conducta. Su menudo análisis trasciende los límites de una conferencia. Estas clases sociales van, en movimiento complicado, evolucionando dentro del conjunto general. La tersa superficie de los ríos parece indicar un curso de deslizamiento homogéneo, y sin embargo, las corrientes profundas llevan muy diversa rapidez: unas van veloces, y arrebatan con furia cuanto toca su masa; otras, laterales, se espacian en lento curso y se detienen en curvas dilatadas, que parecen de indefinido estancamiento. Así también, si contempláis la ebullición del agua, veréis corrientes centrales propulsoras y laterales de reflujo. Igual cosa acontece en los sutiles movimientos del protoplasma vivo, en que los observadores descubren misteriosas corrientes de interacción vital indescifrable. La sociedad tiene ese curso y presenta similares ondulaciones, cuyos elementos están constituidos por la familia. Mas tampoco me es dado hacer aquí la psicología especial de ella, de la familia, que la tiene muy

propia e interesante. Solo os diré que en virtud de esas corrientes indefinibles, en un momento dado, y en cualquier país de bien desarrollada civilización, la moral se presenta en múltiples grados según la esfera social que contempléis, y su estudio ofrece por lo mismo dificultades enormes.

Prefiero por ahora abordar la parte aprovechable entre nosotros de tanta lucubración. Voy a entrar tan suave y discretamente como pueda en lo íntimo de vuestros corazones. No miréis a mis palabras, tened fijos los ojos en el cariño con que soy guiado a esta delicada misión. Permitid que parafraseando la exclamación angustiosa de Cristo os diga: "In manus vestras commendum intentionem meam". En vuestras manos pongo la nobleza de mis intenciones: yo que os conozco sé que podréis ampararme de torcida interpretación.

*

LAS NECESIDADES FUNDAMENTALES Y LA EDUCACION DE LA MUJER. — Para sí y por la especie, dos cosas esenciales necesita la mujer en la vida: modo de vivir y modo de amar decorosamente. Para ninguna de las dos la capacitamos nosotros. La educación que recibe, y que orgullosamente llamamos educación, la deja sin recursos para defenderse de los azares del amor y de los azares de la vida. Con el más noble anhelo y con laudable cariño le damos orientación que nos parece ideal, sin ver, o sin querer comprender en los ejemplos de la vida cotidiana que tenemos presentes a cada paso,



que esa orientación conduce a algunos fracasos de lágrimas y de ruina.

La joven que ha estudiado seis años de piano, seis años de colegio, y una vida entera de labores manuales, con más el catecismo religioso y los devocionarios de piedad, nos parece de perfección envidiable. Y ved, sin embargo, cuán a menudo entra en la vida social, a los diez y ocho años, sin conocer a los hombres, cómo se casa a los veinticinco con el corazón desilusionado, enviuda a los cuarenta desvalida y pobre, y muere al fin humildemente, creyendo que el mundo es una inexplicable pesadilla de deshonra, de fracaso y de dolores.

La educación de la mujer debe ser revolucionada de la cúpula a los cimientos, "de fond en comble", si es que la amamos realmente y buscamos para ella el bién y la felicidad. La noble compañera de nuestros destinos no alcanza su dote de dulzuras y de amor, de bienandanza y de honores que se merece, porque vivimos sólo preocupados de la suerte del varón, y a ella dejamos al vaivén de la fortuna arisca, náufraga en piélago de incongruentes preocupaciones sociales.

Los cinco mil dólares que gastamos en darle una instrucción inútil de recitados de ortografía que nunca practicará, de trozos de historia embrolladora, a la manera de Sánchez y Casado, de geografía siglo XVIII, y de catecismo del padre Astete; más los cuatro o cinco grandes bailes y paseos de presentación social y cultivo de buenas relaciones, como suele decirse en la jerga familiar, le bastarían

para hacerla feliz a ella, a su esposo y a sus hijos, si fueran aplicados inteligentemente.

*

DESARROLO MENTAL DE LA MUJER. — La inteligencia de la mujer es muy capaz, y en manera alguna inferior a la del hombre para ganarse la vida. En mis investigaciones psicológicas he encontrado que sólo es inferior al hombre, entre nosotros, en un diez por ciento en la prueba de conocimientos adquiridos, a pesar de la descuidada educación que le damos. Y este diez por ciento de inferioridad no es debido a sus alcances sino a la viciosa, inconducente y despilfarrada metodología de los colegios de niñas y de nuestra educación familiar.

La mujer tiene como el hombre tres por ciento de cerebro con relación al cuerpo, y lo que le falta en ciertas esferas de la intelectualidad, como una mayor inventiva, generalización y abstracción, le sobra en otras más conformes a su misión femenina de aplicación útil, observación rápida, memoria de detalles etc., que hacen de ella consejera ideal y complemento del hombre. Mas aquel diez por ciento de inferioridad en el saber y la experiencia es algo gigantesco para la vida práctica. Es justamente la diferencia que existe entre el bachiller y el abogado, entre un jurisconsulto de primera categoría y un picapleitos, entre un maestro de obra y los obreros que le están subordinados. Es la diferencia del buen éxito, el cuociente de la fortuna.



En estos momentos la mujer debe ser educada para bastarse a sí misma. Una ciencia, un arte, un oficio, una capacidad cualquiera de resultados económicos, le es indispensable. Pero esa ciencia, ese arte, ese oficio le deben ser dados de acuerdo con sus disposiciones naturales y vocación, y no según nosotros queremos, que todas toquen al piano oberturas de Beethoven y haga con bolillos encajes de hada. Mil senderos de trabajo honorable presenta a la mujer la vida contemporánea, y por rica heredera que haya venido al mundo, como ejemplo social y por previsión prudente, debemos enseñarle alguno de ellos. A la manera que los herederos imperiales de cierta casta coronada europea deben o debían, por tradición de familia, aprender algún oficio con que ganarse el pan, así la mujer debe, también, entre nosotros, saber cómo se vive si ocurre el desamparo o la bancarrota de los suyos. Por otra parte, y no menos interesante si se quiere, el trabajo lucrativo es el mejor sistema de curación de las enfermedades nerviosas y de las pequeñas alteraciones de salud general que hoy tanto afligen a la mujer. Así se ha comprobado donde se desarrolla actualmente esta nueva orientación de la vida femenina. Y no creáis que es sólo en Norte América o en Rusia donde esto ocurre. Aun entre nosotros, en Medellín, por ejemplo, esta revolución toma raíces definitivas y ahí vemos el ejemplo edificante de ricas herederas que son las secretarias de su padre y aun las contadoras de alguna importante casa comercial. Hasta ensayos se están haciendo de educación profesional

decimos aquí. Si iniciáramos nosotros la costumbre de proveer a nuestras hijas de un techo cualquiera, como dote, o seguro si se quiere, de posibles desvalimientos futuros, la situación social y familiar de la mujer quedaría redimida "ipso facto". La maternidad y el amor en todo tiempo, el honor además y las comodidades hoy día, reclaman con urgencia estas modificaciones de nuestras costumbres. Una póliza a veinte años de término facilita esta grandiosa creación social. Diez bailes indescriptiblemente maravillosos y cien paseos mágicos no llevan más pronto una niña a los altares que ese techo de su propiedad exclusiva.

La capacidad intelectual de la mujer colombiana sé que es muy suficiente para afrontar estos problemas. Mujeres de nuestra sociedad, quizá muchas de ellas están ahora entre vosotros, dan un setenta y cinco por ciento en la prueba de erudición de mis cuadros de psicología experimental, lo que corresponde al conocimiento medio de los profesionales, abogados o médicos v. g., y ello con solo, y muy solo, su esfuerzo independiente. En materia de sus sentimientos podría revelaros actos tan heroicos y sublimemente delicados que os sorprendería el vivir a su lado sin haberla antes conocido. La condición de poseer más reservas nutritivas que el hombre la hace superior a él en la resistencia a las fatigas, al insomnio, y aun al mismo dolor moral y físico. Su voluntad es tenaz, su carácter bondadoso, generoso y dúctil. Y el conjunto de su estructura moral tan aquilatado es y pulcro, que enamora hasta en un frío aná-



lisis de psicología. ¡Mirad, pues, vosotros, al sér, alma de nuestra alma y cepa de nuestra vida, a quien tenemos indolentemente abandonado, creyéndole feliz!

*

EL AMOR. — Un poco antes de la aurora, en los cielos azules, aparece sobre el horizonte levantino una tenue luminosidad que precede al día. Efecto misterioso aun de una probable materia cósmica difusa que envuelve en una como elipse el cuerpo del sol, esta vaga luz que los astrónomos llaman zodiacal contituye para aquél maravillosa diadema sutil. Así también en el alma pura de las vírgenes se anuncia la pubertad por un vago ensueño luminoso de amor. Es un anhelo indescifrado que dilata las pupilas, tersa la frente y aviva el labio de encendido color. Tenue anhelo que hace divagar su alma en misteriosas peregrinaciones de ideal hacia lo futuro que por instantes se acerca y huye por instantes, en reflujo incierto de ondulaciones indefinibles. Es el preludio del amor. Del torso recto de la niña van surgiendo las líneas onduladas de la mujer. Rara timidez expectativa vaga en su mirada; y al andar y al reír y al pensar parece que se irguiera, a un tiempo mismo provocativa y ruborosa. Vigila un poco más el ruedo de su falda y oculta un poco más su pensamiento. Lanza a veces la mirada en audaz acecho de algo desconocido que está para llegar, y a veces la recata sin saber por qué. En un momento dado sus ojos chocan con otros ojos de aquella misteriosa manera que soñó, y cual el sol tras la luz zodia-

cal surge en el horizonte, así en su alma luce el primer rayo luminoso de amor. Pero es mujer. Su instinto de reserva, la educación, los sueños de su bella personita van diciéndole que ese amor de su alma es como un tesoro, sésamo sacramental de una vida, su vida, y de otra vida, la especie, y de una más allá, el universo mismo, tal vez. Y dentro de su alma el amor se confunde con su sér —en la mujer amar y ser son una misma cosa— y ese amor va siendo para ella algo grandioso que se mide por la vida, por el mundo, por la misma eternidad indeficiente.

Nosotros, hombres, no alcanzamos a comprender, ni tal vez a imaginar, en cuánto se aprecia a sí misma la mujer. Y no por consciente vanagloria: es por cierta intuición indefinible de su grandioso destino en el devenir humano, y de la vida en general y el universo. Su amor y su sér, así identificados, son, dentro de su espíritu, un cosmos aparte del cosmos en que vive.

¿Y cómo guiamos nosotros ese ensueño de universalidad y de ilusión, y a dónde conduce a nuestra infortunada mujer cuando se desconcierta un poco en sus amores o en su felicidad conyugal?

Ella ha soñado vagamente con caricias, mas las caricias de un amor heroico, grande como los espacios estelares y definitivo como las obras de la divinidad. La caricia sí, pero vale tanto su caricia, que no la tendrá sino el que rendido dé por ella una vida, un ideal supremo y un amor de heroicidades. Esa la caricia con que sueña. Mas vive entre un maremagno de amigos de la casa, de primos que disfrutan de toda intimidad, de primos que son hermanos para ir y venir por las alcobas y son extraños si les provoca amor; y en esas mil oportunidades excitantes halla de pronto su mano aprisionada por otra mano y sus labios trémulos besados con una descomedida y vulgar provocación. Ha entregado su primer beso y aquél que lo tuvo va y viene sin dar a comprender que es un tesoro, un universo de la mente femenina lo que acaba de recibir. No puede la joven comprender tan escasa emoción ante el don maravilloso de sus sueños, y vive allá recónditamente su primera y amarga desilusión afectiva.



Más luego adviene a su vida el clásico amor de nuestros salones. El la miró en uno de los bailes, le envió canasta de flores el día de su santo, visita ya la casa, se suceden los paseos, todos le abrimos paso para que cultive más su inclinación. Entonces aprende el "argot" de la buena sociedad, habla de los "handicaps" del último deporte, sabe si el traje de su amiga es renovado y aprende cien historias picantes de galanes atrevidos. La discreta personita de hace poco va reduciendo las perspectivas de su alma, va haciéndose superficial, amanerada; vicia de anhelos tontos su bello corazón y llena su espíritu de inquietud inútil. Su amor se rompe un día u otro día y enferma de un desengaño más grande aun, y sufre su primer ataque de neurosis. Desconcertada por la vida pone fugaz entusiasmo en éste y en aquél, a veces en los dos a un mismo tiempo. El misterioso valor de sus caricias no le preocupan ya. ¿Acaso no la hemos visto en una sola noche de baile recibir tres be-

sos de tres amigos diferentes? No importa! Quien le ayuda en sus amores con uno, juega a su tiempo con sus manos. Está desencantada. Sonríe por mera educación. No cree en la suprema virtud de las matronas, y de los hombres tiene ya el concepto de su propia experiencia. Cualquier día se casa sin saber si quiere, porque es oportuno, porque él es amable o distinguido, o, en fin, porque siquiera es "él".

Quizá adelante —los años han corrido en pesada monotonía— algún ensueño surja en el fondo de su insaciado corazón. Cree que la vida sí es buena, que es posible amar, que este otro sí presenta la hidalguía y los dones indefectibles que anheló antes. Es tarde ya, pero una lucha entre su fracasado vivir y ese anhelo de una vida de valor real, de una vida de excelsas magnitudes, estalla conturbadora y fascinadora también. Acepta al fin. ¿No tiene, pues, el derecho inalienable de vivir su vida? Mas he aquí que él tampoco. Tampoco él buscó su alma, ni su mérito real: su caricia es más exigente, más brutal, más humilladora. Es el caso doliente tan maravillosamente descrito por Eça de Queirós en su tragedia denominada El Primo Basilio: Luisa hechizada ha dado de sí cuanto más pudiera amar; y cuando, angustiada por tantas concesiones, piensa en lo futuro, azarosamente comprometido, él le cuenta a su viejo confidente, con un gesto de desengaño torpe: es muy provinciana la prima, ni siquiera usa medias de seda. Y así son todos. El día menos pensado se va sin decir adiós, él, la última vislumbre de ilusión de esa angustiada vida. Entonces sí coloca en su sombrero tenue velo de punto o le trueca por la mantilla adusta, y vegeta el resto de sus años en la inagotable plática de los recibos y costureros.



Excusadme vosotras si os pinto una vida que no es, ni será nunca, vuestra vida. Mas ella existe, y aunque pensemos que es una excepción, tan angustiosa me parece y deletérea, que os la quise describir para que me entendáis mejor la otra revolución que debemos emprender en la educación femenina.

*

¿SE IMPONDRA EL AMOR LIBRE? — Porque en la conducta de la mujer ha estallado grave revolución de comportamiento. Se inicia una éra en que ella resolverá si ama al acaso de los encuentros, como gusta a los hombres, sacrificando de un golpe de masa definitivo todo el ensueño de idealidad y de castidad que hasta hace poco fueron su fuerza y su gloria, o si vuelve a las normas tradicionales.

El problema es gigantesco, si los hubo. El amor libre, y su hermana menor, la libertad de costumbres, dan vida más complicada y complaciente a la mujer. La colocan en pie de igualdad con el hombre, y probablemente crean un "modus vivendi" que con los años sea aceptable y aun "moral", en el sentido etimológico de esta palabra.

Es la corriente contemporánea de que nosotros, por nuestra culpa, como dadores de este ejemplo indisculpable y menospreciadores del decoro de la mujer ajena, estamos sufriendo y seguiremos padeciendo aún, hasta agotar con ese cáliz de amargura, las más

tremendas decepciones. Pero el problema no se plantea hoy, ni yo lo enunciaré siquiera, como problema masculino. Veamos qué entraña para la mujer solamente, hasta donde se pueda vislumbrar de antemano. Dentro de la manera de ser "actual" de nuestro espíritu, la mujer entregada a sus inclinaciones perderá en fuerza: no podrá sugerir pasiones heróicas, hará, apenas, fugaces y dañosos amoríos. La idealidad, que es hoy trasunto de fidelidad y continencia, o creará nuevas maneras de ser, lo que no parece muy probable, o desaparecerá bajo el peso de la irrisión y el aplebeyamiento de fáciles contactos. Un esfuerzo de conquista aparecerá en la mujer que abajará más aun su valía y abultará sus defectos peculiares hasta donde hoy no podemos siquiera imaginarlo. La lucha por la vida será para ella cruel, porque el hombre irá haciéndose, por desafección, más desidioso e improductivo, amando escasamente a una prole que puede no ser su prole y un hogar que puede ser el del vecino también. La familia revolucionará sus fundamentos y perderá en intimidad, en cohesión y mutuo apoyo, haciéndose, quizás, mero, postizo que encubra su propia disgregación. La sociedad tendrá que optar por las normas coercitivas del comunismo "et sic de coeteris", para todas las relaciones sociales.

Comprendo que es presuntuosa audacia pronosticar lo futuro, que por su naturaleza escapa a las leyes del espíritu, puesto que ese mismo espíritu está sujeto a revaluaciones y fundamentales transformaciones. Mas la humanidad vale algo por su dón de



previsión, y renunciar a él es renunciar a los sueños más preciados de nuestra vida, es bajar la cabeza ante la inconsciencia de una fatalidad ciega e invencible.

Y puede ser, también, que yo esté errado. En épocas de transición, en las épocas que siguen a las grandes guerras y a las conmociones sociales, siempre disminuye el nivel moral femenino. ¿Será esta situación actual de la mujer mero accidente del desconcierto que crean en nuestra vida las profundas perturbaciones de la gran guerra y las no menos ominosas de la lucha económica-social que le han seguido? Es justo pensarlo; mas parece que algo sustancial se modifica, porque la mujer toma nuevas posiciones intelectuales y económicas que revolucionan fundamentalmente su espíritu. Yo entrego a ella su propio problema con el doloroso interrogante, y le enrostro el añejo aforismo "el que gran salto da, a sus pies se atiene". Pero si no quiere ella ir tan lejos como su actitud actual lo anuncia, le ofrezco las consideraciones que dentro de nuestro corazón de hombres surgen cariñosa y espontáneamente.

## SEGUNDA CONFERENCIA
## ACERCA DE LA MUJER EN COLOMBIA

(Pronunciada en el Teatro de San Bartolomé, Bogotá, 1944, según el resumen que de ella hizo la Revista Mirella en el número 14 de sus ediciones. Ya para entonces la mujer colombiana había adquirido el reconocimiento de sus derechos en el orden civil, había avanzado mucho en su aplicación al trabajo, pero aún carecía de la igualdad constitucional política, como se verá por la síntesis de este discurso).

*

Con motivo de la presentación al país de la UNION FEMENINA DE COLOMBIA, el Profesor López de Mesa, disertó en el Teatro de San Bartolomé, acerca de la situación política de la mujer colombiana.

El núcleo conceptual de su exposición fue el argumento de que a la mujer colombiana no se le puede restringir el goce perfecto de la ciudadanía, porque con ello queda grave desequilibrio jurídico en nuestras instituciones.

Ese equilibrio jurídico institucional es para él tan fundamental, en el desarrollo histórico de nuestra democracia civilista, que los muchos y muy serios argumentos que le oponen se desvanecen como la niebla momentánea del amanecer ante la caudalosa luz del sol naciente.

"Estamos educados, comenzó diciendo, a considerar la Naturaleza como la armonía perfecta del or-



den, COSMOS, según la voz helénica que tal orden significa, y y ello no es así: la lentitud de los procesos nos hace pensar que todo marcha en el Mundo armoniosamente, pero a los ojos de la ciencia, y en mucha parte, de la filosofía también, lo que aparece es lucha, eterna lucha, lucha implacable, desde los elementos constitutivos del átomo hasta el drama sideral de las constelaciones y aun de las remotas galaxias de los últimos confines de la realidad asequible a nuestros ojos.

"Y esa lucha, insoluble al parecer, porque es la expresión de la actividad misma del ente, condición ineludible del existir, del revelarse ese ente en acto, muéstrase más notoria, y como más apremiante, en los fenómenos de la vida, en los seres vivos"...

En el desenvolvimiento de esta opinión continuó aduciendo argumentos que sería difícil resumir en pocas frases. Luégo, circunvalando el tema, aplicó su juicio a la lucha de los sexos por el predominio de las agrupaciones sociales, y expuso:

"Las dos grandes ramas de los seres vivientes que más rudamente se han disputado el imperio de la tierra, los insectos y el hombre, han tomado diversos rumbos: en aquellos predominó el matriarcado, y en redor de la hembra, dominadora suprema de sus repúblicas, construyeron esas organizaciones sociales que nos dejan estupefactos por la adecuación de sus funciones y la maravilla de sus resultados, hasta el punto de que en ciertos momentos de la historia de nuestro planeta, estuvieron a un paso de derrotar al hombre, y que desde luego, aniquila-

ron en la Antigüedad y la Edad Media las más orgullosas civilizaciones del ecumene".

La conferencia prosiguió ahondando intensamente esta cuestión de exquisita exégesis historial, para reanudarla con el pensamiento básico de ella, así:

"En el árduo decurso de la historia humana, prehistoria, antehistoria, y aun en los actuales momentos del mundo, esa lucha subsiste. Pueblos hay, como Alemania, de tipo patriarcal, y otros de modelo matriarcal, como Estados Unidos. Las consecuencias morales y políticas que se dan en ellos nos dicen que sería necio error presuponer, cual está ocurriendo en Colombia, que la influencia de la mujer en este orden de la actividad social sea, o pueda ser, deletérea para el mantenimiento y avance de las normas progresistas de la cultura: que la mujer imponga visión retrógrada a las ideas liberales de la democracia"...

Y jugando un poco del vocablo, añade:

"No conocen mucho a la mujer quienes tal juicio emiten acerca de su posible actitud electoral. Ella es conservadora en religión, sin duda, pero republicana en amor y... radical en política.

"Basta recordar que siempre estuvo del lado de las magnas revoluciones de la historia: Cristianismo, Revolución Francesa, Emancipación Americana; y que fue ella la estimuladora, y a las veces el soporte máximo, del genio innovador de las sociedades: Moisés y Cristo, San Agustín y San Pablo, Bonaparte y Pericles, Colón y Lenin... Lo que no significa que sea alocada y meramente emotiva, desaconsejada y



pueril, pues por otra faz de su naturaleza, busca la estabilidad y el orden, como garantía que son del buen hogar y de la felicidad del hijo, las dos supremas ambiciones de su alma.

"Prueba irrecusable de esta certidumbre es que de las sociedades matriarcales de la prehistoria surgieron casi todos los fundamentos de la cultura: el hogar firme y la agricultura, el lenguaje hablado y el arte, por ejemplo.

"Ni era de suponer otra cosa, porque la historia tiende al término medio, al modo que la gravedad, en el orden físico, conduce a un centro de sostén: en la marcha pendular de las opiniones humanas, ese centro de gravedad es el que rige las operaciones finales, les da el ritmo peculiar de su ejecución y marca el punto del reposo.

"Ni podría esperarse resultado distinto de este, ni otro ha habido en los pueblos que dotaron a la mujer de la plena ciudadanía.

"No hay tal que ello ocurra en otros países porque sean de sajones reposados o escandinavos cultos: surge esto de que en todas partes la mujer es, y lo ha sido siempre, intuitiva y adivinadora, consejera y abnegada, heroica y prudente.

"Los mismos hombres que políticamente se oponen a concederle la plenitud jurídica, en la intimidad del hogar la consultan y obedecen. Aquí es pertinente, y muy oportuno, recordar que ella, ante la prueba máxima de sus potencias —en la viudez— sabe gobernarse, y que no pocas veces corrige con éxito maravilloso, los fracasos que en su hogar im-

puso en ocasiones la dirección desconcertada del marido.

"Y todo lo hace con ese su heroísmo de tono menor, imperceptible casi, discreto siempre, tan apartado del ruidoso y esporádico del hombre, porque el suyo es indefectible y perenne, desafiador de las leyes mismas del cansancio y del hastío. Así trabaja ella por los que bien ama, así vigila su ternura el bien de ellos, así los protege en sus enfermedades y contratiempos. Y lo hace sonriendo, como si tal esfuerzo agobiador le fuése fácil y ameno; así, ocultando su propia angustia y el próximo colapso de sus fuerzas; así, escondidamente heroica".

El conferenciante cambia en ese instante de tema, y como dialogando consigo mismo, añade:

"Yo no sé que ninguno de los pueblos que han dado la plena ciudadanía a la mujer se hayan arrepentido de ello. Ni sé que en ninguno de ellos hayan ocurrido estas calamidades políticas que nuestros conductores sociales nos anuncian en Colombia.

"En verdad que ellos distinguen nuestro caso del que esos otros pueblos contemplaron a la hora de imponerse esta solución jurídica, y arguyen que así lo hacen porque nuestra mujer aún no está preparada para aquella evolución.

"Es el mismo argumento que adujeron los que sostenían la esclavitud del negro y la servidumbre del indio, es el mismo argumento que llevó a nuestros legisladores de otra época a restringir el sufragio a sólo los que supieran leer y escribir o tuvieran determinados haberes materiales.



"Yo me pregunto si es justo que una mujer culta, la Madre Castillo y Guevara entre nosotros, digamos, o Manuela Santamaría de Manrique, o Soledad Acosta de Samper, o Agripina Montes del Valle... le ceda su puesto en las urnas a un labriego analfabeto o a un rufián de borrascoso suburbio.

"Y me pregunto, más asombrado todavía, ¿cómo es ello posible que las cien mil o doscientas mil mujeres colombianas que de todo en todo sostienen económicamente sus hogares, esposo inclusive, sean ante la constitución consideradas inferiores a esos mismos hombres que ellas dirigen y sustentan?

"¿Ni cómo pensar que los millones de mujeres cultas que hay en nuestras ciudades y pueblos, tengan menor discernimiento que los millones de labriegos, mineros y pastores de los campos, que no saben leer ni escribir, ni otra alguna noción a veces alcanzan que la meramente vegetativa de su persona?

"Es este grave desequilibrio jurídico que carece de sensata explicación, si no es la de los vagos presentimientos sutiles de nuestros jerarcas del orden partidario y los de nuestros guardias custodios de la femineidad, que creen que nuestras mujeres perderían ahora el seso y se dejarían conducir ciegamente por consejeros de ocasión, o padecerían menoscabo de su dignidad señorial en las ardientes pugnas del foro. No lo entiendo yo así. Por esa ley pendular de la historia que busca el término medio de la acción, en dondequiera que la mujer adquirió el amplio disfrute de sus derechos, la proporción electoral de los partidos políticos continuó inalterada.

"Pero el equilibrio jurídico obtenido con ello enalteció —esto sí— la dignidad de las respectivas instituciones nacionales. Porque la libertad, nuestra libertad, es categoría del espíritu. De ahí que nunca queramos prescindir de ella, rescindir su fuero de posibilidad eminente, aunque a las veces, y muchas veces, casi todas las veces, no la ejerzamos en el cotidiano trajín de la propia existencia.

"Categoría del espíritu, equilibrio de juridicidad eminente, inmanente diría mejor, que no podemos negar a la mujer sin grave pecado de inconsecuencia.

"Cuando reconocimos la personalidad del indio, cuando reconocimos la ciudadanía del esclavo negro, cuando eliminamos la servidumbre del rústico medioeval, ¿estaban acaso en sus condiciones intelectuales a la altura de ese derecho? Ciertamente no: mas hallaron con ello la posibilidad jurídica de escalar esa altura, y el preciado estímulo de intentar aquel encumbramiento, y así, la humanidad ganó jornada eficacísima de dignidad y nuevas virtudes".

Al relatar estos hechos históricos, y al dilucidar estas cualidades del espíritu, el Profesor López de Mesa da a su exposición acentos de combatividad y de emoción visible. Algo anuncia en ese su acento que está litigando por nociones y opiniones que le son entrañablemente queridas:

"Hacia allá marcha el mundo. Hacia allá se encamina el proceso de la historia humana. Pretender aislarnos de ese movimiento —nosotros que tuvimos a mediados del siglo XIX la fortuna de ser los primeros legisladores de esta innovación jurídica— sería suprema ingenuidad y desatino ingenuo.



"Es esta la marcha ascendente hacia la liberación del espíritu, hacia la armonía universal del espíritu. La humanidad se compone de los dos sexos, individual, familiar y socialmente; intelectual, moral y pasionalmente. La persona humana requiere ese equilibrio de actuación viviente: ¿cómo vamos a negarlo en la cifra y el ápice de esa interacción, que es lo jurídico, expresión normativa de lo individual, de lo familiar y de lo social estatalmente constituídos?

"Y pienso yo, hablando del circuito patrio de esta querida Colombia, en lo que dirían las heroinas nacionales que contribuyeron a darnos la emancipación plenaria: en lo que dirían Policarpa Salavarrieta, Antonia Santos, Agueda Gallardo de Villamizar, María Concepción Loperena y Simona Duque... al ver que a su sexo se le negaba, aun al cabo de más de un siglo de esa emancipación, la plenitud jurídica de la ciudadanía que ellas pagaron con su sangre o la sangre de los suyos: ¿lo entederían acaso...?

"Tal vez sí, pero con grave rictus de amargura".

## ORACION ANTE LA TUMBA DEL GENERAL SANTANDER EN EL CENTENARIO DE SU MUERTE

En 1810 y en Santa Fé del Nuevo Reino de Granada, un monzalbete de 18 años entró al servicio de las armas en pro de la independencia política de las Colonias españolas de América. Nueve años después regresó a la misma, entonces pequeña, taciturna y remota urbe andina, con el grado de General de División de los Ejércitos Libertadores, y la augusta misión de organizar la república naciente. ¿Qué tenía en sí y qué hizo de suyo este varón de la estirpe colombiana para escalar tan pronto aquellas altas cumbres?

*

El mozo imberbe aún que pasaba inadvertido por las callejas del villorio neogranadino de entonces, en busca de las rancias normas de su gente, que en los claustros de San Bartolomé escanciaban algunos entusiastas preceptores de Derecho, abrigaba bajo su vetusta capa gris de estudiante poco adinerado la más compleja urdimbre de influencias atávicas que puedan estructurar un temperamento en trance de heroísmo. Hasta donde las genealogías tocan la linde nublosa de la verosimilitud, tres Continentes aportaron en él su signo arcano: Asia, genitora de religiones y de epopeyas delicuescentes de



la personalidad, a la vez caótica y profunda; Europa, maestra de la mesura, la ponderación y el equilibrio, crítica y pragmática, por ende; y América, la América de entonces, enalbada de elaciones juveniles. Tal vez le dio la una la previsión económica y el juicio sutil, tal vez de la siguiente tuvo la suprema discreción con que valuaba las empresas de los conductores de su generación, quizás de la última recibió el ímpetu reformador de instituciones.

¿Quién podrá saberlo? Enhiesta la apostura señorial, traducía acaso huellas de sangre de los monarcas de Navarra y de los reyezuelos de América, conjugadas en él para empresa de valiente magnitud; mientras que el ojo gris del nórdico europeo escrutaba encajado entre pómulos salientes de la raza aborigen, como si Ruy Díaz de Vivar, progenitor lejano, iluminase la suave estirpe de su remota abuela la Cacica de Suba.

Hombre americano, estuario confuso de razas y de ideas: mirando una muchedumbre cualquiera de nuestras naciones de este Hemisferio, de las llamadas latinas, sobre todo, se advierte que aun no definen fisonomía racial, que antes ofrecen al observador abigarrado conjunto de facciones de disímil procedencia y, lo que más impresiona mi criterio, que cada uno de esos rostros parece inacabado, indeciso de forma, a la manera de un mosaico de líneas sin asociación de linaje, aunque sean agraciados y seductores a veces. Así también lo son en su carácter, en su sensibilidad, en su ideología, por donde nos viene el que aún no hayamos concebido cultura

propia, seamos tan difíciles de gobernar, tan escépticos, tan críticos e individualistas. Anarquía biológica, en que los elementos, como en las matrices en que se va a fundir y definir el bronce, andan yuxtapuestos apenas y sin núcleo de gravedad común.

Santander fue en lo físico de tales índole y prosapia, y por ende criollo neto, fundamentalmente representantivo de esta Hispanoamérica amable y confusa, mas no en el alma, ella sí estructurada reciamente en normas definidas de conducta propia y de gobierno.

Llegado al mundo en el preciso lindero de Venezuela y de Colombia, es, no obstante, el más neogranadino de nuestra familia: no revela el ímpetu guerreador de nuestros hermanos de Oriente, ni su nítida franqueza, sino el continente reposado y la suave cortesía que esconde el análisis sutil tras la sonrisa indefinible de las comisuras labiales o del ojo apenas, centinelas de dilatados espacios interiores de pensamiento y sentimiento; no el abundoso decir alegre del hombre litoral, pero la frase persuasiva que asciende en espirales hacia más recóndita interpretación o gracia elíptica.

Debiose ello, sin duda, a que esta Santa Fé del Nuevo Reino le tuvo consigo de los trece a los diez y ocho años, período cardinal para la formación de los sentimientos sociales, y le tuvo en disciplinas de literatura y derecho, tan de su índole, y aun le cobijó en lo más entrañado de su entidad, bajo el techo bartolino y ese quietísimo barrio de La Candelaria de entonces y de ahora.



Acaso la trova picaresca y el hábil puntear de la guitarra recordaran en aquellas mocedades incipientes el ardoroso valle natío, como, años después, la añoranza de más laureles en lucha heroica removía en ocasiones fugaces la soterrada semilla tachirense.

Mas nada pudo desvirtuar el sello de los claustros lectivos: consigo llevó a la ardorosa planicie del Orinoco, alma adentro, tempranamente estructurada y fiel, la norma del espíritu. En aquel huracán centaurino de lanceros no pugnó por descollar en actos de alocada valentía, a cada paso y en cada hora, pero acompasó, ecuánime, sus deberes de soldado con la medida de la oportunidad eficiente, jugándose la vida cuando el triunfo podía equilibrar su sacrificio en aras de fines superiores.

En ese ambiente de cárdenos destellos deslumbrantes y suicidas su genio irradiaba la apacible luz de orientaciones futuras, tan heroico en su tenacidad persuasiva como un faro en escollera calamitosa de los mares. Quieren los hombres de alma elemental ver sólo el heroísmo cuando parte el sol con el pálido enigma de la muerte, sin detenerse a valorar el coraje mayor que se requiere para domeñar la vida y sujetarla al servicio de un pueblo en las silenciosas lides del espíritu.

Aquel adolescente no equivoca entonces la meta orientadora de la revolución: mira en torno suyo, estudia hombres, mide obstáculos y distancias, otea el horizonte agresivo de la naturaleza en que vive, planea la estructura social futura de aquel turbión

de proyecciones dispersas y tiene la insólita reciedumbre de no sucumbir al desorden espiritual de hazañas y cuarteles.

La llanura inhospitable parpadea con el fuego de su sol. Hinchen su cauce los ríos. Ruge la fiera en la urdimbre próxima del boscaje ribereño. Tiembla de fiebre el cuerpo mal nutrido. Y mientras los avezados llaneros se tienden casi exhaustos en sus hamacas de moriche, el joven general neogranadino repasa lentamente, paladeándolas, cotejándolas con la vida, proyectándolas a próximo futuro, las enseñanzas de la historia, de la sociología y del derecho, en libros que defiende avaramente de las inclemencias de aquella desolación tropical.

Que nadie lo dude, porque sería pecado de ineptitud: si de aquellas lanzas que llamearon al sol de cuatrocientas batallas casi inverosímiles surgirá luego la victoria militar de la emancipación indoamericana, de este callado y hasta vilipendiado heroísmo del estudio nos vendrá en su día y a su hora la dignidad de la organización civil y cultural de la República.

¿Acaso no fue él quien sostuvo en aquellas soledades las normas jurídicas de la Nueva Granada, en ese instante mito apenas o sueño casi inverosímil?... Con sensatez de estadista provecto, aquel joven de 25 años habló allí de linderos jurisdiccionales y de representación nacional, como si ya viviese en la plenitud de la república, y allí habló también —y actuó, sobre todo— en pro de la federación grancolombiana, con tales convicción y obras eficientes



que para ella obtuvo tiempo preciso y ruta indefectible, jefe adecuado en Bolívar, soldados heroicos y ley indisputable de civilización.

*

No es la grandeza espectacular de las acciones humanas, efímera a veces, sino la fecundidad de sus proyecciones futuras, lo que hay de heroico en su virtud histórica. Boyacá pudiera aparecer ante los tácticos y estrategos como escaramuza de escaso predicamento militar, si la juzgamos aisladamente: no tuvo la trágica fiereza de Carabobo, ni de Pichincha el peligroso despliegue, ni la audacia y grandiosidad impresionantes de Ayacucho, y es, con todo, superior a ellas, batallas decisivas de la Liberación, porque de su lumbre nacieron. Tal así, este joven general, no encandila la admiración feminoide de las multitudes esguazando ríos desbordados, jineteando potros cerreros, alanceando escuadrones de muy valientes enemigos. Pero se hace conductor de una época, caudillo de una patria, héroe de humanidad, cuando señala, y quédase inmutable en su designio, la ruta cordillerana del triunfo, cuando recoge un país deshilachado y le infunde unidad administrativa, cuando sirve de áncora y centro de gravedad a la empresa azarosa de los Libertadores del Sur. Allí, y en esa hora, sus pálidas pupilas fijaron la linde y el "non plus ultra" de la hazaña guerrera, y sofrenaron el ímpetu un minuto antes del vuelco irreparable. ¡Si sería o nó grande este nauta insomne!

Al rememorar esa generación juvenil, adolescente aun en ocasiones, que sin escuela ni tradición ni inmediato guía espiritual apechó con obras de guerra, de administración civil y de cultura que en afortunadas épocas superan la habilidad de los ya experimentados y provectos, piensa uno en misericorde ley de suplencias geniales y... en este cruel destino de la normalidad que a los humanos lleva a morir con virtudes ineluctablemente ocultas e inertes. ¿De dónde hubo Bolívar aquel insuperable apóstrofe del terremoto de Caracas? ¿En qué academia militar previose nunca lo que Páez realizó en las Queseras del Medio? ¿Gramática alguna, o léxico siquieras, podría traducirnos el lema campeador de Córdova en las colinas de Ayacucho?

Tal así, el universitario Francisco de Paula Santander llegose un día de su mocedad al solio de los gobernantes de Colombia y estructuró una república donde habían dejado un yermo la impericia de los unos y la crueldad de los otros.

Le era necesario reducir a común denominador legal provincias inconexas y remotas, caudillos aberrantes, mesnadas inconscientes, intrincadas pavura y rebeldía en ayuntamiento deletéreo, y en obra de semanas, ordenó el caos y le alumbró un destino: hubo dondequiera autoridad normativa, institucional y personal; surgió de aquella nada una hacienda pública; instituyó instrumentos de civilización en tal orden geográfico que para siempre quedaron definidos; arduamente desbrozó rutas de política internacional, abasteció contra imposibles las huestes



libertadoras, allá en el Sur, y a su estirpe regaló con este legado honroso de una democracia para siempre indisoluble, a pesar de los vaivenes de la pobreza y la ignorancia, a pesar del escarnio y de la colérica animadversión y a pesar de las imprecaciones de quienes ignoran, por reposar en su seno gentil, qué cosa dura es el no tenerla y cuán acedo el trance de su eclipse.

*

Emplazo a todas las nuevas generaciones a considerar, no el hecho apenas, sino la penuria y asolación ambientes de que el estadista colombiano hizo surgir aquella fábrica de nuestra nacionalidad. Para administrar su dilatado territorio no existían aún cincuenta hombres capaces de un gobierno provincial siquiera, y para legisladores y ministros del despacho ejecutivo, para diplomáticos y rectores de la economía común, para institutores del saber y pastores de la Iglesia tenían que turnarse una docena de conductores improvisados en aquel certamen inverosímil de repentina adaptación republicana. Cada uno de ellos había de pasar de un extremo a otro del país, de una jurisdicción a otra jurisdicción, de los mismos apacibles altares de la fe al crudelísimo batallar de las guerrillas, del candor provinciano y la insipiencia colonial a las sutilezas y aristocracias de las refinadas Cancillerías de Europa. Y con todos ellos, consejero desvelado, ponderación cimera, este joven estadista de los claustros de San Bartolomé.

Gobernar sin hombres aptos aún, administrar sin adecuada tradición, emprender sin recursos fiscales ni bases económicas, ordenar el caos de las dispersas poblaciones, dar sentido de patria a ignaras muchedumbres, alzar, en fin, desde aquella hondonada del no ser hasta la sede augusta de la historia universal un pueblo libre, encauzado en las normas del espíritu, consciente de su misión y sus deberes: los que hemos luchado rudamente por conducirnos a nosotros mismos en sola discreta vida personal; los que hemos luchado infructuosamente por implantar alguna leve reforma del ambiente; los que hemos asistido al empinamiento y derrumbamiento inmediato de tantas instituciones, innovaciones y revoluciones que hombres audaces, geniales aun, emprendieron, nos descubrimos con lealtad de criterio y corazón humilde ante este conductor de pueblos que así mismo se formó en la poquedad de sus recursos, y la cultura organizó en la poquedad de su ambiente, y la administración política definió y condujo en más aflictiva poquedad, y de todas esas poquedades hizo nacer una patria que, hoy ennoblecida de grandes recuerdos y elevadas ambiciones, aquí está al pie de su efigie bendiciendo su memoria después de un siglo de revaluación y de combate.

Este que arroja su juventud endeble todavía al tumulto y desorden espiritual de los cuarteles y quema su sangre en la inmisericorde agresividad de las pampas y selvas del trópico, no pierde el rumbo moral ni se rinde a la incuria fácil, antes bien, en regresando, toma con devoción suprema, y uno como



deleite entrañable, el fundar, dotar y sostener semilleros de cultura para que las nuevas generaciones eduquen función de patria, para que puedan hombrearse con los privilegiados de otros países y aun, ya lo supo bien amargamente antes de morir, aun criticar su obra y maldecir eruditamente de sus empresas, con el mismo arsenal que les deparó o les amparó su espíritu.

El no agostó sus potencias en la hornaza alucinadora del triunfo, ni perdió ecuanimidad ante los gajes deleitosos del prestigio, continuó estudiando para servir mejor aún a Colombia, encauzando su espíritu hacia la madurez institucional y la ecuanimidad de los anglosajones, para dotarla de algunos elementos de ponderación, que así, ejemplarmente, equilibraran su índole. De él arranca esta vocación de los estadistas colombianos continuadores suyos, que observaron la trayectoria del pueblo inglés y sus normas de vida pública meditaron para cotejarlas con la fecunda tradición hispano-romana que recibimos del conquistador ibero y los de entonces nuevos rumbos de la Revolución Francesa. Por eso, caso magnífico en la historia de América, su cadáver fue honrado en cámara ardiente en el mismo salón universitario en que recibió la consagración jurídica, cual si quisiese rendir cuentas a la sabiduría de la fidelidad con que guardó sus fueros: cerrando en arco iris la trayectoria de su estudio, allí donde vivió su primer día para el derecho durmió su primera noche de eternidad.

Con gratitud de herederos y pasmo de admiración solemos contemplar los hijos de la jornada emancipadora el áspero derrotero meridional que los guerreros de Bolívar y de Sucre iluminaron de victorias, sin parar mientes, injustos por ello, en el callado y nunca menos eficaz heroísmo de quien aquí en la cumbre andina libraba el combate cotidiano de avituallar sus huestes y reforzar su número: si cortásemos por simple imaginación aquel engranaje de los esfuerzos, los dos inverosímiles de dificultad y de grandeza, veríamos un derrumbamiento donde surgieron con su asociación feliz las dianas del triunfo. Sino que la hirviente llamarada de las epopeyas deja en sombras el mismo combustible que las agiganta y nutre.

Pecaminosa injusticia ciertamente. Porque a los unos, y está muy bien, se les cantó el hosanna, y los laureles temblaron de júbilo en sus frentes juveniles; pero a los otros se les destiñó con olvido cruel y sospechas infamantes. ¡Cuántas veces he pensado en la grandeza de aquellos silencios de Ecce Homo que en duros trances guardara este joven magistrado de Colombia!... "Debemos hablar y obrar como si individualmente no hubiéramos sufrido ultraje alguno", dijo en ocasión suprema, cual si prolongase la voz augusta del gran Marco Aurelio.

No vemos ni queremos ver el heroísmo económico de la Magna Guerra. Yo lo sé y yo lo digo sin ambages ni cobarde dubitación: aquella estructura soberbia de la Gran Colombia estaba vencida por los cimientos, pues que solo disponía de dos pesos anuales de renta para libertar, administrar y defender cada kilómetro cuadrado de su vasta superficie. Este el milagro de Santander y esta la causal ineludible de la subsiguiente disolución de la Gran República. Amén de la ambición, de la vanidad y circeana demencia de muchos egregios capitanes de entonces, cuya grandeza fue tanta, sin embargo, que aún les amamos a pesar de su nefasta e irreparable locura.



En esferas más enmarañadas aun de dificultades se perfila avizor y seguro de su propio pensamiento el gobernante Santander, cuando le miramos en su actuación internacional. No es posible rememorar en esta hora y este sitio el pormenor de múltiples empresas con sus colaboradores insignes, insignes sin hipérbole, un Castillo, un Gual, un Torres, un Mosquera, un Pombo, un Sánchez de Tejada, que en esfuerzo inmensurable consolidaron con gestiones tenaces, inteligentes y sutiles la obra de los Libertadores, y hasta engendraron en extrañas gentes planes de victoriosa diplomacia futura. No: me detengo apenas en aquella hora del Primer Congreso Internacional de las Américas que se inició en Panamá por 1826.

Los caudillos de la Liberación habían sellado con la gloria de sus jornadas la ruta del Sur. En la embriaguez de sus triunfos no sabían detenerse ya, y uno como ímpetu macedónico les arrebataba la imaginación hacia empresas de una desconcertante magnitud, descaminada y heroica a la vez, maravillosa y frágil: el Imperio del Brasil, el Río de la Plata,

Cuba y Puerto Rico, la misma remota Madre Iberia... No sé qué grandiosa reminiscencia del Faetón ovidiano se advierte en aquel admirable delirio de portentos. Faetón el bello hijo de Helios y Clymene pide a las Horas que le enganchen el terrible carro de fuego de su padre el sol, y a poco más, desbocados los corceles, incendia los espacios, asuela los campos, seca los mares y los ríos, destruye a los hombres y todo otro ser viviente, hasta caer hecho cenizas por el rayo de Zeus.

El sesudo neogranadino contempla estupefacto aquella fiebre, y levantando la sosegada voz devuelve a la escueta y discreta realidad la fantasía de los héroes: Colombia no puede más, eriales sus campos, diezmada su población, vacío el erario público, comprometido lo porvenir, grave de amenazas el ambiente...

Mas he aquí que aquellos erguidos triunfadores no se rinden aína a la sindéresis adocenada y trivial. Orientan su sueño hacia una Anfictionía Iberoamericana con inquietante vislumbre de Imperio militar, aportación colombiana de quince mil guerreros y franca hegemonía de los laureles. De nuevo asoma la cabeza apolínea el hijo de Filipo. Y de nuevo el ecuánime estadista colombiano lanza el ¡alerta! y define los linderos de la sensatez. Esboza entonces el cauce jurídico de la Sociedad Americana de Naciones en su justa enunciación de Solidaridad con Soberanía Independiente, amplía la invitación a Estados Unidos para abarcar así un panamericanismo eficaz, y prevé que la Gran Nación del Norte tiene



delicada misión útil en este Hemisferio: Don Pedro Gual y don Manuel de Torres van al lado suyo en dicha historia.

*

Y no obstante esta desvelada consagración al bien público y este su criterio comedido y firme, nuestra gente, nuestra democracia, nuestra textura suspicaz y escéptica discute a su eximio conductor, y lo discute con acrimonia casi casi inenarrable por su dureza, crueldad y negaciones. A este hombre profundamente religioso, que en la hora trágica de la muerte, exclamó, sin embargo: "¡Si hubiese amado a Dios como amé a mi Patria!"...

Es un hecho que me asombra, pero que no me desconcierta. De él he pensado que a su modo enaltece la libertad de nuestro espíritu, que tal parece como si no quisiera tributar su admiración sino tras dura prueba de comprobaciones implacables: es un hecho irreverente, pero honroso.

A las virtudes de Santander las ha sometido la opinión pública de Colombia a ordalias que recuerdan el episodio bíblico de Sidrach y compañeros, según el himnario de Daniel: Nebuchadnezzar, nuestro Nabucodonosor, les condena a ser quemados vivos, y en el horno ya, comoquiera que las llamas les respetan, más y más fuego atizan sus verdugos. En balde también: la caudalosa hoguera se abre en torno suyo como un lirio, y en medio, serenos en la nobleza de su verdad, los protegidos de Yáhveh resplandecen más sanos, más iluminados y visibles.

Tal así, el magistrado de Colombia, tras un siglo de contradicciones ve la pira de su holocausto de ayer convertirse en la apoteosis de hoy, porque su fe y sus obras le tornaron incombustible y glorioso.

Aquí estamos los herederos de su nombre. Aquí con nosotros la mujer colombiana aporta a su sepulcro la orquídea del amor y del recuerdo. Miles de ramos florecidos abrigarán su tumba, y desde la enhiesta cumbre moral de esta augusta Santa Fé del Nuevo Reino de Granada, ilustrada por él, hasta el remoto confín de las aldeas limítrofes que él demarcó y defendió, un canto y un sollozo le dicen padre, y, suyo, le acogen en seno sagrado de ternuras.

*

En reto injusto, por desmesurado y soberbio, conciudadanos ilustres en varias disciplinas y noblemente adictos a la admiración de las más altas cumbres del heroísmo humano y de la sabiduría, quisieran minorar su memoria comparándole con Jesús de Nazaret, asombro de la especie, con el nirvánico Gautama, con el más grande de los Julios, con Bolívar, el altísimo señor de nuestra estirpe... ¿Por qué tamaña dislocación del equilibrio histórico? Los hombres tienen su medida en el cometido que les cupo en suerte, y su grandeza se define por la altitud y solidez con que cumplieron su misión espiritual, por la adecuación de sus empresas y el bien granado fruto de sus obras.

A Francisco de Paula Santander lo hemos de contemplar en la Colombia atormentada de sus días



y ese báratro de grandezas, de ambición, de incertidumbre y de locuras en que sus coetáneos envolvieron la iniciación de la libertad.

Su hoja de servicios es mirada hoy con laude suprema:

Predicó el alcance definitivo de la campaña de Boyacá, y así es;

sostuvo la conveniencia de limitar la epopeya del Sur a las necesidades de la Emancipación, y así es;

ideó la solidaridad de América bajo el fuero de nacionalidades libres, y así es;

adivinó el sostén que la Democracia Anglosajona del Norte podía prestar a la libertad del Continente, y así es;

creyó en la función eximia de la cultura patria, y así es;

consideró alocado e injusto el agostar las fuentes económicas del país, y así es;

encauzó la República en altas normas de civismo, y así es;

nos confirmó hijos de la Patria y no sus dueños o dominadores, y así es.

Por todo ello y sobre todo ello, el Vicepresidente Santander fue en aquella hora grande y confusa de la formación constitucional de América la conciencia jurídica y democrática más firme y eficaz que tuvo el Continente, y tal vez el refugio supremo de los principios que hoy enaltecen y enorgullecen a esta comunidad de naciones del Nuevo Mundo.

*

¿Qué había en este hombre, y en su vida qué hubo, para que sus propios enemigos se acercasen llorando a despedirle en su lecho de muerte? ¿Qué había en este hombre, y en su vida qué hubo, para que un siglo después las nuevas generaciones vengan a bendecirle aquí a la margen de su tumba?

¿Avieso y mediocre? Yo me pregunto a la faz de la conciencia colombiana: ¿De qué tamaño fue esta mediocridad que tantas obras inmortales abrigó en su entraña fecunda? ¿Y de qué raro estambre aquella tortuosidad que engendró tan preciados bienes?

Este no es un héroe "ersatz": después de una centuria de su adiós postrero, su grandeza se irgue indeclinable con decir que nada se mueve ni remueve en Colombia sin que surja su nombre.

Al frente estamos de esta morada de la Muerte donde reposan sus cenizas. A esta hora hace un siglo, como el conductor máximo del pueblo abrahamita, allá en los Montes Abarín, el caudillo colombiano invocó, angustiado también, al Angel de la mudez eterna: "Samael, Samael, tengo miedo de tí, tengo miedo de la muerte"...

No: no tengas miedo de morir muerte del sentido, sereno Conductor, porque vas a vivir en nosotros, depurado de tortura y de tormentas. Samael nada puede contra tí, porque si tú, día a día y noche a noche, custodiaste a nuestra Madre Colombia, sus hijos custodiaremos ya para siempre tus normas y tus hechos y tu nombre.

## DISCURSO SOBRE EL GENERAL JOSE MARIA CORDOVA

Pronunciado en la sesión solemne de la Academia Colombiana de Historia el 27 de mayo de 1942, en respuesta al del Excelentísimo señor Embajador del Perú, doctor Carlos Arenas Loaíza, con motivo de ser recibido el Excelentísimo señor Presidente de su país, doctor Manuel Prado, miembro honorario de ella.

Habéis acertado, Excelentísimo señor Arenas Loiza, como corresponde a vuestra índole de exquisita discreción y probada pericia, y cual correspondía también a la idiosincrasia de vuestra noble gente, que ya desde el Incario, y luego en el período colonial y más adelante en la república, supo siempre adecuar sus actitudes a normas de cabal entendimiento: habéis acertado, señor, sutilmente, al exaltar esta Patria Colombiana en el nombre de José María Córdova. La gratitud de los míos por mi voz os seguirá en vuestro altísimo discurso para orlarlo apenas con el eco de su propia gracia y su estupenda significación espiritual.

•

Hay veces, Excelentísimo señor Presidente Prado, que el meridiano de Dios pasa por la existencia personal de un hombre. No de otra manera podría yo entender que en este joven guerrero de América se diesen cita milagrosa tan culminantes hechos en tan temprana edad y gentiles dones de prestancia física.

Perdonadme que os recuerde un episodio de la vida de Jesús cuando, horas después de haber descendido del Monte Tabor —el mismo Itabirión sagrado en donde Débora, la "abeja" capitana de Israel, iluminó su nombre— dijo al grupo preferido de sus adeptos: "En cuanto tuviereis un grano de fe y dijereis a este Monte pásate de aquí allá, se pasará el monte, porque con fe no habréis cosa imposible".

Quería él decir que las obras del espíritu no tienen el patrón ni el metro ordinario de la vida, y los exegetas que ensayan explicar metafóricamente aquel apotegma paladino, ignoran que su verdad es no solo comparativa, pero directa, y esencial también: ¿acaso Bolívar no allanó una vez los Andes Boyacenses, y acaso Páez no secó los ríos para el triunfo de sus lanzas? ¿Y acaso uno de vuestros grandes capitanes, señor Presidente, no saltó un día en su corcel de guerra desde una orilla abrupta del Mar Océano a las playas sin fin de la Inmortalidad?

Por modo semejante, y más gracioso en su esbelta forma todavía, sobre muy alta cumbre de los Andes del Perú, en una mañana de diciembre, el entonces casi adolescente General José María Córdova vio que hacia sus gentes de batalla descendía copiosa agrupación de batallones enemigos. Eran numerosos, más que los suyos, y estaban en más defendible posición de altura, hábilmente desplegados a la ladera del monte. Pero el meridiano de Dios pasó por el alma del joven guerrero americano y le hizo decir palabras de triunfo nunca antes oídas de labios de hombre: no urjáis las armas, "¡paso de vencedores!". Y desapareció el monte y los guerreros que estaban en él desaparecieron. Y donde estaban los guerreros enemigos y estuvo el monte, surgió enalbada de gloria la libertad de América.



Era joven: Hefestión le llamó Bolívar, como aquel macedonio ilustre a quien la bella Drypetis coronó de oro, y los dioses coronaron de triunfos entre las huestes cosmopolitas de Alejandro. América tenía entonces entrañas fecundas que alumbraban genios para cada hora difícil y las más inverosímiles empresas... ¡Yo no acierto a descifrar cómo se produjo aquel derroche de prodigios, ni para qué, siquiera!... Era uno a modo de turbión de improvisadas magnitudes espirituales, cual si se generase alguna rara epifanía en este Nuevo Mundo, que luego no surgió o duerme aún en la penumbra del mañana. De entre la breña de los ingenuos campos o de remotas aldeas iletradas fueron saliendo estadistas y guerreros que se hombrearon con los más insignes de la historia, sabios de ciencia experimental y legisladores de república, jueces y mártires de una fe inmóvil, cual solo se da en el orto de las grandes religiones del espíritu.

Y eran jóvenes, niños aun, que maduraban su espíritu al vuelo flamígero de las hazañas, cual lo soñaron los hombres de otra edad al componer sus epopeyas, y con un hálito divino de audacia empírea, cual esas epopeyas al parecer románticamente también, presupusieron. Olmedo no desvariaba cuando así cantó aquellas obras: más grande que Aquiles fue el llanero Páez; más noble y más augur que Nés-

tor, Camilo Torres; Agamenón nunca tuvo el vuelo alciónico de Bolívar; Caldas, Zea, Unanue, y Molina, el chileno ilustre, adivinaron la ciencia; Santander el orden, Bello el idioma y la poesía tropical en magnitudes cimeras, Sucre la serena táctica del triunfo; Miranda no tuvo que envidiar a Odiseos, ni en el discurso enlabiador ni en las artes de Calipso; Héctor no murió más noblemente que Girardot o que Ricaurte; Eneas no fue más justo que Félix de Restrepo... ni otro héroe de entonces o de ahora jugó más desenfadadamente a los dados con la muerte su bella cabeza apolínea que este mancebo antioqueño de la recia estirpe del Gran Capitán (Fernández de Córdova. . . y Muñoz, asimismo, como él).

Escenario para la creación de nuevo mundo espiritual que se nos quebró en las manos, produciendo apenas seudo-morfosis histórica, sin entender yo por qué, como ya lo dije. Pues vos lo sabeis, señor, de vuestras disciplinas matemáticas; que toda estructura al alcanzar la ecuación funcional, si ha de crecer, no puede superar su magnitud, y se fracciona: es así como se multiplican las células en el mundo microscópico de la vida, y es así como se dividen los soles, y quizá las nebulosas espirales, en la telescópica majestad del Cosmos.

Ocurre en las religiones proceso similar, que, por natural resentimiento, ellas llaman cisma y condenan airadamente. Y se produce también en los Estados, con el nombre de emancipación de pueblos. Sino que en uno y otro caso es discreto considerar que por esa ecuación entre función y magnitud



puede ésta adquirir a veces mayor tamaño cuando aquélla ha logrado eficacia mayor, ya por obra de los hombres, ya por recursos naturales del ambiente, de que se sigue que no hay contradicción conceptual alguna en el hecho de que unos imperios se conserven grandes y otros entren rápidamente en esta a modo de fisiparidad biológica: grave lección, sin duda, para los conductores de pueblos y de ideas.

Así, por ejemplo, nosotros nos dividimos y fraccionamos sin alcanzar aún la ecuación funcional ni la plenitud de las normas. Es posible que dificultades del ambiente, y no de esencia, obraran esta interrupción de aquella iniciación radiosa de nuestro destino, de aquella primigenia magnitud espiritual: de ahí mi fe en nuevas creaciones en este mundo iberoamericano, de ahí no sé qué abstrusas voces que voy clamando hace tiempo en los cenáculos de sus grandes hombres y ante los estadistas de uno y otro confín, fraternalmente, emocionadamente, y hasta ingenuamente tal vez.

*

Acuciosos asesinos extranjeros le hendieron la cabeza y le cercenaron el cuerpo a este prócer de nuestra emancipación americana cuando promediaba la juventud vital de los treinta años.

Melancólico sin duda entrever por imaginación aquella hermosa cabeza desgajada contra el borde del arcón granero en la humilde alquería de El Santuario. ¿Por qué no se la reventó una bala redonda y lealmente enemiga en la enhiesta cumbre de Ayacucho,

con el sol de los Incas en la frente y el corazón trepidando de victoria?

Y sin embargo... para él mejor así, morir antes que la Gran Colombia declinase en fragmentos, morir antes que mediocre sino le aplebeyase el áurea corona de laureles internacionales en opacas lides de provincia y de partido; antes, mucho antes que se eclipsaran los cerúleos ojos de Ofelia y se nublasen sus sueños.

La obra estaba cumplida y en los horizontes de su vida personal y de su época no se advierte rumbo nuevo a su grandeza ni etapa apacible de reposo. A la manera de los dioses fue corta su visita a nuestro mundo, y triste por demás la repentina ausencia.

*

Varias veces, al rememorar en lecturas intermitentes la obra de este joven capitán americano, inquieto me pregunto si en él habría urdimbre de barbarie o egoísmo de baja ambición caudillesca. Y os declaro orgullosamente que ni una ni otro he hallado en su conducta.

Fatuo sería —¿y quién no lo fue algunas veces?— imprudente en ocasiones, cual de humana estirpe, alocado también por atávicos impulsos que peripecias de la guerra aumentaron y la serena mansedumbre de la edad no podía corregir aún. Ni fue nunca fácil señalar la línea que divide la vanidad sin fundamento de la certidumbre intuitiva del propio valer, y ésta del anhelo fecundo de alguna creación que en el alma se inicia como mandato de superación



personal. El moderno definidor del superhombre, con ser socialmente tímido, exclamó un día, en rapto de embriaguez mental que no tiene pares en la historia del orgullo: "Sobre los más altos montes lanza mi nieve aún sus blancos reflejos". ¿Fatuidad, certidumbre, anhelo? Todo ello juntamente, y todo ello eficaz en esa hora, pues aquel hombre estaba abandonado y se llamaba Nietzsche. Así también de la locura erasmiana: porque Erasmo no trató de la demencia trivial ni del dislocamiento mental de los maníacos: él alabó, y muy consumadamente, el ánimo impetuoso y cuasi alocado que imprime con su violencia fecunda realidad a las hazañas imposibles.

Fatuo y alocado sin duda fue Córdova. Mas ello es que el análisis reposado de su personalidad desentraña en la vislumbre de esa recóndita actitud vena inexplorada de hombre superior también en las normas del espíritu. Su bella letra y bellas frases y su amor por el arte musical y la lectura, nos dicen que tenía textura estética de fondo. La sorprendente facilidad con que asimilaba nociones de lenguas vivas y de matemáticas al azar de las pocas horas que su ardua labor de militante le daba con espacio esquivo y corto, nos revela dotes de asimilación y apetito de alteza espiritual. Si el amor se le mostraba estimulante y noble a través de egregia dama extranjera, no imponía sus laureles, antes bien procuraba alzarse a ojos suyos con exquisita dignidad y nuevo mérito estudiando el idioma en que ella pudiese oirle mejor las voces de su afecto. Y... si el íntegro magistrado cruzaba su camino después de juicio a él ad-

verso y grave, inclinaba la frente victoriosa en actitud de respeto ante la incólume serenidad de la ley, mostrando así a las generaciones futuras que el prócer, al revés del caudillo bárbaro, crea patria para hogar de la cultura y no espacio para el egoísmo de su individua personalidad.

Gallarda conducta de gran señor, que confirmó en la hora suprema de su última jornada militar, entregando a persona de su confianza absoluta los documentos que revelaban complicidad en su rebeldía de multitud de gentes, y ordenándole destruirlos en caso de derrota, como puntualmente ese legatario así lo hizo.

*

¿Y a esa su rebeldía, qué le movió entonces?

No parece ya misteriosa su conducta. Habiendo la Gran Colombia perdido por aquel tiempo el rumbo de su vida inicial, todos sus hijos perdieron el suyo también, desde la cabeza del Prócer Máximo hasta la del ínfimo labriego de estos campos, produciéndose en la esfera moral desorden irreductible y deletéreo.

En estas circunstancias nuestro joven héroe quedó espiritualmente emparedado entre su inmenso cariño por el Libertador y su recóndito cariño por las normas constitucionales, a que su progenie neogranadina y sus relaciones le inclinaban el espíritu. No en balde sus primeros maestros en la vida intelectual y política fueron, del Corral, el mandatario ilustre; Caldas, el sabio bondadoso y justiciero; Serviez



el hijo errante de la Revolución Francesa... y Bolívar, sobre todo, el genial, el repúblico, el creador de la Gran Colombia. Frecuentes palabras suyas en público y privado así parecen indicarlo, y sería injusto con su memoria negar validez íntima a esas proclamaciones a título de deducción basada en su profesión militar o en la índole impetuosa de su carácter.

En carta del 12 de abril de 1829, escrita en Pasto, dice al Libertador estas palabras de inmensa ternura filial y de lealtad política: "El mando supremo de Colombia lo tiene V. E. naturalmente; no tiene que ambicionarlo; pero es preciso darle todas las formas legales, para hacerlo legítimo. Espero, por la dicha de Colombia, y por el sello de la carrera gloriosa de V. E., que no desmayará, y que acabará su vida en medio de sus hijos, protegidos y amigos, dejándoles el encanto y la admiración de sus trabajos, y el sentimiento de no poseerlo enteramente los que lo han conocido". "...Mi General, deseo con desesperación que Dios y la fortuna guíen las acciones de V. E. para que acabe su vida tranquilo, y contento de dejar a su Hija Mayor en estado de mantenerse sin peligro de ser perdida, y a sus criaturas una patria para su reposo".

De ese emparedamiento espiritual en que se hallaba en 1829, vinieron a sacarle violentamente las suspicaces interpretaciones de su conducta que de un lado se hacían, y las seductoras invitaciones que con halago de su legalidad y de su heroísmo, le venían del otro, lo que obrando simultáneamente so-

bre un temperamento impulsivo determinó aquel grave error irreparable de su vida:

De Popayán, el 11 de julio, es esta severa admonición bellamente escrita: "V. E. tiene la bondad de preguntarme qué deberá hacer cuando reciba calumniosas acusaciones contra mí. Creo que retirándome acallarán mis enemigos; pero en el orden de la justicia está, y puede ser de conveniencia pública, que si aun todavía en mi retiro, soy perseguido, se me juzgue conforme a la ley. Puede haber cosa en que yo sea acusado de lo que verdaderamente he dicho y hecho, que sea un crimen para el régimen vigente y la marcha ordinaria de los negocios en las circunstancias actuales, cuando realmente en sí no sea sino una liberal y justa opinión; estonces sufriremos muy resignadamente la suerte que nos señale el destino. Esta contestación la doy, es natural, con la mayor repugnancia, pero V. E. me pregunta, debo contestarle, y no debo mentir".

Y no se crea que él se lanzó a esta infortunada y temeraria empresa alocado y ciego: presentimiento luminoso le decía que estaba dando un salto mortal en el vacío, a pesar de la jactancia juvenil de sus proclamas guerreras. De tradición oral tenemos hoy la confidencia que hizo a quien por intimidad y adhesión suprema podía hacer: "A mí no me llevarán vivo a la Plaza Mayor de Bogotá... como a los otros", y aludía a los fusilados del 25 de septiembre. Y luego, su impávido mensaje: "Si es imposible vencer, no es imposible morir".



Se lanzó a la lucha como un leopardo acorralado por sus propios errores y los inmensos errores de aquella hora infausta. Mas ya el meridiano de Dios no pasaba por su espíritu. La sencilla fe de Omar, creadora de imperios, no podía acompañarlo entonces, y en él, vencido, ensañose la muerte a dentelladas y zarpazos, cual si vengar quisiera los retos arrogantes con que en tantas ocasiones él la despreció impunemente.

*

Sobre la patricia ciudad de Rionegro, cuna de mis padres también, se levanta la hermosa colina de la conmemoración del héroe. Sentado en las gradas de su monumento, allá arriba, he contemplado la sosegada planicie virgiliana y el río que mansamente la recorre en giros ondulantes. Y he creído ver a sus orillas y allá a lo lejos, la efigie virginal de Ofelia, sin saber de cierto, si era la nórdica doncella de ojos de miositis o Colombia ofeliana que iba cantando hacia la eternidad:

He is dead and gone, lady
He is dead and gone;
At his head a grass-green turf,
At his heels a stone

Se murió y se fué, señora
Se murió y se fué:
El césped cubre su cuerpo
y hay una losa a sus pies.

## MIGUEL ANTONIO CARO

(Discurso leído en la sesión pública que la Academia Colombiana de la Lengua efectuó en el Teatro de Colón el 10 de noviembre de 1943, con motivo del centenario del nacimiento del señor Caro).

Admiración y gratitud ofrece esta noche la Nación Colombiana a la memoria de Miguel Antonio Caro, su hijo ilustre en varias y caudalosas disciplinas de la virtud moral y del saber.

La Academia Colombiana de la Lengua, progenie suya en el espíritu, me ha encomendado el dilectísimo honor de hablar de ello en su nombre.

Y no cabiendo la magnitud de esta personalidad y de sus obras en una biografía de sesenta minutos, haré sesenta minutos de biografía, para sortear así este solemne trance y esta máxima dificultad en que me encuentro.

*

Para justipreciar la formación ideológica del señor Caro, los sentimientos a ella correlativos, los errores y aciertos de su vida pública subsiguiente, me he visto obligado a enlazar todo ello con la guerra civil de 1840, y a intentar por ende, la interpretación sociológica de este luctuoso acontecimiento colombiano.

He meditado en ocasiones que la calamitosa "Guerra del Cuarenta" debió de tener causas muy diferentes de las visibles que le fijan los historiadores patrios, pues no es explicable el que tantos



hombres eminentes de esa hora perdieran aína la cabeza y actuaran con insensatez de manicomio.

Es posible que tamaño desorden sólo fuese el eco tardío, pero ineluctable, de la disgregación suicida de la Gran Colombia. Fue ésta creación difícilmente mantenible, pero asombrosamente útil, que prometía proveer a la cultura de América de un dilatado y propicio ambiente de prosperidad, asentando a la cabecera de esta zona meridional del Nuevo Mundo su potencia de equilibrio, término medio y fiel de balanza entre los Estados Unidos del Norte y el Imperio Lusitano del Sur, escalón cordialmente seguro entre la gran república de México y la naciente gran república de Buenos Aires.

Tan magna y noble fue la estructura de esa Gran Colombia que, habiendo comenzado a resquebrarse y cuartearse políticamente en 1826, requirió diez años para consumar la escisión constitucional jurídica, que pues sólo en 1832 la sancionó la Nueva Granada, el Ecuador en 1834, Venezuela en 1836, y aun así, subsistió nostálgico anhelo de recomposición, de cuando en cuando expresado públicamente en cada uno de estos países durante medio siglo más, perceptible todavía hoy en la recóndita conciencia de muchos de sus grandes conductores espirituales.

Esa obra deletérea produjo en el Ecuador aquel viacrucis floreciano que todos conocemos, y las convulsiones políticas que llevaron de vendaval en vendaval a sus hombres, produjo el desangre inútil de Miñarica y la claudicación del culto Rocafuerte, la clausura de los tribunales en 1840 por bancarrota

del fisco, y hasta el otorgamiento de un doctorado "honoris causa" al egoísta y veleidoso fautor de tantos infortunios.

En Venezuela dio vez y base para los alzamientos revolucionarios contra el pulcro gobierno de Vargas, bondadoso hombre de ciencia, legalista y honesto, hasta verse entronizado el régimen de los Monagas lanceros, de tan escaso sentido de la cultura.

La conmoción política que este infortunio debía engendrar en la Nueva Granada apenas asomó en el movimiento dictatorial de Rafael Urdaneta, porque la discreción de José Domingo Caicedo y la autoridad irrecusable de Francisco de Paula Santander la evitaron "ab initio", y sólo manifestose socialmente en la guerra civil del cuarenta, pero... ¡de qué catastróficas magnitudes! No que el desangramiento, con ser muy penoso y grande, comprometiese biológicamente la nación, mas sí deletéreo para el alma nacional, su progreso y su cultura. De un pueblo en sosegado ascenso cultural, institucional y económico, bajamos de un golpe a pobreza desoladora, a irreparable desprestigio foráneo, y, lo que es peor aún, al propio concepto de inferioridad política, a eso que hoy dicen "complejo de inferioridad". Hasta la naturaleza ensañóse, confusa Euménides del destino: epidemias letales, como la fiebre amarilla, de las planicies cálidas, Tolima, sobre todo, y la viruela hipertóxica, la "viruela negra", aposentáronse sobre la miseria que dejó el destrozo de las industrias nacientes y del activo comercio internacional, que felizmente se iniciaba entonces. Cincuenta años



después, las abuelas aún se santiguaban al recordar esa época terrible de aflicción, desbarajuste social y desarticulación política.

Y así viose a la Nueva Granada ofrecer el espectáculo de pueblo sin rumbo: las provincias se proclamaban independientes o adherían en desorden a las naciones aledañas; los caudillos rebeldes aparecían y desaparecían como esos ramajes de árbol que arrastran las corrientes de los ríos desbordados, sin programa orgánico de acción, sin personalidad definida ni fehaciente prestigio.

Caro nació a poco más de aquel desorden, y luego se encontraron sus ojos infantiles con un certamen de demagogia que puso trágica pesadumbre en su hogar y crueles motivos de inquietud en toda la República. De ahí adelante, y para siempre, la autoridad y el orden, la religión y muy severa disciplina moral fueron las normas indeclinables de su espíritu.

Allende de esto, la América en general mostrábase hecha un pandemonio político, desde el Norte, con la incuria inverosímil de Santa Ana, hasta el Sur, donde prevalecía el gauchismo atrabiliario de Juan Manuel Rosas, sin descontar a los anglosajones de los Estados Unidos, que desde aquellas horas abandonaron el puritanismo egregio de William Penn para trastornar un poco la geografía política circundante, con todo lo cual confirmóse en la mente de aquel entonces futuro estadista colombiano, que abría los ojos a ese mundo, un cancerado sentimiento de asolación y de amargura.

De ahí, entre otras razones, el que más adelante de su vida contemplara con exaltado aprecio, e imitara, la constitución política de 1843 y el plan de estudios de don Mariano Ospina, que intentaron sofrenar reciamente aquellos gérmenes de turbulencia de nuestra democracia, incipiente y alocada entonces: en él, que palpó las ruinas de aquella estúpida guerra del cuarenta, y padeció en el espíritu y en la vida de su padre lo más penoso de la agitación revolucionaria que va del 49 al 55, y la del 60, que tanto le impresionó, debió de formarse criterio de repulsión y cuasi de espanto ante el aturbonado proceso de la libertad en pueblos infantiles aún, y más luego no pudo captar que, así y todo, caóticos y dolientes, a veces tumultuarios y excesivos, en nosotros esos cráteres del 49 y del 63 prepararon las multitudes para el mejor entendimiento de la civilización y de la libertad que distinguen a Colombia y la defienden de más procelosos infortunios.

*

Para incidir doctrinariamente en el señor Caro aquel desorden y transformarse en la fuente de las reformas políticas que colocan su personalidad en la cumbre de los grandes conductores espirituales de esta nación, prescindiendo momentáneamente de los defectos de esa su obra que en mucha parte la perturbaron y disminuyeron en la aplicación práctica, requeríanse otras circunstancias ineludibles: la anchurosa mente de este gran ciudadano de América, su inmensa ilustración, el erudito y pulquérrimo ambiente familiar en que se formó y la religión cristiana de sus mayores.



Y comoquiera que de estas condiciones personales y familiares tenemos todos conocimiento abundantísimo, esbozaré apenas la porción que corresponde a su índole religiosa, por ser, además, medula misma de su actuación y de su espíritu.

Gentilísima esquela de presentación del ilustre jesuíta Luis J. Muñoz, amigo dilecto del señor Caro, me permitió visitarle en 1906. Recibióme, cual solía, rigurosamente vestido de levita negra, en su bella mano patricia la caja de oro del rapé y calados los anteojos, que poco más le remediaban la miopía extrema que le produjo el fuerte queratocono de que padeció desde la infancia; de mediana estatura, rollizo entonces y ancho de espalda y pecho, gordezuelos los labios rojos, ovalado el rostro y barbado a la francesa, tipo Raymond Poincaré, abultada la amplia frente y hermosamente abovedada la cabeza, como la de esos medallones estilizados de Augusto o de Terencio, y generosamente provista de negros cabellos, onduladamente finos. Mi padre, que fue gran devoto suyo, me había enseñado a admirarle casi religiosamente, y sin embargo sobrepasó ese mi estado de alma la impresión que me produjo la perfecta certidumbre con que se expresaba acerca de cuanto hablamos, y la amplitud de conocimientos con que iluminaba toda opinión, cual si "ab aeterno" hubiese estudiado cuanto decía o innatamente lo tuviese ya sabido. Solo era efusivo en familia, y mucho por cierto, mas sí cordial, sobre todo con la

juventud, como pude apreciarlo en aquellas fugaces relaciones entre un gran señor del pensamiento y un mozuelo que comenzaba a tartamudear, y eso muy alambicadamente, ideas ajenas y trivialidades propias.

En una de esas pláticas escuché de sus labios lo que ahora me interesa y me incumbe referir a ustedes, y fue que, hablando de hombres célebres de la historia universal, él me dijo: "Para mí es San Atanasio el más grande de todos ellos".

Aunque yo fuese, a mi vez, acérrimo paulista en estos rumbos del Cristianismo, y aunque fuese, además, admirador de otros hacedores de la historia, nada repliqué, ni replicar podía; mas sí quedé desconcertado y un sí es no es perplejo: porque, en fin, algo conocía yo, y tal vez bastante para mis años, a los Padres Latinos de la Iglesia, pero a éste del lado oriental no le recordaba sino en vaga relación con la génesis y hacimiento del Símbolo Niceano del Catolicismo, sin que jamás me hubiese detenido a estudiarle como a conductor de humanidad y columna de la historia. La palabra del señor Caro me indujo a hacerlo así y avanzar hacia lo poco que ahora sé de patrología y doctores de la Iglesia, y a investigar el porqué de ese vínculo sentimental o conceptual entre esos dos hombres.

Pues bien, ello era lógico, abscóndita emanación de simpatía ineludible:

Aquel alejandrino del siglo IV, noble, combativo y asceta, que tenía un pié en la Iglesia de Cristo y otro en la cultura greco-romana ¿no es un poco



también este criollo colombiano, que ama a Virgilio y defiende el credo osioista y paulista de Nicea?

Aquel joven disputante, que a los 23 años escribe las epístolas del Obispo Alejandro y es su mentor erudito y fiel ¿no es acaso similar a este joven profesor de lenguas, que a esa misma edad adoctrina ya a los suyos y estructura luego el pensamiento constitucional de Núñez?

¿Nicea para el uno, no es, distancias entendidas, el Consejo de Delegatorios del otro, definidores ambos de una misma fé, que se eslabona a través de quince siglos?

¿Y no sufre el Padre de la Iglesia destierros heroicos, como el suyo padeció en el discreto ámbito de sus actividades?

Así para las simpatías del afecto. Más aún para las encumbradas esferas del pensamiento religioso.

En aquel instante el Mar Mediterráneo, el almo Mar, el Mar fecundo, se agitaba otra vez para alumbrar nuevos dioses. Desde el Helesponto hasta las Columnas de Hércules, y desde el Véneto hasta la Libia de los anacoretas, hervía de emoción y de luz el noble Mar de Ulises.

Hacia la aldehuela actual de Isnik, en el Asia Menor, antigua Nicea de Bitinia, se encaminaron 318 obispos de la nueva fé que entonces conquistaba el Mundo.

Y en la que hoy es humilde mezquita aldeana, y de cuando en vez, al final sobre todo, en el Palacio de Constantino, discutieron durante siete años

acerca de la persona de Dios y de los excelsos atributos de la Virgen-Madre.

Se planteaba la intensa lucha entre Oriente y Occidente, que vemos esbozarse en Pablo y Santiago el mayor, desde los tiempos de Cristo, y que aún persiste en el seno recóndito de las dos Iglesias de Roma y de Bizancio. Arrio y Atanasio iban a enfrentarse. Y se conocían bien, pues uno y otro fueron diáconos de la Diócesis Alejandrina. ¡Pero, cuán inmensa distancia entre las dos mentalidades! Arrio era un mediocre discípulo de Luciano de Antioquía, mientras que a su ilustre camarada ciñe la frente la aureola de los máximos campeones de Cristo (por su recia voluntad sobre todo, ya que en la Iglesia de Alejandría es, culturalmente, muy inferior a sus dos antecesores Clemente y Orígenes).

En esta Alejandría, Metrópoli sincretista del neo-helenismo, conjunción y conjugación de Oriente con Occidente, de la mística asiática con la norma europea, de la ciencia y la magia, de la filosofía y la religión, en fin, fueron tersados y buídos muchos de los conceptos que aún gobiernan el mundo intelectual de hoy: el de humanidad, emanado de la multitud de extrañas gentes que allí convivían; el de catolicidad, concebido de los populosos y lejanos sitios del ecumene de que en esa urbe y puerto se tenían amplios informes; el de divinidad, formulado a urgencias del copioso caos de dioses de diverso origen allí presentes. Plotino acababa de vivir y de enseñar, con grande elación religiosa y su peculiar anagoge, que existía un principio de principios,



ARKHE, hipostáticamente identificados con una substancia racional indefinible, NOUS, origen de toda razón definida, y un LOGOS inmanente, o conocimiento en acto puro...

El antioquense sostenía ser Jesús semejante (homóiotes) a su Padre Creador, en tanto que el alejandrino proclamaba que Cristo es substancialmente igual e idéntico (homoousios) a la Divinidad Suprema. Constantino aceptó y promulgó la tesis de Atanasio, y con ella, triunfante al fin en el Concilio de Constantinopla del año 381, ya bajo el imperio de Teodosio el Grande, se consolidó la teología católica de la Santísima Trinidad, o sea: una misma esencia (ousia) en tres personas (hipóstases), y en consecuencia, María-Virgen considerada como verdadera Madre de Dios (theótokos).

¿Y qué tienen que ver estas erudiciones atanasianas con el juicio crítico de la vida y obra de Miguel Antonio Caro?

Pues mucho ciertamente: por ellas se descubre cómo este gran prócer de la cultura colombiana no fue cristiano a la manera evangélicamente sumisa de Cuervo, sino católico combatiente de tipo español, y cómo, otrosí, no tuvo la índole filosófica de su ilustre padre José Eusebio, pero la combativa de los grandes teólogos del Catolicismo: cómo, en fin, fue, según mi pausada interpretación, un Padre de la Iglesia, el primero, de esta estirpe espiritual y de esa magnitud eximia, de que puede enorgullecerse la América Española, y tal vez toda la América en conjunto.

Y esto nos habilita, asimismo, para entender

las peripecias de su actuación política, calificarlas como fueron y respetarlas en su recóndita significación moral.

Porque él hubo de aquella su caudal inteligencia y de aquellos sus dilatados estudios, que inició al amparo de su eminente abuelo don Miguel Tobar Serrate y avivó en la memoria de su augusto progenitor, la sabiduría con que trazó la Constitución nacional de 1886, remedio, conforme a su sensibilidad y su ideología, de aquel torturante peligro del desorden que se le clavó en el alma con cuanto supo y vió de las revoluciones y las guerras que amargaron su cuna, años infantiles y primera juventud.

Porque no hay ahora para qué decir necedades: esa constitución política es monumento nacional de la más recia y hábil estructura que podíamos realizar entonces. Y no olvidar que a esa hora el Derecho Público Interno carecía del amplio desarrollo que hoy tiene.

Sino que de ahí mismo surgió el otro aspecto de su persona, el teológico —y ahora entenderán ustedes el porqué de mis anteriores divagaciones— que estropeó y punto menos que anuló la eficacia de aquel instrumento de la conciencia jurídica de Colombia: del teólogo nace la preocupación de que los hombres, aunque moralmente libres, son mal inclinados por naturaleza y necesitan tutela severísima que los mantenga en el carril del orden: luego, restricción de las libertades públicas en cuanto a prensa y representación parlamentaria de los partidos adversos, tempestades y calamidades sin cuento.



Un paso más, un granito de escepticismo, un ápice de mundo, de ese picaresco mundo que escudó las actitudes de Murillo Toro y Jorge Holguín, por ejemplo, y la obra política del señor Caro hubiera sido tan indiscutible y gigante como su obra insigne de humanista, que vamos a considerar rápidamente ahora.

*

Porque si un lado del eje de esta personalidad lo constituyen doctrinas político-religiosas, el otro está formado por su saber y sus labores en el hemisferio de las humanas letras.

Ahí ya no es sólo el hombre colombiano, ni siquiera el americano, sino el ciudadano universal, el varón ecuménico, el que aparece ante mi estudio:

La filosofía del idioma español le debe interpretaciones de primera altitud, y el mismo idioma latino esclarecimientos felices, que le colocan en la cumbre con los más afortunados lingüistas del mundo hispánico, y nos hacen ciertamente dolernos de que otras labores nos le hayan robado a disciplinas para las cuales su genio le dotó munificamente.

Su mentalidad bilingüe de latín-español le permitió verter de una en otra lengua cuanto impresionaba su gusto literario, o escribir en cualquiera de ellas lo propio suyo con casticidad desconcertante, y su pericia en ajenos idiomas hacer otro tanto con aquellas producciones poéticas que cautivaron su espíritu. Prolijas disertaciones, también, a modo de notas explicativas o expositivas, estudio de Rodrigo

Caro, v. g., que son monumentos de habilidad técnica.

Yo no sé de otro americano que pueda ofrecer a la cultura internacional acervo semejante de obra latina, de poesía, sobre todo.

¡Y aquí del milagro!... ¿Cómo pudieron Caro y Cuervo elevarse a esferas de cultura universal y en ella ser eminentes, si partieron de un ámbito tan pobre en tales disciplinas? De 1860 a 1870 floreció en Colombia la generación de "El Mosaico", y sorprende que estos dos humanistas no hubieran sido uno de tales, si con ellos vivían, y ellos entonces gobernaban el prestigio intelectual de nuestra gente. Espíritus de transición entre el romanticismo de franceses y españoles, que leían llorando, y el costumbrismo, que iba naciendo en el mundo, cual un puente histórico que se tendía hacia el realismo y naturalismo posteriores, fueron útiles como disciplinadores del estilo literario nacional, pero, ¡vamos!, era tan infantil todo aquello, que uno se sorprende, dado su prestigio, inapelable en esa hora, de cómo estos dos varones ilustres no murieron escribiendo graciosas letrillas "choachieñas" o describiendo escenas de trapiche "tocaimuno".

Este el milagro. Porque si es muy grande el mérito de un hombre que escala las alturas del saber, partiendo de las cumbres eximias de París o de Roma, de Berlín o de Upsala, de Lovaina o de Oxford, esto de treparse a ellas desde la pequeña, remota y parroquial Santa Fé, sin bibliotecas adecuadas ni eruditos profesores, estudiando a la luz de un candil de sebo bajo el neblinoso páramo de Cruz Verde, para codearse luego de igual a igual con los pontífices de la filología del siglo XIX, es hecho portentoso que supera toda ponderación.



¡Ellos benditos, que así enaltecieron a su patria, y así nos doctrinaron para la grandeza interior y la historia!

Más aun: dentro de las labores en poesía española del señor Caro, hay una que es ineludible contemplar a espacio esta noche, porque nos revela la cima a que llegó su mente y la posición que merece en el panorama universal de la gaya ciencia y su arte, y así ruego a ustedes me acompañen en excursión audaz a este asunto eminentísimo.

Me refiero a su Oda a la Estatua del Libertador: porque yo no debo esta noche, y tampoco no lo quiero, aducir o emitir elogios sin prueba, aunque me desnuque en tan azaroso empeño, muy superior a mis capacidades, como que ella nunca fue artículo de mi alfar ni objeto especial de mis estudios.

En alguna ocasión leí, de propósito deliberado, para compararlas dentro de mi espíritu a solas, y tener así con ello una a modo de poética sinfonía, el Canto a la Zona Tórrida de Andrés Bello, el de la Batalla de Junín, de José Joaquín Olmedo, el de Popayán de Guillermo Valencia, y éste de Miguel Antonio Caro a la Estatua de Bolívar que concibió y modeló Tenerani.

De tan diversas proporciones, que el de Olmedo es doble del de Bello, éste del de Caro, y éste otro a su vez, del de Valencia, lo que nos permite adver-

tir la poquísima importancia que la extensión tiene en estas creaciones del espíritu, ya que todos ellos son de primera calidad estética, y no meramente nacional, pero universal en su índole, pues cada uno, tomado aparte, honraría la literatura de cualquier pueblo culto.

Y me place asociar estas obras en mi espíritu por representar ellas, en su órbita artística, las tres naciones que afortunado día constituyeron la Gran Colombia, y que aún continúan constituyéndola en ciertos órdenes de la cultura y del afecto.

Representan, además, una a modo de culminación de la inteligencia de estas naciones, porque Bello fue a la América Española, en su categoría intelectual, par de Bolívar, hasta el límite de que yo no me atrevería a regatearle el encumbrado título de genio, pues creador fue, y en varios rumbos; Olmedo es superación del ambiente literario americano de entonces, tan gigantesca, que sólo una mente de primera magnitud podía alcanzar y llevar a feliz término de esta creación suya; Caro va aun más arriba en ilustración y amplitudes de entendimiento; y en cuanto a Valencia, puede decirse que adivinó el alma de todas las culturas, orientales inclusive, y nos la devolvió en ritmos de prestancia magnífica y perenne.

Pero, cuán diversas entre sí estas joyas de nuestra literatura gran-colombiana:

Don Andrés Bello es pintor insuperable, mágico acuarelista a veces, por la suavidad de los tonos cromáticos:



"Y el algodón despliega al aura leve
"las rosas de oro y el plumón de nieve".

La oda de Caro revélase eminentemente escultórica, como cuando dice:

"Por la orilla del mar, los pasos lentos,
"y cruzados los brazos cual solías",
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
"La soñadora frente
"doblada al peso de misión divina".

Es reciamente arquitectónico el canto de Valencia, como puede apreciarse en su preludio:

"Ni muros invictos, que prósperos hierros defiendan,
"y guarden leones de tranquila postura triunfal",

Y es, en fin, rapsódica la musa de Olmedo:

"Tal en los siglos de virtud y gloria,
"cuando el guerrero sólo y el poeta
eran dignos de honor y de memoria",
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y no que me atreva a calificar estas obras de absolutamente originales en su inspiración y artístico procedimiento, puesto que cada una tuvo su chispa inicial en otras fuentes: sino que las superaron en sí, y el mismo proceso de expresión enaltecieron con zumos acendrados de elegancia, de fluidez y sabidu-

ría. El Virgilio y el Hugo, v. g., que asoman a la mente cuando leemos esta producción de Bello, no la destiñen, antes la decoran con puntos de comparación favorable a ella. Quintanesco y pindárico, Olmedo honra uno y otro magisterio de su estilo, y a émulos suyos en él supera, como superó al mismo Petrarca en los dos geniales versos en que le sigue. La forma horaciana de Valencia, es apenas detalle de lujo. Y el Manzoni que a Caro alumbró la ruta de su oda, y alguna vislumbre de Olmedo, no la vencen.

Lástima sí que al insigne Bello le atacara el prurito moralizador en medio de su canto y le hiciera dar ese tono de homilía o parénesis, que hoy nos resulta insoportable, hasta por el infortunio adicional de iniciarla con desmayo métrico, en él casi inverosímil:

"Allí también deberes
"hay que llenar.",

digno de un fusilamiento retórico. Lástima, también, que al elegantísimo Olmedo se le ocurriera zurcir las dos batallas con el insufrible sermón del Inca, yerro inexplicable en tan refinado catador de sabias literaturas; y que abusara, en fin, y no poco, de ingratas aliteraciones:

"En cien hazañas cada cual más clara."
"Da naves a los puertos"; "Pueblos a los desiertos."

Temo, asimismo, que el canto de Valencia resulte un poco esotérico para quienes no estén muy



versados en la biografía de nuestros payaneses ilustres y aun en algunos pormenores de su tierra natal, que ahí requieren clave o contracifra.

Ante estas cuatro obras de la poesía gran-colombiana vacila uno en graduar el encomio: la maravillosa adecuación verbal de Bello y de Caro, y la estupenda estructura formal sintáctica que distingue su idioma; la fluidez del ritmo del caraqueño y el suave giro de su frase, que ondula al pasar de verso a verso con la blandura y levedad de los plumones, cual si fuese escrita por la mano ilustre de Fray Luis el de León, sus imágenes, a la vez graciosas y sencillas e inimitablemente justas, al lado de la equilibrada grandeza de los conceptos del bogotano; la majestad con que Olmedo describe nuestros montes andinos y esa su primorosa evocación de las pirámides, a par con la hondura de sapiencia que el vate payanés luce en el conjunto de su creación, son parte, y parte apenas, a dejar al crítico imparcial perplejo. Mas ello es que la obra de Caro se articula en mejor consonancia formal e ideológica, sin una languidez, delicioso arpegio que se encumbra y alto, muy alto, estalla sin solución de ritmo: ilación y elación que a mí de él más me cautivan y seducen, aunque en los otros aprecie el estro sagrado de inspiración poéticamente más genuina.

°

Vistos los dos extremos del eje en que se asienta la personalidad del señor Caro, es decir, sus ideas político-religiosas y su magna obra de letrado, con-

templemos el centro de ese eje, constituído, como todo centro de personalidad, por la sensibilidad propia y los peculiares sentimientos que la distinguen.

Se le ha calificado a veces de adusto, apartado, orgulloso y frío, confundiendo así la resultante de los conflictos interiores con la intimidad de su índole. Y nos hemos equivocado, pues le tengo por exquisitamente sensitivo, aunque excesivamente recatado ante lo externo y público.

Los huérfanos adquieren pronto grave sentido de responsabilidad personal, familiar y social, que los pone precozmente serios, y que, si bien los madura para el concepto y el trabajo, les recorta un tanto la espontaneidad graciosa de la infancia y primera juventud, como a mí se me ocurre que aconteció al señor Caro: hay que ver ese aspecto conventual y semi-eclesiástico que de él revelan las jugosas confidencias de doña Margarita, su hermana, muy querida y muy inteligente, cuando en verdad, y lo sabemos de cierto hoy día, en la entraña misma de su persona, en su hogar propio, ante esposa e hijos, era ingenuo de corazón y ternísimo de afectos, adicto a la plática íntima y a la risa ruidosa y fresca de los colegiales, a esa su risa que fue siempre sabrosamente amplia y juvenil.

Sino que la orfandad y los estudios, el ceño no poco adusto que causa la miopía, la cautela moral que infunden las opiniones teológicas acerca de la proclive naturaleza del hombre, y más aun, su heredada inclinación a la caricatura verbal y el apodo, al sarcasmo en veces, le crearon esa fama de esquivo y



casi ogro, que tan acerbamente explotaron sus enemigos.

A que se añade, lo que Ezequiel Uricoechea tanto le reprochaba al señor Cuervo, la ausencia de un bachillerato en comunicación femenina, en artes de picardía menor y de aventuras pasionales: esa tenue levadura de pecado que amplía el entendimiento de los hombres y la benevolencia para con sus queridas debilidades de pensamiento, de sentimiento y de conducta.

Pero el joven recatado y doctoral no era ningún temperamento de seminarista, ningún apático anaquel de libros. Era sí de caudaloso sentimiento. Hubiera, como su padre, tenido iniciales contradicciones en el amor y habría estallado en él un gran lírico de la poesía amorosa. Aquella su pericia en el canto y aquel bullir de lavas de su naturaleza imperativa habríanse trocado en encendido acento poemático y estrofas de pasión egregias. La lírica, en este rumbo, es sacudimiento musical del fervor amativo contrariado o expectante, acuciado siempre. Por eso es juvenil, por eso se apaga en la senectud, por eso queda inerte en la mansedumbre del amor cumplido. Si estallidos presenta a veces, que parecen contradecir esta norma, no nos equivoquemos y los tomemos a rarezas del genio: relámpago son de rayos ocultos. Si Beatriz Portinari le hubiese dado a Dante cada año un "piccolo" Alighieri, la Divina Comedia no existiría hoy. El secreto de amor consiste, para nosotros, en que la mujer sepa permanecer distante y presente a un mismo tiempo, renovada y

constante a la vez cada día, pues, ya sabemos que con brasas de amor se hacen los incendios del canto.

Cuando él mismo se siente iluminado por esta emoción imperativa, así la evoca en "ELLA" y triunfa noblemente:

"Como extendiendo el ala voladora
"la esperanza, en el ánimo cautiva,
"huir parece, aunque el huir demora,
"Amante cual mujer, cual diosa esquiva,
"así diviso a la que el pecho adora;
"¡así! inmóvil a un tiempo y fugitiva."

Y en contraprincipio o "contraprueba", puede verse que cuando se dejó llevar de su opinión, muy discutible ciertamente, de que el concepto es contenido primordial de la poesía, produjo disertaciones tan áridas como su encomiado "Canto al Silencio".

*

Corazón volcánico que no abrasó las laderas de los montes vecinos, porque sus lavas hallaron pronto el repuesto valle del reposo humanamente asequible. Nada me desvía de pensar que, de nacer en otra época, este cristiano tan severo y este conservador tan doctrinario habría sido heresiarca tempestuoso, contradictor de Lutero si le hubiese seguido en edad, Lutero en persona, si hubiese nacido antes. O cualquiera otra cosa, menos neófito adjetivado, menos un fraile reverente y meramente litúrgico. Ya lo veremos.



Sino que en las circunstancias en que nació y se formó tenía que ser tal cual le hallamos en sus mocedades, prematuramente serio, precozmente teólogo, defensor de San Cirilo en la hora en que todos defendemos a Hipatía, adverso al difamado Epicuro y al anglo-semita Bentham, cuyas fueron la Constitución Boliviana y media docena de tempestades periodísticas en Nueva Granada y Estados Unidos de Colombia.

Vese un poco de esto a través del diario íntimo de su hermana Margarita, esposa luego del doctor Carlos Holguín: con mucho cariño, y casi respetuosamente, ella anota la seriedad episcopal del Miguel Antonio de los veinte años, y en el ágil escarceo de unas frases tímidas, pero muy jugosamente femeniles, y hasta muy sabrosamente literarias, se burla un tanto de él ante su otro hermano, el menor, de tipo andaluz-arábigo, el que sabe reír y platicar de amores, el verdadero camarada de su corazoncito adolescente. Miguel Antonio es la autoridad; doña Blasina, la madre hacendosa y gentil, le mira con respeto; y Margarita está enamorada de alguien cuyas aficiones de "clubman" traen arisco al grave censor fraterno. Holguín tiene en el cuerpo el diablo del tresillo (y creo que otros festivos diablejos también, pero esto no nos incumbe ahora), sino que es muy simpático, que es muy audaz y que tiene talento. Margarita describe en sus apuntes aquel su mar de tribulaciones y comulga diariamente para que el Espíritu Santo le quite el tresillo a Carlos o el ceño adusto a Miguel. Alerta Holguín, al primer parpa-

deo del Espíritu Santo da a todos el "mate pastor", según entiendo que dicen en el juego de ajedrez, porque en el de tresillo no sé como se dirá, y se lleva la niña, se queda en el casino y, de adehala, mete a Miguel Antonio en las alquimias políticas del doctor Rafael Núñez, que a tanta gloria habrían de conducirle, y a tanta pena y tanto error.

Todas las mieles de su sensibilidad y la intraversa ternura de su espíritu hallaron sede y anchuroso cauce en el hogar feliz con que le regalaron el amor y la gentileza de su esposa, copo de suavidad y flor de estirpe, que adjetivándose al coloso intelectual, lo adjetivó a su vez cordialmente y sumiso a su gracia le retuvo.

Como Cuervo, que se muraba el alma bajo especies de nimio protocolo y alquitarada cortesía, tal vez Caro guardase asimismo el corazón bajo los pliegues majestuosos del orgullo, y sólo fuese, allá en sí recónditamente, aquel dolorido infante que otrora reclamaba el retorno de su progenitor ausente: un día —¡oh Shakespeare!— habidos ya todos los honores, leídos ya todos los mejores libros del saber humano, vividas ya las primeras horas de la senectud, hallábase recogido y silencioso en la penumbra de su quieto gabinete de estudio. Ana, la compañera de treinta y cinco años de hogar, acaba de morir. Hay tumultuoso ir y venir de asordinados pasos por los corredores vecinos, que él no oye. Mas es preciso ordenar y organizar las últimas disposiciones funerarias: ¿En qué templo serán los servicios religiosos? ¿En qué tumba reposarán los restos? Alguien va al señor Caro en busca de sus órdenes. "—Ah?, responde él... vamos a consultárselo a Anita". Y se levanta, da dos pasos con los ojos inciertos, vuelve en sí, regresa al sillón donde callaba absorto, y añade, inclinando de nuevo la cabeza: "—Hagan ustedes como gusten".



El gigante estaba herido en el talón inerme, y cuatro meses después se desplomaba igualmente en el sepulcro.

*

Es generosa la virtud en sus compensaciones recónditas cuando nos ofrece este raro trueque de valores morales que de un hijo de la patria, que por su conducta la ennoblece, hace un padre suyo, o prócer, que eso tanto significa esta voz: porque prócer no es solamente, como lo pensamos bajo la influencia de nuestras luchas por la emancipación, el guerrero o el gobernante suyo que la sirvió heroicamente, sino también, todo ciudadano que en algún gran modo contribuyó a formarla, consolidarla y engrandecerla, es decir a crearla lo que es, ya en el orden militar, ya en el político, ora en la ciencia, o en el arte, en la santidad, en fin, y aun en los menesteres más humildes, pero nunca menos fundamentales, de la economía.

Ahí estriba esta transubstanciación moral que de un hombre individuo hace un héroe normativo y genérico, en que de hijo y hechura de la patria se trueca en padre y hacedor suyo.

Y eso fue Caro en Colombia.

Porque sus obras dilatan por el mundo el nombre de esa patria, dotándolo con categorías de espíritu.

Porque dentro de la nacionalidad, ésta consolida, asociándonos mejor, por el orgullo de pertenecer a la estirpe de un hombre internacionalmente ilustre.

Porque dentro de nuestra persona nos fortifica con el ejemplo de sus virtudes.

Pues digo, y lo digo pensando, que el nombre de Miguel Antonio Caro resiste victoriosamente el severo juicio de la historia, aun en aquellas actuaciones suyas que han motivado entre nosotros procelosa discusión:

Doctrinario e imprudente, e imbuído en la idea, comentada en página anterior, de que el hombre, pecaminosamente inclinado, requiere tutela inflexible y constante, quiso continuar la suya sobre los destinos nacionales y forjó aquella inverosímil candidatura de Sanclemente y Marroquín, que casi destruye a Colombia, y que a ese anciano augusto que le sucedió en la presidencia sumió en errores, inevitables para él a esa edad, y en tétrico martirio sus postreros días.

Doctrinario y teórico, no cuidó de la parte trivial de la vida, y olvidó las ineludibles necesidades del progreso material y aun del cultural pedagógico, produciendo así muy débil administración pública, careciente de iniciativas económicas audaces y de esa adecuación sintética entre lo material y lo espiritual, que es indisoluble.



Doctrinario y orgulloso, y por ende irrefrenable en sus juicios, dentro de uno de esos arranques oratorios suyos de 1903, dejose llevar a decir un día que el célebre Mr. Hay, entonces canciller de Estados Unidos, no sabía Derecho Internacional, así rompiendo la última telita de araña que detenía el arponazo final de Teodoro Roosevelt a nuestro codiciado y desamparado Istmo.

La historia de los grandes acontecimientos humanos y la conducta de los grandes hombres se enlazan con hechos minúsculos a veces, o muy íntimos en otros casos, que es preciso desembrollar y devanar de nuevo, para unos y otros entender adecuadamente, y de ello sacar, que es lo que más importa, normas ejemplares de disciplina.

Y así digo, discurriendo tímidamente, porque ello es muy ardua cosa, que no estoy capacitado para juzgar la actitud del señor Caro en las borrascosas sesiones del Senado de 1903. Magnífico por la oratoria, desconcertante por la erudición (aunque prolijo y circunstancial a veces, e irónico en demasía), nadie puede negarle tampoco la augusta majestad de su patriotismo incólume. Pero —¿fue oportuno acaso, acaso desasido de amargura personal? ¡Oh! Terencio: "Nil mihi humanum alienum puto". Y con todo, su concepto de justicia inmarcesible, su concepto de una patria entrañable, de quien era él substancia, cual decía, y aquella banda tricolor de Bolívar que ciñó su pecho erguido, y... la fatalidad. Dios sea juez: para mí, mejor estuvo la catástrofe servida en el cáliz getsemanítico de esa hora, que no

un lento abrevarnos con indefinidas claudicaciones de la dignidad y del derecho.

Y qué severa grandeza la suya en el ocaso de su vida:

Terminado el período presidencial continuó siendo el jefe indiscutible de su agrupación política, aunque, a decir lo cierto, ese su "Partido Nacional" padeció en la guerra civil de 1900 quebranto definitivo, ora por el consecuente fenómeno de concentración de los dos bandos que ella produjo, ora por el derrumbamiento de las normas de su conducta gubernamental, que en quince años de vigencia no obtuvieron triunfo apreciable.

En el Senado de la República, como lo indiqué antes, fue borrascosa y grandilocuente su actitud en 1903, más temperada, pero aun enérgica, en 1904. Ignoro hasta donde las peripecias y orientación misma del gobierno del General Reyes amortiguaron en él los severos conceptos de autoridad y tradicionalismo que son el arco toral o vértebra de su política, y no sé qué me dice que, a pesar de la recia contextura de sus ideas y de la idiosincrasia de su persona inflexible, y aun de ciertas opiniones suyas, como su voto en 1904 por el General Campo Serrano, muchas rectificaciones debieron de ocurrir en su espíritu.

Mas esto no tuvo ocasión de revelarse en toda la latitud de una conducta eficiente, porque fue reducido a esa soterrada oposición a que los prohombres de la tradición legalista de la República se vieron entonces sometidos coercitivamente. Por esa época le traté un poco, y no puedo olvidar la severa



amplitud de su criterio, la "largura de ánimo", como decían los clásicos, con que discernía y juzgaba. Doctrinario, sin duda, continuaba siendo, pero ya no se advertía en sus opiniones la clausura mental partidaria, ni ese su tono anatematista de antes, sí, en cambio, el entendimiento generoso de la actitud y de la aptitud adversas.

Algo así como lo ocurrido a sus dos grandes conmilitones Suárez y Núñez, en el ocaso de sus vidas, que tanto corrigieron la esquivez con que miraban al adversario político, y aun, lo rememoro bien de don Marco, emitieron públicamente juicios de alabanza personal suya y de justicia histórica.

Ello es, continúo diciendo, que el señor Caro fue en esos sus años postrimeros una a modo de fortaleza de la cultura nacional y preciado monumento de su gloria, a quien tirios y troyanos, por tal aspecto, contemplaban respetuosamente. La Universidad le llamó a dirigir los estudios de Derecho Constitucional entonces, y era de verse el respeto con que le escuchaban sus alumnos y la admiración que suscitaba en ellos la erudición prodigiosa de este hombre. Sino que, entendiéndole a veces poco, o casi nada, fue indispensable elegir profesor auxiliar suyo más atemperado, que enseñara el texto lectivo a los muchachos, y los capacitara para ganar "reglamentariamente" el curso.

Raro sino éste del señor Caro, el de su grandeza intrínseca y su pragmática inadecuación: poseyó la sabiduría en el sentido moderno de ciencia sobrexcelente, mas nó en el antiguo de dón de conse-

jo, ecuanimidad y prudencia, y de ahí el que fuera mal gobernante, infortunado político e ininteligible profesor, pudiendo todo ello ser eximiamente, él, ¡tamaña magnitud!

Esta egregia situación moral suya hállase destacada, y casi esculpida, en la oración fúnebre que de él hizo Guillermo Valencia en nombre del Senado de la República:

"Poeta, gramático, filósofo, teólogo, historiador, filólogo, legista, crítico, maestro, aquella inteligencia recorrió todas las esferas de la actividad psíquica; supo desvanecerse en todos los matices de la modalidad interior. Su sabiduría no simulaba aquellas fosforescencias engañosas de las plantas marinas que flotan deslumbrando con reflejos extraños a los ojos incautos, arrastradas en nuestros mares tropicales por las olas torosas; esa ciencia sólida, robustamente asentada y finísima, hundía sus raíces penetrantes y vivas en lo más hondo de los suelos clásicos y recibía vida y aliento y calor y energía inexhausta de aquellos jugos misteriosos que en el reino de las letras se apellida la Antigüedad.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

"Pero Caro no era sólo poeta: orador también fue, y era de ver al coloso enfurecido, sacudiendo la soberbia melena, discurrir invicto por el recinto del Senado, y soltar su frase destructora, chasqueante como un látigo, luminosa como un relámpago, fatalmente rápida y eficaz, como la cuchilla de la guillotina que cae.



. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

"Digan otros su elogio, porque vasto es el tema e inagotable en esta hora de recogimiento y de dolor en que no solamente deploramos la ausencia de un grande hombre en la categoría del espíritu, sino también el ponerse de un astro de la virtud y del honor, porque aquel personaje, cosa rara en los días que alcanzamos, era también un hombre virtuoso. Fuerza es reconocer que Caro sirvió sus ideales con desinterés cenobítico y con probidad insospechable. Este es uno de sus mejores títulos a la gratitud de sus conciudadanos. Jamás vendiera él su primogenitura ideal por el mezquino plato del semita Esaú. Atravesó el desierto, semejante al camello, sin otro refrigerio que su fuente interior, y no curó jamás si a la postre la muerte pudiese encontrarle con el manto hecho jirones y los pies descalzos, porque él sabía muy bien que la bandera colombiana no habría de faltarle por sudario, y que ella tiene más púrpura y más oro y más cielo que todos los mantos imperiales, que todas las venas codiciadas y ocultas de la tierra, que todos los espacios abiertos".

Es verdad, ésta fue, y sigue siendo, la opinión nacional acerca del señor Caro: hoy día, en uno a manera de consenso unánime, apartamos de su memoria la labor política netamente partidaria para amar en él al intelectual puro que vivió en constante predicamento de cultura. Y así, aunque las clasificaciones adolezcan siempre de relatividad y de peligros, yo me atrevería a opinar que si Cuervo fue nuestro primer lingüista, Suárez nuestro estilista máximo, Valencia

nuestro artista supremo y Pombo el poeta por antonomasia insigne —"in signum"—, Miguel Antonio Caro continúa siendo el mayor letrado de nuestra historia nacional.

Y lo fue hasta el último aliento de su vida: tocado ya por el sello inexorable de Samael, y clarividente sabedor de que pronto se marcharía de este mundo, departía aún con sus amigos acerca de los grandes negocios del espíritu y sostenía cotidianamente el coloquio de las preocupaciones augustas del alma, con Monseñor Carrasquilla (así se le llamó siempre), sobre todo, su muy fervoroso y muy ilustre admirador.

Horas antes de morir platicaba todavía de tal manera con el nobilísimo Padre Aime, discípulo de don Bosco, y le recitaba en su lengua original "El Viático" de Prati, que él había traducido tan piadosa y hábilmente:

"Ti ringrazio, o Signor. Lo spirto anelo,
che un instante languí, s'anima ancora;
pover'erba del prato, umile stelo,
puoi far ch'io viva o puoi voler ch'io mora"

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Lo que, versificado a medias, significa:

"¡Gracias, señor! El agobiado espíritu
que en un instante flaqueó, aún se anima:
herbecita del prado, tallo humilde,
puedes dejarme morir o hacer que viva."

Y así, cual galardón nobilísimo de nobilísimas compensaciones, el palio de la fé, el respeto de la patria, la comunicación de las ideas y el amor de los suyos le acompañaron generosamente al sepulcro.



Y recibió los postreros adioses de su religión y de su gente con la magnificencia que una y otra saben dispensar a quien le es debida: envuelto en la bandera que él honró, su féretro estuvo en las naves anchurosas de nuestro templo mayor, frente a frente a la estatua de Bolívar, que parecía en ese instante bajar la espada de las victorias para recibirle en el seno de la eternidad, con Tenerani y Olmedo; y de poder oír, oirían sus despojos el caudaloso rumor del órgano que descendía y ondulaba en el amplio recinto de la catedral, sobre las cabezas de la ahinojada multitud, tocado por su noble amigo Carlos Umaña, el mismo canónigo y maestro de capilla que poco antes puso en música su laureado himno del Pontífice, y ante él, en vida, allí mismo ejecutó solemnemente.

Y de poder ver, vería las muchedumbres seguir acongojadas sus despojos hasta la "morada del sueño definitivo", al son de las bandas marciales de la República en majestuoso desfile, y al poeta, la Poesía, al fin también, justamente exclamar por la boca horaciana de Guillermo:

"Es increíble que esta urna encierre tanta historia patria, oculte tanta gloria, vele tanta virtud, recate tanta ciencia y selle tantas esperanzas";

mientras espaciadamente retemblaba en la llanura y trepaba por la ladera de los vecinos montes el eco de los veintiún cañonazos con que las naciones agradecidas despiden a sus hijos dilectos.

## ORACION ANTE EL BUSTO DEL SR. SUAREZ EL DIA DE SU INAUGURACION

EL HOMBRE: Si el erigir a un hombre ilustre estatua o busto tiene en alguna manera por objeto presentarle a la memoria de sus conciudadanos, sería preciso confesar que lo que ahora estamos haciendo es consumadamente inútil: pues son muy pocos los varones egregios de nuestra historia, si alguno, que como él viven cotidiana y aun tenazmente en el callado corazón de las multitudes.

Nos lo dice así el modo peculiar con que le nombramos, don Marco, a secas, cual si fuera de la casa de cada uno de nosotros y nunca requiriese calificación de apellidos y funciones que dentro de la comunidad nos le especifiquen y aparten. El Libertador Bolívar, el General Santander, el sabio Caldas, el doctor Núñez, el señor Caro... modalidades son de acatamiento que ya de suyo entrañan la relación afectiva que los une a nosotros. Pero al llegarnos a éste, surge correspondencia de intimidad que se exprime en su nombre: don Marco, y nada más.

¿Porque fuese acaso mayor que los otros y en su eminencia se nombrase a sí mismo con solo un nombre o sobrenombre, a la manera del Buda y de Jesús? No tal, ciertamente. Otra cosa ha acaecido en este caso, otra cosa, también psicológicamente instructiva, también profunda: don Marco Fidel Suárez fue entre nosotros el varón más honda y varia-



mente trabajado de infortunios y el no menos dardeado por todas las pasiones, también, y asimismo el que más a unos y otras combatió con denuedo en su grave soledad íntima.

De ahí que todos nos veamos en él, hombres, estirpe trágica del Cosmos, desamparada y orgullosa, erguida y débil, mordida por todos los pecados y con recóndita rebeldía de virtudes. Para él anochecía la noche preñada de rencores y la aurora le sorprendía de hinojos, perdonador y magnánimo, a los pies de Cristo. A veces hundía el arponazo temible de su cólera en el pleno corazón de sus adversarios, a veces iba a ellos con el aceite aromado de la piedad y la justicia; incauto en ocasiones, descuidaba el derrotero más feliz de la conducta; patricio, otras, y aun prócer, se daba a los suyos en holocausto inverosímil.

Humano de toda humanidad en sus fragilidades, fue heroico en las horas supremas, y porque así fue, tejido de amargura y de contradicciones, como todos en la entraña lo hemos sido o vamos siendo, espejo de propias flaquezas y paradigma de nobles atributos, está en nosotros tan presente que le llevamos con solo un nombre, Marco, y no necesita para vivir en la memoria de los suyos de ninguna otra evocación.

Ese su nombre mismo era ya "signación" y signatura de un horóscopo: en su remota raíz "Marcos" significa señal, y "Suárez" viene de suero, medio esencial de los plasmas nutricios de la leche y de la sangre, fundamental alimento de la estirpe, por lo

que bien pudiéramos leerlo en su etimología: "signo fiel de lo que entrañadamente somos".

¿Podríamos definirle psicológicamente? Yo no lo sé. A medida que avanzo en el estudio de las sociedades más me persuado a la idea de que el alma del hombre es una majestad. Pero una majestad a la que casi siempre encubre el enigma. Críticos e historiadores vislumbramos en ella el vago trasunto que emiten sus obras y comportamiento, sin percatarnos de que muchísimo mayor porción suya permanece indescifrable en el callado reino de lo que no halló ocasión de surgir a la faz del mundo.

Diré, no obstante esas restricciones, que fue, en resumen, dotado de inteligencia superior para el estudio, y de criterio muy sutil para el juicio de los hombres. Que tuvo poderosa imaginativa, poética a ratos, y en todo tiempo muy graciosa en el estilo literario que cultivó asiduamente.

Me atrevería a opinar, esto sí, que sus labores no recibieron todo el caudal de esa virtud intelectiva, sino la breve aportación inconclusa que dedicó a su génesis, y que murió sin haber dado de sí la obra fundamental de su espíritu. Empero, una selección de sus ensayos, sagazmente elaborada, sería perdurable en estilo y en esencia.

También osaría decir que su carácter careció de algunas normas de conducta que tanto lucen en las posiciones eminentes de la sociedad y del gobierno, no de la moralidad en sí, afortunadamente, pero de elegancia moral y buen decoro.



Y que supo, en fin, ser estoicamente grande ante el incisivo dolor de las horas adversas de su vida, copiosas y temibles.

*

EL ESTILISTA: A los veinticinco años de edad apareció en el ambiente literario de Colombia dueño de todas las virtudes del estilo numeroso y pulcro que había de colocarle en muy propia y encumbrada sede: fluído, flexible y agraciado dentro de la cláusula de bien articulada amplitud que adoctrinó en el clasicismo hispano del diez y ocho, matizado, esto sí, y con exquisita esbeltez, de muy sabrosas especies idiomáticas de edades anteriores, perfecta la adecuación de voces y sentido, castiza la estructura gramatical, y ágilmente audaz a veces, alcanzó la incólume tersura y sencillez eterna que el de Cuervo tuvo, sin la resonante reciedumbre que al de Caro distingue. Está entre los dos, más sutil que ellos, más artista, sin duda, humano siempre, pero con ellos a la par, dentro de su propio ritmo.

Y ocurre así mejor cuando deja fluir al desgaire el copioso torrente de las proposiciones, cuando comunica en cauce directo la emoción y las palabras, ora deje asomar apenas el recatado duelo de la paternidad herida y la viudez, ora cruce espiritualmente los paisajes donde se apacentaron de luz sus años infantiles.

No si urge demasiado el pulimento y, cual susede, v. g., en la Oración a Jesucristo, trueca en mosaico o taracea de frases la que debió ser henchida

cláusula de cadenciosa serenidad, vehículo de una idea eminente con la espontánea gradación de sus matices. Allí el afán, generoso sin duda, de acumular las perfecciones, le condujo en ciertos párrafos a apiñamientos desarticulados y apañuscados a la vez, frío como toda enumeración, que solo en un genio del donaire, en un Marroquín, digamos, se logra ver bien trabada y flexible.

Ni sé yo que el señor Suárez apechara con un estudio a fondo de la prosa en sí, de la intimidad fonética del estilo. Porque no es la mera castidad del idioma, no la riqueza suya que se advierte en la justa adecuación etimológica y semántica, ni surge solo de la esbeltez de los vocablos y espaciosa ondulación de los períodos, que en él harto graciosamente se perciben, pero de más ocultas normas de ecuación entre la expresión y la idea, emoción y sentimiento, dentro de la discreta orquestación de los sonidos. De ahí que haya mayor o menor rapidez en el ritmo de la frase, languidez apacible, enfática brevedad, rotundidad serena o tumultuosa, y hasta graduada ruta de ascensos y descensos que pudiera calificarse de climáctica y elucución.

Y puesto que el castellano adolece de excesivas aliteraciones y abundosas consonancias sobre todo, y de asonancias casi irreductibles, el verdadero estilista, cuando quiere enjoyar su obra, y debe hacerlo muy parcamente, porque la belleza solitaria resalta mejor y más luce, puede aprovechar el profuso tesoro de nuestras voces graves o tenues de deleitosa y primorosa musicalidad en a-e, por ejemplo,



como ave; en a-i, como tamiz, nadir y cáliz; en e-i, como génesis; en e-e, como leve y sede; en i-e, como alivie, inhibe, estirpe, y mejor aún reforzándolas, cual ocurre en índole y calígine; en i-a, como oliva; o más sonoras, en e-o, como egregio, en o-e, como bronce; en arpegio casi, al modo de dulzura; sedosas en u-e, cual luce, dulce, sufre, ilustre etc.; cuasi sincopantes en u-o, al tenor de pudo, nudo, rudo y jugo. Ni qué decir de la suave eufonía de voces en imbre y umbre, urdimbre, digamos, pesadumbre o dulcedumbre, y de aquellas en que los sonidos anteriores se dispongan para melificar mejor, por decirlo así, como nieve, tenue, la cadencia de la oración. Grande es la bondad eufónica de las en u-d, que tenemos, al estilo de juventud, cuyos plurales compiten en gracia de dicción con los ablativos correspondientes del latín: Magnitudes, "pulchritudine". A veces duplicando las agudas en "ción" y en "ad" se vigoriza el tono, o pluralizando una de ellas cuando convergen copiosamente, se rompe su amenazante cacofonía.

Todo esto apenas esbozado y sin entrar siquiera al grupo generoso de las consonantes.

Un paso más y se llega al contrapunto. Porque no es el castellano un tambor ni agudo címbalo de empalagosa monotonía en el acento, sino a la polífona manera del órgano, que dentro de sí permite ampliamente orquestar sus voces: tal sucede al quebrar las rotundas sonoridades en a y en o aconsonantadas, de los sustantivos abstractos y de los que denotan la acción del verbo, tan abundantes de suyo,

con voces de vocales débiles, como cuando decimos: "El vigor de esta oración admite...", "El mar proceloso en que se hunde..." o, viceversa, colocando hábilmente resonante esdrújulo que vigorice o "vitamine", como también se puede metafóricamente decir, un párrafo desfalleciente. Sino que en uno y otro caso nos asedia el ritmo peculiar de la poesía, el implacable endecasílabo, sobre todo: "El proceloso mar en que se hunde".

Nuestro idioma posee inmensos recursos de expresión, riqueza de voces y de giros, suficiente escala de sonoridades, abundancia de sinónimos, gradación exquisita de matices, amplio verbo y hasta preciados trucos malabares de dicción en que el significado se refuerza, se diferencia o contradice según la mera colocación del tono, del acento y las palabras; y copiosas partículas terminales para el nombre, que le hacen decir cuanto la imaginación concibe y hasta un poco más, por capricho peculiar y rarezas de nuestro idioma.

¿Cómo, pues, dejar que se apoque y se marchite en este centenar de frases hechas y abisagradas con interjecciones, de que viven nuestra conversación popular y, aun ciertas publicaciones intonsas? ¿Ni cómo permitir que el verbo, el augusto verbo castellano, se anglicanice y pierda, como ya ocurre, la mitad de sus tiempos, el elegante pospretérito, sobre todo, y el delicado modo subjuntivo, para quedarse achaparrado y trunco en el presente y copretérito de indicativo, que tanto ahora predominan?



En esto sí reaccionó don Marcos contra la incuria creciente, y grandes fueron sus servicios, así los desparramara a veces en el fárrago enorme de los "Sueños" dialogados, esquivo género que demanda inútil inflación de las materias, y una como meándrica prolijidad irreductible de cuñas y adiciones.

Es justo reconocer, y ello es muy grato a mi espíritu, que el señor Suárez no tiene rival que le derrote, en cuanto estilista, dentro de la literatura colombiana, ni tal vez en toda la española de su época: porque, a más de poseer la virtud eximia del buen gusto literario, y de depurar éste con aquilatado esmero artístico, que tan hábilmente encubre el pulimento bajo especies de la más tersa naturalidad, su asombrosa riqueza idiomática, su pericia en el buen decir clásico y su impecable instinto de la adecuación lexicológica y semántica a la vez, le condujeron a cumbres de dominio en esta materia, por demás difícil.

Aun cuando trata, y ello es muy frecuente, de asuntos triviales, de valor incidental apenas, o de momentánea vigencia en la opinión pública de aquellos días de su redacción, la fluidez de las cláusulas, la exquisita propiedad de los regímenes, el sabroso casticismo de los giros que emplea, levemente arcaicos a veces, la efusión cordial en ocasiones, la asordinada ironía de la intención, todo ello en armonioso conjunto, cautivan la atención y la admiración estética, y por tal modo le distinguen artísticamente, que cualquier página suya, y aun cualquier párrafo suelto de su prosa, serán siempre reconocidos por

suyos sin vacilación posible, y gustados en todo tiempo por esa incaducable virtud de su estilo.

*

EL MISTICO: En 1882 inició don Marcos la serie espaciada de publicaciones que motivaron el que se le califique a veces de filósofo. Desde las primeras mostrose bien informado del movimiento de renovación de la Escolástica que entonces surgía en el ambiente católico de Europa y de América, y cierta facundia elegante en la disertación, hizo presumir, y aun esperar, que luego descollaría en estos gravísimos asuntos.

Infortunadamente en aquella hora la ciencia ostentaba un ánimo litigante y combativo de ingenuidad, adolescente como era aún, y la filosofía católica no había digerido, como sí ocurre hoy, las novedades que esa ciencia estaba revelando al mundo. De ahí que las disquisiciones de don Marcos nos aparezcan ahora como débil, aunque bien estilizada, contribución a la filosofía moral de tono menor, casi casi una psicología elemental del comportamiento, a que fueron muy adictos los escritores del XIX. De aquellas honduras abisales de la actual ontología y de la lógica trascendental en que vivimos no tuvo él noción ninguna, y hasta se advierte que sus trabajos de once años después y de treinta años adelante no denuncian progreso sustancial en su información ideológica.

Ni estaba capacitado para aquellas lucubraciones, pues no obstante su agilidad mental exquisita,



nunca aparece en estos escritos el zarpazo de la creación, ni siquiera el matiz atrayente de los ingenios fecundos. De ahí que al dar cima a su pensamiento con la Oración a Jesucristo se revele lo que era y solo podía ser, místico amaestrado en la teología tradicional católica.

Entre las dos fechas de su gran esfuerzo mental, la de 1893, cuando escribió sobre el Positivismo, y la de 1913, cuando tan fervorosamente encomió la persona-cumbre de Jesús, ocurrió una de esas transformaciones milenarias que trastornan y aun trastruecan la concepción del mundo: para decirlo exactamente, de 1895 a 1905, de Roentgen y Becquerel a Einstein y Thomson, pasando por Planck, el Cosmos dejó de ser lo que había sido durante dos mil años, y otro universo está surgiendo, que si aún tiene en el caos muchas facetas fundamentales, ya se vinculó a la inteligencia y a la conducta del hombre.

Es prudente, y ahora pertinente, aclarar este problema, el mayor de los que importan al espíritu:

Cuando el hombre cambia su concepción del Mundo, y a éste contempla de nuevo modo, con otras formas y estructuras y otro fundamento esenciales, cuanto es el hombre y sus actuaciones pueden ser cambian asimismo: Religión, Filosofía, Ciencia y Arte; Moral, Economía y Política; Sociedad y Familia; Moda y Costumbres, todo se subordina a esa nueva concepción del Mundo, y por ello puede legítimamente decirse que con ella se ha creado éste, o recreado, como quiera decirse.

No corresponden estas creaciones, estos que bien pudiéramos llamar avatares del espíritu, a un mismo departamento de sus potencias, pues la primera concepción es hija de la magia, la segunda de la filosofía, de la religión la tercera, y de la ciencia la última a que hoy estamos asistiendo. Ni demandaron ellas iguales períodos de gestación, ya que la primera, la del hombre primitivo, formose lentamente en el discurso de quinientos milenios, si no más, de la existencia humana; la segunda en unos diez milenios, a partir del descubrimiento de la agricultura hasta la consolidación de la cultura clásica; la tercera, o religiosa, ocupó diez siglos, los cinco anteriores y los cinco posteriores a la vida de Jesús; y, en fin, la presente hase formado, condensado al menos, por los avances que la ciencia hizo de 1895 a 1905, diez años apenas: acortamiento de génesis debido al incesante progreso de la velocidad que se efectúa en la historia del hombre.

El universo de hoy está concebido como energía que en varias modalidades constituye un inmenso archipiélago de nebulosas en creciente expansión indefinible. De la misma manera, el hombre se nos presenta como otro archipiélago de tendencias y facultades en expansión incesante, y en terribles colisiones a veces. Y en expansión están las religiones y las ciencias, la economía y el Estado, las lenguas y costumbres, los anhelos y la angustia...

Un Cosmos o pléyade de universos, que actúan en cuatro dimensiones, al decir de los sabios, en cinco, según mi propio entendimiento, porque la vida



parece ser una quinta dimensión —dimensión de intimidad— como se advierte en la conciencia intelectiva, reflexión de la energía hacia adentro de sí, y se concibe para la esencia icástica de Dios.

Un Mundo en que todo cuanto los hombres han soñado se realiza, aunque en diferente modalidad y con distinto asiento: drama espiritual, como otros dicen, en el que Dios y alma individua, demonio y ángel, infierno y cielo, están en nosotros, y no como Freud supuso, pansexualmente, sino conceptiva y virtualmente.

Concepción grandiosa que aún no cabe en la mente de las nuevas generaciones, pero que ya surge entre este cataclismo de agonía y de luz en que hoy vivimos, alebrados y confusos.

Nada de esto vio el señor Suárez, de donde tengo para mí que vivió y murió intelectual y sentimentalmente a fines del siglo XIX.

*

EL GRAMATICO: Mirado desde la margen de los breves conocimientos que tengo de su vida y de sus obras, no me atrevería a calificarlo, si no es muy relativamente, de lingüista técnico: cuando uno ve los programas, "curriculum et pensum", que las universidades de primera categoría cultural ofrecen y exigen para expedir el título de doctor en lenguas, vacila un poco en aplicarlo con la presteza con que entre nosotros ello ocurre.

Menos aun estoy capacitado para afirmar que él fuera filólogo: interpretar el espíritu de un pueblo a través de su literatura, y esta literatura a tra-

vés de su lengua, conocida en sus fundamentos radicales y sus colaterales vínculos, es cosa asaz exigente para ser aína predicada de cualquiera, así ostente muy apreciable erudición. Renan, Maspero, Fustel de Coulanges, entre los franceses que nos son familiares, v. g., no llegaron a una interpretación aproximada de ese espíritu de los pueblos que sometieron a su estudio sino tras vigilias de decenios y un instrumental idiomático casi inverosímil. ¡Ni qué decir de los que han estudiado culturas más remotas, de la India o Persia, del Lejano Oriente o de las naciones aborígenes de más apartados rincones del mundo! O de aquellos lexicólogos de la estirpe cultural de un Webster, de un Littré, de un Ben Yehuda, realizadores de obras de prodigio en prodigios de obra. No: es preciso ser muy parco en estas calificaciones. De nuestros hombres eminentes, y ello para el grupo histórico hispanolatino, siguen siendo Caro y Cuervo las estrellas definidas.

En cambio, se puede ser muy generoso en la alabanza del señor Suárez como intérprete gramatical de nuestra lengua y en ella deliciosamente erudito. Si es que la maneja y entiende como si la hubiese tenido innata o la hubiese tenido de leche materna así flúida, abundante, precisa y natural. ¡Qué grave infortunio fue para nosotros, como también puede decirse del señor Caro, que corsarias disciplinas no le permitieran la consagración absoluta a estos estudios, que a otros en Europa, a un Menéndez Pidal, por ejemplo, llevaron a sumidades de pericia y consumada elaboración del tema.



Gramático fue por la preceptiva que Prisciano recogió de griegos y latinos, herederos de Dionisio Tracio de Alejandría, gramático por la comparada, que Bopp inició en el siglo XIX, gramático por la histórica del castellano, en que descollaron Diez y Menéndez Pidal, por la exegética de Salvá y la filosófica de Bello, por la etimológica y semántica, que Cuervo iluminó con clarividencia superlativa, y gramático eminente, en fin, en la jugosa aplicación que de todas ellas dió a su propio estilo.

Sin embargo, si atendemos a la, entre nosotros, señera profundidad con que estudió y logró conocer la lengua española, auxiliado por su pericia en el latín y algunos idiomas romances, y si nos detenemos a pensar en que a su hora, desaparecido Cuervo, otro ninguno de sus contemporáneos le superó en sabiduría de este ministerio del lenguaje, estructural e históricamente considerado, hay que reconocerle sitio visible entre los lingüistas de su época, aunque la mayor parte de su obra respectiva haya quedado un tanto incidental y dispersa.

*

EL ESTADISTA: Los hombres de su generación y su partido descuidaron un poco las necesidades de la vida colombiana. Se observa en ellos encomiable aptitud para la discusión política, y hasta ingeniosas disertaciones acerca de la ideología general del Estado. Pero en llegándose a los dominios pragmáticos de la administración pública, al manejo de la "cosa pública", como entonces se decía, y bien

dicho era, declinaba su lucidez y aun violaban sus mismas normas.

Tres grandes pecados pesan sobre esos hombres, por otros motivos eminentes: no supieron administrar económicamente al país, dejándole en los pañales de la Colonia hasta que un magistrado, en todas luces más ignorante que ellos, pero más humano y generoso también, les probó y nos probó que sí era posible abrir rumbos nuevos a la riqueza nacional y sacarla del marasmo y la rutina.

Asimismo descuidaron la educación de la juventud, en tan grave modo que luego viose la República sin conductores espirituales, debatiéndose al azar de la mera intuición y de la noble inquietud de la estirpe, que no sé cómo la salvaron de la adversidad abrumadora con que se inició para nosotros este siglo XX.

Creyeron, por fin, que la paz y el orden estribaban en mantener material y espiritualmente inermes a sus adversarios políticos, sin percatarse de que así dejaban esta nación en deplorable hemiplegía espiritual, propicia al colapso de todos sus destinos.

Desde este ángulo de su persona, y para los primeros tiempos de su actuación pública, sobre todo, no puedo alabar al señor Suárez. Con el correr de la edad y nuevas luces de la experiencia fue él ampliando la ideología, el criterio, diré mejor, hasta poder convivir amistosamente con hombres y hechos de trayectoria opuesta a la suya, mas ya le fue tarde para concebir y encauzar una conducta estatal diferente.



Empero, era hombre grande y su espíritu adhirió en muchas cosas a la grata vislumbre de empresas superiores, heroicamente a veces, y en todas ellas con arrogante certidumbre, casi solitaria entonces.

Tal así en las cuestiones internacionales de Colombia. Regocijan el ánimo y el espíritu enaltecen aquella su precisión y aquel su eupátrida modo con que fue definiendo el nuevo curso internacional de los destinos nacionales. "Respice ad Pollum", o en su clásico latín, "Respice Polum", era una audacia entonces que él acuñó sin claudicar del juicio severo de la historia, ni humillar la herida cerviz de su patria.

"Respice ad Pollum", implacable sino de esa hora y mandamiento insoluble de la vecindad y prepotencia, ante el cual, ofrendó a su patria y a su gente el sillón inmaculado de los Presidentes de Colombia y fuese, "paria" humilde un instante, a presidir las amarguras de un martirio redentor.

Y como si la voz de la historia y de la estirpe le llamase a entrañables compensaciones, narró hechos patrios con delectación morosa, y diose a esbozar biografías hímnicas, en las que su afecto le condujo a calificar con irrestricta benevolencia a los hombres de su tiempo, hasta encomiar la modestia del señor Caro, la unción conceptual de don Carlos Holguín, y en un todo la poliédrica y muy fáustica persona del doctor Núñez.

Fue más lejos todavía y nos condujo a un derrotero internacional para con los pueblos de la hermandad bolivariana, tan cordial y noble en sí y tan

bellamente elaborado en su castiza dicción que ya tiene puesto entre las grandes normas de nuestra política externa y fecunda sucesión de pactos.

En una y otra orientación, la fraternal vecina y la norteamericana, esta obra de don Marco Fidel Suárez constituye pedestal estatuario de primera magnitud entre nosotros: y yo que he podido saborear deleitosamente la sabiduría de sus exposiciones, la galanura de sus notas oficiales y la tenacidad insomne de toda su actitud, puedo ofrecerle el tributo máximo de mi admiración y de mi afecto y puedo pedir a vosotros, colombianos que me estéis escuchando ahora, la unción suprema de vuestros corazones para él. ¡Y que aprenda en el seno de la eternidad que ya no más le permitiremos llamarse a si mismo exiguo y paria!

*

BELISARIO: Una leyenda del siglo décimo, recogida por el monje Tzetzes en la duodésima centuria, nos describe al gran general germano-bizantino recorriendo con la escudilla humilde del pordiosero en la mano, y ya marchito por la senectud y el hambre, los mismos lugares en que, juvenil y triunfador, recibió la oferta espontánea de una corona imperial.

Y nosotros hemos visto al ex-Presidente Suárez bajar solitario por el antiguo "Camellón de los Carneros", hacia un hombro ladeada la cabeza pensativa, esquivos de timidez los ojos diminutos, dejando a otros la acera y marchando por el centro de la calle para disminuirse más aun. Lo hemos contemplado así, desasido de todos los honores, agobiado por rumorosa ingratitud, pobre de fortuna material y de consuelos.



Y más pobre aun, porque no había tomado de la religión la palabra redentora, sino la acedía de las mortificaciones, porque no comulgaba en la exaltación alegre de San Francisco de Asís, y prefería la voz del Kempis y del tremebundo ascetismo de los hispanos. Heautontimorumenos, como de él dijo al pie de la tumba el doctor Miguel Abadía Méndez, rememorando el "Verdugo de sí mismo" de Terencio, la misma obra que trae el apóstrofe inmortal, tan apropiado a la vida de don Marco: "Soy hombre, y nada de lo humano me es ajeno".

Mas no fue hombre y no fue humano bajo el signo trivial del vulgo: el Fatum le marcó ardua estrella, y su grandeza surge de ese combate cotidiano de su espíritu con la adversidad, raramente emponzoñada en contra suya. "Aporos problemas del destino", exclamó alguna vez, trayendo a nuestro idioma esa voz que solo en él había entrado por el ángulo penumbroso de las ciencias naturales, y que más que "insoluble" significa eso que solemos expresar nosotros en toda una frase "callejón sin salida": áporos problemas del destino, el traerle la vida dotado de tan sutil entendimiento a enemistad perenne de la fortuna y de los hombres.

Y no se rindió nunca, pues devolvió golpe a golpe los que el infortunio le fue dando, y con qué magnificencia: represando el tiempo, pudiéramos decir, fue padre de su progenitor, a él regalando con

un nombre y un prestigio social que el otro le negó al nacer. En la aldea humilde y hacia más humilde choza veíasele de niño marchar meditabundo siempre y como asediado por visión premonitoria, y esa choza luego y esa aldea reciben su canto y son por él alzadas a renombre. La Iglesia aparta de su anhelo el crisma sacerdotal y tiene adelante que recibirle entre las antorchas de Jesús y acatar su exégesis. La muerte rompe, en primicia apenas, las vidas de su esposa y de su hijo, y él hace de la muerte el pórtico augusto o propileo de toda una eternidad de amor y nueva luz. Por callados senderos de bondad se arruina, y muchos le condenan: él baja entonces del enhiesto sitial de los honores, rinde a los pies de su patria el homenaje supremo del supremo sacrificio, y a su patria y a sus émulos inunda en obras de estupenda utilidad estética, gramatical e histórica, como único desquite.

Su madre le concibió en la soledad y solitario le trajo a la desolación del Mundo. Un día, glorioso el hijo ya... "La Señorita Rosalía Suárez ha muerto, su hijo Marco Fidel Suárez invita a sus exequias"... Era ese hijo solitario que así se echaba al hombro el féretro de su madre y le llevaba, también a solas, por en medio de la absorta multitud.

Otro día el gran atormentado se echó también al hombro el féretro de todas sus amarguras y se marchó con él por la calle real de la Historia, y nosotros, presente multitud entonces, ante su valor y ante su lumbre inclinamos, cautivados así y absortos, la cabeza.

## DERROTERO HISTORICO DE ANTIOQUIA

(Con motivo del cuatricentenario de la fundación de la Ciudad-Madre).

Los españoles que llegaron al descubrimiento y nuevo poblamiento de la entonces futura región antioqueña tuvieron que vencer dificultades que a otros hubieran derrotado o afligido al menos: todo este Mundo Americano tiene su línea de emergencia orográfica al Occidente, en su contacto, y casi choque, pudiéramos decir, con la inmensa mole oceánica del Mar del Sur, que parece represar la tierra y hacerla encresparse en altas y copiosas cumbres; mas fue aquí donde se hizo más abrupto y arriscado el suelo, al juntar en una como ebullición de cimas las Cordilleras Central y Occidental de nuestros Andes: Antioquia comienza al Sur donde el Río Cauca se estrangula en los contrafuertes de una y otra y concluye donde vuelve a reposar sus aguas en la atlántica planicie. A Oriente y Occidente el Yuma o gran río de la Magdalena y el sosegado río del Darién, Atrato o Nive, reflejan la dilatada crestería de sus montes.

Por eso las escasas huestes del Mariscal Robledo que entraron por el Sur y las de Badillo, César y Gómez Hernández que al Noroeste abordaron la Serranía de Abibe, sufrieron tanto que en ésta los brazos de los hombres, mediante cables adecuados a

ello improvisadamente, tuvieron que servir de grúas para bajar sus caballerías por frecuentes e intransitables precipicios. ¿Cómo, pues, formose un pueblo aquí, y pudo luego prosperar su estirpe?

Sin pretender adjetivar totalmente la índole de las naciones al ambiente geo-físico en que nacen, no puedo menos que relevar su influjo en este caso de Antioquia, pues el vigoroso núcleo katío de población aborigen que en ella hallaron los españoles ya tenía muchos de los caracteres que hoy distinguen a los sucesores suyos de otra raza: ya negociaban textiles y oro; renegaban de caudillos militares y de toda organización guerrera en los tiempos de paz y solamente los admitían en épocas de lucha; amaban el hogar y de él cuidaban mucho, corrigiendo el despotismo marital peculiar de los indios con una mayor consideración de la esposa y sus atribuciones domésticas que, como ahora ocurre, la exaltaban y aun en ello hacían preeminente, a lo cual correspondía en su caso la mujer con cierta mayor prestancia social suya, ora en el aspecto físico, ora en la aptitud moral para las empresas peculiares de su misión. Y eran —¡ya entonces!— andariegos y buenos "contractantes", como dice el cronista, harto habladores, fanfarrones aun, e imaginativos.

Este su hogar defendían mucho y con despejado ingenio lo abrigaban en palafitos o mejor, en "epidendrites", pues no sólo levantaban sus casas sobre estacones que la pusieran a cubierto de la inundación (por allí frecuente), sino que la construían sobre árboles vivos, y el conjunto de ellas defendían



con palenques: instinto hogareño que siempre ha conservado el pueblo de Antioquia.

De Antioquia katía, sobre todo, pues las otras poblaciones aborígenes que hubo en el territorio de este departamento no tuvieron tales virtudes así destacadamente, porque se dice que no fueron tan estrategas las valerosas del sur, Cuicuyes (o Armados) y Paucuras (o Pácoras), los Carrapas y Sopías, que ya usaban el algodón y el oro; ni tan osados los salineros y fructicultores del centro, Omagáes y Bitagüíes, por ejemplo, ni siquiera los Nutabes bravucones que con los Ibéjicos, Pequis e Ituangos demoraban más al norte, entre el Nechí y el Satirira o Cauca. Tengo la impresión de que los Amaníes y Yamesíes de la región oriental (vertiente del Nare etc.) fueron hábiles traficantes y andarines... En todo caso, opino que todas estas tribus correspondieron a una misma familia, de la cepa Caribe, sin duda, pues los lenguaraces que llevaba consigo el Mariscal Robledo podían fácilmente comunicarse con todos, desde Anserma hasta el Cáceres de hoy, y que probablemente su número no pasaba entonces de cien mil, contados los que habitaban el losange irregular que forma el territorio desde la desembocadura del Rizaralda a la del Nechí, entre el Magdalena y el Atrato. Asimismo creo que esta agrupación caribe desalojó, a lo menos por tierras de Zenufaná, otra más culta, que tal vez se enlaza con los constructores de terrazas y fortalezas líticas de Sapuyes y Chitarrán en Nariño, de Manabí, en el Ecuador, y otra alguna vieja estirpe del Perú.

Cuando los españoles se presentan, los aborígenes del Valle de Aburrá, desconcertados hasta la angustia, se ahorcan de las ramas de sus árboles frutales, por no ver a estos bárbaros guerreros, cuya misión no entienden ni intentan descifrar. En cambio, el katío jactancioso los saluda con respeto, "porque casi se muestran como él, aguerridos y valientes".

Y luego, ya vencidos en lucha de asedio tenaz, en que desplegaron ingeniosos recursos de atrincheramiento, cuales solo de razas superiores eran de suponer, pactan, con buen sentido común, civilizado asimismo, la paz, y el pacto cumplen muy sensatamente.

Con el correr de los siglos esta conducta guerrera vese también en los nuevos pobladores de Antioquia: porque son adictos a la paz, y cuando les es forzoso ir a los combates, eligen a un patriarca de los suyos director de guerra, ora se llame don Juan del Corral, don Braulio Henao, don Cosme Marulanda, el doctor Pedro Justo Berrío, el doctor Marceliano Vélez, Pedro Nel Ospina o Carlos E. Restrepo, los que vencidos o vencedores, regresan luego sin ufanías de laurel y muy campechanamente a sus bíblicos hogares y agro estéril. En ninguno de ellos se da el tipo caudillesco de nuestras democracias, pues no combaten para encumbrar su nombre encima de leyes y gobiernos, sino en defensa, equivocadamente o no, de instituciones familiares, sociales, religiosas o civiles a que ellos y su pueblo adhieren con fervor inextinguible. Así se revela en Rafael Uribe Uribe, el único gran caudillo partidario que produjo nuestra casa, pues no podría llamársele ni buen militar ni guerrero hábil, sino lidiador, y lidiador que junta sus huestes en predio ajeno, como de los otros ya dije, combate en otra zona, guarda pulcras e ilesas las más nobles virtudes del hogar, y se mueve en plano supremo de doctrinas eminentes.



La similitud aparece también en las excepciones: dos mozos hay en la una y en la otra época que marcan historia de heroísmo, uno y otro acuñando un reto de combate, sin par tal vez en su arrogancia exótica: aquel que dijo el joven general neogranadino en la alta meseta de Ayacucho, cuando al lado del egregio Sucre selló la Independencia Americana con victoria inverosímil, y el que tres centurias antes lanzó el Cacique Toné al rostro de las huestes conquistadoras desde la cumbre de un monte que domina las plácidas vegas del Penderisco, del lado occidental de Antioquia, cuando le intimaron rendir las armas con que defendía el fuero de los suyos y su honor de gobernante y jefe: "¡Dejaremos las armas de las manos para ponéroslas en la cabeza!"

No de otra manera hablaría Héctor desde los muros de Ilión, y no de otra manera que él combatió el héroe katío desde el hábilmente atrincherado campo de su lucha, donde se hizo fuerte con arte de guerra superior a la común mentalidad de su estirpe aborigen, y desde donde estuvo a punto de llevar a la desesperación, la desolación y el vencimiento a sus aguerridos invasores, durante días, durante semanas y meses de recia lid impávida.

Y así fue bellamente iluminado el crepúsculo de esta gente katía, antecesora legítima, y antepasada en parte, del pueblo antioqueño. El viejo Párroco de Tunja de este modo la nombra y describe:

"Y aquesta de Catía, más serrana,
"Es en común (demás de ser valiente)
"Nación ingeniosa, bien vestida,
"Y que vive con peso y con medida.

"En oro y mantas crecen sus caudales
"Con gran primor labradas y tejidas;
"Raíces es el pan cotidiano,
"Porque la tierra lleva poco grano.

"Pero como son ricos contractantes,
"Y es de oro tan grande la ganancia,
"De tierras más viciosas y abundantes
"Se lo suelen traer en abundancia.

"Son bárbaros de miembros elegantes
"Y bravo denuedo y arrogancia,
"Honestísimas todas las mujeres,
"Gallardas y de bellos pareceres".

*

Pueblo caribe, de lengua aglutinante y pobre aun, emparentada tal vez con las del grupo polinésico, como el Kamzá de la Amazonia, que estudia Manuel José Casas Manrique, nuestro máximo lingüista contemporáneo, diferente del Huitoto, rico en verbo y en sintaxis, diferente del Chibcha que casi le rodea en un paréntesis territorial, no tan dulcemente eufónica como el Panche y el Pijao del Alto Magdalena (cual lo sugieren sus topónimos Amaime, Combeiba y Dulima; Doima, Anapoima y Nimaima, por ejemplo), vive todavía y sella con abundantes voces aquella región antioqueña, cadenciosos a veces, como Abibe, Darién (?), Dabaibe, o agudamente sonoras como el nombre de sus ríos. Los vascos que la estudian hallan en ella similitudes casuales, de fonética tal vez y un poco en la estructura, con el éuskaro, como si el destino quisiera conjugar las dos naciones, ya que de vascuences se formó luego en mucha parte la gente antioqueña.



Coincidencias de la historia que a estos vascongados trae a sierras y altos montes como los suyos, donde prospera el roble que ellos aman y es símbolo de su nación y escudo de la nuestra, donde funda ciudades quien así se nombra, robledal o "Robledo", casado con una Carvajal, que robledal asímismo significa, y a quien siguen en tal nombre Martín de Robledo, el primer capellán que pisó la tierra katía, Mencía de Carvajal de las primeras españolas que la poblaron, Robledo y Ferraro el máximo erudito suyo en la Colonia, y otros muchos varones ilustres que antes y hoy día fueron y son preciado timbre de su orgullo, y aquí seguirá ese roble dando materia prima perdurable a las edificaciones, motivo de canto a los poetas, lumbre a la sabiduría y símil a la fortaleza y constancia de las nuevas generaciones.

En muchas circunstancias de la Conquista, Antioquia fue más afortunada que otras regiones del

país, y en la discreta esfera de su entidad esa iniciación de su vida le marcó preciados rumbos:

Tengo para mí que la personalidad de Robledo, sin haber alcanzado la magnitud de empresas de Benalcázar, es virtualmente superior a la de este audaz conquistador y egregio fundador de ciudades, más culto, más altivo, más señor en algunas modalidades de ser y de conducta.

Gaspar de Rodas no puede compararse con Jiménez de Quesada en ilustración y hazañas, ni en la dilatada obra de conquista que este tuvo, pero sí fue hombre de más consejo práctico y mejor administrador político también;

Francisco César es émulo afortunado de aquel Lázaro Fonte de la conquista cundinamarquesa, y merece muy exaltado elogio de su persona y de sus hechos; y aun Valvidia, al enloquecer por los motivos que le perturbaron, demuestra un impresionante aspecto de su índole;

las primeras mujeres españolas e hispanoantioqueñas que por acá hubo tuvieron una personalidad vigorosa que merece cita de encomio;

los mismos cronistas que a esta región le dedicaron más espacio de sus labores, Sardela, digamos, y el amable Cieza de León, tenían cierto don de objetividad que los hace más instructivos ahora, no obstante la ingenuidad de los tiempos que los movía, como a este último principalmente, a entrometer al demonio y sus artilugios en todo cuanto eran, obraban y decían nuestros pobres aborígenes.



*

Luego surge en nuestra historia el segundo poblamiento. Y no se llamará Katía la nación que nace de él, sino Antioquia. El orgulloso Mariscal debía de tener inclinaciones a la erudición histórica y nombres de leyenda, pues por el sur dejó asentada una colonia que denominó Cartago, y aquí establece esta otra que recuerda la majestuosa urbe del Orontes, conjunción de Grecia, Roma e Israel, como habríamos de ser nosotros en pálida semblanza de cultura y tradiciones.

Entonces por España se decía Antióquia, así grave como pronunciamos nosotros la nuéstra, y aun se escribía Antiocha, para dar ocasión propicia a muchas divagaciones sobre algún fundamento etimológico aborigen.

(... No importa que disertemos un tanto en rededor de estas querencias de familia, de estas dulces evocaciones de nuestros grandes abuelos: horas habrá para entender en los rudos menesteres de la vida y aun para la grave lucubración de problemas abstrusos: reposemos un instante ahora en este fuero bondadoso de la intimidad...)

Pues ello es que aquel egregio Mariscal nos marcó un destino sin anteverlo tal vez, con solo dar gracioso pábulo a su imaginación de lecturas infantiles quizás o de fugaces pláticas hogareñas. Porque este nombre de Antioquía repone a nuestra gente en su leve vínculo oriental y un si es no es la retrotrae o retrolleva a lo semítico que por Arabia y Palestina

le haya dado su otro abuelo el andaluz, tan notorio en ciertos rasgos de su caracteriología, de su religiosidad y de su misma somática estructura. No que tenga en su prosapia más abolengos abrahamitas que las de otras regiones de Colombia o de América, sino que creciendo aquí en estrecho y cercado recinto, acendró y reforzó selectivamente aquellos caracteres.

¿Romanticismo del fundador? ¿Donativo generoso del azar? ¿Coincidencia solamente? No importa: ello es que aquella Antioquía del Orontes entrañó grandes rumbos del espíritu y abundantemente merece el ser madre de tan, para sí misma, remoto núcleo humano. Con Alejandría se disputa el segundo puesto de la expansión cultural greco-macedónica, y con Roma imperial el primero de la expansión cristiana: porque no sería descabellado ni descabalado históricamente decir, como diré, que si Jesús murió en Jerusalem, Cristo nació en Antioquía y el Redentor triunfó en Roma, de que surge en síntesis la clara visión del puesto preeminente de aquella urbe madre de nuestra madre urbe.

Por otro aspecto, y prosiguiendo hacia mayor hondura este tono confidencial, llegamos al viejo propósito insoluto de averiguar y desentrañar lo que de suyo significa este nombre de Antióquia o Antioquía.

Con decir Ciudad de Antíoco nada habremos adelantado, si no es el rememorar a su macedónico fundador. El mismo "Antíoco" nos recuerda que en el Atica hubo una "gens" o "phyle" denominada "Antiokhys-Antiokhidos", a que pertenecieron hombres de la inmensa significación histórica de Pericles y de Sócrates, y de Platón tal vez, pues éste estaba con aquél lejanamente emparentado, (como todos los eupátridas de entonces lo estaban entre sí,) por manera que siguiendo la índole desinencial de los respectivos idiomas, Antioquides, Antioquenses y Anitoqueños ha habido en el Mundo desde cosa así como tres mil años:



Pero, ya que Antioquía nos viene directa y genitivamente de Antíoco, he intentado desentrañar de este nombre el posible significado de aquél, y así, descomponiéndolo en sus raíces, hallamos: Anti-Okhos, Anti-Okheo, o sea el que "dirige contra". Ahora bien "dirigir contra" es acometer, de que deduzco que Antioquia puede interpretarse como "la que acomete", o "la acometedora", harto en concordancia con su destino histórico de pueblo emprendedor, colonizador, inquiridor y audaz.

Un recóndito matiz de conducción con impulso existe en aquel "Okheo" en aquel "dirigir", que amplía su sentido guerrero y le coloca en el de empresario más bien, y así tropezamos con otra modalidad coincidente y la descubrimos: Antioquia no es guerrera, ni lo fue nunca, según lo dije antes, pero sí emprendedora en varios rumbos. Ya desde el katío aborigen lo hallamos perceptible, pues que los Taínos diferenciaban a las tribus indígenas en belicosas, o sea "Karibes", y "Katías", o de bonanza en el vivir y el comerciar, como ésta que demoraba, y en leve parte aún demora, entre el Atrato inferior y el Cauca medio. Y lo confirmamos repitiendo como, desde

la hora inicial de la Independencia, el antioqueño elude el guerrear en casa, y si a guerra va por un momento, la hace en territorio aledaño, con que protege instintivamente la estabilidad de lo suyo, de su hogar, sobre todo.

*

Y fundaron los conquistadores una ciudad, ciudad de asiento peregrino como la vida de peregrinación frecuente que habían luego de llevar sus hijos.

Una ciudad y no aldea, al modo árabe, ni burgo al modo germano, ni puebla o pueblo, casar, caserío o casería de los castellanos, ni siquiera una "villa" como el italiano y el francés nos enseñaron a decir. Y tampoco la llamaron "urbe". A diez o doce casas pajizas en torno de una ficción de plaza, un cobertizo por iglesia y otro para hogar del ayuntamiento, a esto llamaron ciudad y dieron engolilladas y múltiples autoridades.

Y tenían razón, sin saber mucho de ello en sus intuitivas aplicaciones: "Urbe" no, porque es, según su sánscrita etimología, la que se amuralla defensivamente, la murada para el combate, y ellos la querían abierta a ideales superiores. Ni "villa" tampoco, que villa está emparentada con "veho", "vectum", "vehere", con divagar y vagabundo, y ellas la proyectaban de estable fundamento civil e inmutables normas.

Venían de un mundo aherrojado, y ansiaban instintivamente las amplitudes de un nuevo mundo en libertad y liberalidad. Ciudad, entonces, era co-



mo debía llamarse esta fundación, esta objetivación de sus anhelos. Ciudad, es decir, asiento de ciudadanos, de hombres libres: civilidad, dignidad, civilización, naturaleza y fuerza del espíritu. Ciudad, hermana de "caput", cabeza, y de "capacidad" civil; hermana de "vir-vires" fuerza y de "fis" (sánscrito), "fisis" (griego), naturaleza activa.

Ciudad con prerrogativas y derechos, con democracia en su cabildo, o "concilio de ciudadanos", que esto significa también; con alférez real que la vincule a la estructura genérica del Reino y atributos legales de la Corona, ciertamente, pero con alcaldes y jueces de su libre elección y de su fuero libre igualmente.

Y así la fundaron los ochenta y un conquistadores que establecieron su primera sede, y así la heredamos de nuestros abuelos, esta Antioquia Katía, esta Antioquia del Tonusco.

Habían surcado el mar incógnito, esguazado ríos gigantes, horadado el silencio de las selvas, tramontado cumbres al parecer inaccesibles, y orillado abismos de muerte, agrandando el mundo de los hombres y el imperio de sus monarcas con cada paso que daban sus pies hacia adelante. En el Viejo Mundo tenían que pedirlo todo a la merced de sus señores y aquí ellos eran los creadores y dispensadores de bienes y de gloria: su personalidad aparecía en la penumbra de sus mentes como otro Nuevo Mundo en histórica epifanía, la personalidad que la solitud de América les revelaba en ese vencer cotidiano de la sed y el hambre, de la enfermedad y las

heridas; en ese verse a sí mismos solos y potentes, el menor de ayer, capitán de hoy, el de prosapia humilde, vicerrey ahora.

Y por delante la rosa de los vientos para escoger libérrimamente un rumbo. La inmensidad y la voluntad frente a frente, engendrando la una aquella personalidad y la otra engendrando la libertad del yo. La inmensidad y la voluntad chocando fuera y dentro del espíritu del hombre para enseñarle, y enseñarle para siempre, que la superioridad es apenas ordenamiento social de jerarquías y no categoría de esencias diferentes, por donde personalidad y libertad desembocaron al fin en esta democracia de América.

De ahí que fundaran ciudad, cabeza, civilidad, capacidad y civilización. Porque eran "fisis", fuerza conductora, naturaleza activa, ciudadanos de un nuevo mundo espiritual al lado de ese otro mundo nuevo de la planetaria geografía de entonces.

*

Y durmiose luego la prole en un sopor de siglos mientras conjugábanse en su sangre la nueva raza, el nuevo ambiente y el nuevo espíritu. Al milagro de la conquista de tan remoto y arriscado suelo sucedió el milagro de la perduración de los ideales. Medio siglo adelante aun no eran diez mil colonos los que vegetaban aquí silenciosamente en ochenta mil kilómetros cuadrados de superficie, apartados del mundo cultural por cinturón impracticable de selva virgen y de abruptos montes. Tres centurias después apenas llegaban a cien mil y ya eran libres, ambiciosos de crearse una historia independiente y una civilización.



¿Cómo fue para no morir la parva semilla de cultura que trajeron, en aquel prolongado aislamiento y vegetativo sopor? Yo no sé sino que esa fue la segunda hazaña de mi gente.

Y no cualquier hazaña: de entre las breñas fueron brotando nombres de sabiduría ejemplar, que adoctrinaron aun en más orgulloso ambiente; nuevas ciudades para la República, templos para el Dios tutelar de sus mayores y una sociedad de modales exquisitos que todavía retiene en esta vieja urbe la prestancia de otra edad y su prestigio.

Aun en ella, como en la antigua Santa Fé Capital, como en la Cartagena legendaria, como en Popayán la ilustre y en la Mompox que el infortunio azota, perdura socialmente la plácida cortesanía de edades añejas, con el acento tropical "dejativo" de su idioma, la dulcedumbre invicta de los afectos y la hospitalidad fraterna del saludo.

*

Y poco a poco la cepa racial española fue multiplicándose y asimilando a sí, en sangre y en cultura, las aportaciones étnicas de otro origen.

Sorprende en la contemplación de este fenómeno de fusión social la escasa supervivencia del elemento aborigen, que no parece sino que hubiese sido escaso, ya que por el año de 1600 la población

empadronada del futuro departamento de Antioquia, las tres razas inclusive, solo monta a unos diez mil habitantes. ¿Que fue de las tribus de la hoya del Cauca y sus laderas, de las del Porce y las suyas, de las que demoraban, en fin, hacia el Magdalena, por el Oriente? Un silencio de extinción se advierte ahí. El suelo antioqueño de las serranías, mesetas y altos vallecitos de sus cordilleras no es, ni fue nunca, suficientemente vegetativo para el sostenimiento de una población de tipo cultural rudimentario: ni la papa, ni la quinoa, ni el frisol y la yuca aparecen como base de sustentación de aquellas tribus, ni tampoco la pesca fácil que a otras favoreció en la orilla de nuestros magnos ríos. Llegados a la tristeza moral del vencimiento, el colapso biológico se impuso luégo deletéreamente, y se extinguieron en la penumbra de un silencio racial. Apenas si el observador desprevenido descubre hoy aquí o allá, en los flancos de la Cordillera Occidental o en algunos recodos de la Central, huellas del tipo aborigen.

Hecho extraño, sin duda, ya que por estas breñas de nuestro país colombiano no hubo la crueldad de las encomiendas y minerías, de los tributos exagerados y de la agobiadora servidumbre que en otros sitios del Virreinato diezmó, quintó y aun eliminó la pobre gente indígena.

No así ocurrió al forzado inmigrante negro: él sí fuese reproduciendo con los suyos, mezclándose con el blanco de las capas sociales inferiores, dispersándose, en fin, paso a paso por la red hidrográfica de nuestros ríos mayores, en busca de su calor tropical, y remontando luégo, más o menos amulatado ya, hacia los centros mejor asociados del país, donde ahora impone algunas de las buenas y malas cualidades de su índole.

Así lo digo, pensándolo cautelosamente, a impulsos de una en mí inveterada preocupación: que pues no puedo adscribir a la mera lucha vital económica un descaecimiento de las grandes normas de conducta patriarcal de nuestros mayores sin poner en juego también la alegre despreocupación y el alboroto pasional que en algunos de esta mezcla menoscaban la severidad del comportamiento: lo que no obsta para reconocer, en general, el mérito insigne de su esfuerzo por superarse socialmente, por asimilar cultura intelectual ilustre o vencer la enemiga naturaleza en arduo esfuerzo económico, heroico a veces, contra el doble lastre de la incuria tropical de su antepasado el negro y la instintiva resistencia social de su antepasado el blanco, por lo que pienso, con aplauso ferviente, en aquellos de esta prosapia que honraron antes y honran hoy con su buen saber y su conducta incólume la historia antioqueña y la historia nacional. ¿Ni cómo podríamos pretender que el hombre de color, salido de milenaria inferioridad y amargo destino, súbito volase a la cumbre moral de las más disciplinadas culturas del orbe? Por fortuna en Antioquia fue siempre bondadosa y leal la convivencia de los tres grupos raciales y así, en la familia patriarcal antioqueña, ante el respectivo gobierno civil provinciano y en el ceno de la religión común vivieron vida de caridad y noble entendi-

miento, hasta bajar los unos al afecto de los otros y éstos subir a la estimación de aquéllos, modelándose unos y otros en el carácter unívoco, que es hoy día el muy definido ya carácter antioqueño.

Un paso más de nivelación por lo alto y habremos formado un gran pueblo, de la buena miga que iniciaron nuestros mayores en medio de dificultades inverosímiles.

*

Porque es alegre y saludable al corazón la gratitud. ¿Quién de nosotros no mira con ternura filial la memoria de aquellos que más destacadamente plasmaron la corporeidad de nuestra patria chica, ni quién, en más enhiesta cumbre, podría olvidar a los que por modo augusto espiritualizaron culturalmente nuestra estirpe?

Cuerpo y vida le dieron su querido Mariscal fundador y ese de Rodas, empresario insigne, que tomaron asiento; cuerpo y vida le dió también aquel otro hispano, malhumorado y regañón, pero audaz en la visión económica, y en toda otra modalidad de gobierno muy activo, el Mon y Velarde de las postrimerías coloniales, que nos sacó de los tres o cuatro núcleos del agrupamiento primitivo para extender la raza por las amplias ondulaciones de la Cordillera Central.

Un silencio de tres siglos vivió la población antioqueña mientras crecía un poco y dominaba el arrugado suelo que le cupo en suerte. Las lomas vecinas a esta ciudad, capitana entonces, ciudad de alma y fueros, no de poderío y orgullosas magnitudes, áridas eran como lo son ahora; la angosta margen del Tonusco apenas si podía abastecer de algunos mantenimientos elementales su propio distrito; la graciosa planicie de enfrente que limita con Sopetrán y San Jerónimo de los Cedros carecía de agricultura técnica y de los pastos generosos que hoy visten las dehesas de ganado, y nunca fue, tampoco, ampliamente fecunda.



Era, pues, ineludible en parte seguir tras el ensalmo embaucador de la minería, de la que un día da y otro despoja, pero que uno y otro día, uniformemente, el suelo y la salud destruye. Y así, en tenaz persecución de vetas cordilleranas y de fluviales aluviones fuese dilatando nuestra gente y haciendo surgir de entre selvas y cumbres nuevos poblados y ciudades incipientes, hasta la linde de su demarcación provincial.

Solo en el vecino valle de Aburrá buscó y creyó ver ensueños de prosperidad agrícola, y a él fuese ávidamente. No era mucha, tampoco, la feracidad del nuevo asiento, mas sí bastante para con ella y su más bondadoso clima disputarle luego la primacía y la preeminencia, hasta dejarla muda y triste al pie de su bello Cauca inútil.

Ciudad peregrina como su gente. Ciudad que envuelve su origen en una nebulosa de migraciones. Ciudad que evoca el refinamiento social de culturas milenarias, como su nombre. Ciudad madre que se agota dando vida. Ciudad que muere poblando y soñando en su grandeza, como el su hidalgo funda-

dor. Ciudad que abandonada y pobre sigue siendo señora, como las reinas desposeídas de su trono. Ciudad-virtud: ¡Nuestra Ciudad!

*

La primera y la segunda dificultad están resueltas: Antioquia tiene ya definido su cuerpo geográfico y constituye Estado libre. Mas, cuán precarias esas condiciones aún. Su población alcanza apenas a los cien mil habitantes, con Santa Fe, Medellín, Marinilla y Rionegro, como centros de asociación urbana, muy débiles todavía, y un veintenar de aldeas que vegetan dificilmente en los repliegues cordilleranos. Sin más vías de comunicación que abruptos senderitos de cabras para transitar a pie o a lomo de paciente mula. La mercadería irá en el tardo buey y a espaldas de algún indio de Guarne o el Peñol. Los ríos no sosiegan sus aguas para recibir embarcación alguna, que son torrentes todos ellos, desde el Cauca paterno hasta el Nare, el Nichí y el Porce; de que resulta ser empresa hazañosa salir al Magdalena caudaloso, comunicarse con Bogotá y el lejano mundo externo de la civilización. Al occidente, el Atrato corre entre urdimbre de selvas, inaprovechable y remoto.

Industrias no las hay, como no sean las muy humildes que construyen la casa de tapia pisada y teja andaluza, los rudimentos de un mobiliario elemental apenas, media docena de oficios artesanos más, que el genio de la raza retiene por milagrosa tradición o inventa con dificultades casi inverosímiles, y algo de agricultura doméstica, por decirlo así, sobre todo en los cañaverales del llamado Cañón del Aburrá, que asiento dió y vida a la nueva reina joven. La economía sigue el esquivo azar del oro: bueno, sin duda, porque le trae unos cuantos géneros, textiles principalmente, de la lejana industria extranjera, de Jamaica, de Quito y Bogotá, por ejemplo, y un poco vincula, por libros y por viajes, la sociedad vernácula con otras sociedades, atizando, aunque así sea parcamente, el muy débil hogar de la cultura ideológica que heredó de sus mayores, ellos también someramente adoctrinados en estas disciplinas.



Que en tales condiciones conservara y sacara avante, rica y jugosa el habla, anhiesta la religión de Cristo, severa y normativa la moral de los abuelos, y más aun, tenso el espíritu por un mandamiento instintivo de superación, es de todo punto de vista admirable y consumadamente digno de que aquí lo memoremos y exaltemos ahora.

¿Mas, cómo seguir adelante, en aquel día de su emancipación, si la economía no daba fundamentos para empresas de libertad y creación autóctona?

Al lado del real de minas, los descampados y desmontes iban revelando la aridez del suelo agrícola. Derribado le bosque primitivo surgía de la tierra fría de las altiplanicies el "fitofito" y el Hypéricum o "belillo" inútiles, de helechal cubríanse las templadas laderas, de "paja" hirsuta o ichu, la agria pendiente de las lomas, y el agresivo Bérberis "uña de gato" iba ciñendo a veces de negación y espinas las

ardientes planadas inferiores. Para aquéllas no había llegado aún el trébol ni el pasto azul, para ésas estaba ausente todavía el micay y el yaraguá, para éstas desconocíanse el pará, y el guinea. A fuerza de calabozo y "agüinche" conservábanse rastreras gramíneas y el áspero espartillo con que mantener en pie desmedrada vaquilla del ganado "orejinegro", de este sufrido y noble ganado orejinegro que va por el mundo peregrinando con su, también desheredado, sueño y amigo, alimentándose de la lluvia y el sol y de una que otra hojilla de chusque, sin cuidarse poco ni mucho de "nuches", garrapatas e intemperie, antes, como él, copiando ilusiones de lo porvenir y lejanías de ensueño en sus mansos ojos, dilatados y oscuros.

Y más no había: ni siquiera el borrico cargador y cazurro, ni la oveja humilde, ni la cabra de leche, ni el gordo pavo yucateco. Nada, si no es algún desmedrado caballejo, diminuto como de carrusel, algún cerdo, tan trompón y gruñón como enteco y flacucho, que vive de lo poco que sobra a sus dueños campesinos, y... media docena de gallinas, llamémoslas así, de genealogía dudosa, encargadas de suministrar de tarde en tarde una cesta de huevos para trocarlos en el mercado próximo por la sal, la panela y, a veces, algo de vestir.

Ni el café habíase aclimatado aquí aún, ni existía el tabaco exportable; quina, caucho y resinas del trópico no fueron nunca géneros de nuestra industria, y el poco cacao que producíase en las vegas aledañas de Antioquia viciose al fin de peste mortífera.



Las playas de arroyos y de ríos íbanse desnudando del noble mantillo vegetal para abrir su entraña a los buscadores de oro, convirtiendo así la virtud agrícola de su suelo en cascajales para siempre inútiles. Las mesetas mayores, de Rionegro, digamos, de Ovejas y Cuibá, sobre todo, más tenían de paisaje que de rendimiento efectivo, y el diminuto valle del Cauca jericoano no estaba aún abierto a la ganadería que hoy le viste.

He ahí las débiles bases técnico-económicas con que este grupo racial nuestro se presentó al escenario de la emancipación colombiana.

Nada tenía, si no es su recia índole dominadora. Con ella había realizado los primeros grandes trabajos de poblamiento y definición geográfica, de preservación de las normas superiores del espíritu y de la emancipación política. ¿Cuál sería ahora su nueva jornada de creación? Si casi le era prohibitivo el vivir en aquellas soledad y penuria, ¿por qué no lanzarse a la redención económica y resolver así lo fundamental de la existencia?

Imposible todavía en aquel aislamiento suyo y aquella carencia de industria exportable. Mas ello es, y de aquí surge la tercera gran jornada de Antioquia, que no quedose inerte ante tantas negaciones de la fortuna, sino que emprendió duro combate por el progreso material y la instrucción. El doctor José Félix de Restrepo y don José Manuel, don Juan del Corral, Francisco Antonio Zea, Juan de Dios Aranzazu, Mariano Ospina Rodríguez, Juan de la Cruz Gómez Plata, Pedro Justo Berrío y Manuel

Uribe Angel son ahora los gonfaloneros de esta nueva jornada de superación. Pureza administrativa, impulso industrial y vías de comunicación; instrucción pública, ejemplo social y familiar, normas; iniciación de la literatura y de la ciencia, orgullo de ser y de servir, visión del más allá, dignidad y potencia: todo esto le enseñaron diciendo y practicando, por tal manera eficaz que en menos de un siglo su gente domina el Magdalena con ruta de audacia ciclópea, coloniza el Quindío ubérrimo, avanza por el San Jorge y el Sinú, le ciñe el pescuezo a la Cordillera de Abibe para enseñorearse del Golfo de Urabá y sus afluentes.

Y así, por donde el conquistador ibero llegose a ella en busca de tesoros, ella sale en busca de nueva sustentación, las tres rutas repitiendo en nueva hazaña y triunfos nuevos.

Ya entonces alcanza a un millón de ciudadanos. Ya tiene glorias que ofrecer al mundo en sus literatos y gobernadores, en sus industrias y técnicos. Ya es pueblo que abrió historia en el concierto universal. Sus gramáticos, ensayistas, novelistas y poetas, crearon un género vernáculo, sabrosamente peculiar, que en el hogar de Colombia, y aun allende el Océano, triunfa con quilates de prestigio. Hombres suyos ennoblecen la democracia de América y sabios suyos decoran la ciencia nacional.

Esta, la tercera gran jornada de la estirpe: su progreso.



•

Queda otra aún: la sociedad en que vive. Porque no es poco el haber salido del breñal minero y del montesino pegujal a la cortesanía de los salones palacianos sin más transición a veces que un recorte de interjecciones y un retoque de sastrería, ya que en medio de su tosquedad visible el antioqueño tiene alteza de corazón y bondadoso instinto, tiene gracia para decir los trucos de su inquieta fantasía y sabe quebrar el rudo acento de su voz en inflexiones de ternura asordinada y vehemente.

Herencia del señorío materno: sin propósito de halagar a la mujer antioqueña, es, no obstante, ineludible encomiar históricamente su prodigiosa actuación en el climáctico devenir de este pueblo. Ya de su nativa precursora fue dicho antes: "Honestísimas todas las mujeres, gallardas y de bellos pareceres", en impecable síntesis que letra a letra se puede aplicar a la que le sucedió en el espacio suyo y en el tiempo.

La misma esposa del Mariscal fundador, doña María de Carvajal, de los condales señoríos de Ubeda, hubiera dado a Shakespeare jugosa inspiración para una tragedia ilustre. Si es que abruma y pasma aquella bizarría de su femenil coraje cuando afronta, aun delicada, bella y joven, la mortífera inclemencia de esta zona tropical selvática; la sensatez y dulcedumbre con que en Cartagena del Caribe previene contra peligros y amonesta hábilmente a su esposo en su temeraria imprevisión de asumir riesgos heroicos, tal vez inútiles; la implacable cólera de su

corazón, transido luego de venganza; la tenacidad victoriosa de su reto; la marmórea fidelidad a su amor, y el trágico sino de su suerte.

Doña Juana de Taborda, donadora de templos, litigante y munífica a la vez; doña Juana de Loaiza, doña María de Centeno, doña Ana de Roldán, capitanas de su propio destino y triunfadoras en él cuando el azar les impuso asumir el comando de difíciles empresas industriales, en los trágicos albores de la colonización y el poblamiento, desde entonces presagiando la entereza muda con que la mujer antioqueña toma consigo la arduidad desconcertante de la vida, en cuanto ella ocurre.

Visión desinteresada también la suya, y ya no de sus propios menesteres, cuando levantándose sobre el ara de la humanidad y de la patria doña Javiera Londoño liberta sus esclavos y doña Simona Duque alecciona para héroes a sus hijos y todos cinco da, aunque sola se quede, Niobe erguida.

Voz arrogante de Mercedes Córdoba ante el fachendoso asesino de su esposo y de su hermano, intrépida tozudez libertadora de Enriqueta Vásquez de Ospina, infatigable catequesis de la Madre Laura, cotidiano valor ignoto de todas ellas en la hora de la dignidad y el sufrimiento.

Y fue así como la mujer antioqueña ha venido creando y modelando una sociedad, la más noble jornada de la estirpe.

Esbelto el talle, parlera y cantarina la voz, los ojos andaluces, romántica en sus sueños y sajona en sus empresas, llamose antes con todos los dulces



nombres de Israel: Eva, Sara y María; Débora y Judit; Susana y Magdalena; Lía; Ester, Raquel y Marta... tomados no de una "retrospección" de abolengos sino de la bíblica fuente de su religiosidad, que en el silencio de las edades fue por mucho tiempo la única lumbre idealizadora de su espíritu. Hoy se llama de muy diversos modos, eslavos unos, germanos otros, sajones éstos, o algunos lindamente hispanos, como Olga, Elsa, Maud, Guiomar y Varinka, qué sé yo, siempre enmarcando en algún ensueño la esperanza del destino, cual suele teñir de luz con su canto y su sonrisa el tedio del hogar en sombras.

En otra época cumplió misión de gigantescos sacrificios cuando, ruda la vida colonial e inicial de la república, pobres los hogares, solitarios los hombres, gestaba un hijo, lactaba otro, cuidaba diez más que, pequeñuelos aún, revoloteaban locamente por la casa, cocinaba y tejía, vigilaba los animales domésticos, rezaba con feliz memoria interminables oraciones, cumplía con la Iglesia, visitaba amigas y parientas, envalentonaba a su esposo, bendecía a Dios y aun le sobraba tiempo para trenzar coquetamente sus ondulados cabellos abundantes, hasta morir en dulce vejez, narrando cuentos de tradición y plácidas leyendas al corro de sus nietezuelos carisucios y alelados.

Es la misma que, ya robustecido el pueblo, y asomado ya a la vorágine de la civilización, como lo viese un día bajo el agobio de situación económica adversamente dura, echose a la calle e inició en Colombia el trabajo de la mujer en oficinas y comer-

cio, en industrias y negocios de toda índole, probando así, triunfalmente, que si abnegada y sumisa era en el hogar, ganadora hábil también lo es del sueldo necesario para el propio decoro y el mantenimiento de los suyos.

La misma, en fin, que contrarrestando inveteradas opiniones escépticas inició en Colombia la poesía de la mujer, no ya con el arrobo místico, geográficamente indeterminado, de la ilustre monja del Castillo, pero en un canto a la naturaleza ambiente, tan elocuente y noblemente estructurado que nadie creyó en esa hora que fuese de Agripina Montes sino del egregio Pombo, príncipe magno entre nosotros, y en América, de la inspiración y del saber.

*

He ahí cómo se formaron la entidad geográfica, la sociedad culta y la eminente espiritualidad de nuestro pueblo. Visto ahora, ya es robusto conglomerado de dos millones de habitantes en casa, contando antioqueños y caldenses, y de medio millón más que divaga por el mundo. Contra el suelo árido reaccionó creando industrias de transformación que le han enriquecido. Contra el aislamiento de sus empinadas cordilleras reaccionó abriendo amplios caminos, múltiples y audaces. Contra la lejanía de los centros normativos de la ciencia fundó universidades, que ya la enorgullecen. Y afrontó la cuestión social, la administración pública, el cultivo técnico de la tierra, la ampliación y embellecimiento de pueblos y ciudades, con tenacidad y fer-



vor que en mucha parte formaron escuela para todo el país colombiano.

No es posible señalar los gerentes de esta última jornada industrial y cultural, porque muchos son y de ellos muchos también viven todavía, mas, ¿cómo dejar de mencionar siquiera a algunos de estos continuadores de Tyrrell Moore, el viejo zapador inglés de nuestra industria, y no escribir el nombre de dos extranjeros más, fecundos iniciadores asimismo, Francisco J. Cisneros y Eugenio Lutz, al lado de José María Villa, Gabriel Echeverri, Alejandro López, Emilio Restrepo Callejas, Alejandro Echavarría, Gonzalo Mejía y Ricardo Olano, v. g., o de profesores de la talla de José Ignacio y José María Escobar; Andrés Posada Arango y Joaquín Antonio Uribe; Fernando Vélez, Antonio José Cadavid y Antonio José Uribe; Francisco Marulanda Mejía y Luis Eduardo Villegas; Emiliano Isaza y Fabriciano Botero; Juan B. Montoya Flórez y Tulio Ospina; Esteban Jaramillo, Juan de la Cruz Posada, Emilio Robledo y Jorge Rodríguez, por ejemplo? O en el dilatado ambiente de las letras patrias, ¿cómo no enunciar siquiera los enhiestos nombres de Marco Fidel Suárez, Epifanio Mejía, Gregorio Gutiérrez González, Tomás Carrasquilla, Porfirio Barba Jacob, Efe Gómez, Eduardo Zuleta, Fernando González, Antonio José Restrepo, Juan de Dios Uribe, Baldomero Sanín Cano, Roberto Botero Saldarriaga, Abel Farina, León de Greiff... (algunos egregios, renombrados otros) ; ni cómo detenerse en esta premurosa remembranza ante doctrinadores de la grey del encumbrado mérito de Fidel Cano, Ra-

fael Uribe, Carlos E. Restrepo, Tomás O. Eastman, y otros más, que alargarían imprudentemente mi discurso?

Empero, un personaje existe que reclama imperativamente aquí su puesto: un raro personaje silencioso que llama a mi memoria con operaciones insignes en la preparación del pueblo antioqueño para la civilización espiritual y la industria, para el comercio y los oficios manuales, el Ferrocarril de Antioquia, callado maestro de maestros y de... multitudes.

*

Mas todo esto tiene poca importancia delante del problema histórico fundamental de un pueblo: la mera existencia vegetativa que conduce a sociedad, ciencias, oficios y gobierno es asunto mediocre en sí; la contemplación emocionadamente admirativa del mundo y del espíritu que engendra el arte y en parte la religión, algo más es, pero aun insuficiente; la actitud y la actuación interpretativa de la existencia y de la esencia de los seres y la vida, filosofía, ciencias del espíritu, religión conceptual etc., es lo que coloca a los pueblos en un centro de interés universal histórico, y lo que básicamente justifica su presencia en el mundo.

De ahí que pueda afirmarse paladinamente que la obra supina de un pueblo es ese mismo pueblo en sí. En nuestras grandes jornadas de nacimiento y crecimiento, que he trazado al definir la génesis de su incorporación geográfica, de su sociedad y proceso



de mezclas, de su espiritualidad, en fin, hasta poder contemplarle en su actual momento, comparando este derrotero existencial suyo con los tres escalones de superación que acabo de presuponer como elementos indeclinables de la madurez histórica de un pueblo en general, vemos que aun nos falta el tercero y más decisivo.

Ello es, sin embargo, que de lo ya adquirido podemos deducir la amable certidumbre de que muy pronto nuestra gente coronará aquella difícil etapa de su destino y dará al mundo la obra de pensamiento que históricamente la defina y dignifique, asociada al haber más amplio de la que ha de engendrar Colombia, nuestra nobilísima madre común.

Esta antelación del anhelo y este cordial orgullo del pasado dio ya un fruto de arte en el himno antioqueño de Epifanio Mejía, cuya alma y obra, y aun hasta el apellido de reminiscencia hebraica (Mejía es Mesías, etimológicamente), recuerdan la égloga bonancible de Ruth y de Booz: este himno que Antioquia ha adoptado como insignia feliz de su carácter, merece nueva interpretación musical, que lo deje en la augusta sencillez de las dos estrofas fundamentales y tome para el coro dos versos apenas, asordinadamente acompasados, contra todo lo usual en tal materia, a leve murmullo de tambores, porque así estallen como actitud de decisión recóndita y no cual un altisonante reto vanidoso:

I ¡Oh! Libertad que perfumas
Las montañas de mi tierra,
Deja que aspiren mis hijos
Tus olorosas esencias!
(Y ¡Ay! del que espere el empuje
De nuestras lanzas revueltas!)
II Yo que nací altivo y libre
Sobre una sierra antioqueña
Llevo el hierro en las manos
Porque en el cuello me pesa.
(Y ¡Ay! del que espere el empuje
De nuestras lanzas revueltas!)

*

Como la Antioquía del Orontes, la Antioquia del Tonusco durmiose lánguidamente en el regazo de los siglos. Las palmeras de Siria y las palmas de América abanican el sueño de la una y de la otra, y en el crepúsculo dorado de sus cielos parecen velar, susurrando levemente, la blancura desierta de sus plazas y sus calles. Cuando en la noche lunar algún retrasado morador cruza al frente de sus templos y casas solariegas parece una sombra del pasado que rubricase la esfinge del silencio.

Quieren los hombres de la afanosa civilización contemporánea que el misterio no exista, y negaron ya la verosimilitud del milagro espiritual, del hechizo y de la magia, sin ver que ante sus ojos uno y otra cotidianamente ocurren. En la perspectiva de las edades cósmicas la vida del hombre surge y pasa como un parpadeo luminoso del enigma, y son, así en escorzo contempladas las acciones de las sociedades y los pueblos, hechicera creación que repentinamente brota del caos al conjuro de una voluntad o de un anhelo.



Así la visión historial de Antioquia: como al golpe de mágica varilla levantose de entre la selva virgen la ciudad de los conquistadores; trocose la raza íncola de errático vivir humilde en arrogante progenie de civilidad y de abolengos; a una sola palabra, tal la voz augural de los demiurgos, arboreció la libertad y la emancipación fue; a una sola palabra, también, resquebrajáronse las cadenas y cerrojos de la esclavitud y hubo una redención de espíritus; extendiose el brazo de un pueblo conjurando la agresiva cerrazón de montes y cañadas y estrellose la tierra de aldeas y ciudades, de alquerías y de templos; clavó la raza su mirada inquisitiva en la inmensidad y poblose de cantos y de músicas el hogar de sus hijos.

Yo he recorrido la ciudad bajo el nacarado fulgor del plenilunio y he oído repercutir mis pasos en la muda oquedad de sus plazuelas; yo he pasado cabe la torre de la catedral que un hombre solo elevó al culto milenario de su fe, y he visto proyectarse en las amplias aceras de ladrillo rojo o sobre el menudo empedrado antiguo de la calle, que el abrojo tenaz finamente taracea en sus junturas, la recta sombra de los aleros que emergen del tejado curvo y ya musgoso de sus añejos casarones patriarcales. Y marchando a solas desde el atrio de la Iglesia de Jesús Nazareno hacia el Oriente, cuya noble espa-

daña escudan dos palmeras de graciosas esbeltez, hasta la romántica glorieta de calicanto donde termina la ciudad por el poniente, ya empinándose sobre la enhiesta serranía, he sentido, como si ella toda durmiese un sueño de encantamiento bajo el hálito ardiente de su trópico, cariciosamente abanicada por el aroma ondulante de sus frondosos mangos y tamarindos, de sus níveos azahares y astromelios y sus escarlatas buganvilias.

Dormida en su sueño de siglos, mas no muerta: millones de seres libres y pensantes miran a ella en horas de rememoración y bendicen su destino. Sentada sultanescamente a la orilla occidental del Cauca medio, es la noble abuela de una raza, a quien hoy rinden tributo de filiación ochenta ciudades de su sangre y de su espíritu.

Cumplió su misión y es grande: que los manes del Mariscal Robledo aun nos la escuden luengos siglos.




ORDEN DE LOS CAPITULOS

Manuel Vega
Bogotá, febrero 5/46.